

G. I.
GURDJIEFF

Encuentros

con

Hombres

Notables

DEL TODO Y DE TODO

Primera serie en tres libros:

RELATOS DE BELCEBÚ A SU NIETO

Crítica objetivamente imparcial de la vida de los hombres

Segunda serie en dos libros:

ENCUENTROS CON HOMBRES NOTABLES

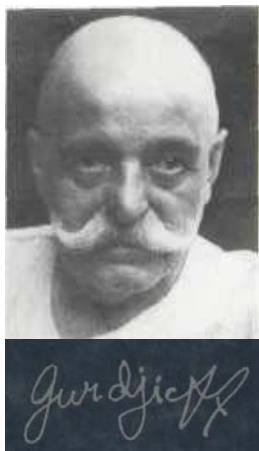
Tercera serie en cinco libros:

LA VIDA ES REAL

SÓLO CUANDO «YO SOY»

"No me encontraba solo. Había entre nosotros, toda clase de especialistas. Cada uno estudiaba según los métodos de su ciencia particular. Después de lo cual, al reunimos, nos participábamos los resultados obtenidos".

Encuentros con Hombres Notables nos presenta a algunos de los Buscadores de la verdad, compañeros de juventud de Gurdjieff, y da detalles sobre sus aventuras y sus viajes. Pero el lector deberá recordar que este libro, si bien es una autobiografía, no es ciertamente una autobiografía en el sentido ordinario de la palabra. No deberá tomar todo literalmente (ni tampoco convertir todo a símbolos), ni intentar, a fin de remontar al origen del conocimiento, una exploración sistemática del curso del río Piandye, o de las montañas de Kafiristán. Porque, aunque el relato tenga un sonido de innegable autenticidad, parece evidente que Gurdjieff quiso enredar las pistas.



La obra de Gurdjieff es múltiple. Pero, cualquiera que sea la forma a través de la cual él se exprese, su palabra es siempre una llamada. Durante casi cuarenta años esta llamada resonó con tanta fuerza que, desde todos los continentes, unos hombres acudieron a él.

Pero acercársele era siempre una prueba. Frente a él, toda actitud parecía artificial. Fuese ella de excesiva deferencia, o por el contrario de pretensión, desde el primer instante se veía destrozada. Caída la actitud, no quedaba sino una criatura humana despojada de su máscara y sorprendida por un instante en toda su verdad.

Experiencia despiadada e imposible de soportar para algunos.

Estos no le perdonaban haber sido desenmascarados y una vez fuera de su alcance, buscaban justificarse por todos los medios. Así nacieron las leyendas más extravagantes.

El propio Gurdjieff se divertía con esos cuentos. Llegaba incluso a provocarlos si era necesario, aunque no fuera sino para deshacerse de los simples curiosos, incapaces de comprender el sentido de su búsqueda.

En cuanto a los que habían sabido aproximarse a él y para quienes este encuentro había sido un acontecimiento decisivo, toda tentativa para describirlo les parecía irrisoria. Por eso los testimonios directos son tan raros. Sin embargo, la persona misma de Gurdjieff es inseparable de la influencia que no ha dejado de ejercer. Es legítimo, pues, querer conocer lo que fue su vida, por lo menos en sus líneas esenciales. Por eso, los alumnos de Gurdjieff han estimado necesario hacer públicos estos relatos, concebidos al principio para ser leídos en voz alta en un círculo restringido de alumnos y de invitados. Gurdjieff habla en ellos del periodo menos conocido de su existencia: su infancia, su adolescencia y las primeras etapas de su búsqueda.

Nota del editor francés

EN EL VERANO de 1922 llegó a Francia un desconocido, Gueorgui Ivánovich Gurdjieff. Le acompañaba un pequeño grupo de hombres y mujeres que lo habían conocido en Moscú y San Petersburgo, lo habían seguido al Cáucaso durante la Revolución, habían tratado con él de mantener su actividad amparados de la guerra en Constantinopla y luego habían huido de Turquía ante la inminencia de una nueva crisis, encontrándose ahora, después de un éxodo a través de diversos países de Europa, en busca de una propiedad en venta en los alrededores de París.

Compraron a la viuda de Maitre Labori, el abogado de Dreyfus, su amplia propiedad del Prieuré de Avon, cerca de Fontainebleau. Gurdjieff estableció allí una sorprendente comunidad que suscitó inmediatamente gran curiosidad.

En esos años de posguerra, cuando tantas ilusiones se habían desvanecido, el Occidente tenía una profunda necesidad de certidumbres. Los ingleses fueron los primeros en acudir al Prieuré, atraídos por P. D. Ouspensky (escritor ruso nacido en 1877, muerto en Londres en 1947). Luego se sumaron a ellos algunos norteamericanos.

Críticos, editores, médicos, la mayoría tenía nombre conocido. Iban al Prieuré como se va hacia una experiencia difícil, pero que -si Gurdjieff era quien se les había dicho- les abriría la puerta del Conocimiento.

El Prieuré correspondió a su esperanza.

Veintisiete años después, cuando Gurdjieff murió en París, su nombre era aún desconocido del gran público, su obra inédita, el lugar que ocuparía en la historia del pensamiento, imposible de definir. Pero, unas ideas habían sido transmitidas y por muy de lejos que viniesen -de hecho, las ideas de Gurdjieff parecen ligadas a una muy elevada y antigua tradición— habían hallado un terreno apropiado para germinar.

¿Quién era, pues, Gurdjieff?

Gueorgui Ivánovich Gurdjieff nació el 1 ° de enero de 1866 (según el antiguo calendario ruso) en la ciudad de Alexandropol, situada en la provincia de Kars, hasta entonces otomana, recién conquistada por el ejército del Zar.

En cuanto a sus padres, su infancia, la educación que recibió, no podemos sino remitir al lector a los primeros capítulos de este libro.

En el periodo que siguió, que quizás duró unos veinte años, Gurdjieff desapareció.

Sólo se sabe que emprendió viajes lejanos, particularmente al Asia Central. Estos años fueron de suma trascendencia para la formación de su pensamiento. Él mismo dice¹:

«No me encontraba solo. Había entre nosotros, toda clase de especialistas. Cada uno estudiaba según los métodos de su ciencia particular. Después de lo cual, al reunimos, nos participábamos los resultados obtenidos».

Alude así al grupo de los *Buscadores de la Verdad*. Hasta hoy no sabíamos quiénes habían sido estos compañeros de juventud de Gurdjieff. *Encuentros con Hombres Notables* nos presenta a algunos de ellos y da detalles sobre sus aventuras y sus viajes. Pero el lector deberá recordar que este libro, si bien es una autobiografía, no es ciertamente una autobiografía en el sentido ordinario de la palabra. No deberá tomar todo literalmente (ni tampoco convertir todo a símbolos), ni intentar, a fin de remontar al origen del conocimiento, una exploración sistemática del curso del río Piandye, o de las montañas de Kafiristán. Porque, aunque el relato tenga un sonido de innegable autenticidad, parece evidente que Gurdjieff quiso enredar las pistas.

Volvemos a encontrar a Gurdjieff en Rusia, en 1913. Es en Moscú, en la primavera de 1915, cuando se produce el encuentro de

1.- En *Fragmentos de una enseñanza desconocida*, de P. D. Ouspensky.

Ouspensky con Gurdjieff. Ouspensky posee una formación científica. Ha publicado en 1909 un libro sobre la cuarta dimensión. Con la esperanza de encontrar en Oriente una respuesta a las preguntas a las cuales, según él, la ciencia de Occidente no aportaba solución, emprendió un gran viaje a la India y a Ceilán. Regresó de ese viaje convencido de que su búsqueda no era vana y que efectivamente había algo en Oriente, pero *«que el secreto estaba guardado mucho más profundamente y mucho mejor de lo que él había previsto»*.

Está preparando un nuevo viaje, esta vez al Asia Central rusa y a Persia, cuando le hablan del sorprendente personaje recientemente aparecido en Moscú.

Su primera entrevista con Gurdjieff modificaría todos sus planes:

«Lo recuerdo muy bien. Habíamos llegado a un pequeño café, situado fuera del centro, en una calle ruidosa. Vi a un hombre que ya no era joven, de tipo oriental, con bigotes negros y ojos penetrantes; al principio me sorprendió porque de ningún modo parecía en su lugar en tal sitio y tal atmósfera; estaba aún saturado de mis impresiones de Oriente, y este hombre con cara de rajá hindú o de jeque árabe, que hubiera visto mejor bajo un albornoz blanco o un turbante dorado, producía en ese pequeño café de tenderos y comisionistas, con su abrigo negro con cuello de terciopelo y su sombrero hongo negro, la impresión inesperada, extraña y casi alarmante de un hombre mal disfrazado».

Ninguna de las preguntas que Ouspensky le hizo confundió a Gurdjieff. Persuadido de que ese hombre podía ser el camino hacia el conocimiento que él había buscado en vano en Oriente, Ouspensky se hizo discípulo de Gurdjieff. Más tarde daría un relato preciso, de impresionante honradez, de los siete años que pasó al lado de su maestro para elucidar y desarrollar todo lo que éste le había dejado entrever durante esa primera conversación en Moscú en 1915.

Pero Gurdjieff, en medio de la guerra, atrajo a otros buscadores. Citaremos al compositor Thomas de Hartmann (nacido en Ucrania en 1885, fallecido en Nueva York en 1956), ya bien conocido en Rusia. A su ciencia y a su trabajo, puestos a disposición de Gurdjieff, debemos el haber podido reunir la obra musical de éste.

La Revolución sorprendió a Gurdjieff rodeado de discípulos, en Essentuki, al norte del Cáucaso, donde acababa de sentar las bases de un primer *Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre*. Cuando se desencadenó la guerra civil realizó con algunos de sus alumnos una arriesgada expedición a través de los desfiladeros del Cáucaso. Llegado

por esa inesperada vía a Tbilisi, momentáneamente en paz, abrió allí un nuevo Instituto. Luego, sumergido el sur del Cáucaso en la Revolución, se refugió con sus alumnos en Constantinopla, donde pudieron reabrir el Instituto.

Este itinerario se alarga, cada vez más hacia el Oeste, hasta llegar a Fontainebleau, donde por fin Gurdjieff halló las condiciones necesarias para fundar el Instituto sobre bases estables.

Entre los ingleses que se le unieron se destaca la figura de Orage. Había vendido, para venir al Prieuré, su revista *The New Age*, en la que, según Bernard Shaw, había demostrado durante catorce años ser *el «más brillante ensayista de ese tiempo»*. Nada le era ajeno, ni en el dominio literario, ni en el económico. Para muchos jóvenes escritores, Orage había sido más que un consejero: una especie de hermano mayor.

También Margaret Anderson formó parte de ese grupo, dos años después. Ella había fundado en 1914, en Nueva York, una revista de vanguardia, *The Little Review*, con la cual había hecho conocer en Norteamérica a Apollinaire, Cocteau, Gide, Satie, Schoenberg, Picasso, Modigliani, Braque... Hasta corrió el riesgo de ir a la cárcel por haber osado publicar el *Ulises* de James Joyce. Llegada al punto en que ya no podía satisfacerse únicamente con los refinamientos del espíritu, decidió unirse también a Gurdjieff.

Muy escasos fueron, en esos primeros años, los franceses que se acercaron a Gurdjieff. Un hombre inolvidable, Alexandre de Salzmann, se había unido a él en Tbilisi. Era pintor y decorador de teatro. Su mujer era francesa. Fue ella quien en lo sucesivo haría conocer el pensamiento de Gurdjieff en Francia y le traería los grupos a los cuales él transmitió su enseñanza, en París, después de cerrar el Prieuré.

A su llegada al Prieuré, Katherine Mansfield describe:

«... un viejo castillo muy bello, circundado por un parque admirable... Se atiende a los animales, se trabaja en el jardín, se hace música... debe uno despertar a las cosas, en vez de discurrir sobre ellas». Y más tarde: ...en tres semanas, siento que pasé años en la India, en Arabia, en Afganistán, en Persia... por cierto que no debe de haber otro lugar en el mundo en el cual se pudiera aprender lo que se aprende aquí».

La estancia de Katherine Mansfield en el Prieuré hizo correr mucha tinta.

«De la calumnia», escribía Pierre Schaeffer en Le Monde, «siempre queda algo. En lo que se refiere a Katherine Mansfield, por ejemplo,

a fuerza de repetirlo en caracteres de imprenta, terminarán por asociar la hospitalidad de Gurdjieff con el triste fin de la joven tísica».

Cuando Katherine Mansfield, ya muy enferma, pidió ser admitida en el Prieuré, Gurdjieff, conociendo la gravedad de su estado al principio se negó. Orage y los otros insistieron para que le fuera dada esta última alegría. Katherine Mansfield murió algunos meses más tarde en el Prieuré y Gurdjieff recibió en recompensa, tal como dice Ouspensky, «*su salario completo de mentiras y calumnias*».

Rene Daumal y Luc Dietrich son, entre los escritores franceses, aquellos a quienes la enseñanza de Gurdjieff nutrió más directamente. André Rousseau, tras haber reconocido que el valor de una influencia espiritual se mide por la calidad de las obras que ella inspira, escribe en el *Figaro Littéraire*: «*Si por ejemplo se nos probara que René Daumal debe realmente a Gurdjieff mucho de lo que estimamos y admiramos en él, nuestra admiración por Gurdjieff recibiría un gran refuerzo...*». De hecho, Daumal siguió, durante diez años, la enseñanza de Gurdjieff, y *Le Mont Analogue* dedicado a Alexandre de Salzmann, a través de quien Daumal había conocido a Gurdjieff, es una transposición poética muy transparente de la experiencia interior que Daumal y sus compañeros perseguían.

Tomas de posición apasionadas se produjeron pro o contra Gurdjieff algunos años después de su muerte, cuando su nombre, al llegar al público, fue empleado abusivamente por gente que no lo había conocido. Así nacieron unos absurdos, a los cuales, claro está, nadie aportó jamás ni un atisbo de prueba.

Gurdjieff no cerraba su puerta a nadie.

Interesaría saber cuáles fueron las impresiones profundas del arzobispo de Canterbury cuando pasó un fin de semana en el Prieuré, o las de Louis Jouvét cuando lo visitó en París.

Entre estos visitantes de domingo, vino también Denis Saurat, típico universitario, entonces director del Instituto Francés en el Reino Unido, que reencontraba allí a su amigo A. R. Orage. Denis Saurat, al venir al Prieuré, temía ante todo ser engañado, y le costó diez años o más «digerir» las múltiples impresiones que recibió ese día. Muchos años después, en una carta a Louis Pauwels, resumió así la impresión que había sacado de su entrevista con Gurdjieff: «*No soy de ninguna manera discípulo de Gurdjieff. El breve contacto que tuve con él me dejó la impresión de una poderosa personalidad humana, reforzada o dominada por una elevadísima espiritualidad moral y metafísica a la vez. Quiero*

decir que me pareció que sólo las más altas intenciones morales regían su conducta y que, por otra parte, sabía sobre el mundo espiritual cosas que pocos hombres conocen, y que era verdaderamente un maestro en el dominio de la inteligencia y del espíritu».

La única manifestación pública de Gurdjieff y de sus alumnos durante ese período fue una demostración de danzas sagradas y de «movimientos» que presentaron en el Théâtre des Champs Élysées en octubre de 1923. Esos ejercicios fueron presentados a la vez como una restitución de danzas de derviches y de ceremonias sagradas (de las cuales el autor había sido testigo en el curso de sus viajes por el Asia Central) y como un método de educación.

Los parisienses no estaban muy preparados para ver en unas danzas, aunque fuesen sagradas, otra cosa que un simple espectáculo. Si la danza era un lenguaje, hubieran querido que les dieran la clave.

Pero Gurdjieff, ignorando esas objeciones, iba a hacer afrontar a sus alumnos una prueba aún más difícil. Acompañado por cuarenta de ellos iba a llevar sus ideas a Nueva York, y a dar allí representaciones de sus «movimientos». Se embarcaron el 4 de enero de 1924.

En la prensa de esa época se encuentra el reportaje de dos series de representaciones que dio, una en el Neighborhood Playhouse y la otra en el Carnegie Hall.

Algunas semanas después de su regreso a Francia, Gurdjieff resultó gravemente herido en un accidente de automóvil y no recobró sus fuerzas sino lentamente. Viendo que sólo le quedaba poco tiempo para cumplir con la tarea que se había impuesto, cerró parcialmente el Instituto y se hizo escritor a fin de *«transmitir sus ideas en una forma accesible a todos»*.

Desde entonces, y durante varios años, escribir fue para él una obligación esencial. Sin embargo, jamás dejó de componer música, improvisando casi cada día, en una especie de armonio portátil, himnos, plegarias o melodías de inspiración kurda, armenia o afgana, que Thomas de Hartmann anotaba y transcribía. Esta música, sencilla y profunda, no es la parte menos sorprendente de su obra.

Se sometió al oficio de escritor con esa especie de habilidad artesanal que le había permitido en su juventud aprender tantos otros oficios.

Él mismo cuenta en el primer capítulo de los *Relatos de Belcebú a su nieto*, cuáles fueron las dificultades que halló desde el principio. Después de haber dudado, escogió escribir en ruso. Sus idiomas natales eran, además del griego, el armenio y el turco. Pensaba en persa. Bromeaba en ruso. Contaba chistes en inglés, *«con una simplicidad oriental que desconcertaba por su aparente ingenuidad»*. No ocultaba su desdén por las convenciones gramaticales, englobadas por él en el vasto

dominio de lo que llamaba, con acento cargado de ironía, «el buen tono». Y al contrario, sentía profundo interés por los giros de la sabiduría popular, y manejaba con gran destreza proverbios que atribuía al legendario Mulaj Nassr Eddin, incluso cuando eran de su propia cosecha.

Quienes se le acercaron durante ese período, a menudo lo vieron escribir hasta horas avanzadas de la noche, en el Prieuré, de viaje, sobre las mesas de los cafés de ciudades de provincia y, naturalmente, en el Café de la Paix, que era, según él decía, «su oficina». Añadía que cuando necesitaba una gran concentración, el ir y venir a su alrededor de seres humanos de todo tipo estimulaba su trabajo.

Apenas terminaba un capítulo lo hacía traducir rápidamente para leérselo a las personas que lo rodeaban, cuyas reacciones vigilaba. Instruido por esa experiencia, lo modificaba. Y repetía la prueba tantas veces como fuera necesario.

Escribió durante una decena de años. Bajo el título de *Del todo y de todo*², no fue tan sólo un libro lo que compuso, sino tres gruesos volúmenes, cuya aparente diversidad responde a su intención de transmitir sus ideas en tres etapas y bajo tres formas diferentes.

El primero, titulado *Relatos de Belcebú a su nieto o crítica objetivamente imparcial de la vida de los hombres*, tiene como meta, escribe él, «extirpar las creencias y opiniones arraigadas en el psiquismo de los hombres acerca de todo cuanto existe en el mundo».

Reserva para los lectores que hayan aceptado esa duda sobre sí mismos la segunda obra: *Encuentros con hombres notables*, con la que quiere «hacer conocer el material necesario para una reedificación, y probar la calidad y la solidez del mismo».

El tercero, titulado *La vida es real sólo cuando «Yo soy»*, tiene por objeto «favorecer en el pensar y el sentimiento del lector la aparición de una representación justa, no fantasiosa, del mundo real». Fue escrito para el reducido número de los que realmente se habían comprometido en su enseñanza.

Estaba en prensa en Estados Unidos el primero de los tres cuando murió Gurdjieff. Apareció sucesivamente en Nueva York³, Londres⁴, Viena⁵ y por fin en París⁶ en 1956.

2.- Título en español: *Del Todo y de Todo*.

3.- *All and Everything*, Hartcourt Brace.

4.- *All and Everything*, Routledge & Kegan Paul.

5.- *All und Alies*, Verlag der Palme.

6.- *Récits de Belzebuth a Petit-fils*, Editions Janus distribué par Denoël.

El segundo, que entregamos al público once años después de la muerte del autor, tendrá el mérito de aportar por primera vez ciertas precisiones sobre la parte hasta ahora más misteriosa de la vida de Gurdjieff.

Cuando Gurdjieff terminó de escribir, tras haber cerrado definitivamente el Prieuré, vino a residir en París. Empezó de nuevo, con un círculo de discípulos, franceses esta vez, la enseñanza directa, capaz de apelar a los medios de expresión más diversos, cuyo secreto él poseía.

Durante ese período fue con frecuencia a los Estados Unidos, exceptuando los años de la guerra, que pasó toda en París.

Murió en París el 29 de octubre de 1949.

La primera voz que se elevó algunos días después de su muerte vino de América. Era la del arquitecto Frank Lloyd Wright, que declaraba:

«Kipling dijo una vez que esos gemelos —se refería a Oriente y Occidente— nunca podrían entenderse. Pero en la vida de Gurdjieff, en su obra y en su palabra, hay una filosofía, salida de las profundidades de la sabiduría del Asia, hay algo que el hombre de Occidente puede comprender. Y en la obra de este hombre y en su pensamiento —en lo que hizo y en la manera cómo lo hizo— el Occidente encuentra verdaderamente al Oriente».

Nota de los traductores al francés

LA OBRA de Gurdjieff es múltiple. Pero, cualquiera que sea la forma a través de la cual él se exprese, su palabra es siempre una llamada.

Llama porque sufre por el caos interior en el cual vivimos.

Llama para hacernos abrir los ojos.

Nos pregunta por qué estamos aquí, qué es lo que queremos, a qué fuerzas obedecemos. Nos pregunta sobre todo si comprendemos lo que somos.

Quiere que lo cuestionemos todo.

Y porque insiste, y su insistencia nos obliga a contestar, se establece entre él y nosotros una relación que es parte integrante de su obra.

Durante casi cuarenta años esta llamada resonó con tanta fuerza que, desde todos los continentes, unos hombres acudieron a él.

Pero acercársele era siempre una prueba. Frente a él, toda actitud parecía artificial. Fuese ella de excesiva deferencia, o por lo contrario de pretensión, desde el primer instante se veía destrozada. Caída la actitud, no quedaba sino una criatura humana despojada de su máscara y sorprendida por un instante en toda su verdad.

Experiencia despiadada e imposible de soportar para algunos.

Éstos no le perdonaban haber sido desenmascarados y una vez fuera de su alcance, buscaban justificarse por todos los medios. Así nacieron las leyendas más extravagantes.

El propio Gurdjieff se divertía con esos cuentos. Llegaba incluso a provocarlos si era necesario, aunque no fuera sino para deshacerse de los simples curiosos, incapaces de comprender el sentido de su búsqueda.

En cuanto a los que habían sabido aproximarse a él y para quienes este encuentro había sido un acontecimiento decisivo, toda tentativa para describirlo les parecía irrisoria. Por eso los testimonios directos son tan raros.

Sin embargo, la persona misma de Gurdjieff es inseparable de la influencia que no ha dejado de ejercer. Es legítimo, pues, querer conocer lo que fue su vida, por lo menos en sus líneas esenciales.

Por eso, los alumnos de Gurdjieff han estimado necesario hacer públicos estos relatos, concebidos al principio para ser leídos en voz alta en un círculo restringido de alumnos y de invitados. Gurdjieff habla en ellos del período menos conocido de su existencia: su infancia, su adolescencia y las primeras etapas de su búsqueda.

Pero si Gurdjieff se relata, es para servir su verdadero designio. Vemos claramente que no se trata de una autobiografía en el sentido estricto de la palabra. Para él, el pasado no merece ser narrado sino en la medida en que es «ejemplar». Lo que él sugiere en estas aventuras no son ejemplos para imitar exteriormente, sino toda una manera de ser frente a la vida, que nos toca directamente y nos hace sentir una realidad de otro orden.

Porque Gurdjieff no era, no podía ser, solamente un escritor. Su función era otra.

Gurdjieff era un maestro.

Esta noción de maestro, tan corriente en Oriente, prácticamente no ha sido recibida en Occidente. No evoca nada preciso, su contenido es de lo más vago, por no decir sospechoso.

Digamos que, según los conceptos tradicionales, la función del maestro no se limita a la enseñanza de las doctrinas, sino que significa una verdadera encarnación del conocimiento, gracias a la cual el maestro puede provocar un despertar y, por su presencia misma, ayudar al alumno en su búsqueda.

Él está allí para crear las condiciones de una experiencia a través de la cual el conocimiento podrá ser «vivido», tan totalmente como sea posible.

Es la clave misma de la vida de Gurdjieff.

Al regresar a Occidente, trabaja sin descanso para constituir a su alrededor un círculo de hombres decididos a compartir con él una existencia enteramente dedicada al desarrollo de la conciencia. Él les expone sus ideas, anima y apoya su búsqueda y los lleva a la convicción de que, para ser completa, su experiencia debe ser realizada simultáneamente sobre todos los aspectos del ser humano: es la idea misma del «desarrollo armónico del hombre» de la cual él quería hacer la base de ese «Instituto» que durante muchos años se esforzó por construir.

Para alcanzar esta meta, Gurdjieff debió librar una lucha encarnizada a través de las dificultades acumuladas por la guerra, la revolución, el exilio, la indiferencia de unos y la hostilidad de otros.

A fin de dar al lector una idea de lo que fue esta lucha y de la ingeniosidad incansable que él desplegó para sostenerla, se ha insertado al final del libro un texto que inicialmente no le era destinado.

Es el relato que hizo él un día contestando a una pregunta aparentemente muy indiscreta, sobre el origen de los recursos del Instituto.

Esta sorprendente narración, publicada bajo el título LA CUESTIÓN MATERIAL, contribuye a hacernos comprender mejor cómo la existencia de un maestro y todo su comportamiento están sometidos al cumplimiento de su misión.

Introducción

HA PASADO un mes desde que terminé la primera serie de mis obras, un mes íntegro consagrado al reposo de las partes de mi «presencia general» subordinadas a mi razón pura.

Como dije¹, me había prometido no escribir ni una sola línea durante ese tiempo, y contentarme con beber suave y tranquilamente - para bienestar de la más merecedora de dichas partes— todas las botellas de añejo calvados que la voluntad del destino puso a mi disposición en la bodega del Prieuré, arreglada con gran esmero hace un centenar de años por hombres que comprendían el verdadero sentido de la vida.

Hoy mi decisión está tomada. Sin coacción alguna e incluso con gran placer, quiero ponerme a escribir otra vez —apoyado, claro está, por todas las fuerzas que ya me ayudaron-, y además, esta vez, por los resultados cósmicos, conforme a las leyes, que hacen afluir hacia mi persona, desde todas partes, los deseos benévolos que me envían con el pensamiento los lectores de los libros de la primera serie.

Me propongo dar al conjunto de las ideas que voy a exponer una forma accesible a todos, con la esperanza de que estas ideas puedan servir como elementos constructivos y preparar el consciente de las criaturas semejantes a mí, para la construcción de un mundo nuevo

1 • Véase el último capítulo de *Relatos de Belcebú a su nieto*.

—mundo real en mi opinión, y susceptible de ser percibido como tal, sin el menor impulso de duda, por todo pensar humano- en lugar de este mundo ilusorio que se representan nuestros contemporáneos.

De hecho, el pensamiento del hombre contemporáneo, sea cual fuere su nivel intelectual, no es consciente del mundo sino a partir de datos que desencadenan en él toda clase de fantásticos impulsos. Y estos impulsos, modificando a cada instante el ritmo de las asociaciones que se desarrollan sin cesar en él, desarmonizan completamente el conjunto de su funcionamiento. Incluso diría que todo hombre capaz de aislarse de las influencias de la vida ordinaria y de reflexionar de manera más o menos sana, debería horrorizarse ante las consecuencias de esa desarmonía, que llega incluso a comprometer la duración de su propia existencia.

Además, para dar un impulso a mi pensamiento y también al de usted, lector, y para comunicarle el ritmo necesario, quiero seguir el ejemplo del gran Belcebú e imitar a quien él veneraba como yo, y quizá como usted también, intrépido lector de mis obras, si es que tuvo usted el coraje de leer hasta el fin los libros de la primera serie. Tomando pues de nuestro querido Mulaj Nassr Eddin² su forma de pensamiento e incluso sus expresiones, abordaré ya, como diría este sabio entre los sabios, un «sutil problema filosófico».

Si decidí actuar así desde el principio, es porque tengo la intención de aprovechar tan a menudo como sea posible, en este libro y los siguientes, la sabiduría de ese maestro casi universalmente reconocido, y a quien, según ciertos rumores, se otorgaría por quien tiene el derecho de hacerlo, el título oficial de *Único en el Mundo*.

Ese sutil problema filosófico aparece ya en esa especie de perplejidad que no habrá dejado de invadir al lector desde las primeras líneas de este capítulo, si ha confrontado los numerosos datos sobre los cuales reposan sus mejor establecidas convicciones en materia médica con la idea de que yo, el autor de los *Relatos de Belcebú a su nieto*, aun cuando el funcionamiento de mi organismo no se había restablecido por completo después del accidente que casi me costó la vida -lo cual no me ha impedido sostener un esfuerzo continuo para exponer mis ideas y transmitirlas a los demás con la mayor exactitud posible- haya podido realizar un reposo enteramente satisfactorio gracias al uso generoso de alcohol, en forma de añejo calvados o algún otro de sus admirables primos, todos ellos llenos de fuerza viril.

2.- Figura legendaria en numerosos países del Cercano Oriente, Mulaj Nassr Eddin encarna la sabiduría popular.

A decir verdad, para resolver sin error el sutil problema filosófico así planteado de improviso, se debería también poder juzgar de manera equitativa el hecho de que no me atuve estrictamente a la palabra que me había dado de beber todo el viejo calvados que me quedaba.

De hecho, en ese período consagrado a mi descanso, me fue imposible, a pesar de todo mi automático deseo, limitarme a esas quince botellas de viejo calvados y tuve que combinar su elixir sublime con el de doscientas otras botellas de verdadero añejo armagnac, también de aspecto encantador y de contenido no menos sublime, a fin de que este conjunto de sustancias cósmicas pudieran bastar a mi consumo personal, así como a toda la tribu de los que llegaron a ser, en el curso de los últimos años, mis inevitables asistentes en esta clase de ceremonias.

El veredicto que se pronunciara a mi respecto debería también tener en cuenta el hecho de que desde el primer día abandoné mi hábito de beber el armagnac en vasos de licor, para hacerlo en vasos de té. Y fue por instinto, según me parece, como operé este cambio, sin duda para que pudiera, una vez más, triunfar la verdadera justicia.

Ignoro cómo se las arregla usted, valeroso lector, pero en cuanto a mí, mi pensamiento ya encontró su ritmo, y puedo ahora, sin violentarme, ponerme de nuevo a sofisticar.

Entre otras cosas, me propongo introducir en esta segunda serie siete sentencias llegadas a nosotros desde el fondo de las edades gracias a inscripciones que tuve ocasión de descifrar en diversos monumentos en el transcurso de mis viajes, y en las cuales nuestros remotos antepasados habían expresado ciertos aspectos de la verdad objetiva, perceptibles para toda razón humana, incluso la de nuestros contemporáneos.

Para empezar, tomaré una que podrá servir muy bien de punto de partida a las exposiciones que seguirán, y constituirá además un excelente lazo de unión con la conclusión de la primera serie.

La antigua sentencia que escogí como tema de este primer capítulo se formula así:

«Sólo merecerá el nombre de hombre, y sólo podrá contar con algo preparado para él desde Lo Alto, quien haya sabido adquirir los datos necesarios para conservar indemnes el lobo y el cordero que han sido confiados a su cuidado».

Ahora bien, el análisis filológico llamado «psico-asociativo» al cual esta sentencia de nuestros antepasados ha sido sometida hoy día por ciertos verdaderos sabios —que nada tienen en común, claro está, con los que viven en el continente de Europa— demuestra claramente que

la palabra *lobo* simboliza el conjunto del funcionamiento fundamental y reflejo del organismo humano, y la palabra *cordero*, el conjunto del funcionamiento del sentimiento. En cuanto al funcionamiento del pensar humano, está representado aquí por el hombre mismo —el hombre capaz de adquirir en el curso de su vida responsable, por sus esfuerzos conscientes y sus sufrimientos voluntarios, los datos que confieren el poder de crear siempre condiciones que hagan posible una existencia común para estas dos vidas individuales, extrañas la una a la otra, y de naturalezas distintas.

Sólo tal hombre puede esperar hacerse digno de poseer lo que está designado en esta sentencia como si hubiese sido preparado para él desde Lo Alto, y que de una manera general está destinado al hombre.

Es interesante notar que entre los numerosos enigmas a los cuales los diferentes pueblos de Asia recurren a menudo por hábito automático, y que necesitan soluciones llenas de malicia, hay uno -donde el lobo y la cabra (en lugar del cordero) desempeñan también su papel que corresponde bien, según mi opinión, a la misma esencia de nuestra sentencia.

La pregunta que plantea este sagaz enigma es la siguiente: ¿cómo un hombre que tiene bajo su cuidado un lobo, una cabra y además esta vez una col, podrá transportarlos de un borde de un río al otro, si se considera por una parte que no puede llevar consigo en su barca sino una sola de estas tres cargas, y que por otra parte, sin su constante vigilancia y su influencia directa, el lobo siempre puede comerse a la cabra, y la cabra a la col?

La solución correcta de este enigma popular exige no sólo que nuestro hombre dé prueba del ingenio propio de todo ser normal sino también que no sea perezoso y no escatime sus fuerzas, porque para lograr su propósito tendrá que atravesar el río una vez más.

Si volvemos al profundo significado de nuestra primera sentencia, teniendo en cuenta la enseñanza que trae la solución correcta de este enigma popular, y si reflexionamos haciendo abstracción de todos aquellos prejuicios que, en el hombre contemporáneo, no son sino el producto de sus «ideas huecas», se nos hace imposible no admitir con el entendimiento y no reconocer con el sentimiento que todo ser que se da el nombre de hombre debe imponerse a su pereza inventando sin cesar nuevos compromisos, luchar contra las debilidades que descubrió en sí mismo, a fin de llegar a la meta que se fijó y conservar indemnes estos dos animales independientes que fueron confiados al cuidado de su razón, y que son, por su esencia misma, opuestos uno a otro.

Estimando que la víspera había terminado con lo que llamé mis «sofisticaciones para dar un impulso a mi pensamiento», reuní esta mañana todos los apuntes redactados durante los dos primeros años de mi actividad de escritor, con la intención de servirme de ellos como material para el principio de esta segunda serie, y fui a sentarme en el parque, bajo los árboles de una alameda histórica, para trabajar allí. Después de releer las dos o tres primeras páginas, olvidando cuanto me rodeaba, caí en una profunda meditación. Interrogándome sobre la manera de seguir, y lleno de los pensamientos que esto me sugería, me quedé allí, sin escribir una sola palabra, hasta el anochecer.

Estaba tan absorto en mis reflexiones que no me di cuenta ni una sola vez que la menor de mis sobrinas, que tenía como tarea que el café árabe al que siempre recorro en mis momentos de intensa actividad física o mental no se enfriara demasiado en mi taza, vino ese día, como lo supe más tarde, a cambiarlo veintitrés veces.

Para que usted pueda apreciar toda la gravedad de esa meditación y representarse, aunque fuese aproximadamente, en qué difícil situación me encontraba, debo decirle que tras haber leído aquellas páginas y haber recordado por asociación el contenido íntegro de los manuscritos de los que quería servirme como introducción, tuve clara noción de que todo aquello sobre lo cual me había encarnizado durante tantas noches insomnes ya no convenía a mi finalidad, dados los cambios y adiciones que había hecho a la redacción definitiva de los libros de la primera serie.

Cuando lo comprendí, experimenté durante casi media hora ese estado que Mulaj Nassr Eddin define así: *sentirse hundido en el zueco hasta la raíz de los pelos*; luego acepté la situación y decidí rehacer este capítulo de cabo a rabo. Sin embargo, seguía por automatismo rememorando toda suerte de frases de mi manuscrito, y de repente recordé un pasaje en el que, al querer explicar por qué me mostraba tan despiadado en mi crítica de la literatura contemporánea, había introducido ciertas reflexiones sacadas del discurso de un viejo letrado persa que recordaba haber oído en mi infancia, y que describía de la mejor manera, según mi opinión, las características de la civilización contemporánea.

Estimé entonces imposible privar al lector de las reflexiones hábilmente disimuladas entre las líneas de este pasaje, porque para aquel que supiera descifrarlas constituirían un material que permitiría una comprensión justa de lo que me proponía explicar en las últimas dos series, bajo una forma accesible a todo *buscador de la verdad*.

Estas consideraciones me llevaron a preguntarme cómo hacer para dar a mi exposición la forma que exigían en adelante las importantes

modificaciones aportadas a los libros de la primera serie, sin privar por ello al lector de estas reflexiones.

Con toda evidencia lo que había redactado en los dos primeros años de este oficio de escritor, que me había visto forzado a adoptar, ya no correspondía a lo que era necesario ahora.

De hecho, yo entonces había escrito casi todo de un solo golpe en una forma concisa comprensible sólo para mí, con la intención de desarrollar en lo sucesivo todo ese material en treinta y seis libros, de los cuales cada uno estaría consagrado a un asunto especial. En el curso del tercer año había dado al conjunto de lo que había así sumariamente esbozado una forma accesible, si no para todos, por lo menos para los que estuvieran ya familiarizados con un pensar abstracto. Pero como poco a poco me hice más hábil en el arte de ocultar pensamientos serios bajo giros agradables, fáciles de comprender, y de asociar a los pensamientos cotidianos de la mayoría de los hombres contemporáneos ciertas ideas *que no pueden ser percibidas sino con el tiempo*, ví que debía adoptar el partido exactamente contrario del que hasta entonces había tomado: en vez de tratar de alcanzar con la cantidad de obras la meta que me había propuesto, en adelante debía llegar a ella por su sola calidad. Y volví a tomar desde el principio la exposición de todo lo que había esbozado, con la intención, esta vez, de repartirlo en tres series, que a su vez serían divididas en varios libros.

Estaba, pues, ese día, sumergido en una meditación profunda teniendo presente y bien fresca en la memoria la sabia sentencia de la víspera, que aconsejaba esforzarse siempre para que el lobo quedara saciado e indemne el cordero.

Pero cuando, al caer la noche, la famosa humedad de Fontainebleau, atravesando mis suelas, hubo afectado incluso mi facultad de pensar, mientras que desde arriba gentiles criaturas de Dios, llamadas pajarillos, provocaban cada vez con más frecuencia sobre mi cráneo liso una sensación de frescura, de repente surgió en mí la decisión categórica de no tener en cuenta a nadie ni a nada y de insertar en este primer capítulo —a título de desarrollo digresivo, como dirían los escritores patentados— sin dejar de pulirlos antes, todos los fragmentos que me gustaban de este manuscrito destinado primeramente a servir de introducción a uno de los treinta y seis libros. Tras lo cual me pondré otra vez a escribir conformándome estrictamente al principio adoptado para las obras de esta serie.

Esta solución tendrá una doble ventaja. Evitará a mi cerebro, ya suficientemente agotado sin eso, nuevas tensiones superfluas y permitirá a los lectores, sobre todo a aquellos que hubieran leído mis escritos

anteriores, descubrir la opinión, *objetivamente imparcial*, que puede formarse en el psiquismo de ciertos hombres que han recibido por azar una educación más o menos normal, respecto a las manifestaciones de los eminentes representantes de la civilización contemporánea.

En esta introducción, destinada originalmente al trigésimo libro y titulada «Por qué me hice escritor»; hablaba de las impresiones acumuladas en mí en el curso de mi vida y sobre las cuales se funda la opinión poco halagadora que me hago de los representantes de la literatura contemporánea. Como dije ya, reproducía con tal propósito el discurso que había oído en mi juventud, durante mi primera visita a Persia, un día que asistía a una reunión de intelectuales en la que se discutía la cultura contemporánea.

Entre los que más hablaron ese día se hallaba el viejo intelectual persa al que aludí antes —intelectual no en el sentido europeo de la palabra, sino en el sentido que se le da en el continente de Asia, es decir, no sólo por el saber sino por el ser. Era también muy instruido y tenía un conocimiento profundo de la cultura europea.

Entre otras cosas dijo:

—Es muy lamentable que el período actual de la cultura -eso que denominamos y que será, por supuesto, también denominado por las generaciones por venir «la civilización europea»— sea, en el proceso general del perfeccionamiento humano, por así decirlo, un intervalo vacío y estéril. Y esto es así, porque con respecto al desarrollo de la mente -ese motor esencial del perfeccionamiento de sí- los representantes de nuestra civilización no pueden legar nada valioso a sus descendientes.

»Así, uno de los principales medios de desarrollo de la inteligencia es la literatura.

»Pero ¿para qué puede servir la literatura de la civilización contemporánea? Absolutamente para nada, sino para la propagación de la *palabra putanizada*.

»La razón fundamental de esta corrupción de la literatura contemporánea se debe, en mi opinión, a que toda la atención se concentró poco a poco, por sí misma, no ya sobre la calidad del pensamiento ni tampoco sobre la exactitud de su transmisión, sino solamente sobre una tendencia a la *caricia exterior*, en otros términos a la *belleza del estilo*, para dar a fin de cuentas lo que llamé la *palabra putanizada*.

»Y, de hecho, le sucede a cualquiera pasarse un día entero en leer un grueso volumen sin saber lo que el autor quiere decir y descubrir sólo hacia el final, tras haber perdido un tiempo precioso, ya demasiado breve para hacer frente a las obligaciones de la vida, que toda esta música descansaba sobre una ínfima idea, nula por así decir.

»Toda la literatura contemporánea puede ser repartida, según su contenido, en tres categorías: la primera abarca lo que se llama el dominio científico, la segunda consiste en relatos, y la tercera, en descripciones.

»En los libros científicos se desarrollan largas consideraciones sobre toda clase de viejas hipótesis conocidas por todos desde hace mucho tiempo, pero combinadas cada vez y luego expuestas y comentadas de manera un tanto diferente.

»En los relatos, o como también se dice en las novelas, que llenan volúmenes enteros, se nos cuenta, la mayoría de las veces sin perdonarnos un detalle, cómo un tal Pedro Pérez y una tal Juana Sánchez han llegado por fin a satisfacer su *amor* -este sentimiento sagrado que ha degenerado poco a poco en los hombres a causa de su debilidad y de su falta de voluntad, hasta llegar a ser un vicio definitivo en nuestros contemporáneos, mientras que la posibilidad de una manifestación natural de este sentimiento nos había sido dada por el Creador para la salvación de nuestras almas y el sostén moral recíproco que requiere una existencia colectiva más o menos feliz.

»En cuanto a los libros de la tercera categoría, nos ofrecen descripciones de la naturaleza, de animales, de viajes y aventuras en los países más diversos. Las obras de este género están generalmente escritas por personas que nunca han ido a ninguna parte, y por consiguiente nunca han visto nada real, en fin, gente que, como se dice, no ha salido nunca de su gabinete. Salvo raras excepciones, dejan simplemente las riendas sueltas a su imaginación, o bien transcriben diversos fragmentos, también muy fantasiosos, tomados de los libros de sus antecesores.

»Reducidos a esta miserable comprensión de la responsabilidad y del alcance real de la obra literaria, los escritores actuales, en su persecución exclusiva de la belleza del estilo, se libran a veces a increíbles elucubraciones, con el solo fin de obtener la *exquisita sonoridad de la rima*, como ellos dicen, acabando así por destruir el sentido, ya bien débil de por sí, de todo cuanto habían escrito.

»Pero por extraño que pueda parecerles, nada daña tanto a la literatura contemporánea como las gramáticas —digo las gramáticas particulares de cada pueblo que toman parte en lo que llamaré el *concierto general catastrófico* de la civilización contemporánea.

»Estas gramáticas, en la mayoría de los casos, están artificialmente constituidas y los que las inventaron, así como los que siguen modificándolas, pertenecen a una categoría de hombres completamente

ignaros en cuanto a la comprensión de la vida real y del lenguaje que de allí proviene para las relaciones mutuas.

»Por el contrario, en los pueblos de las épocas pretéritas, la verdadera gramática, como nos lo demuestra muy claramente la historia, se formó poco a poco, por la vida misma, conforme con las diversas fases de su desarrollo, con las condiciones climáticas de su principal lugar de existencia y con las formas predominantes que tomaba en ellos la búsqueda de la comida.

»En el mundo contemporáneo, la gramática de ciertos idiomas ha llegado a desnaturalizar hasta tal punto el verdadero sentido de lo que uno desea expresar, que el lector de las obras literarias de hoy -sobre todo si es extranjero- se ve privado de las últimas posibilidades de captar aunque sólo fueran las minúsculas ideas que puedan encontrarse allí todavía, las que, expuestas en otra forma, es decir, sin aplicación de esta gramática, quizá habrían permanecido comprensibles.

»A fin de aclarar lo que acabo de decir —prosiguió el viejo letrado persa-, tomaré como ejemplo un episodio de mi propia vida.

»Como ustedes saben, de todos mis allegados por la sangre no me quedó sino un sobrino que, por haber heredado hace algunos años una explotación de petróleo en los alrededores de Bakú, se vio forzado a ir a vivir allá.

»Yo mismo voy de vez en cuando a esa ciudad, porque, dedicado a sus numerosos negocios, mi sobrino casi no puede ausentarse para venir a ver a su viejo tío al país que nos vio nacer a los dos.

»El distrito de Bakú, donde se encuentra dicha explotación, se halla actualmente bajo la dependencia de los rusos, que constituyen una de las grandes naciones de la civilización contemporánea y, como tales, producen abundante literatura.

»Pero la mayoría de los habitantes de Bakú y de sus alrededores pertenecen a tribus que no tienen nada en común con los rusos; en su vida familiar emplean el dialecto materno, pero para sus relaciones exteriores se ven obligados a usar el idioma ruso.

»En el curso de mis estancias allí, tuve que relacionarme con toda clase de gente por diversas razones personales, y resolví aprender ese idioma.

»Ya había tenido que estudiar muchos idiomas en mi vida, y estaba, pues, muy adiestrado. Por eso el estudio del ruso no presentaba para mí ninguna dificultad; fui rápidamente capaz de hablarlo corrientemente, pero, claro está, a la manera de los habitantes de la región, con un acento y giros un poco rústicos.

»Puesto que he llegado a ser en cierta forma un *lingüista*, encuentro necesario observar aquí que es imposible pensar en un idioma

extranjero, aun conociéndolo a la perfección, mientras uno sigue hablando su idioma materno o un idioma en el cual se acostumbró a pensar.

»Por consiguiente, a partir del momento en que pude hablar ruso, siguiendo a la vez pensando en persa, me puse a buscar en mi cabeza las palabras rusas correspondientes a mis pensamientos persas.

»Y encontrándome a veces en la imposibilidad de expresar exactamente en ruso los más sencillos y los más cotidianos de nuestros pensamientos, fui sorprendido por ciertos absurdos al principio inexplicables en este idioma civilizado contemporáneo.

»Esta comprobación me interesó, y como entonces estaba libre de cualquier obligación, emprendí el estudio de la gramática rusa, y después de la gramática de otros idiomas en uso entre los diferentes pueblos contemporáneos.

»Así comprendí la verdadera razón de los absurdos que había notado, y pronto adquirí, como acabo de decirlo, la firme convicción de que las gramáticas de los idiomas empleados por la literatura contemporánea fueron totalmente inventadas por gente que, en cuanto a sus conocimientos reales, estaban muy por debajo del nivel de los hombres comunes.

»Para ilustrar en forma más concreta lo que acabo de explicar, citaré, entre las numerosas incoherencias que me habían llamado la atención desde el principio en este idioma civilizado, la que me determinó a estudiar a fondo este asunto.

»Un día que hablaba ruso, y traducía como de costumbre mis pensamientos por giros de palabras a la manera persa, tuve necesidad de una expresión que nosotros los persas empleamos a menudo en la conversación, la de *mian-diaram*, que en castellano se traduce por *yo digo* y en inglés por */ say*. Pero a pesar de todos mis esfuerzos para descubrir en mi memoria alguna palabra que le correspondiera en ruso, no pude encontrar una sola, a pesar de que ya conocía y era capaz de pronunciar fácilmente casi todas las palabras de este idioma, utilizadas sea en la literatura, sea en las relaciones ordinarias, por hombres de todos los niveles intelectuales.

»Al no encontrar la expresión correspondiente a estas sencillísimas palabras, tan a menudo empleadas por nosotros, creí primeramente, claro está, que no la conocía aún, y me puse a buscar en mis numerosos diccionarios, luego a preguntar a diferentes personas que se tenían por competentes, la palabra rusa que tradujera mi pensamiento persa, pero resultó que no existía y que en su lugar se usaba una expresión cuyo sentido es el de nuestro *mian-soií-yaram*, que equivale al castellano *yo hablo* o al inglés */ speak*; o sea, *ia govoriú*.

»A ustedes, que son persas, y que, para digerir el sentido contenido en las palabras, tienen una forma de pensamiento muy parecida a la mía, les pregunto ahora: ¿será posible a un persa, leyendo en ruso una obra de literatura contemporánea, no sentirse instintivamente indignado cuando, al encontrar una palabra que expresa el sentido contenido en *soiŭ-yaram*, se da cuenta de que debe darle el sentido que corresponde a *diaram*? Es evidentemente imposible: *soil-yaram* y *diaram*, o en castellano *hablar* y *decir*, son dos actos sentidos de manera completamente diferente.

»Este pequeño ejemplo es muy característico de los miles de absurdos que se encuentran en los idiomas de esos pueblos que representan lo que se llama la *flor de la civilización contemporánea*. Y son estos absurdos los que impiden a la literatura actual ser uno de los principales medios de desarrollo de la inteligencia en los pueblos *civilizados* —así como también en otros pueblos que por ciertas razones (que toda persona con sentido común olfatea ya) están privados de la dicha de ser considerados como civilizados, e incluso son, la historia lo atestigua, tratados corrientemente de *atrasados*.

»Como consecuencia de numerosas incoherencias del idioma empleado por los literatos contemporáneos, todo hombre que lee u oye una palabra empleada de manera incorrecta, como en el ejemplo que acabo de dar, si está dotado de un pensar más o menos normal y sabe dar a las palabras su verdadero significado -y sobre todo si pertenece a uno de esos pueblos excluidos de entre los que representan la civilización actual- percibirá inevitablemente el sentido general de la frase de acuerdo con esta palabra impropia y, para terminar, comprenderá algo completamente distinto de lo que la frase quería expresar.

»A pesar de que la facultad de captar el sentido contenido en las palabras difiere según los pueblos, los datos que permiten percibir las experiencias repetidas que forman la trama de la existencia están constituidos en todos los hombres en forma idéntica por la vida misma.

»La ausencia en este idioma civilizado de una palabra que exprese exactamente el sentido de la palabra persa *diaram*, que tomé como ejemplo, confirma más mi convicción, en apariencia infundada, de que los advenedizos iletrados de hoy, que se titulan letrados, y para colmo son considerados como tales por quienes los rodean, han llegado a transformar en un *ersatz* alemán incluso el idioma elaborado por la vida.

»Es necesario decirles que después de haber emprendido el estudio de este idioma civilizado contemporáneo, así como de varios otros, para hallar la causa de las numerosas incoherencias que en ellos se

encontraban, resolví, como tenía inclinación por la filología, estudiar igualmente la historia de la formación y del desarrollo del idioma ruso.

»Ahora bien, estas investigaciones históricas me proporcionaron la prueba de que este idioma otrora había poseído, también, para cada una de las experiencias ya fijadas en el proceso de la vida de los hombres, una palabra exactamente correspondiente, pero que después de haber alcanzado en el curso de los siglos un alto grado de desarrollo, se tornó a su vez en objeto apenas bueno para *afilar el pico de los cuervos*, es decir, un tema escogido para las sofisticaciones de diversos advenedizos iletrados. Tanto fue así que numerosas palabras fueron deformadas, o incluso terminaron por caer en el olvido, porque no correspondían a las exigencias de la gramática civilizada. Entre estas últimas se encontraba justamente la palabra correspondiente a nuestro *diaram*, y que se pronunciaba *skazivaiu*.

»Es interesante notar que esta palabra se ha conservado incluso hasta nuestros días, pero sólo la emplea, y en su exacto sentido, gente que a pesar de pertenecer a la misma nación se había encontrado por casualidad aislada de la influencia de la civilización contemporánea, o dicho de otro modo, los habitantes de algunas aldeas alejadas de todo centro de cultura.

»Esta gramática artificialmente inventada, cuyo estudio es impuesto por todas partes a las jóvenes generaciones, es una de las principales causas de que en los europeos actuales se desarrolle uno solo de los tres datos indispensables para la adquisición de una sana inteligencia, el pensamiento, que tiende a tomar el primer puesto en la individualidad. Ahora bien, como todo hombre capaz de reflexionar normalmente debe saberlo, sin el sentimiento y el instinto, la verdadera comprensión accesible al hombre no podría constituirse.

»Para resumir lo que se acaba de decir sobre la literatura de la civilización contemporánea, no puedo hallar definición mejor que la siguiente: carece de alma.

»La civilización contemporánea ha destruido el alma de la literatura, como la de toda cosa a la cual dedicó su benevolente atención.

»Mi crítica despiadada de este resultado de la civilización contemporánea se justifica tanto más cuanto que, si se cree en los datos históricos más seguros que nos han llegado de la más remota antigüedad, la literatura de las antiguas civilizaciones poseía realmente todo lo necesario para favorecer el desarrollo de la inteligencia humana, hasta el punto de que su influencia todavía se hace sentir sobre las generaciones actuales.

»En mi opinión, se puede perfectamente transmitir la quintaesencia de una idea por medio de anécdotas y de refranes elaborados por la vida misma.

»Así pues me serviré, para expresar la diferencia entre la literatura de las civilizaciones de antaño y la de hoy, de una anécdota muy conocida entre nosotros, en Persia, con el nombre de *Conversación de dos gorriones*.

»Se cuenta que un día, sobre la cornisa de una alta casa, se hallaban dos gorriones, uno viejo, el otro joven.

»Discutían un acontecimiento que se había hecho para los gorriones la cuestión candente del día: el ecónomo del Mulaj había tirado por la ventana, en el lugar donde los gorriones se juntaban para jugar, algo semejante a residuos de avena, pero que en realidad sólo era corcho desmenuzado, y algunos jóvenes inexpertos, que se habían abalanzado sobre él, casi habían reventado.

»Mientras hablaba, el viejo gorrión se erizó de repente, y, con una mueca dolorosa, se puso a buscar bajo su ala a los piojos que lo torturaban -esos piojos que invaden a los gorriones cuando no comen lo suficiente-; luego, tras haber atrapado uno, dijo con un profundo suspiro: «¡Así es!, los tiempos han cambiado, la vida es dura hoy para nuestros hermanos. En otros tiempos, te posabas en cualquier parte sobre un techo, como nosotros en este momento, y dormitabas, muy tranquilo, cuando de repente un ruido se levantaba en la calle, un estrépito, unos crujidos, y no tardaba en esparcirse un olor que te llenaba de alegría, pues podías estar seguro de que volando a los lugares donde todo eso se había producido, encontrarías con qué satisfacer tu necesidad más esencial.

»Hoy, ruido, crujidos, estrépito, por cierto no es lo que falta, y a cada instante también se expande un olor, pero esta vez un olor casi imposible de soportar, y si por azar uno toma vuelo, por vieja costumbre, en los momentos de calma, en busca de algo sustancial, por más que busque y tienda su atención no encuentra más que trazas nauseabundas de aceite quemado.»

»Este relato alude, como seguramente lo habrá advertido usted, a los antiguos coches con sus caballos, y a los automóviles actuales, los cuales, como decía el viejo gorrión, producen chirridos, escándalo y olor, e incluso más que antes, pero todo eso sin ninguna utilidad para la comida de los gorriones.

»Y, sin comer, admitirá usted que es difícil incluso para un gorrión engendrar una descendencia sana.

»Esta anécdota ilustra de manera ideal la diferencia que he querido hacer resaltar entre la civilización contemporánea y las civilizaciones de épocas pasadas.

»La civilización moderna, al igual que las antiguas, dispone de la literatura para servir al perfeccionamiento de la humanidad, pero hoy, en este dominio como en todos los demás, no hay nada utilizable para esa meta esencial. Todo no es sino exterior. Todo no es, como decía el viejo gorrión, sino ruido, escándalo y olor nauseabundo.

»Para todo hombre imparcial, esta vista sobre la literatura actual puede ser confirmada de manera indiscutible por el hecho de que existe una diferencia evidente en el grado de desarrollo del sentimiento en la gente que ha nacido en el continente de Asia y ha pasado allí toda su vida, y en los que, nacidos en Europa, han sido educados allí, en las condiciones de la civilización contemporánea.

»De hecho, como lo han comprobado numerosos contemporáneos, en los hombres que viven hoy en el continente asiático, y quienes debido a diversas condiciones, geográficas y de otras clases, están aislados de la influencia de la civilización actual, el sentimiento conoce un desarrollo muy superior al de los pueblos de Europa; y dado que el sentimiento es la base misma del sentido común, estos hombres, a pesar de tener menos conocimientos generales, tienen un concepto más justo del objeto al cual prestan su atención que aquellos que representan la flor y nata de la civilización moderna.

»En un europeo, la comprensión del objeto observado no puede hacerse si no posee al respecto una *información matemática* completa, mientras que la mayoría de los asiáticos *capta* por así decir la esencia del objeto observado, a veces con su solo sentimiento, y otras veces incluso con su solo instinto».

En este punto de su discurso, el viejo letrado persa abordó un asunto por el cual se interesa hoy en día la mayoría de los europeos preocupados en instruir e ilustrar al pueblo.

Dijo:

—Durante algún tiempo los pueblos de Asia fueron cautivados por la literatura europea, pero no tardaron en sentir la nulidad de su contenido y poco a poco dejaron de prestarle interés. Hoy, ya casi no se la lee.

»Nada contribuyó más, según mi opinión, a esta creciente indiferencia, que la especie de literatura que ha tomado el nombre de *novela*.

»Estas famosas novelas consisten, como dije antes, en descripciones interminables de las diversas formas de evolución de una enfermedad

que se declara en nuestros contemporáneos y se prolonga bastante tiempo a causa de su debilidad y de su falta de voluntad.

»Los asiáticos, que todavía no se han alejado mucho de la madre Naturaleza, consideran en su consiente que ese estado psíquico que aparece en las personas de los dos sexos es un estado vicioso, indigno del hombre en general, y particularmente envilecedor para el sexo masculino, y por instinto lo miran con desprecio.

»En cuanto a las obras pertenecientes a las ramas científicas y descriptivas de la literatura europea, o a toda otra forma de pensamiento didáctico, el oriental, menos disminuido en su facultad de sentir, es decir, al haber permanecido más cerca de la Naturaleza, experimenta medio conscientemente y siente instintivamente la ausencia completa en su autor de todo conocimiento de lo real y de toda comprensión verdadera del objeto de que trata en sus obras.

»Tales son las razones por las cuales los pueblos de Asia, tras haber manifestado gran interés por la literatura europea, han dejado poco a poco de concederle la menor atención, hasta el punto de que hoy no le reservan ya lugar alguno; mientras que en Europa, en las bibliotecas privadas y públicas y en las librerías, los anaqueles se desploman bajo el número creciente de los libros diariamente editados.

»Pero sin duda debe usted preguntarse cómo es posible conciliar lo que acabo de decir con el hecho de que actualmente los asiáticos, en su inmensa mayoría, son, propiamente hablando, simples iletrados.

»A esto le responderé que la razón esencial de la falta de interés suscitada por la literatura contemporánea reside en sus propios defectos.

»Yo mismo he visto cómo centenares de iletrados se agrupan alrededor de un solo letrado para escuchar la lectura de las Santas Escrituras o la de las *Mil y una noches*.

»Naturalmente, usted me objetará que los cuentos que escuchan están sacados de su misma vida, y que eso los hace comprensibles e interesantes para ellos. Pero allí no está la cosa: esos textos, y los cuentos en particular, son verdaderas obras literarias en toda la acepción de la palabra.

»Quienquiera que los lea o los escuche siente que todo allí es pura fantasía, pero fantasía conforme con la verdad, a pesar de que los diferentes episodios sean inverosímiles con relación a las condiciones ordinarias de la vida de los hombres. El interés se despierta en el lector o en el oyente: maravillado por la sutileza con que el autor comprende el psiquismo de los hombres de toda casta a su alrededor, sigue con intensa curiosidad la forma en la cual su cuento se construye poco a poco a partir de pequeños acontecimientos de la vida real.

»Las exigencias de la civilización contemporánea han engendrado además una forma muy específica de la literatura, llamada *periodismo*.

»No puedo dejar de hablar de esa nueva forma literaria, porque, aparte del hecho de que no trae absolutamente nada bueno para el desarrollo de la inteligencia, se convirtió, según mi opinión, en el mal de este tiempo, en el sentido de que ejerce la influencia más funesta sobre las relaciones mutuas de los hombres.

»Esta especie de literatura se ha difundido mucho en estos últimos tiempos, y tengo la firme convicción de que es así porque corresponde, en la mejor forma posible, a las debilidades y a las exigencias que determina en los hombres su creciente falta de voluntad. Termina así por atrofiar la última posibilidad de adquirir los datos que les permitían hasta entonces tomar más o menos conciencia de su individualidad real -único medio de llegar al *recuerdo de sí*, factor éste absolutamente indispensable para el proceso de perfeccionamiento de sí.

»Para decirlo todo, esta literatura cotidiana, sin principios, aísla completamente el pensamiento de los hombres de su individualidad, de manera que la conciencia moral, que todavía aparecía en ellos de vez en cuando, deja ahora de tomar parte en su pensamiento. Y desde ese momento están privados de los datos que hasta entonces les habían asegurado una existencia más o menos soportable, aunque sólo fuera en el dominio de las relaciones recíprocas.

»Para desdicha de todos, esta clase de literatura, que invade cada año más la vida corriente de los hombres, hace sufrir a su inteligencia, ya bastante debilitada, un debilitamiento todavía peor, pues la entrega sin resistencia a toda clase de engaños y errores los hace perderse a cada paso, los desvía de cualquier modo de pensar, mal que bien fundado, y en vez de un juicio sano, estimula y fija en ellos ciertas tendencias indignas tales como: incredulidad, rebelión, miedo, falsa vergüenza, disimulo, orgullo, y así sucesivamente.

»A fin de describirle sumariamente todo el daño que hace al hombre esta nueva forma de literatura, le contaré varios acontecimientos desencadenados por la lectura de los periódicos, y de cuya realidad no tengo duda, ya que el azar quiso que yo participara en ellos.

»En Teherán, uno de mis amigos íntimos, un armenio, me había designado al morir como su ejecutor testamentario.

»Tenía un hijo, ya de alguna edad, que se veía obligado por sus negocios a vivir con su numerosa familia en una gran ciudad europea.

»Ahora bien, al día siguiente de una comida fatal, fueron hallados todos muertos, él y todos los miembros de su familia. En calidad de

albacea testamentario, tuve que ir inmediatamente al lugar de este horrible acontecimiento.

»Supe que, en los días anteriores, el padre de esta desdichada familia, había leído en uno de los periódicos que recibía un largo reportaje sobre una chacinería modelo, donde se preparaba con una limpieza sin igual unas salchichas hechas, según decían, a base de productos garantizados como verdaderos.

»Al mismo tiempo, él no podía abrir ese periódico, al igual que cualquier otro, sin encontrarse con anuncios que recomendaban esa nueva chacinería.

»Por fin, la tentación se hizo irresistible, y a pesar de que no le gustaban mucho las salchichas —como tampoco a ninguno de los suyos, porque habían sido educados en Armenia, donde no se come chacinería— no pudo impedirse comprarlas. La misma noche cenaron con ellas y se envenenaron todos.

»Sorprendido por este extraordinario acontecimiento, logré luego, con ayuda de un agente de la policía secreta, descubrir lo siguiente:

»Cierta firma importante había adquirido a muy bajo precio un enorme lote de salchichas destinadas al extranjero, las que, a causa de un atraso en la expedición, no habían sido aceptadas. Para deshacerse lo más pronto posible de esas existencias, dicha firma no había escatimado el dinero a los reporteros a quienes había confiado el cuidado de esa maléfica campaña en los periódicos.

»Otro ejemplo:

»En el curso de una de mis estancias en Bakú, yo mismo leí, varios días seguidos, en la prensa local que recibía mi sobrino, largos artículos cuyas columnas ocupaban por lo menos la mitad del periódico, y que se extasiaban con muchos detalles sobre los méritos y las proezas de una célebre actriz.

»Se hablaba de ella con tanta insistencia y exaltación, que incluso yo, hombre viejo, me inflamé, y una noche, dejando de lado todos mis negocios y renunciando a mis hábitos, fui al teatro para verla.

»¿Y qué cree usted que vi? ¿Algo que respondiera más o menos a lo que se escribía sobre ella en esos artículos que llenaban la mitad del periódico...?

»Nada semejante.

»En el curso de mi vida había encontrado numerosos representantes de este arte, malos y buenos, y puedo decir sin exagerar que hacía mucho tiempo que se me consideraba como experto en la materia.

»Pues, incluso sin ostentar mis conceptos personales sobre el arte, sino situándome en un sencillo punto de vista ordinario, debo reconocer que no había visto nunca nada comparable con esta celebridad... en cuanto a la ausencia de talento y la falta de las más elementales nociones sobre la manera de interpretar un papel.

»En todas sus manifestaciones sobre el escenario había una falta tal de presencia, como se dice, que personalmente, incluso en un impulso altruista, no hubiese confiado a esa estrella el papel de ayudante de cocina en mi casa.

»Como lo supe luego, cierto industrial de Bakú —el tipo mismo del gran refinador de petróleo, accidentalmente enriquecido- había dado a varios reporteros una buena suma, prometiendo duplicarla si lograban hacer una celebridad de su amada, hasta entonces camarera en casa de un ingeniero ruso, y a la cual dicho industrial había seducido en ocasión de sus visitas de negocios.

»Otro ejemplo más:

»Leía de vez en cuando, en un periódico alemán muy conocido, largos panegíricos a la gloria de un pintor, y ellos me hicieron pensar que dicho artista era una especie de fenómeno en el arte contemporáneo.

»Como mi sobrino se había hecho construir una casa en la ciudad de Bakú, y había decidido, en vista de su matrimonio, hacerse arreglar un interior suntuoso, le aconsejé no cicatear y hacer venir a ese famoso artista para dirigir los trabajos de decoración y pintar algunos frescos. (No ignoraba que ese año él había tenido la gran suerte de perforar varios pozos petrolíferos de gran producción, que permitían esperar un rendimiento aun mejor.) Así, de sus enormes gastos, por lo menos sus descendientes aprovecharían, ya que recibirían en herencia los frescos y otras obras de aquel incomparable maestro.

»Eso fue lo que hizo mi sobrino. Él mismo salió a buscar a ese ilustre artista europeo. Y llegó de pronto el gran pintor, arrastrando consigo toda una comitiva de asistentes y obreros y, según me parece, incluso su propio harén -en el sentido europeo de la palabra, claro está. Y, sin apresurarse, puso manos a la obra.

»El resultado del trabajo de esta celebridad contemporánea fue que, primeramente, la boda se aplazó, y en segundo lugar tuvieron que gastar bastante dinero para poner todo en buen estado y luego hacer pintar y decorar las paredes de una manera más conforme a la verdadera pintura, por simples artesanos, persas esta vez.

»En el caso presente, hay que hacer justicia a los periodistas: de manera casi desinteresada ayudaron a ese pintorcillo a hacer su carrera, *por* simple camaradería, como modestos escritorzuelos que eran.

»Como último ejemplo les contaré una sombría historia cuyo responsable es uno de los pontífices de esta especie particularmente perniciosa de literatura contemporánea.

»Cuando vivía en la ciudad de Jorasán, encontré un día, en casa de un amigo común, a dos recién casados europeos, y entablé amistad con ellos.

»Se detuvieron varias veces en Jorasán, pero siempre por muy poco tiempo.

»Viajando acompañado por su joven mujer, mi nuevo amigo reunía observaciones y se dedicaba a análisis para determinar los efectos de la nicotina de diversos tabacos sobre el organismo y el psiquismo de los hombres.

»Al reunir en varios países de Asia todas las informaciones que necesitaba, regresó a Europa con su esposa, y se puso a escribir una importante obra en la que exponía las conclusiones de sus investigaciones.

»Pero, falta de experiencia, la joven esposa todavía no había aprendido a vislumbrar la eventualidad de los «días negros», y durante esos viajes había agotado todos sus recursos. Así, se vio obligada, para permitir a su esposo terminar su libro, a trabajar como mecanógrafa en una gran casa editorial.

»Esa casa era frecuentada por cierto crítico literario, el cual la encontraba allí a menudo. Se enamoró de ella, como se dice, o sencillamente deseoso de satisfacer su concupiscencia, trató de entablar relaciones con ella. Pero ella, mujer honesta y que conocía su deber, no cedió a sus insinuaciones.

»Mientras en esta fiel esposa de un marido europeo triunfaba la moral, este típico individuo contemporáneo, sucio en todos los sentidos, nutría, con tanta mayor fuerza cuanto que su concupiscencia quedaba insatisfecha, el deseo de venganza habitual en esa gente, hasta tal punto que llegó, por sus intrigas, a hacerle perder su trabajo sin el menor motivo. Luego, cuando el esposo hubo terminado y publicado su libro, este crítico se puso a escribir, por rencor, en los periódicos donde colaboraba e incluso en otros periódicos y revistas, toda una serie de artículos en los que daba del libro una interpretación completamente falsa. En suma, lo desacreditó, hasta tal punto que fue un fracaso rotundo, es decir, que nadie se interesó por el libro ni lo compró.

»Las intrigas de uno de esos malévolos representantes de una literatura sin principios tuvieron esta vez como resultado empujar a un

honrado investigador a poner fin a sus días. Cuando hubo agotado todos los recursos y no tuvo ni con qué comprar pan para él y su querida esposa... después de ponerse de acuerdo, ambos se ahorcaron.

»Por la influencia que les otorga su autoridad de escritores sobre la masa de hombres ingenuos y fáciles de sugestionar, los críticos literarios son, en mi opinión, mil veces más nocivos que todos esos granujas babosos de reporteros.

»Por ejemplo: yo conocía a un crítico musical que en toda su vida no había tocado un solo instrumento de música y que, por consiguiente, no tenía ninguna comprensión práctica de la música, ni sabía lo que es un sonido, ni la diferencia que hay entre las notas do y re. Sin embargo, las anomalías inherentes a la civilización contemporánea le habían permitido ocupar el puesto responsable de crítico musical y llegar a ser una autoridad para los lectores de un periódico en plena prosperidad y cuya difusión era considerable. Sus juicios completamente ignoros terminaron por inocular a *los* lectores opiniones definitivas, cuando la música hubiera podido ser para ellos lo que es en realidad: una fuente de comprensión correcta de uno de los aspectos del conocimiento.

»El público nunca sabe quién escribe. Sólo conoce el periódico, el cual pertenece a un grupo de negociantes experimentados.

»¿Qué saben en realidad los que escriben en *esos* periódicos, y qué pasa entre los bastidores de la redacción? El lector lo ignora por completo. Por eso toma todo lo que encuentra en los periódicos por dinero efectivo.

»Mi convicción se reforzó a este respecto, *estos* últimos tiempos, hasta hacerse más sólida que una roca —y todo hombre capaz de pensar de manera más o menos imparcial puede hacer la misma comprobación: los que se esfuerzan en desarrollarse con los medios que les ofrece la civilización contemporánea adquieren, a lo sumo, una facultad de pensar digna del primer invento de Edison, y no desarrollan dentro de sí mismos, en cuanto a sensibilidad, sino lo que Mulaj Nassr Eddin hubiera llamado *la sutileza de sentimiento de una vaca*.

»Los representantes de la civilización contemporánea, hallándose en un grado muy inferior de desarrollo moral y psíquico, son, como *los* niños que juegan con el fuego, incapaces de medir la fuerza con la cual se ejerce la influencia de la literatura sobre la masa de la gente.

»Si puedo creer en la impresión que saqué del estudio de la historia antigua, las élites de las civilizaciones de antaño nunca hubieran permitido que semejante anomalía siguiera tanto tiempo.

»Lo que digo puede ser, por otra parte, confirmado por informaciones que nos han llegado sobre el interés que tenían por la *literatura cotidiana* los dirigentes de nuestro país, no hace aún mucho tiempo, en la época en que nos contábamos entre las grandes potencias, es decir, la época en que Babilonia nos pertenecía y era sobre la tierra el único centro de cultura unánimemente reconocido.

»Según esas informaciones, también existía allí una prensa cotidiana, en forma de papiros impresos, en cantidad limitada, claro *está*. Pero en *esos* órganos literarios no podían colaborar sino hombres de edad y calificados, conocidos de todos por sus méritos auténticos y su vida honrada. Incluso existía una regla según la cual esos hombres no eran admitidos para cumplir con su cargo sino después de prestar juramento. Llevaban entonces el título de «colaboradores juramentados», como existen hoy en día jurados, expertos juramentados, etc.

»En nuestros días, por el contrario, cualquier boquirrubio puede hacerse reportero, con tal de que sepa expresarse lindamente y, como se dice, literariamente.

»He aprendido pues a conocer bien el psiquismo de estos productos de la civilización contemporánea que inundan con sus elucubraciones esos periódicos y revistas, y pude evaluar su *ser* porque durante tres o cuatro meses tuve ocasión de estar junto a ellos todos los días en la ciudad de Bakú, y tener con ellos frecuentes conversaciones.

»Me encontraba en Bakú, pasando el invierno en casa de mi sobrino. Un día, varios jóvenes vinieron a pedirle una de las grandes salas de la planta baja de su casa —donde anteriormente había tenido la intención de establecer un restaurante— para celebrar allí las reuniones de su *Nueva Sociedad de Literatos y Periodistas*.

»Mi sobrino aceptó al instante esta petición y, a partir del día siguiente, esos jóvenes se reunieron todas las noches en su casa para realizar lo que llamaban sus asambleas generales y sus debates científicos.

»Los extranjeros eran admitidos en ellos, y como yo no tenía nada que hacer por las noches y mi cuarto estaba junto a la sala de reuniones, iba con frecuencia a escuchar sus discursos. Al poco tiempo varios de ellos me dirigieron la palabra y poco a poco se establecieron entre nosotros amistosas relaciones.

»La mayoría de ellos, aún muy jóvenes, eran débiles y afeminados. En algunos los rasgos fisonómicos revelaban que sus padres probablemente se habían dedicado al alcoholismo u otras pasiones debidas a la falta de voluntad, o bien que se entregaban a malos hábitos ocultos.

»A pesar de que Bakú sea una ciudad pequeña, comparada con la mayoría de las grandes ciudades de la civilización contemporánea, y

que las muestras de humanidad que allí se reunían no eran sino «aves de bajo vuelo», no tengo ningún escrúpulo en generalizar poniendo a todos sus colegas en el mismo saco.

»Y me siento con derecho a ello porque más tarde, durante mis viajes por Europa, a menudo encontré representantes de esta literatura contemporánea y siempre me produjeron la misma impresión: la de asemejarse entre sí como dos gotas de agua.

»No diferían sino por su grado de importancia, que dependía del órgano literario en que colaboraban, es decir, del renombre y de la difusión del periódico o de la revista que publicaba sus elucubraciones, o bien de la solidez de la firma comercial a la que pertenecía dicho órgano, con todos sus obreros literarios.

«Muchos se titulaban, no se sabe por qué, «poetas». Hoy en día, en Europa, cualquiera que escriba un breve absurdo de este tipo:

*Verde mimosa azul
es la rosa
la divina pose de Lisa
es como el llanto de la acacia*

recibe de quienes lo rodean el título de poeta y no faltan los que hacen figurar este título en sus tarjetas de visita.

»En estos obreros del periodismo y de la literatura contemporánea, el *esprit de corps* está muy desarrollado: se apoyan mutuamente y se alaban en toda ocasión en forma inmoderada.

«Incluso me parece que este rasgo es la causa principal de su proliferación, de su falsa autoridad sobre la masa y de la adulación inconsciente y servil que manifiesta la multitud por quienes podrían ser calificados, con la conciencia tranquila, de perfectas nulidades.

»En estas asambleas, uno de ellos subía a la tarima para leer, por ejemplo, algo en el estilo de los versos que acabo de citar; o bien para examinar por qué el ministro de tal o cual estado, en el curso de un banquete, se había expresado sobre algún asunto de tal manera y no de tal otra. Luego el orador terminaba casi siempre su discurso con una declaración de este tipo:

Cedo la palabra a esta incomparable luz de la ciencia de nuestro tiempo, Fulano de Tal, llamado a nuestra ciudad por un asunto de suma importancia, y que tuvo la amabilidad de querer asistir a nuestra asamblea. Tendremos ahora la dicha de oír su adorable voz.

»Y cuando, a su turno, esta **celebridad subía a la tarima**, tomaba la *palabra* en los siguientes términos:

Señoras, señores:

Mi colega fue tan modesto como para llamarme una celebridad...

(Dicho sea de paso no había podido oír lo que decía su colega puesto que venía del cuarto vecino cuya puerta estaba cerrada.) *A decir verdad, comparado con él no soy digno ni de sentarme en su presencia.*

No soy yo la luz, sino él: no solamente es conocido en nuestra gran Rusia sino en el mundo civilizado en su totalidad. Su nombre será pronunciado con exaltación por nuestros descendientes, y nadie olvidará nunca lo que hizo por la ciencia y el bien de la humanidad. Si este dios de la verdad vive hoy en esta ciudad insignificante, no es por azar, según parece, sino por razones importantes, que sólo él conoce. Su verdadero lugar no está entre nosotros, está al lado de las antiguas divinidades del Olimpo...

»Y sólo después de *este* preámbulo la nueva celebridad pronunciaba algunos absurdos, sobre un tema como *éste*: por qué los sirikitsi declararon la guerra a los parnakalpi.

«Después de estas asambleas científicas, había siempre una cena regada con vino barato. Muchos introducían rápidamente en sus bolsillos algunos entremeses -uno una rueda de salchicha, otro un arenque con un pedazo de pan— y si por casualidad alguien era sorprendido, decía negligentemente: *«Es para mi perro: el picaro tiene sus costumbres, siempre espera su parte cuando regreso tarde a casa»*.

»Al día siguiente se podía leer en todos los periódicos locales el resumen de la velada y de los discursos, redactado en un estilo increíblemente ampuloso, sin que se mencionara, claro está, la modestia de la cena ni el hurto de los trozos de salchichón... para el perro...

»Y esa gente es la que escribe en los periódicos sobre toda clase de verdades y de descubrimientos científicos. El lector ingenuo, que no ve a los escritores ni conoce su modo de vivir, se forja una opinión sobre los acontecimientos y las ideas conforme a las chocheras de esos literatos que no son ni más ni menos que hombres enfermos e inexpertos, completamente ignorantes del verdadero sentido de la vida.

«Salvo muy raras excepciones, en todas las ciudades de Europa, los que escriben libros o artículos en los periódicos son precisamente *estos* jóvenes botarates que se hicieron tales a causa de su herencia y de sus debilidades específicas.

»Para mí, no cabe sombra de duda: entre todas las causas de las anomalías de la civilización contemporánea, la más evidente, la que ocupa el lugar predominante, es precisamente esta literatura periodística, por la acción desmoralizante y perniciosa que ejerce sobre el psiquismo de los hombres. Por otra parte, *estoy* profundamente asombrado de que nunca ningún «detentador de poder» Jo haya advertido, y de que cada estado consagre quizá más de la mitad de su presupuesto a mantener una policía, prisiones, ayuntamientos, iglesias, hospitales, etc., así como a pagar innumerables funcionarios, sacerdotes, médicos, agentes de propaganda, etc. con el solo fin de salvaguardar la integridad física y moral de sus ciudadanos, y no gasta ni un céntimo ni emprende cosa alguna para destruir hasta sus raíces esta causa evidente de toda suerte de crímenes y de 'malentendidos.»

Así terminaba el discurso del viejo letrado persa.

Ahora bien, valiente lector (que sin duda ya no sabe muy bien sobre qué pie bailar), después de transcribir este discurso —y si lo hice es porque expresa, a mi parecer, una idea muy instructiva e incluso provechosa para la mayoría de nuestros contemporáneos que tienen la ingenuidad de considerar la civilización moderna incomparablemente superior a las precedentes en lo que atañe al desarrollo de la razón humana— me veo al fin libre para terminar esta introducción y pasar a la revisión del material destinado a la presente serie de mis obras.

En el momento de repasar estos textos a fin de darles una forma que sea accesible a todos, se me ocurre la idea de hacer que mi trabajo concuerde con el sabio consejo recordado a menudo por nuestro gran Mulaj Nassr Eddin:

«Esfuérzate siempre y en todo, por obtener a la vez lo útil para los demás y lo agradable para ti mismo».

De la primera mitad de este juicioso consejo de nuestro venerado maestro no tengo por qué inquietarme: lo que me propongo introducir en esta serie responde plenamente a ello. En cuanto a obtener lo agradable para mí mismo, espero lograrlo exponiendo mis ideas bajo una forma que me permita de ahora en adelante llevar una existencia más o menos soportable, y no la que conocí antes de mi actividad de escritor.

Para hacer comprensible lo que entiendo por eso, debo decir que después de todos mis viajes a Asia y a África —continentes en los cuales, no se sabe por qué, mucha gente comenzó a interesarse hace más o

menos medio siglo— se me consideraba casi en todas partes como un mago y como un experto en cuestiones del más allá.

De suerte que todos los que me conocían se creían con derecho a venir a molestarme para satisfacer su curiosidad acerca de *este* más allá, o bien para obligarme a darles detalles sobre mi vida personal o referirles alguna de mis aventuras de viaje.

Y por cansado que estuviese tenía absolutamente que contestar algo, de lo contrario se ofendían y luego, animados por sentimientos hostiles hacia mí, esparcían palabras malévolas, buscando desacreditarme tanto personalmente como en mis actividades.

He aquí por qué resolví, al revisar el material destinado a esta serie, exponerlo bajo forma de relatos separados, en los cuales se incluirían ciertas ideas susceptibles de responder a muchas preguntas que a menudo me fueron formuladas. Así, cuando de nuevo tenga que habérmelas con estos descarados ociosos, podré indicarles simplemente tal o cual capítulo capaz de satisfacer su curiosidad automática, lo cual me permitirá hablar con algunos de ellos según su modo habitual, es decir, sólo siguiendo el curso de las asociaciones, y dar así a mi pensar activo el reposo indispensable para el cumplimiento consciente y honesto de mis obligaciones cotidianas.

Entre las preguntas que me hacían hombres de toda clase y de todos los niveles de instrucción, las que se repetían con más frecuencia, según recuerdo, eran las siguientes:

- 1º - ¿Qué hombres notables había yo encontrado?
- 2º - ¿Qué maravillas había visto en Oriente?
- 3º - ¿Tiene el hombre un alma, y es esa alma inmortal? •
- 4º - ¿Es libre la voluntad del hombre?
- 5º - ¿Qué es la vida y por qué existe el sufrimiento?
- 6º - ¿Creía yo en las ciencias ocultas y en el espiritismo? 7º - ¿Qué es el hipnotismo, el magnetismo, la telepatía? 8º - ¿Cómo fui llevado a interesarme en tales asuntos? 9º - ¿Cómo había llegado a concebir mi sistema y a ponerlo en práctica en el Instituto que lleva mi nombre?

Decidí entonces presentar esta serie en capítulos separados, bajo forma de relatos, como otras tantas respuestas a la primera de las preguntas que a menudo me hacían: «¿Qué hombres notables había yo encontrado?». En el curso de estos relatos dispondré, según un principio de sucesión lógica, todas las ideas que quería hacer conocer en esta serie de mis obras, a fin de que sirvan de *material preparatorio constructivo*, y

contestaré al mismo tiempo a todas las demás preguntas. En fin, la sucesión de los relatos será conducida de manera que haga resaltar los contornos exteriores de mi autobiografía.

Antes de ir más lejos, creo necesario definir la expresión «hombre notable», pues ha tomado como todas las demás entre los hombres de hoy un sentido relativo y puramente subjetivo.

Por ejemplo, un hombre que ejecuta unos trucos difíciles también es, para la mayoría de la gente, un hombre notable -y este hombre notable deja de serlo a sus ojos cuando conocen el secreto de sus trucos.

Para definir lo que se puede considerar como notable, diré simplemente, sin extenderme más, a qué personas aplico, por mi parte, esta expresión.

Desde mi punto de vista, sólo puede ser llamado *notable* el hombre que se distingue de los que lo rodean por los recursos de su espíritu y porque sabe contener las manifestaciones provenientes de su naturaleza, mostrándose al mismo tiempo justo e indulgente hacia las debilidades de los demás.

Como el primer hombre de ese género que me fue dado conocer y cuya influencia dejó una huella sobre toda mi vida era mi padre, empezaré por él...

Mi padre

DURANTE todo el fin del último siglo y en los primeros años de éste, mi padre había ganado gran popularidad como *ashoj*, es decir, como narrador y poeta. Era conocido con el nombre de Adash, y aunque no era un profesional sino un simple aficionado, su reputación se extendía a lo lejos entre los habitantes de numerosas comarcas de Transcaucasia y de Asia Menor.

El nombre de *ashoj* designa en todos esos lugares, en Asia y en la península de los Balcanes, a los bardos locales que componen, recitan o cantan poemas, canciones, leyendas, cuentos populares e historias de toda clase.

Los hombres de antaño que se consagraban a esta carrera, aunque casi siempre eran «iletrados» y ni siquiera habían frecuentado en la infancia la escuela del pueblo, no por eso dejaban de poseer una memoria y una vivacidad de espíritu tan extraordinarias que hoy parecerían algo prodigioso.

No sólo se sabían de memoria innumerables relatos y poemas, a veces muy largos, y cantaban las melodías más variadas, sino que también se dedicaban, según su «inspiración subjetiva», a improvisaciones sobre temas conocidos, sabiendo con sorprendente rapidez cambiar de compás en el momento debido y encontrar la rima.

Se buscarían hoy en vano hombres tan dotados.

Ya se decía, en mi infancia, que cada día eran más escasos.

Sin embargo me fue dado conocer a varios de los más célebres de aquel tiempo, y los rostros de esos *ashojs* se grabaron profundamente en mi memoria.

Es a mi padre a quien debo el haber tenido la oportunidad de oírlos, porque a veces me llevaba consigo a los torneos donde de vez en cuando se presentaban para enfrentarse *poetas-ashojs* de diversos países. Llegaban de Persia, de Turquía, del Cáucaso e incluso de algunas regiones del Turquestán y, frente a una considerable asistencia, luchaban en justas de improvisaciones y cantos.

Generalmente las cosas transcurrían así:

Uno de los que participaban en el torneo, cuyo nombre era sorteado, al improvisar una melodía hacía a su adversario una pregunta sobre un tema religioso o filosófico, o bien sobre el sentido y origen de alguna leyenda, tradición o creencia conocida. El otro contestaba, improvisando a su vez una melodía, y esta melodía subjetiva debía siempre armonizar con la anterior, tanto por la tonalidad como por lo que la verdadera ciencia musical denomina su *sucesión ansapalniana de ecos*.

Cantaban todo en versos, en el idioma turco-tártaro, adoptado entonces como idioma común por la mayoría de los pueblos de esas regiones, cuyos dialectos eran todos diferentes.

Estos torneos se prolongaban semanas enteras, a veces incluso meses. Y terminaban con la distribución de las recompensas otorgadas por consentimiento unánime, a los cantores que más se habían destacado. Los premios consistían a menudo en ganado, alfombras u otros objetos de valor ofrecidos por los asistentes.

Fui testigo, en mi infancia, de tres de estas grandes competencias. La primera tuvo lugar en Turquía, en la ciudad de Van; la segunda, en Azerbaidyan, en la ciudad de Karabaj; y la tercera, en el pequeño burgo de Subatán, en el distrito de Kars.

En Alexandropol y Kars, las dos ciudades donde vivió mi familia, mi padre muy a menudo era invitado a veladas, a las cuales acudía la gente para oírlo recitar y cantar.

En el curso de esas veladas, él narraba, a pedido de la asistencia, una u otra de estas innumerables leyendas, o bien cantaba algún poema dialogado cuyos papeles interpretaba alternativamente.

La noche entera era a veces demasiado corta para terminar el relato, de suerte que se reunían de nuevo al día siguiente.

La víspera de los domingos y de los días de fiesta, como nosotros los niños teníamos derecho a no levantarnos temprano al día siguiente, mi padre tenía la costumbre de contarnos un cuento, sea sobre los grandes pueblos de la antigüedad o acerca de hombres notables, sea

sobre Dios, la naturaleza y toda clase de maravillas misteriosas. Y siempre terminaba con algún cuento de las *Mil y una noches*, de los cuales conocía tantos que con seguridad hubiera podido contárnoslos durante mil y una noches.

Entre las fuertes impresiones dejadas por los cuentos de mi padre, las cuales han impreso su marca sobre toda mi vida, hay una que me sirvió más tarde, y quizá no menos de cinco veces, de «factor espiritualizante», abriéndome una comprensión de lo incomprensible.

Esta fuerte impresión que más tarde me serviría de factor espiritualizante, cristalizó en mí un día que mi padre nos había cantado y narrado la *Leyenda del diluvio de antes del diluvio*, y que una discusión había estallado al respecto entre él y uno de sus amigos.

Esto ocurría en la época en que la imperiosa presión de las circunstancias había obligado a mi padre a tomar el oficio de carpintero.

Dicho amigo venía a menudo a visitarlo en su taller, y los dos hombres pasaban a veces la noche entera tratando de descifrar el sentido de antiguas leyendas y proverbios.

Este amigo de mi padre era por cierto el arcipreste de la catedral militar de Kars, el Padre Borsh, el hombre que pronto llegaría a ser mi primer maestro, el creador y autor de mi individualidad actual, dicho en otra forma, *la tercera faz de mi Dios interior*.

En la noche de la discusión, me hallaba yo en mi taller, como también mi tío, que había venido de una aldea vecina donde poseía grandes huertos y viñedos.

Estábamos tranquilamente sentados en un rincón, mi tío y yo, sobre suaves virutas, escuchando a mi padre que cantaba esa noche la leyenda del héroe de Babilonia, Guilgamesh, y nos explicaba su significado.

La discusión empezó cuando él terminó el canto XXI de esta leyenda, en el cual un tal Ut-Napishtim cuenta a Guilgamesh la destrucción por las aguas de la tierra de Shurupak.

Después de una pausa para llenar su pipa, mi padre dijo que esta leyenda se remontaba, según él, a los sumerios, pueblo aún más antiguo que los babilonios, leyenda que con seguridad estaba en la fuente del relato del diluvio en la Biblia de los hebreos, y en el origen del concepto cristiano del mundo; sólo los nombres fueron cambiados, como también algunos detalles de los distintos lugares.

El Padre Borsh opuso inmediatamente algunas objeciones, con el apoyo de numerosos datos contrarios, y la discusión no tardó en acalorarse, hasta el punto de olvidar mandarme a la cama, como siempre lo hacían en *casos* parecidos.

Estábamos tan interesados por esta controversia, mi tío y yo, que permanecimos sin movernos sobre las virutas hasta la hora en que, por despuntar el alba, mi padre y su amigo pusieron fin a su discusión y se separaron.

Ese canto XXI fue tantas veces repetido esa noche que se me grabó en la memoria para toda mi vida.

Decía así:

*Yo te revelaré, Guilgamesh,
Un triste misterio de los dioses:
Cómo se reunieron un día
Para decidir inundar la tierra de Shurupak.
Eya de ojos claros, sin decirle nada a Anu, su **padre**,
Ni al Señor, el gran Enlil,
Ni al que esparce la felicidad, Nemuru,
Ni siquiera al príncipe del mundo subterráneo, Enu.
Llamó junto a sí a su hijo Ubaretut
Y le dijo: «Hijo, construye una nave con tus manos,
Lleva contigo a tus allegados,
Y los cuadrúpedos y las aves de tu preferencia,
Porque los Dioses han decidido irrevocablemente
Inundar la tierra de Shurupak».*

Esta discusión —sobre un tema tal, entre estos dos hombres que habían vivido de manera relativamente normal hasta avanzada edad, gracias a los datos depositados en mí durante mi infancia por las fuertes impresiones que recibí de ella— produjo resultados bienhechores para la formación de mi individualidad.

Por otra parte no tuve conciencia de ello sino muy recientemente, justo antes de la Guerra Mundial; pero desde entonces esos resultados no dejaron de ser para mí el *factor espiritualizante* de que he hablado.

El choque inicial, que a través de mis asociaciones mentales y emocionales originó esta toma de conciencia, fue este simple hecho:

Un día leí en una revista un artículo donde decían que habían descubierto en las ruinas de Babilonia algunas tablillas que llevaban inscripciones que tenían por lo menos cuatro mil años, según el decir de los sabios. La revista reproducía las inscripciones mismas y daba su traducción; era la leyenda del héroe Guilgamesh.

Cuando comprendí que se trataba de esta misma leyenda, que tantas veces había oído contar a mi padre en mi infancia, y sobre todo cuando hallé en ese texto, en una forma casi idéntica a la del relato de

mi padre, ese famoso canto XXI, me sentí arrebatado por un fuerte «sobrecogimiento interior». Como si en adelante mi destino dependiera de ello. Por otra parte me impresionaba el hecho, aún inexplicable para mí, de que esa leyenda hubiera podido ser transmitida durante miles de años por generaciones de *ashojs* sin que su forma se alterara.

Después de este evento, cuando los benéficos resultados de las impresiones depositadas en mí desde mi infancia por los relatos de mi padre se hicieron por fin evidentes -resultados que cristalizaron en mi ser ese factor espiritualmente capaz de abrirme a la comprensión de lo que en general parece incomprensible—, lamenté muchas veces haber esperado tanto para conceder a esas antiguas leyendas la enorme importancia que verdaderamente tienen, tal como lo comprendo hoy.

Otra leyenda que mi padre cantaba sobre ese mismo *diluvio de antes del diluvio* tomó después de esto un significado para mí muy particular.

Allí se decía que hace mucho, muchísimo tiempo, setenta generaciones antes del último diluvio —y cada generación contaba por cien años—, en el tiempo en que el mar estaba donde hoy se halla la tierra, y la tierra donde hoy se halla el mar, existía una gran civilización cuyo centro se encontraba en la isla de Janinn, la que a su vez era el centro de la tierra.

Y esta isla de Janinn, como me enseñaron otros datos históricos, estaba situada aproximadamente en el lugar donde hoy se encuentra Grecia.

Los únicos sobrevivientes de ese diluvio eran algunos miembros de una cofradía llamada *Imastun*¹, que por sí sola representaba a toda una casta.

Esos hermanos *imastun* en aquel tiempo estaban diseminados por toda la tierra, pero el centro de su cofradía permanecía en esa isla.

Esos hombres eran sabios. Estudiaban, entre otras cosas, la astrología, y justo antes del diluvio se habían diseminado por toda la tierra con el fin de poder observar los fenómenos celestes bajo diferentes ángulos. Pero, pese a que las distancias que los separaban eran a veces considerables, seguían siempre en constante comunicación entre sí, como también con el centro de su comunidad, a la que mantenían al corriente de sus investigaciones por medios telepáticos. , ,

1.- *Imastun* en antiguo armenio significaba «sabio». Era también el título que se daba a los personajes notables de la historia, como el rey Salomón, cuyo nombre, aún hoy, va precedido de este título.

Para lograrlo se servían de pitonisas a las que utilizaban como aparatos receptores. Sumidas en trance, ellas captaban y anotaban inconscientemente todas las informaciones que los *imastun* les transmitían. Según el punto desde el cual recibían las informaciones, las pitonisas las inscribían en uno de los cuatro sentidos convenidos. Más precisamente, transcribían de arriba abajo las comunicaciones que les enviaban los países situados al este de la isla; de derecha a izquierda, las que recibían de los países situados al sur; de abajo arriba, las que llegaban de Occidente (donde en ese entonces se hallaba la Atlántida y, más lejos, la América actual); y de izquierda a derecha, las que eran transmitidas desde las regiones donde actualmente se encuentra Europa.

Y ahora, ya que en el curso lógico de exposición de este capítulo consagrado a la memoria de mi padre fui llevado a hablar de su amigo, mi primer maestro, el Padre Borsh, me parece indispensable describir aquí un procedimiento imaginado por esos dos hombres llegados al umbral de la vejez después de una existencia normal, que se habían impuesto la obligación de preparar para una vida responsable al inconsciente muchacho que entonces era yo, y que merecieron, por su actitud honrada e imparcial hacia mí, representar hoy para mi esencia, después de tantos años, *dos de las faces de la divinidad de mi Dios interior*. Este procedimiento, cuando más tarde tuve la capacidad de comprenderlo, me pareció un medio muy original de desarrollo mental y de perfeccionamiento de sí.

Lo llamaban *Katusilia*, término que deriva de la antigua lengua asiria, si no me equivoco, y que sin duda mi padre había tomado de una leyenda.

He aquí en qué consistía:

Uno de ellos hacía bruscamente al otro una pregunta, a primera vista por completo fuera de lugar. El otro, sin darse prisa, daba con la mayor calma y gran serenidad una respuesta lógica y plausible. Por ejemplo, una noche en que yo estaba en el taller, mi futuro maestro entró de pronto y sin tomarse ni siquiera el tiempo de sentarse, preguntó a mi padre: «¿Dónde está Dios en este momento?».

Mi padre le contestó con gravedad:

—*Dios está en este momento en Sarykamish.*

Sarykamish es una región arbolada, situada en la frontera de la antigua Rusia y de Turquía, famosa en toda Transcaucasia y Asia Menor por la extraordinaria altura de sus pinos.

Y el viejo sacerdote preguntó:

—Pues, ¿qué hace Dios allá?

Contestó mi padre que Dios construía allí unas escaleras dobles en cuya cúspide había puesto la felicidad, con el fin de que individuos y naciones enteras pudieran subir y bajar por esas escaleras.

Preguntas y respuestas se sucedían en esa forma, con un tono comedido y tranquilo, como si uno de ellos hubiese preguntado: «¿Cuánto valen las patatas hoy?», y el otro contestado: «Este año la cosecha fue mala». Sólo más tarde comprendí la riqueza de pensamiento que se ocultaba bajo tales diálogos.

Muy a menudo tenían conversaciones de este tipo, hasta tal punto que un extraño los hubiera tomado seguramente por viejos chochos o pobres locos en libertad, cuyo lugar normal hubiera sido el asilo.

Muchas preguntas y respuestas que en aquel entonces me parecían sin sentido, luego tomaron para mí profundo significado, cuando problemas del mismo orden se me plantearon, y sólo entonces comprendí la enorme importancia que tenían para los dos ancianos.

Mi padre tenía un concepto claro, sencillo y perfectamente definido de la finalidad de la vida humana. Me decía a menudo en mi juventud que la aspiración fundamental de todo hombre debía ser conquistar su libertad interior y preparar de ese modo una dichosa vejez. Según él, esa meta tenía un carácter tan imperioso y tan indispensable que cada cual debía comprenderlo sin buscarle tres pies al gato. Mas para alcanzarla el hombre debía adquirir, desde la infancia hasta la edad de dieciocho años, unos datos que le permitieran obedecer sin desfallecimiento los cuatro mandamientos siguientes:

El primero: amar a sus padres.

El segundo: conservar su pureza sexual.

El tercero: manifestar igual cortesía a todos, ricos o pobres, amigos o enemigos, poderosos o esclavos, sea cual fuere la religión a la que pertenezcan; pero seguir siendo libre interiormente y nunca dar demasiada confianza a nada ni a nadie.

Y el cuarto: amar al trabajo por el trabajo mismo y no por la ganancia.

Mi padre, que me quería muy particularmente porque era su primogénito, ejerció sobre mí una gran influencia.

Muy dentro de mí, lo consideraba menos como un padre que como un hermano mayor. Las frecuentes conversaciones que tenía conmigo, como también sus extraordinarios relatos, favorecieron en mi esencia el surgimiento de imágenes poéticas y la aspiración a un elevado ideal.

Mi padre era de origen griego. Sus antepasados habían vivido en Bizancio, y se exiliaron poco después de la toma de Constantinopla por los turcos, para escapar a sus persecuciones.

Primero emigraron al corazón de Turquía. Luego, por algunas razones, especialmente la búsqueda de climas y pastos más favorables a los rebaños que constituían una parte importante de sus inmensas riquezas, se establecieron en la orilla oriental del mar Negro, cerca de la ciudad conocida hoy con el nombre de Gumushján. Más tarde aún, poco antes de la última gran guerra ruso-turca, la renovación de las persecuciones obligaron a mi familia a pasar a Georgia.

Allá, mi padre se separó de sus hermanos para ir a Armenia, donde se estableció en la ciudad de Alexandropol, que acababa de perder su nombre turco, Gumri.

En el reparto de la herencia, mi padre recibió una parte que en esa época representaba una riqueza considerable, y consistía entre otras cosas en innumerables rebaños.

Uno o dos años después se arruinaría por completo a consecuencia de una de esas calamidades que en nada dependen de los hombres, y esto ocurrió en las siguientes circunstancias:

Poco después de establecerse en Armenia con toda su familia, sus pastores y sus rebaños, a mi padre, por ser el más rico propietario de ganado, las familias pobres de la región le habían confiado, según la costumbre, el cuidado de sus animales de cuernos y otros animales domésticos. Él, en cambio, debía entregarles, en la estación, cierta cantidad de mantequilla y de queso.

Pero, en el preciso momento en que sus rebaños aumentaban así de miles de cabezas, una epidemia de peste, venida de Asia, se difundió por toda Transcaucasia.

La epidemia era tan violenta que en el lapso de dos meses casi todos los animales perecieron, salvo algunos que sobrevivieron y que quedaron, como se dice, puro pellejo y huesos.

Como mi padre, al aceptar esos animales también había aceptado, de acuerdo con las costumbres, garantizarlos contra todo riesgo —hasta del rapto por los lobos, cosa que ocurría a menudo—, perdió en esta catástrofe no sólo sus propios rebaños, sino que se vio obligado a vender casi todos sus demás bienes para indemnizar a los dueños de los animales perdidos.

Así, de hombre rico que era, de la noche a la mañana se vio convertido en pobre.

Nuestra familia se componía entonces de seis personas, mi padre, mi madre, mi abuela, que quería terminar su vida junto a su hijo más

joven, y tres niños: mi hermano, mi hermana y yo. Era yo el hijo mayor. Debía de tener alrededor de siete años.

Desde entonces, privado de toda su fortuna, mi padre se vio obligado a emprender un nuevo negocio, ya que sostener una familia como la nuestra, muy mimada hasta entonces, costaba muy caro.

Reunió entonces todo cuanto quedaba de una casa cuyo tren de vida había sido de los más amplios, y empezó abriendo un depósito de madera al que anexó, como se acostumbra allí, un taller de carpintería para la fabricación de objetos de toda clase.

Pero desde el primer año fue un fracaso, porque mi padre, que jamás en su vida había comerciado y carecía por completo de experiencia, tuvo que liquidar su depósito y limitarse a su taller, especializándose en los pequeños artículos de madera.

Habían pasado cuatro años desde el primer desastre sufrido por mi padre. Seguíamos viviendo en Alexandropol.

Pero, mientras tanto, la famosa ciudad de Kars había caído en manos de los rusos, que emprendían activamente su reconstrucción.

Por lo tanto se abrían allí interesantes perspectivas, y a mi tío, ya establecido en esa ciudad, no le costó mucho convencer a mi padre de que trasladase allí su taller. Mi padre partió primero solo y luego regresó para buscar a toda su familia.

En los últimos años ésta había aumentado con «tres aparatos cósmicos para la transformación del alimento», bajo los rasgos de mis tres hermanas menores, en verdad encantadoras en ese entonces.

En cuanto nos establecimos en Kars, mi padre me envió a la escuela griega. Pero muy pronto se las arregló para hacerme entrar al colegio ruso.

Como era yo muy dotado, era muy poco el tiempo que necesitaba para hacer mis tareas, y podía consagrar el resto a ayudar a mi padre en su taller. Muy pronto, incluso empecé a tener mi propia clientela, reclutada primero entre mis compañeros de clase, para quienes fabricaba diversos objetos, como fusiles, plumeros, etc. Poco a poco pasé a un trabajo más serio: iba a domicilio a hacer toda clase de pequeñas reparaciones.

Aunque era sólo un niño, recuerdo la vida de nuestra familia incluso en sus menores detalles. Y en este cuadro resalta toda la grandeza de la serenidad y del desapego que conservaba mi padre, en todas sus manifestaciones, frente a las desgracias que se abatían sobre él.

Puedo decirlo ahora con toda certeza: a despecho de la lucha encarnizada que llevaba contra todas las dificultades que se derramaban sobre él como de un cuerno de abundancia, nunca dejó de tener,

en todas las circunstancias difíciles de su vida, el alma de un verdadero poeta.

Tal es, según mi parecer, la razón por la cual reinaba en nuestra familia, incluso en los momentos en que todo nos faltaba, una extraordinaria atmósfera de concordia, de amor y de deseo de ayudarnos los unos a los otros.

Gracias a su innata facultad de inspirarse en los menores detalles de la vida, él era para todos nosotros, incluso en los momentos más angustiosos de nuestra existencia común, una fuente de valor y al comunicarnos su libre despreocupación, suscitaba en nosotros el impulso de felicidad al cual aludí.

Ya que hablo de mi padre no puedo pasar en silencio su manera de encarar lo que se llama la «cuestión del más allá».

Tenía a ese respecto un concepto muy particular y, como siempre, muy sencillo.

Recuerdo, la última vez que fui a verlo, haberle hecho una de esas preguntas típicas con cuya ayuda seguía yo desde hacía treinta años una especie de encuesta acerca de las personas notables que encontraba y que habían adquirido en sí mismas ciertos datos propios, para atraer la atención *consciente* de los demás. Le pedí, con las precauciones previas de que siempre me valía en semejantes casos, que me dijera sencillamente y «sin filosofar» qué opinión se había forjado en el curso de su vida, sobre esta cuestión: «¿Tiene el hombre un alma y será esa alma inmortal?».

—¿Cómo decírtelo? -contestó—. El alma que la gente atribuye al hombre y que según pretenden, después de la muerte prosigue una existencia independiente, y transmigra -en ella no creo. Y sin embargo, *algo* se constituye en el hombre en el curso de su vida; sobre este particular no tengo ninguna duda.

Me lo explicó así:

—El hombre nace con una propiedad gracias a la cual ciertas experiencias elaboran en él en el curso de su vida, una sustancia definida, y a partir de esa sustancia se forma poco a poco este *algo* capaz de adquirir una vida casi independiente del cuerpo físico.

»Después de la muerte, este *algo* no se descompone al mismo tiempo que el cuerpo físico, sino más tarde, en cuanto se haya separado de dicho cuerpo.

»A pesar de que este *algo* está formado con los mismos elementos que el cuerpo físico, su materia es mucho más sutil y posee, según parece, una sensibilidad mucho mayor a toda clase de percepciones. Su

fineza de percepción alcanza según mi parecer, la de... ¿Recuerdas la experiencia que hiciste con Sando, esa pobre inocente de Armenia?»

Aludía a experiencias que había intentado, en su presencia, muchos años atrás, durante una estancia en Alexandropol. Trabajando con personas pertenecientes a los más variados tipos, las ponía en estado de hipnosis, de diferentes grados, con el fin de elucidar por mí mismo todos los detalles de ese fenómeno que los sabios hipnotizadores llaman exteriorización de la sensibilidad o transferencia de sensaciones dolorosas a distancia.

Procedía en la siguiente forma:

Con una mezcla de arcilla, cera y fina granalla de plomo, modelaba una figurilla rudimentaria, a la imagen del médium a quien iba a poner en estado de hipnosis, es decir, en el estado psíquico que, según una ciencia muy antigua que llegó hasta nosotros, se caracteriza por la *pérdida de iniciativa*, y que corresponde al tercer grado de hipnosis, según la clasificación de la Escuela de Nancy. Después de lo cual, frotaba cuidadosamente con un ungüento a base de aceite de oliva y de aceite de bambú, tal o cual parte del cuerpo del médium, luego raspaba esta untura y la aplicaba sobre la parte correspondiente de la figurilla. Podía entonces emprender el estudio detallado del fenómeno que me interesaba. Un hecho había sorprendido mucho a mi padre: si tocaba yo con una aguja las partes aceitadas de la figurilla, las mismas partes se estremecían inmediatamente en el médium, y si la hundía con más fuerza, una gota de sangre aparecía exactamente en el punto correspondiente. Pero lo que más lo había sorprendido era que el médium, vuelto al estado de vigilia, no recordaba nunca nada y afirmaba no haber sentido nada en absoluto.

Por eso mi padre, que había sido testigo de esa experiencia, se refería ahora a ella al decirme:

«Pues bien, de la misma manera ese *algo* reacciona a ciertas acciones circundantes y queda sometido a su influencia, tanto antes como después de la muerte del hombre, hasta el momento de su desintegración».

Como ya he dicho, mi padre utilizaba conmigo, con vistas a mi educación, lo que llamaré *persecuciones sistemáticas*.

Una de esas persecuciones sistemáticas que más me marcaron y cuyo indiscutible efecto benéfico más tarde sentiría vivamente -efecto que no dejaron de observar los que establecieron relaciones conmigo, durante mis expediciones en busca de la verdad, en las regiones más desiertas del globo— estribaba en que, durante mi infancia, es decir, en ese período en que se constituyen en el hombre los datos para los impulsos de que dispondrá en el curso de su vida responsable, mi

padre, en todas las ocasiones propicias, tomaba las medidas necesarias para que se establecieran en mí, en lugar de esos factores de impulsos que se llaman aversión, asco, repugnancia, poltronería, pusilanimidad y otros, los datos correspondientes a una actitud de indiferencia hacia todo cuanto engendra habitualmente tales impulsos.

Recuerdo muy bien cómo, con esta intención, introducía furtivamente en mi cama una rana, una lombriz, un ratón o cualquier otro animal capaz de provocar uno de estos impulsos, o me obligaba a agarrar serpientes no venenosas e incluso jugar con ellas.

Entre todas estas persecuciones sistemáticas, había una que angustiaba particularmente a los que me rodeaban, mi madre, mi tío y mi tía, y nuestros viejos pastores; consistía en hacerme salir todas las mañanas muy temprano de la cama, a la hora en que el sueño de los niños es aún tan suave, para ir a la fuente a rociarme con agua helada y luego correr desnudo. Si trataba de oponerle la menor resistencia, nunca cedía, y a pesar de ser muy bueno y quererme mucho, no vacilaba en castigarme implacablemente.

Cuántas veces, después, recordé esos momentos, para darle las gracias con todo mi ser por lo que había hecho por mí.

De otra manera nunca hubiera podido vencer las innumerables dificultades de mis viajes.

Llevaba una vida de meticulosa regularidad y en este punto se mostraba por entero implacable consigo mismo.

Daré sobre este particular un *solo* ejemplo: como él se había impuesto como regla acostarse temprano, con el fin de emprender desde el alba la realización de lo decidido la víspera, ni siquiera la noche del matrimonio de su propia hija hizo una excepción a este hábito.

Vi a mi padre por última vez en 1916. Tenía entonces ochenta y dos años y aún estaba lleno de salud y vigor. Apenas se descubrían en su barba las primeras canas.

Murió un año más tarde, pero no de muerte natural.

Este trágico suceso, tan doloroso para cuantos lo conocieron, y sobre todo para mí, se produjo en la última gran psicosis periódica de los hombres.

Cuando los turcos atacaron Alexandropol, y nuestra familia tuvo que huir, él no quiso dejar su casa a merced de la suerte, y lo hirieron cuando intentaba salvar el bien familiar. Murió poco después, y fue enterrado por los ancianos que habían quedado en la ciudad.

Todas las notas manuscritas dejadas por mi padre, todos los textos de leyendas y cantos que habían sido tomados a su dictado —los que, según mi parecer, hubieran constituido su más bello memorial—

se perdieron, para desgracia de todo hombre capaz de pensar, durante los repetidos saqueos de nuestra casa. Sin embargo, no es imposible que por milagro se hayan conservado entre las cosas que dejé en Moscú algunos centenares de cantos registrados sobre rollos.

Para todos aquellos que aún saben apreciar el antiguo folklore sería una gran desdicha si esos registros no fueran hallados. A fin de que aparezca mejor a la mirada interior del lector la individualidad de mi padre y su forma de inteligencia, anotaré aquí algunas de las muchas «sentencias subjetivas» con las que gustaba sazonar las conversaciones.

A este respecto, hallo interesante subrayar un hecho que, por otra parte, no fui el único en observar: cada vez que empleaba una de esas sentencias en la conversación, a todos sus interlocutores les parecía que caía en el momento oportuno y que no se hubiera podido decirlo mejor; por el contrario, si alguna otra persona intentaba emplearlas, sonaban a falso o parecían simples absurdos.

He aquí algunas:

1. *Sin sal no hay azúcar.*
2. *Las cenizas son hijas del fuego.*
3. *La sotana esta allí para ocultar al imbécil.*
4. *El es bajo porque tú te hallas arriba.*
5. *Si el cura va a la derecha, el maestro de escuela tiene que ir a la izquierda.*
6. *Si el hombre es cobarde, es prueba de que es capaz de voluntad.*
7. *Lo que sacia al hombre no es la cantidad de alimento, sino la ausencia de avidez.*
8. *Sólo la verdad tiene el poder de apaciguar la conciencia.*
9. *Sin el elefante y sin el caballo, incluso el asno sería un señor.*
10. *En la oscuridad, el piojo es peor que un tigre.*
11. *Si YO está presente en mí, ya no cuentan más ni Dios ni el diablo.*
12. *Una vez que lo has puesto al hombro, no hay nada más liviano en el mundo.*
13. *La imagen del infierno: un zapato de charol.*
14. *Una verdadera miseria en la tierra: las artimañas de las mujeres.*
15. *Nada más estúpido que un hombre inteligente.*
16. *Dichoso aquel que no ve su desdicha.*
17. *El maestro es el gran dispensador de luz: ¿quién es entonces el asno?*
18. *El fuego calienta el agua, pero el agua apaga al fuego.*
19. *Gengis Khan fue grande, pero nuestro agente de policía, si se quiere, es aún más grande.*

20. *Si tú eres el número uno, tu mujer es el número dos. Pero si tu mujer es el número uno, vale más que seas cero. Por lo menos la vida de tus gallinas no correrá peligro.*
21. *Si quieres ser rico —entiéndete con la policía. Si quieres ser célebre —entiéndete con los periodistas. Si quieres ser saciado —con tu suegra. Si quieres la paz —con tus vecinos. Si quieres dormir —con tu mujer. Si quieres perder la fe —con el cura.*

Para completar *este* retrato de mi padre, aún me queda por hablar de cierta tendencia inherente a su naturaleza, tendencia rara en nuestra época y que impresionaba tanto más a quienes lo conocían bien.

Cuando la miseria lo obligó a emprender negocios para ganarse la vida, éstos tomaron desde el principio un rumbo tan malo que sus allegados, como también cuantos trataban con él, llegaron a considerarlo como un hombre carente de sentido práctico e incluso de inteligencia en este dominio.

Y es un hecho, los negocios que mi padre emprendía para ganar dinero nunca andaban y no daban ninguno de los resultados que otros hubieran obtenido de ellos.

Sin embargo, no provenía ello en absoluto de una falta de sentido práctico o de capacidades mentales al respecto, sino más bien de esta tendencia específica de su naturaleza.

Esta tendencia, adquirida probablemente desde la infancia, yo la habría formulado así: «Repulsión instintiva a la idea de sacar un provecho personal de la ingenuidad o mala suerte de los demás».

Dicho en otra forma, por ser hombre probo y honrado en sumo grado, mi padre nunca hubiera edificado conscientemente su bienestar sobre la desdicha del prójimo. Pero como a su alrededor la mayoría de los hombres eran representantes típicos de la mentalidad contemporánea, no vacilaban en sacar provecho de su honradez para engañarlo sistemáticamente, buscando así menospreciar inconscientemente el valor de este rasgo, sobre el cual reposa el conjunto de los mandamientos de Nuestro Padre Común.

En suma, a mi padre se le hubiera podido aplicar de manera ideal una sentencia que los adeptos de todas las religiones sacan hoy de las Santas Escrituras para caracterizar, en forma de consejo práctico, las anomalías de nuestra vida cotidiana:

Golpea —y no serás golpeado.

Pero si no golpeas, todos te apalearán como a la cabra de Sidor.

Aunque a menudo le sucedía que se hallaba mezclado en acontecimientos que escapan al poder de los hombres y acarrear a la humanidad entera toda suerte de calamidades, pese a que tenía que sufrir casi siempre de parte de la gente que lo rodeaba manifestaciones sucias, que recordaban asombrosamente las del chacal, nunca se desalentaba, y sin identificarse con nada permanecía interiormente libre y siempre seguía siendo él mismo.

El hecho de que su vida exterior estuviera libre de todo cuanto quienes lo rodeaban consideraban como riquezas, no lo alteraba de ningún modo. Estaba pronto a aceptarlo todo, a condición de que no faltase el pan y que gozara de paz en las horas que consagraba a la meditación.

Lo que más le disgustaba era que lo molestaran de noche, cuando se sentaba fuera para mirar las estrellas.

En cuanto a mí, sólo puedo decir hoy que deseo con todo mi ser llegar a ser tal como lo conocí en la vejez.

En razón de varias circunstancias de mi vida, por completo independientes de mí, no he visto con mis propios ojos la tumba donde descansan las cenizas de mi querido padre, y es poco probable que tenga alguna oportunidad en el porvenir de visitarla. Y por eso, al terminar este capítulo consagrado a mi padre, ordeno a aquel de mis hijos - sea por la carne o por el espíritu— que tenga la posibilidad de encontrar esa tumba solitaria, abandonada a causa de acontecimientos debidos a esa plaga humana que se llama «sentimiento de rebaño», erigir una estela con la siguiente inscripción:

YO SOY TÚ TÚ
ERES YO,
ÉL ES NUESTRO,
LOS DOS SOMOS DE ÉL,
QUE TODO SEA PARA
NUESTRO PRÓJIMO

Mi primer maestro

COMO dije en el capítulo precedente, mi primer maestro fue el Padre Borsh. En ese entonces arcipreste de la iglesia militar de Kars, él era la más alta autoridad espiritual de toda esta comarca, recientemente conquistada por los rusos.

Por una serie de circunstancias completamente accidentales llegó a ser para mí *un factor constitutivo de la base secundaria de mi individualidad actual*.

Estudiaba yo en el colegio de Kars. Un día vinieron a reclutar, entre los alumnos del colegio, cantores para el coro de la iglesia militar, y como yo tenía entonces una buena voz, estuve en el número de los niños escogidos. A partir de este momento, iba a menudo a la iglesia para cantar o ejercitarme.

El arcipreste, un gallardo anciano, se interesó en nuestro grupito; las melodías de los diversos cánticos sagrados que el coro debía cantar durante el año eran obra suya y con frecuencia venía a escucharlas. Como amaba a los niños, era muy afectuoso con nosotros, los niños cantores.

Muy pronto me demostró una benevolencia muy particular, quizá a causa de mi voz, muy notable para un niño, y que se destacaba netamente hasta en un coro grande cuando yo cantaba la segunda voz, o quizá porque yo era muy travieso y él amaba a los «pilluelos bribones». Sea por lo que fuere, me demostró cada vez más interés y hasta no tardó en ayudarme a preparar mis tareas para la escuela.

Hacia el fin del año, tuve tracoma y estuve toda una semana sin ir a la iglesia. El padre lo supo y vino a mi casa, acompañado de dos médicos oculistas del ejército. Éstos, después de examinarme, decidieron enviarme un enfermero para que me hiciera dos veces por día cauterizaciones con sulfato de cobre, y cada tres horas aplicaciones de pomada amarilla; luego se marcharon.

Ese día mi padre se encontraba en casa.

El viejo sacerdote y él —estos dos hombres que habían vivido hasta la vejez una vida relativamente normal, y que tenían casi las mismas convicciones, a pesar de haber sido preparados para *la edad responsable* en condiciones muy diferentes- se hablaron entonces por primera vez.

Desde ese mismo instante se apreciaron, y luego el anciano sacerdote vino a menudo a ver a mi padre. Se sentaban en el fondo del taller, sobre un montón de viruta, tomaban café preparado allí mismo por mi padre y hablaban durante horas enteras de toda suerte de temas religiosos e históricos. Recuerdo que el sacerdote se animaba particularmente cuando mi padre hablaba de Asiria, cuya historia conocía muy bien, y que en esa época también interesaba vivamente al Padre Borsh.

Éste tenía entonces cerca de setenta años. Alto, delgado, de bello rostro, tenía la salud delicada, pero el espíritu firme y robusto. La profundidad y la amplitud de sus conocimientos eran poco comunes. Tanto en su vida como en sus ideas difería enteramente de su ambiente: por lo que se le consideraba como un original.

Y verdaderamente, su manera de vivir podía justificar tal opinión. Por ejemplo, disponía de muy buenas posibilidades materiales, recibía un excelente salario, tenía derecho a un apartamento especial, y sin embargo ocupaba un solo cuarto, con una cocina, en la casita del conserje de la iglesia. Mientras tanto sus asistentes, padres cuyo salario era menor que el suyo, vivían en apartamentos de seis a diez cuartos con todas las comodidades.

Llevaba una existencia muy retirada, trataba con poca gente, no hacía ninguna visita. Ni siquiera su cuarto estaba abierto para nadie, excepto para mí y su ordenanza, quien no tenía por otra parte el derecho de entrar allí cuando el padre estaba ausente.

Cumpliendo estrictamente con sus obligaciones, el Padre Borsh consagraba todo su tiempo libre a la ciencia, sobre todo a la astronomía y a la química. A veces, para descansar, hacía música; tocaba el violín o componía cánticos de los cuales varios se hicieron célebres en Rusia.

Muchos años más tarde, hasta tuve ocasión de oír en el fonógrafo algunos que habían sido compuestos en mi presencia, tales como: *A tu llamada, Señor; Dulce Luz; Gloria a Ti*, etc.

El sacerdote venía muchas veces a ver a mi padre, preferentemente de noche, cuando los dos estaban libres de sus obligaciones.

Para no «inducir a los demás en tentación», como decía, trataba de arreglarse para que sus visitas pasaran inadvertidas, pues ocupaba en la ciudad una situación eminente y casi todo el mundo lo conocía de vista, mientras que mi padre sólo era un simple carpintero.

Durante una de las conversaciones que tuvieron lugar en mi presencia, en el taller de mi padre, el Padre Borsh se puso a hablar de mí y de mis estudios.

Dijo que me consideraba como un muchacho particularmente dotado y le parecía insensato dejarme enmohecer en la escuela durante ocho años para recibir a fin de cuentas un certificado de tercera.

De hecho, las escuelas municipales estaban entonces organizadas de una manera absurda. Consistían en ocho divisiones y en cada una se debía pasar un año entero, para recibir al fin de los estudios un certificado apenas equivalente al tercer año de un liceo de siete clases.

Por eso el Padre Borsh aconsejó vivamente a mi padre que me sacara de la escuela y me hiciera trabajar en casa, prometiendo encargarse él mismo de una parte de las lecciones. Afirmó que si más tarde yo tenía necesidad de un certificado, no tendría sino que pasar el examen de una clase correspondiente en cualquier liceo.

Después de un consejo de familia, fue eso lo que se decidió. Salí de la escuela y el Padre Borsh dirigió mi instrucción. Él mismo se ocupó de mí para ciertas materias, y para las demás se dirigió a otros maestros.

Al principio éstos fueron dos seminaristas, Ponomerenko y Krestovsky, quienes, después de haber terminado sus estudios en la Academia Teológica, habían sido destinados a la iglesia en calidad de sacristanes, en la espera de su nombramiento como capellanes militares. También me daba clases el doctor Sokolov.

Ponomerenko me enseñaba geografía e historia; Krestovsky, catecismo e idioma ruso; Sokolov anatomía y fisiología; en cuanto a las matemáticas y a las otras materias, el mismo Padre Borsh me las enseñaba.

Me había puesto a trabajar con ardor.

Era muy dotado y aprendía fácilmente; sin embargo, apenas me alcanzaba el tiempo para preparar mis numerosas tareas y no tenía ni un minuto de libertad.

Lo que me tomaba más tiempo eran las idas y venidas, ya que iba de una casa a otra de mis maestros, que vivían en barrios distintos. Sokolov, sobre todo, vivía muy lejos en el hospital militar del fuerte Tchakmak, a cuatro o cinco kilómetros de la ciudad.

Desde un principio mi familia me había destinado al sacerdocio; pero el Padre Borsh tenía un concepto muy particular de lo que debía ser un verdadero sacerdote.

De acuerdo con *este concepto*, el sacerdote debía no solamente ocuparse del alma de sus feligreses, sino también conocer todas las enfermedades de su cuerpo y saber curarlas.

Según él, las obligaciones del sacerdote iban a la par con las del médico. Un médico que no puede penetrar en el alma del paciente es incapaz, decía, de ayudarlo realmente; en la misma forma, no se puede ser un buen sacerdote sin ser al mismo tiempo médico, porque el cuerpo y el alma están ligados. Con mucha frecuencia no se puede curar el uno porque la causa del mal reside en la otra.

Opinaba que yo debía seguir estudios de medicina, no en el sentido acostumbrado de esta expresión, sino como él mismo lo comprendía, es decir, con vistas a ser el médico del cuerpo y el sacerdote del alma.

Dicho sea de paso, yo me sentía atraído hacia una vía completamente diferente. Desde mi *más* temprana edad me gustaba fabricar toda clase de cosas y soñaba con una especialidad técnica.

Como aún no se había decidido definitivamente en qué dirección iría, me preparaba al mismo tiempo a ser médico y sacerdote, tanto *más* cuanto que algunas materias eran imprescindibles en los dos casos.

Luego, las cosas siguieron su propio curso, y gracias a mi facilidad hallé el medio de ir a la vez en ambas direcciones. Hasta tenía tiempo para leer un montón de libros sobre diversos temas, que me daba el sacerdote, o que por azar caían en mis manos.

El Padre Borsh me hizo trabajar intensamente en todas las ramas que se había encargado de enseñarme. Muchas veces me hacía quedar en su casa después de las clases para tomar té, y solía pedirme que le cantara algún nuevo cántico de su composición, a fin de verificar las voces.

Durante estas largas horas, hablaba libremente conmigo de las materias que acabábamos de estudiar, o bien de cuestiones abstractas, y poco a poco nuestras relaciones se hicieron tales que me habló como a su igual.

Me acostumbré rápidamente a él, y la timidez que había sentido en su presencia desapareció. Aunque conservaba mucho respeto por él, a veces me olvidaba y hasta llegaba a discutir con él, lo que, ahora lo comprendo, lejos de ofenderlo, le agradaba.

En esas conversaciones conmigo, a menudo abordaba el problema sexual.

Me dijo un día, a propósito del placer sexual:

—Si un adolescente satisface su concupiscencia, aunque sea una sola vez, antes de su mayoría de edad, le pasará la misma cosa que al Esaú de la historia, que por un plato de lentejas vendió su primogenitura, es decir, el bien de toda su vida. Porque si el adolescente sucumbe una sola vez a esta tentación, pierde para toda la vida la posibilidad de ser realmente un hombre digno de estima.

»Satisfacer su concupiscencia antes de la mayoría de edad produce el mismo efecto que verter alcohol en el mosto de Molaval¹.

»Del mismo modo que el mosto en el que se ha vertido aunque sólo fuera una gota de alcohol no puede convertirse sino en vinagre, la satisfacción de la concupiscencia antes de la mayoría de edad hace del adolescente, en todo respecto, una especie de monstruo. Cuando el adolescente llega a adulto puede hacer todo lo que se le antoje, tal como el mosto convertido en vino puede soportar cualquier dosis de alcohol: no sólo no lo echa a perder sino que podrá dosificar tantos grados como quiera».

El Padre Borsh tenía del mundo y del hombre un concepto muy original.

Sus opiniones sobre el hombre y sobre el sentido de su existencia diferían por completo tanto de los conceptos de los que lo rodeaban como de todo cuanto he podido oír o leer al respecto.

Citaré algunos otros de sus pensamientos, que podrán ilustrar lo que era su comprensión del hombre y de lo que se exige de él.

Decía:

—Hasta su mayoría de edad el hombre no es responsable de ninguna de sus acciones, buenas o malas, voluntarias o involuntarias; sólo son responsables aquellos de sus prójimos que han tomado a su cargo, conscientemente o por la fuerza de circunstancias accidentales, la obligación de prepararlo para una vida adulta.

»Los años de juventud son para todo ser humano, de sexo masculino o femenino, el período dado para desarrollar hasta la maduración completa el germen concebido en el seno de la madre.

»A partir de ese momento, es decir, desde el momento en que este desarrollo termina, el hombre se hace personalmente responsable de todas sus manifestaciones voluntarias e involuntarias.

»Según las leyes de la Naturaleza, descubiertas y verificadas en el transcurso de largos siglos de observación por hombres dotados de razón pura, este desarrollo termina, para los seres de sexo masculino, entre los veinte y veintitrés años, y para los seres de sexo femenino

1.- Molaval es una pequeña localidad al sur de Kars, donde se elabora un vino especial.

entre los quince y diecinueve años, según las condiciones geográficas del lugar de su nacimiento y de su formación.

»Así como lo habían reconocido los hombres sabios de las épocas pasadas, ese plazo fue fijado por la Naturaleza, en conformidad con las leyes, para la adquisición de un ser independiente, dotado de responsabilidad personal para todas sus manifestaciones. Desgraciadamente, hoy en día, esto ya no se tiene en cuenta, y eso se debe sobre todo, según mi opinión, a la negligencia que demuestra hoy la educación por el problema sexual, que no por eso deja de tener el papel más importante en la vida de cada cual.

»En cuanto a la responsabilidad, la mayoría de los hombres contemporáneos que han llegado y hasta pasado un poco su mayoría de edad, por extraño que parezca a primera vista, pueden no ser responsables por ninguna de sus manifestaciones; y esto, según me parece, puede ser considerado por otra parte como perfectamente conforme con las leyes.

»Una de las principales causas de este absurdo es que a esa edad, en la mayoría de los casos, los hombres contemporáneos están privados del ser correspondiente de sexo opuesto que debe necesariamente completar su tipo, el que por razones independientes de ellos, pero procedentes de las grandes leyes, representa de por sí algo *no entero*.

»A esa edad, el hombre que no tiene a su lado un tipo correspondiente de sexo contrario para completar su tipo, no por eso deja de estar sometido a las leyes de la Naturaleza y no puede permanecer más tiempo sin satisfacer su necesidad sexual. Al entrar entonces en contacto con un tipo que no corresponde al suyo, cae en cierta medida, según la ley de polaridad, bajo la influencia de este tipo no correspondiente, y pierde involuntariamente, hasta sin advertirlo, casi todas las manifestaciones esenciales de su individualidad.

»He aquí por qué es absolutamente necesario que cada hombre tenga a su lado, en el proceso de su vida responsable, un ser de sexo opuesto de tipo correspondiente, a fin de completarse mutuamente en todos los aspectos.

»Esta necesidad imperiosa fue por otra parte muy bien reconocida, en casi todas las épocas, por nuestros lejanos antepasados, quienes, en su previsión, consideraban que la tarea más importante para crear condiciones de vida colectiva *más o menos* normal era la de llegar a escoger para cada uno, en la forma más exacta y perfecta posible, el tipo correspondiente de sexo opuesto.

»La mayoría de los pueblos antiguos hasta tenía la costumbre de hacer esta elección en vista de una unión entre los sexos, o, como también

se decía, estos «esponsales», apenas el varón alcanzaba siete años, y la niña un año. A partir de ese momento, las familias de los futuros esposos tan tempranamente comprometidos debían ayudarse recíprocamente para hacer que todos los hábitos inculcados a los niños en el curso de su crecimiento, sus tendencias, sus inclinaciones y sus gustos, se correspondieran».

Recuerdo igualmente muy bien estas palabras del viejo sacerdote: —Para que un hombre sea realmente un hombre en su mayoría de edad, y no un inútil, su educación debe estar rigurosamente fundada en los diez principios siguientes, que hay que inculcarle desde su más temprana edad:

1. *La espera de un castigo para toda desobediencia.*
2. *La esperanza de recibir una recompensa sólo si es merecida.*
3. *El amor a Dios —pero indiferencia hacia los santos.*
4. *Los remordimientos de conciencia por los malos tratos infligidos a los animales.*
5. *El temor de causar pena a sus padres y educadores.*
6. *La impasibilidad hacia diablos, serpientes y ratones.*
7. *La alegría de contentarse con lo que se tiene.*
8. *La tristeza de haber perdido las buenas disposiciones **de los demás.***
9. *La paciencia de soportar el dolor y el hambre.*
10. *El deseo de ganar su pan lo más pronto posible.*

Para mi profunda aflicción, no me fue dado asistir a la muerte de este hombre tan digno y tan extraordinario para nuestros tiempos, y no pude rendir los últimos deberes a la vida terrestre de mi segundo padre -mi inolvidable maestro.

Largo tiempo después de su muerte, los sacerdotes y los feligreses de la iglesia de Kars quedaron muy sorprendidos e intrigados cuando un domingo un desconocido vino a pedirles que celebraran un servicio fúnebre sobre una tumba solitaria y olvidada -la única en la cercanía de la iglesia. Y luego vieron a ese extranjero, que contenía las lágrimas con dificultad, agradecer generosamente a los oficiantes y, sin mirar a nadie, dar órdenes a su cochero de conducirlo a la estación del ferrocarril.

¡Descansa en paz, querido maestro! Yo no sé si he justificado, ni si justifico hoy tus sueños, pero los mandamientos que me diste, ni una sola vez, en toda mi vida, los he traicionado.

Bogatchevsky

BOGATCHEVSKY, o Padre Evlissi, vive todavía. Tiene la dicha de ser el asistente del superior en un monasterio de los Hermanos Esenios, no lejos de las orillas del mar Muerto.

Según ciertas conjeturas, esta orden fue fundada mil doscientos años antes de Jesucristo. Es en esa cofradía, según se dice, donde Jesús recibió su primera iniciación.

Cuando conocí a Bogatchevsky, o Padre Evlissi, él era todavía muy joven. Acababa de terminar sus estudios en la academia rusa de teología, y en espera de su ordenación, era chantre en la catedral de la fortaleza de Kars.

A pedido de mi primer maestro, el Padre Borsh, consintió apenas llegado en reemplazar a uno de mis profesores, Krestovsky, joven seminarista también, que había sido nombrado algunas semanas antes para un puesto de capellán en Polonia, y de quien Bogatchevsky había tomado la sucesión en la catedral.

Bogatchevsky demostró ser un hombre sociable y bueno; muy rápidamente se ganó la simpatía de todo el clero, hasta la del candidato a sacerdote Ponomerenko, hombre rudo y mal hablado, que no se entendía con nadie. Bogatchevsky se entendió tan bien con él que terminaron por vivir en el mismo apartamento al lado del jardín público, cerca del cuartel de los bomberos.

Aunque yo era aún muy joven en ese tiempo, muy pronto se establecieron entre Bogatchevsky y yo relaciones cercanas a la camaradería.

Iba a su casa en mis horas de libertad. También lo hacía para recibir mis lecciones por la noche después de cenar, y a menudo, terminada la lección, me quedaba para hacer mis deberes o para escuchar las conversaciones que tenía con Ponomerenko y los numerosos amigos que venían a visitarlos. Hasta los ayudaba a veces en livianas tareas domésticas.

Entre los más familiares había un ingeniero militar, un tal Vseslavsky, compatriota de Bogatchevsky, y el oficial de artillería Kuzmin, mecánico-pirotécnico. Sentados en torno al samovar, discutían sobre toda clase de cosas.

Yo seguía siempre con mucha atención las conversaciones de Bogatchevsky y sus amigos, porque como leía en ese período una cantidad de libros sobre temas muy variados, en griego, en armenio y en ruso, me interesaba en muchos asuntos; pero claro está, a causa de mi poca edad, nunca me inmiscuía en la conversación.

La opinión de esos hombres era de peso para mí, porque entonces sentía mucho respeto por los que habían hecho estudios superiores.

Además, bajo el impulso de todas esas conversaciones y discusiones de los que se reunían en casa de mi maestro Bogatchevsky para matar el tiempo, y llenar la monótona vida de esa lejana y aburrida ciudad de Kars, se despertó mi interés por los asuntos abstractos.

Como ese interés desempeñó un gran papel en mi vida, y marcó toda mi existencia ulterior, y como los acontecimientos que lo estimularon tuvieron lugar en la época a que se refieren mis recuerdos de Bogatchevsky, me detendré un poco más largamente sobre este punto.

Empezó un día, en el curso de una conversación. Hablaban animadamente de espiritismo y de mesas giratorias, cuestiones que en ese tiempo apasionaban a todo el mundo.

El ingeniero militar afirmaba que estos fenómenos eran obra de los espíritus. Los otros lo ponían en duda, explicando el hecho con otras fuerzas de la Naturaleza: el magnetismo, la fuerza de atracción, la autosugestión, y así sucesivamente —pero nadie negaba la evidencia del hecho.

Como de costumbre, yo seguía atentamente la discusión; cada opinión me interesaba en sumo grado.

Ya había leído cantidad de libros «sobre todo y cualquier cosa», pero por primera vez oía hablar de este asunto.

Dicha conversación sobre el espiritismo produjo en mí una impresión tanto más fuerte cuanto que mi hermana predilecta había muerto recientemente, y mi dolor aún no había perdido su agudeza.

Pensaba en ella con mucha frecuencia, y tanto el problema de la muerte como el de la vida más allá de la tumba se imponía, lo quisiera o no, a mi mente. Por esto, todo lo que se decía esa noche parecía

responder a los pensamientos y a las preguntas que inconscientemente habían germinado en mí y exigían una solución.

El resultado de su discusión fue que decidieron realizar una experiencia con una mesa.

Se necesitaba para eso una mesa de tres patas. Había una en un rincón, pero el ingeniero militar, especialista en la materia, la rechazó porque estaba armada con clavos y, como nos explicó, la mesa no debía tener ni trazas de hierro. Me enviaron a casa del vecino, un fotógrafo, a preguntarle si no tenía una de ese tipo.

Tenía una y la traje.

Era de noche. Después de cerrar las puertas y bajar la luz, nos sentamos todos y, tras haber puesto de cierta manera las manos sobre la mesa, nos quedamos esperando.

Al cabo de veinte minutos, nuestra mesa empezó realmente a moverse, y a la pregunta del ingeniero: «¿Qué edad tiene tal persona?» contestó dando golpes cierto número de veces con una pata.

Cómo y por qué daba golpes, yo no lo comprendía, ni tampoco intentaba explicármelo, tan grande era la impresión de que un inmenso dominio desconocido se abría ante mí.

Lo que oí y lo que vi me trastornó tan profundamente que, de regreso a casa, reflexioné toda la noche y toda la mañana del día siguiente. Hasta resolví hablar con el Padre durante la clase, y le conté la conversación y la experiencia de la víspera.

—Todo eso es absurdo —respondió mi primer maestro—, tú no debes pensar en esas cosas ni ocuparte de ellas, sino estudiar lo que es indispensable que sepas para llevar una existencia soportable.

Y no pudo abstenerse de añadir:

—Pero cabecita de ajo —tal era su expresión favorita—, reflexiona un instante: si los espíritus pudieran realmente dar golpes sirviéndose de la pata de una mesa, eso querría decir que poseen alguna fuerza física, y si así fuera ¿por qué habrían de recurrir a un medio tan estúpido y al mismo tiempo tan complicado para comunicarse con los hombres? Podrían muy bien transmitir lo que quieren decir con un toque, o por cualquier otro medio...

Aunque yo apreciara la opinión de mi viejo maestro, no podía aceptar sin crítica su categórica respuesta, tanto más cuanto que me parecía que mi joven profesor y sus amigos, que salían de la Academia y otras escuelas superiores, podían conocer ciertos hechos mejor que este anciano, cuyos estudios se remontaban a una época en la que la ciencia estaba mucho menos desarrollada.

Así, a pesar de todo el respeto que sentía por el anciano, guardé alguna duda en cuanto a su manera de encarar problemas referentes a estas materias.

De esta suerte la pregunta quedó para mí sin respuesta. Traté de resolverla con la ayuda de los libros que me prestaban Bogatchevsky, el Padre Borsh y otros.

Pero como mis estudios no me permitían detenerme mucho tiempo en una materia que les era extraña, terminé por olvidar este asunto y dejé de pensar en él.

El tiempo pasaba. Mi trabajo con mis diferentes maestros se hacía más intenso. Ya no iba sino de vez en cuando, en los días de fiesta, a visitar a mi tío en Alexandropol, donde tenía muchos compañeros. Iba también allí para ganar algún dinero, porque siempre lo necesitaba, tanto para mis gastos personales, ropa, libros, etc., como para ayudar ocasionalmente a tal o cual miembro de mi familia que se encontrara en apuros.

Si iba a trabajar a Alexandropol, era porque allí todo el mundo me conocía como «graduado en el arte de hacer de todo», y a veces uno, y a veces otro, me llamaban para fabricar o reparar algo: para éste debía reparar una cerradura, para aquél un reloj, labrar para un tercero, en una piedra del país, una estufa de forma particular, bordar un cojín destinado a un ajuar o para la decoración de un salón —en resumen, tenía una vasta clientela y siempre encontraba suficiente trabajo, bastante bien pagado para la época. En Kars, al contrario, yo frecuentaba gente que con mi joven comprensión consideraba «hombres de ciencia» o miembros de la «alta sociedad», y no quería que me considerasen un artesano, ni tampoco dejar sospechar que mi familia vivía en aprietos, y que me veía forzado a ganarme la vida como un simple obrero. Todo *eso* hería entonces profundamente mi amor propio.

Así pues, ese año, fui como de costumbre en las Pascuas de Resurrección a Alexandropol, a un centenar de kilómetros de Kars, a la casa de la familia de mi tío, con quien estaba muy ligado y de quien siempre había sido el favorito.

Al día siguiente de mi llegada, durante el desayuno, mi tía me dijo: —

Oye, ten mucho cuidado de que no te suceda nada. Me sorprendí: ¿qué podía pasarme?, y le pregunté qué quería decir.

—Yo -me respondió- no creo en eso sino a medias, pero como algo que me habían predicho acerca de ti sucedió, temo que el resto también suceda. —Y me contó lo siguiente:

—Al principio del invierno, pasó como todos los años por Alexandropol, Eung-Ashoj-Mardiross el inocente. A mi tía se le ocurrió

llamarlo, y pedirle que predijera mi porvenir. Él le anunció muchas cosas que me sucederían; mi tía pensaba que algunas ya se habían realizado y, de hecho, me indicó varias que se habían producido entre tanto.

»Pero a Dios gracias -prosiguió—, hay todavía dos cosas que no te han ocurrido. Predijo que tendrías una herida en el costado derecho y que pronto serías víctima de un grave accidente debido a un arma de fuego. Por lo tanto, pon mucho cuidado donde quiera que se dispare -concluyó mi tía, afirmándome que no creía en ese loco, pero que sería preferible, a pesar de todo, ser muy prudente.

En cuanto a mí, me sorprendió lo que me contaba, porque dos meses antes había en verdad sufrido un furúnculo en el costado derecho, que tuve que tratarme durante varias semanas yendo casi todos los días a hacérmelo curar en el hospital militar. Pero no había hablado de *eso* con nadie, ni siquiera con los míos y, por consiguiente, mi tía, que vivía lejos, no había podido saberlo.

Sin embargo, no daba ninguna importancia particular a este relato, porque no creía en lo más mínimo en esos adivinos, y no tardé en olvidar la predicción.

Tenía en Alexandropol un amigo apellidado Fatinov. Éste tenía un compañero, un tal Gobarkun, hijo del comandante de un regimiento de Bakú establecido en el barrio griego de la ciudad.

Alrededor de una semana después del relato de mi tía, ese Fatinov me vino a ver y me propuso acompañarlo, así como a su compañero, a cazar patos salvajes.

Pensaban ir al lago Alagheuz, situado sobre una de las vertientes de la montaña del mismo nombre.

Consentí en ello, pensando que era una buena ocasión para descansar, porque realmente me había cansado mucho en los últimos tiempos estudiando unos libros de patología nerviosa que me apasionaban.

Además, desde mi temprana edad, me gustaba mucho la caza. Sólo tenía seis años cuando un día, sin pedir permiso, tomé el fusil de mi padre y me fui a cazar gorriones.

El primer disparo me tumbó; eso no me enfrió sino que, al contrario, no hizo sino aumentar mi ardor.

Claro está, me quitaron al punto el fusil y lo colgaron de tal manera que no pudiera alcanzarlo. Pero no tardé en fabricarme uno con viejos cartuchos a los que adapté los cilindros de cartón de mi pequeña carabina.

Con este fusil cargado con granalla de plomo, daba en el blanco corno con uno verdadero. Tuvo tal éxito entre mis compañeros que

todos me encargaron fusiles semejantes, y a la vez que pasaba por un famoso armero conseguí unas buenas entraditas.

Así, pues, dos días más tarde, Fatinov y su amigo vinieron a buscarme y salimos de cacería.

Debíamos recorrer a pie unos veinte kilómetros; tuvimos que ponernos en camino al alba, a fin de llegar al sitio la noche misma sin apresurarnos y poder acechar al día siguiente, temprano, el primer vuelo de los patos.

Eramos cuatro, porque un soldado, ordenanza del comandante Gobarkun se había unido a nosotros. Todos teníamos armas y Gobarkun hasta tenía un fusil del ejército.

Cuando llegamos cerca del lago hicimos fuego y, después de cenar, construimos una choza y nos acostamos.

En pie antes del alba, escogimos cada uno nuestro sector en la orilla del lago y nos pusimos a esperar.

A mi izquierda estaba Gobarkun; disparó sobre el primer pato cuando todavía volaba muy bajo, y la bala me alcanzó de lleno en la pierna. Por suerte, atravesó las carnes sin tocar el hueso.

Naturalmente, toda la cacería se echó a perder. Mi pierna sangraba mucho, empezaba a dolerme y mis compañeros tuvieron que llevarme a todo lo largo del camino sobre una camilla hecha con nuestros fusiles, pues no me era posible caminar.

En casa, la herida cerró rápidamente, ya que sólo los músculos habían sido tocados. Pero cojeé durante largo tiempo.

La coincidencia de este accidente con la predicción del oráculo local me dio mucho que pensar, y en otra estancia en casa de mi tío, al haber oído decir que Eung-Ashoj-Mardiross se encontraba de nuevo en los parajes, pedí a mi tía que lo invitara, a lo cual accedió.

El adivino era un individuo flaco, de gran talla, de ojos apagados, cuyos movimientos nerviosos y desordenados eran los de un ser simple. A veces era presa de temblores, y no paraba de fumar. Sin duda alguna era un hombre muy enfermo.

La sesión se desarrollaba así:

Sentado entre dos velas encendidas, colocaba el pulgar frente a sus ojos y se miraba la uña hasta caer en una especie de somnolencia. Entonces se ponía a decir lo que veía en la uña, hablaba primero de la ropa que llevaba la persona y luego anunciaba lo que le aguardaba en el porvenir.

Si predecía el porvenir de un ausente, preguntaba primero su nombre, pedía que se le describiera en detalle la cara y se le indicara más o menos la dirección del lugar donde vivía y si era posible, la edad.

Esta vez volvió a leer mi porvenir:
Contaré algún día cómo sus predicciones se realizaron.

Ese verano fui testigo, en Alexandropol, de otro acontecimiento que no pude explicarme en absoluto.

Frente a la casa de mi tío había un terreno baldío, en medio del cual se levantaba un bosquecillo de álamos. Me gustaba el lugar e iba a menudo a sentarme allí con un libro o un trabajo cualquiera. Siempre se veían jugar allí pilluelos que venían de todos los barrios circundantes. Formaban una horda heteróclita y abigarrada: había armenios, griegos, kurdos y tártaros, los cuales hacían una algarabía increíble; pero eso nunca me impedía trabajar.

Ese día, estaba sentado bajo los álamos, con un trabajo que me había encargado un vecino. Se trataba de dibujar sobre un escudo, que quería colgar al día siguiente sobre la puerta de su casa con motivo del matrimonio de su sobrina, las iniciales entrelazadas de los jóvenes esposos. Además de las iniciales, tenía que inscribir en el escudo el día y el año.

Ciertas impresiones fuertes se graban profundamente en la memoria. Todavía recuerdo cuánto me costaba disponer lo mejor posible las cifras del año 1888.

Estaba sumergido en mi trabajo cuando de repente resonó un grito espantoso. Salté sobre mis pies, convencido de que a alguno de los niños le había ocurrido un accidente.

Corrí, y vi el cuadro siguiente:

En el centro de un círculo trazado en el suelo, un niño sollozaba haciendo extraños movimientos, mientras los demás se mantenían a cierta distancia, se reían y se burlaban de él.

Como no comprendía nada, pregunté qué pasaba. Me dijeron que el niño pertenecía a la secta de los yezidas, que habían trazado un círculo alrededor de él y que no podría salir de allí mientras no lo borrarán.

El niño intentaba verdaderamente con todas sus fuerzas salir del círculo encantado, pero por más que se debatía, no podía lograrlo.

Corrí hacia él y borré rápidamente una parte del círculo. Inmediatamente el chiquillo brincó y huyó a pierna suelta.

Estaba tan aturdido que me quedé helado en el sitio, en la misma posición, como hechizado, hasta que al fin recobré mi capacidad normal de pensar.

Ya había oído hablar de los yezidas, pero mi pensamiento nunca se había detenido en eso. El suceso que acababa de desarrollarse ante

mis ojos, y que tanto me había sorprendido, me forzaba ahora a reflexionar seriamente en ello.

Miré alrededor de mí y vi que los muchachos habían vuelto a sus juegos. Regresé a mi lugar, lleno de pensamientos, y me puse otra vez a dibujar las iniciales. El trabajo ya no marchaba nada bien, y sin embargo tenía que terminarlo a toda costa.

Los yezidas constituyen una secta que vive en Transcaucasia, principalmente en los alrededores del Ararat. Se los llama a veces *Adoradores del Diablo*.

Muchos años después del incidente del que había sido testigo, pude verificar esta clase de fenómeno y comprobar que, efectivamente, si se traza un círculo alrededor de un yezida, éste no puede salir de él por su propia voluntad.

Dentro del círculo puede moverse libremente. Cuanto mayor sea el círculo, más grande es la superficie en que puede desplazarse, pero en lo que se refiere a franquear la línea, no es capaz de hacerlo: una extraña fuerza, fuera de proporción con su fuerza normal, lo mantiene prisionero.

Yo mismo, que soy fuerte, no podía hacer salir del círculo a una débil mujer; requería todavía la ayuda de otro hombre tan vigoroso como yo.

Si se obliga a un yezida a franquear esta línea, cae de inmediato en el estado que se llama de catalepsia, que cesa en el instante mismo en que se le vuelve a introducir en el círculo.

Una vez caído en catalepsia, un yezida que ha sido sacado fuera del círculo no recobra su estado normal sino al cabo de trece o veintiuna horas.

No existe ningún otro medio de recobrar el estado normal; en todo caso ni yo ni mis compañeros lo lográbamos, aunque entonces ya poseíamos a fondo todos los métodos conocidos de la ciencia hipnótica contemporánea para hacer salir a un hombre del estado de catalepsia. Sólo sus sacerdotes podían hacerlo, por medio de breves encantamientos.

Esa misma noche, después de haber mal que bien terminado las iniciales y entregado el escudo a mi cliente, fui al barrio ruso, donde moraban la mayoría de mis amigos y conocidos, con la esperanza de que pudieran ayudarme a descifrar ese extraño fenómeno. En ese barrio ruso de la ciudad de Alexandropol vivía toda la *intelligentsia* local. Debo decir que desde la edad de ocho años, tanto en Alexandropol como en Kars, las circunstancias me habían llevado a frecuentar compañeros de mucha más edad que yo, pertenecientes a familias cuya situación social era considerada superior a la de mis padres.

En el barrio griego de Alexandropol donde primero había vivido mi familia no tenía ningún compañero. Todos mis amigos vivían al otro lado de la ciudad, en la parte rusa; eran hijos de oficiales, de funcionarios y de eclesiásticos.

Iba a verlos a menudo, y una vez presentado a sus familias, tuve entrada en casi todas las casas de ese barrio.

Recuerdo que el primer amigo a quien hablé de ese fenómeno que me había dejado tan estupefacto fue un tal Ananiev, buen compañero, también mucho mayor que yo.

Ni siquiera escuchó hasta el fin, y declaró con autoridad:

—Esos muchachos se han burlado sencillamente de tu estupidez, te tomaron el pelo, y eso es todo. Mira más bien esta maravilla...

Corrió a su cuarto y regresó al instante, poniéndose mientras caminaba la chaqueta de su nuevo uniforme: acababa de ser aceptado como empleado de correos y telégrafos. Luego me invitó a acompañarle al jardín público.

Rehusé, pretextando falta de tiempo, y lo dejé rápidamente para ir a casa de Pavlov, que vivía en la misma calle.

Era un buen muchacho, pero gran borracho. Estaba empleado en el Tesoro. Encontré en su casa al Padre Máximo, diácono de la iglesia de la fortaleza, un funcionario de la fábrica de pólvora, Artemin, el capitán Terentiev, el maestro de escuela Stolmaj y otros dos a quienes yo conocía poco. Estaban tomando vodka y apenas entré me hicieron sentar y me invitaron a beber.

Hay que decir que ese año ya había empezado a beber, no mucho en verdad, pero nunca rechazaba un trago cuando me lo ofrecían.

Eso había empezado en Kars, en las circunstancias siguientes: una mañana en me caía de cansancio por haber pasado toda la noche estudiando mis lecciones, estaba a punto de acostarme cuando un soldado vino a buscarme para ir a la Catedral.

No recuerdo en honor de qué, ese día se celebraría un servicio religioso en uno de los fuertes. En el último minuto se había decidido celebrarlo con coros, se habían enviado estafetas y ordenanzas por toda la ciudad en busca de cantores.

Como no había dormido en toda la noche, la dura cuesta para llegar hasta el fuerte y el servicio mismo me fatigó tanto, que apenas si podía sostenerme sobre mis piernas.

Terminado el oficio, se había servido una comida en el fuerte para los invitados, y se había reservado una mesa a los coristas. El sochantre, sólido bebedor, al ver lo débil que estaba, me persuadió de que tomara un vasito de vodka.

Después de beberlo me sentí realmente mejor, y al segundo vaso toda mi debilidad había desaparecido.

Desde entonces muy a menudo, cuando estaba cansado o nervioso bebía uno o dos y a veces hasta tres vasitos.

Esa noche tampoco rehusé un vaso de vodka. Pero a pesar de su insistencia no repetí. El grupito aún no estaba ebrio, porque acababan de empezar. Yo sabía en qué orden ocurría eso: el primer achispado era siempre el diácono. Cuando estaba ligeramente ebrio, se ponía a entonar la plegaria litúrgica para el descanso del alma del augusto y venerado Alejandro I -pero al ver que aún tenía su aire tristón no pude evitar referirle lo que había visto ese mismo día; sin embargo, me cuidé de no parecer tan serio como con Ananiev y hablé esta vez en tono de broma.

Me escucharon todos muy atentamente y con el mayor interés. Cuando terminé mi relato, me dieron su opinión:

El primero en hablar fue el capitán. Dijo que había observado recientemente un caso semejante; unos soldados habían trazado un círculo en el suelo alrededor de un kurdo; éste, casi llorando, les había suplicado que lo borrasen y no se había movido de allí hasta que, por orden suya, como capitán, un soldado hizo una brecha por la que el kurdo había huido.

—Pienso —observó el capitán—, que han debido de hacer voto de no salir jamás de un círculo cerrado, y que si no salen de él, no es porque no puedan, sino porque *no* quieren violar su juramento.

Entonces dijo el diácono:

—Son Adoradores del Diablo, y en las circunstancias ordinarias el Diablo no los toca, porque se trata de los suyos. Pero como el mismo Diablo no es sino un subalterno, y sus funciones lo obligan a hacer pesar su yugo sobre todos, ha limitado la independencia de los yezidas para salvar las apariencias, de tal manera que los demás no puedan adivinar que aquéllos son sus servidores. Exactamente como Felipe... —Felipe era el policía del lugar. Esta alegre pandilla, como no tenía a nadie a su disposición, lo mandaba a veces a comprar cigarrillos o bebidas porque el servicio local de policía era apenas bueno... para hacer reír a las gallinas.

—Por ejemplo -prosiguió el diácono-, si hago escándalo en la calle, Felipe se ve forzado a llevarme a la comandancia, pero simplemente por la forma, a fin de que los demás no tengan nada que decir. Apenas hemos dado la vuelta a la esquina, me suelta y no deja de decirme: *¡no se olvide del regalito, Vuestra Merced!*

»Pues bien, el Maldito hace lo mismo con los suyos -los yezidas».

Ignoro si inventó ese cuento en el mismo momento, o si era verdadero.

El empleado del Tesoro dijo que nunca había oído hablar del asunto, que según él nada semejante podía existir y que lamentaba mucho que personas inteligentes como nosotros pudieran creer en tales prodigios, y que además se rompieran la cabeza a propósito de ellos.

El maestro de escuela Stolmaj dijo que, por el contrario, creía en la realidad de los fenómenos sobrenaturales, y que si la ciencia positiva no podía aún descifrarlos todos, estaba perfectamente convencido de que con los rápidos progresos de la civilización contemporánea, la ciencia pronto probaría que todas las singularidades del mundo metafísico podían explicarse enteramente por causas físicas.

—En cuanto al hecho del que hablamos —prosiguió-, pienso que se trata aquí de uno de esos fenómenos magnéticos sobre los cuales las luces de la ciencia trabajan actualmente en Nancy.

Quería agregar algo, pero Pavlov lo interrumpió exclamando:

—¡Que el Diablo se lleve a todos los Adoradores de Diablo! Que se les dé a todos media botella de vodka y ningún círculo los retendrá más... Bebamos más bien a la salud de Isakov. —Isakov era el propietario de la destilería local.

Estas conversaciones no calmaban mis pensamientos, sino todo lo contrario. Después de dejar a Pavlov, seguí pensando aún más en todo eso. Al mismo tiempo me asaltaban dudas sobre las personas que hasta entonces había considerado como instruidas.

En la mañana siguiente me encontré por azar con el médico jefe de la 39ª división, el doctor Ivanov, de visita en la casa de un vecino armenio que me había llamado para servirle de intérprete.

Ivanov gozaba de mucha fama en la ciudad. Tenía una vasta clientela y yo lo conocía muy bien, porque a menudo venía a casa de mi tío.

Después de la consulta, le pregunté:

—¡Vuestra Excelencia! -tenía el grado de general—. ¿Tendría usted la bondad de explicarme por qué un yezida no puede salir de un círculo?

—¡Ah! ¿Usted se refiere a los Adoradores del Diablo? -dijo-. Es sencillamente histeria.

—¡Histeria? -pregunté.

—Sí, histeria. —Y se puso a deshilar un cuento interminable; pero de todo lo que me dijo, sólo comprendí que la histeria era... la histeria. Y eso yo ya lo sabía, por la sencilla razón de que en la biblioteca del hospital militar de Kars no había un solo libro de patología nerviosa o de psicología que no hubiese leído. Y lo había hecho muy atentamente,

parándome casi en cada línea, tanto deseaba hallar en estas ramas de la ciencia una explicación a las mesas giratorias.

De manera que comprendía ya perfectamente que la histeria era la histeria. Pero quería saber más.

Cuanto más advertía la dificultad de encontrar una respuesta, más me roía la curiosidad. Durante unos días no fui el mismo de siempre. No quería hacer nada. Sólo pensaba en una cosa: «¿Dónde está la verdad? ¿En lo que está escrito en los libros y en lo que me enseñan mis maestros? ¿O bien en los hechos con los cuales me tropiezo?»

De pronto sobrevino un nuevo acontecimiento que acabó de desconcertarme.

Cinco o seis días después de la historia del yezida, iba temprano a lavarme en la fuente. Era costumbre lavarse allí todas las mañanas con agua de manantial. Divisé en la esquina de la calle un grupo de mujeres que hablaban animadamente. Me acerqué y supe lo siguiente:

Esa noche, en el barrio tártaro, había aparecido un *gormaj*. El pueblo llama así a un espíritu maligno que se introduce en el cuerpo de un hombre que acaba de morir y aparece bajo sus rasgos para cometer toda clase de malas pasadas a los vivientes, y sobre todo a los antiguos enemigos del difunto.

Uno de esos espíritus, pues, había aparecido en el cuerpo de un tártaro enterrado la víspera, el hijo de Mariam Batchi.

Me había enterado de la muerte y funeral de ese hombre porque su casa era vecina de la antigua casa de mi padre, donde vivíamos todos antes de mudarnos a Kars. Había ido allí la víspera a cobrar el alquiler de los inquilinos. Aprovechando la ocasión fui a casa de unos vecinos tártaros, y había visto llevar al muerto.

Lo conocí muy bien, porque nos visitaba con frecuencia. Era un hombre joven que acababa de ser nombrado agente del orden público. Algunos días antes, durante una *dyiguitovka* se había caído del caballo, y se decía que se le habían «anudado los intestinos». A pesar de que un médico militar llamado Kultchevsky le hizo tragar todo un vaso de mercurio «para enderezárselos», el pobre diablo había muerto, y según la costumbre tártara se le había enterrado con toda rapidez. Fue entonces, al parecer, cuando el espíritu maligno se introdujo en su cuerpo y trató de llevarlo de nuevo a la casa; pero alguien que se dio cuenta por casualidad dio la alarma y tocó a rebato, y los buenos vecinos para no permitir a ese espíritu cometer grandes desgracias habían degollado al tártaro en el acto y lo habían llevado de regreso al cementerio.

Allí, los adeptos de la religión cristiana hasta creen que esos espíritus no se introducen sino en los tártaros, por tener éstos la costumbre,

en vez de sellar inmediatamente la tumba, de echarle un poco de tierra, y a menudo hasta depositar allí alimentos. Sacar el cuerpo de un cristiano profundamente hundido en la tierra es difícil para los espíritus, por lo cual prefieren a los tártaros.

Este incidente acabó por dejarme estupefacto. «¿Cómo explicármelo? ¿Qué sabía yo de todo eso?»

Estoy mirando. En la esquina de la calle, aparece mi tío, el venerable Gueorgui Mercurov con su hijo liceísta de secundaria, que hablan de todo aquello con un funcionario de la policía, a quien todo el mundo considera como un hombre muy honorable. Han vivido todos muchísimo más que yo, saben muchas cosas sobre las cuales ni he soñado: ¿es que se ve en sus rostros indignación, tristeza o sorpresa? No, hasta se diría que se alegran de que siquiera una vez se haya podido castigar a ese espíritu y frustrar sus maniobras.

Me sumergí de nuevo en los libros con la esperanza de satisfacer por fin al gusano que me roía.

Bogatchevsky me ayudó mucho. Desgraciadamente tuvo que marcharse pronto ya que dos años después de su llegada a Kars fue nombrado capellán en una ciudad transcaspiana.

Mientras fue mi maestro en Kars, había sometido nuestras relaciones a una regla particular: aunque todavía no era sacerdote me confesaba todas las semanas.

Al partir, me ordenó escribir mi confesión semanal y enviársela, prometiéndome contestar de vez en cuando.

Convinimos que me enviaría sus cartas a casa de mi tío, quien me las remitiría o me las haría llegar.

Pero un año después de haberse radicado en Transcaspiana, Bogatchevsky abandonó el clero secular para hacerse monje.

De dar crédito a ciertos rumores, había sido llevado a esta decisión por la conducta de su joven mujer, que había tenido un romance con un oficial. Bogatchevsky la echó de su casa y en adelante no quiso quedarse en la ciudad ni seguir siendo capellán.

Poco tiempo después de su partida, yo también salí de Kars para Tbilisi.

En ese período, recibí de mi tío dos cartas de Bogatchevsky; luego estuve varios años sin tener noticias de él.

Mucho más tarde lo encontré por la más grande de las casualidades en la ciudad de Samara, cuando salía de la casa del obispo. Llevaba los hábitos de los monjes de un célebre monasterio.

No me reconoció en seguida, tanto había yo crecido y madurado pero cuando me identifiqué se mostró muy contento de verme y durante algunos días tuvimos frecuentes charlas, que duraron hasta que ambos partimos de Samara.

Después de este encuentro, nunca lo volví a ver.

Supe más tarde que no quiso quedarse en su monasterio, en Rusia, sino que pronto se fue a Turquía y luego al Monte Athos donde, sin embargo, tampoco permaneció mucho tiempo. Había renunciado entonces a la vida monástica y se había marchado a Jerusalén.

Allí, Bogatchevsky trabó amistad con un vendedor que comerciaba con rosarios cerca del Templo del Señor.

Este vendedor era un monje de la Orden de los Esenios. Tras haberlo preparado largo tiempo hizo entrar a Bogatchevsky en su cofradía.

A causa de su vida ejemplar, éste fue nombrado ecónomo, y al cabo de algunos años, superior de uno de los monasterios de la Orden, en Egipto. En fin, después de la muerte de uno de los asistentes del superior del monasterio principal, Bogatchevsky fue llamado a reemplazarlo.

Supe muchas cosas sobre la vida extraordinaria que había llevado en ese período, gracias a los relatos de uno de mis amigos, un derviche turco, que lo veía a menudo, y a quien yo encontraba en Brusa. Mientras tanto mi tío me había enviado otra carta de Bogatchevsky. Esta contenía, además de algunas palabras de bendición, una pequeña fotografía suya en hábitos de monje griego, y varias vistas de lugares santos de las cercanías de Jerusalén.

Cuando se hallaba todavía en Kars, esperando su ordenación, Bogatchevsky me había expuesto un concepto muy original de la moral.

Me enseñó que existían en la tierra dos morales: una objetiva, establecida por la vida desde hace miles de años, y la otra subjetiva, particular a individuos aislados como a naciones enteras, imperios, familias, categorías sociales, etc.

—La moral objetiva -me dijo un día-, se funda bien sobre la vida, bien sobre los mandamientos que Dios mismo nos ha dado por la voz de sus profetas. Llegó a ser poco a poco en el hombre el principio constitutivo de lo que se llama la conciencia; y esta conciencia, a su vez, sostiene la moral objetiva. La moral objetiva nunca cambia, sólo puede cobrar amplitud con el tiempo. En cuanto a la moral subjetiva, invención humana, es un concepto relativo, diferente para cada hombre,

diferente en cada lugar y fundado en la comprensión particular del *bien* y del mal que prevalece en la época dada.

Por ejemplo, aquí en Transcaucasia, si una mujer no se cubre el rostro si habla con los invitados, todo el mundo la considera inmoral, versa, sin educación. En Rusia, por lo contrario, si a una mujer se le antojara cubrirse la cara, no recibir a sus invitados y no conversar ellos, todo el inundo la tildaría de mal educada, grosera, poco amable y así sucesivamente.

»Otro ejemplo: aquí en Kars, si alguien no va al *hammam* una vez por semana, o por lo menos cada quince días, quienes lo rodean lo detestarán, tendrán por él un sentimiento de asco, y hasta encontrarán que huele mal -lo que quizá no sea cierto. Pero en San Petersburgo, hoy, es lo opuesto; si alguien había de ir al baño turco será tachado de mal educado, atrasado, campesino, etc. Y si acaso quiere ir de todas maneras, tendrá que hacerlo a escondidas, para que no se le reproche su falta de *savoir-vivre*.

»Para que comprendas mejor la relatividad de las nociones de moral y de honor, tomaré dos acontecimientos ocurridos la semana pasada en Kars entre los oficiales y que tuvieron cierta resonancia.

»El primero es el juicio del teniente K...; el segundo, el suicidio del teniente Makarov.

»El teniente K... fue llevado ante el tribunal militar por haber abofeteado al zapatero Ivanov con tal violencia que éste perdió el ojo izquierdo. El tribunal lo absolvió porque la encuesta probó que el zapatero Ivanov importunaba al teniente K... y difundía a su respecto juicios ofensivos.

»Muy interesado por esta historia, decidí, sin tener en cuenta los resultados de la encuesta, ir yo mismo a ver a la familia del desdichado e interrogar a sus amigos, con el fin de aclarar las verdaderas razones de la conducta del teniente K...

»Supe que éste había encargado al zapatero Ivanov un par de botas, luego un segundo par, luego un tercero, prometiendo pagarle el veinte del mes, cuando recibiera su sueldo. Al no haberle traído el dinero el veinte, Ivanov fue a reclamarle su deuda. El oficial prometió pagarle al día siguiente. Al día siguiente lo aplazó para el día siguiente. En suma, durante largo tiempo alimentó a Ivanov con *días siguientes*. Ivanov volvía una y otra vez, porque el dinero que se le debía representaba para él una suma enorme. Era casi todo lo que poseía: las economías que su mujer, lavandera, había hecho, centavo a centavo, durante años, y que habían servido para la compra de los materiales necesarios para las botas del oficial.

»Por otra parte, si el zapatero Ivanov persistía en reclamar el pago, era porque tenía seis hijos que alimentar.

»La insistencia de Ivanov terminó por cansar al oficial. Primero le hizo decir por su ordenanza que no estaba en casa; luego lo echó; simplemente, y hasta llegó a amenazarlo con hacerlo apresar.

»En fin, el teniente había mandado a su ordenanza que si osaba volver le diera una buena paliza.

»Cuando Ivanov se presentó, el ordenanza, que era hombre compasivo, en vez de molerlo a golpes como se le había ordenado, quiso persuadirlo, como amigo, de que no importunara más a Su Grandeza. Lo invitó pues a la cocina para hablarle.

»Mientras Ivanov se sentaba en un taburete se puso a desplumar un ganso para asarlo.

»A lo cual Ivanov no pudo menos que observar: *Y así es, esos señores se regalan cada día con gansos asados pero no pagan sus deudas; y mientras tanto mis hijos se quedan con hambre.*

»Pues bien, en ese preciso instante el teniente K... entraba por casualidad en la cocina. Al sorprender estas palabras tuvo tal arrebato de furor que tomó de la mesa una pesada remolacha y golpeó con ella en pleno rostro a Ivanov, tan brutalmente que le hizo saltar un ojo.

»El segundo acontecimiento es por decirlo así el inverso del primero: el teniente Makarov se suicidó porque no podía pagar una deuda a un tal capitán Machvélov.

»Es menester decir que este Machvélov, jugador de naipes inveterado, es reputado en todas partes como un verdadero tiburón. No pasa día en que no arruine a alguien en el juego; para todos es evidente que hace trampas.

»Hace algunos días, en el casino, el teniente Makarov jugó una partida con varios oficiales entre los cuales se hallaba Machvélov, y no sólo perdió todo su dinero sino que además pidió prestado a ese Machvélov, prometiéndole devolvérselo a los tres días.

»Como la suma era crecida, el teniente Makarov no pudo procurársela a tiempo. Y en la imposibilidad de cumplir su palabra, pensó que más valía darse muerte que manchar su honor de oficial.

»Estos sucesos tienen el mismo origen: las deudas. Pero uno de los oficiales deja tuerto a su acreedor, mientras que, por la misma razón, el otro se suicida. ¿Por qué? Simplemente porque los íntimos de Makarov lo hubieran censurado por no haber pagado su deuda al tramposo Machvélov. En cuanto al zapatero Ivanov, aunque todos sus hijos hubieran muerto de hambre, *eso* hubiera estado en el orden de las

cosas. ¡Al fin y al cabo, el código de honor de un oficial no incluye el deber de pagar sus deudas a un zapatero!

»En general, lo repito, si tales incidentes se producen entre los adultos, es porque durante su infancia, a la edad en que el hombre futuro aún está en formación, se les atiborró el cráneo de convenciones diversas, impidiendo así que la Naturaleza desarrollara progresivamente en ellos la conciencia moral que a nuestros antepasados les llevó miles de años constituir luchando precisamente contra esta clase de convenciones».

Bogatchevsky me exhortaba a menudo a no aceptar ninguna de las convenciones del medio en que vivía, ni tampoco las de ningún otro.

Decía:

—Son las convenciones, de las que se está repleto, las que constituyen la moral subjetiva. Pero una vida verdadera exige la moral objetiva, que sólo puede provenir de la conciencia.

»La conciencia es en todas partes la misma: es aquí tal como es en San Petersburgo, en América, en Kamchatka o en las Islas Salomón. Y hoy tú estás aquí, pero mañana puedes estar en América. Si tienes una verdadera conciencia y conformas tu vida a ella, dondequiera que estés, todo irá bien.

»Eres todavía muy joven. Ni siquiera has entrado en la vida. No importa si se dice que eres mal educado; poco importa que no sepas hacer reverencias, ni hablar de las cosas como suele hacerse, con tal de que a la edad adulta, cuando empieces realmente a vivir, tengas una verdadera conciencia, es decir, la base misma de una moral objetiva.

»La moral subjetiva es un concepto relativo; si estás lleno de conceptos relativos, cuando seas grande siempre y en todo actuarás y juzgarás a los demás según los puntos de vista y las nociones convencionales que hayas adquirido.

»Tienes que aprender no a conformarte a lo que las personas que te rodean consideren bueno o malo, sino actuar en la vida según lo que te dicte tu conciencia.

»Una conciencia que se haya desarrollado libremente sabrá siempre mucho más que todos los libros y todos los maestros juntos. Pero mientras tu propia conciencia no esté enteramente formada aún, vive según el mandamiento de nuestro maestro Jesucristo: *No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a ti.*»

El Padre Evlissi, que ahora es muy anciano, es uno de los poquísimos hombres sobre la tierra que han logrado vivir como lo desearía para todos nosotros nuestro Divino Maestro Jesucristo.

¡Que sus plegarias vengan en ayuda de todos aquellos que quieren llegar a ser capaces de vivir según la Verdad!

Señor X... o capitán Pogossian

SARKISS Pogossian —o como ahora lo llaman, Sr. X...- es dueño de varios navios. Comanda en persona el navio que hace el servicio de una región que le es querida, entre las islas de la Sonda y las Islas Salomón.

Armenio de origen, Sarkiss Pogossian nació en Turquía pero pasó su infancia en Transcaucasia, en la ciudad de Kars.

Lo conocí y trabé amistad con él cuando, aún muy joven, terminaba sus estudios en la Academia de Teología de Etchmiadzin, donde se preparaba para el sacerdocio.

Aún antes de conocerlo, había oído hablar de él a sus padres, que vivían en Kars no lejos de nuestra casa y venían a menudo para visitar a mi padre.

Sabía que era hijo único y que había hecho sus estudios en el *Temagan-Dpretz*, o seminario de Erivan, antes de entrar en la Academia de Teología de Etchmiadzin.

Los padres de Pogossian, originarios de Erzerum, habían emigrado a Kars poco después de la toma de esa ciudad por los rusos.

Su padre era *poiadyi*¹ de profesión. Su madre era bordadora, especialista en bordados de oro para petos y cinturones de *dyúpes*².

1.- *Poiadyi* significa tintorero. Los que ejercen este oficio se reconocen fácilmente por el tinte azul con el cual sus brazos están impregnados, desde la mano hasta el codo y que no se borra nunca.

2.- El *dyúpe* es un traje de las armenias de Ezerum.

Viviendo muy modestamente, consagraban todos sus recursos para dar al hijo una buena educación.

Sarkiss Pogossian iba raras veces a visitar a sus padres y nunca tuve la ocasión de encontrarlo en Kars. Lo conocí en mi primer viaje a Etchmiadzin.

Antes de mi salida había pasado un tiempo en Kars junto a mi padre, y los padres de Pogossian, al saber que yo debía ir a Etchmiadzin, me pidieron que llevara al hijo alguna ropa.

Una vez *mas* iba en busca de una respuesta a los interrogantes planteados por los fenómenos sobrenaturales, por los cuales mi pasión, lejos de debilitarse no había hecho sino crecer.

Debo decir que, impulsado por mi vivo interés por esos fenómenos, como conté en el capítulo anterior, me había arrojado sobre los libros y luego dirigido a hombres de ciencia en la esperanza de obtener alguna explicación. Pero, al no hallar respuestas satisfactorias ni en los libros, ni tampoco de las personas que consulté, orienté mis investigaciones hacia la religión. Visitaba diferentes monasterios. Interrogaba a hombres reputados por la *fuerza* de su sentimiento religioso. Leí las Santas Escrituras, la vida de los Santos. Hasta por tres meses fui el sirviente del célebre Padre Eulampias en el monasterio de Sanaine, y me dirigí en peregrinaje a casi todos los «lugares santos» de diversas creencias, tan numerosos en Transcaucasia.

En el curso de ese período fui testigo de toda una serie de nuevos fenómenos, absolutamente incontestables y, sin embargo, imposibles de explicar; eso no hizo sino aumentar mi perplejidad.

Por ejemplo, yendo un día a la fiesta del Trono con un grupo de peregrinos de Alexandropol, en un lugar conocido por los armenios con el nombre de *Amena-Prdetz*, sobre el monte Dyadyur, asistí al siguiente incidente:

En el camino, viniendo de Paldevan, una carreta llevaba hacia el santo lugar a un enfermo -un paralítico.

Entablé conversación con los parientes que lo acompañaban y proseguimos el viaje juntos.

Este paralítico, que apenas tenía treinta años, estaba baldado desde hacía seis años. Antes gozaba de perfecta salud; hasta había hecho su servicio militar.

Había caído enfermo a su regreso del servicio, justo antes de casarse. Todo el costado izquierdo de su cuerpo había quedado paralizado y hasta ese día, pese a todos los tratamientos de los médicos y de los curanderos, nada había podido curarlo; incluso lo habían llevado especialmente a las aguas minerales del Cáucaso, y ahora sus parientes

lo llevaban, por ventura, a *Amena-Prdetz*, en la esperanza de que el Santo lo ayudase y mitigara sus padecimientos.

En el camino al santuario, como todos los peregrinos, nos desviamos por el pueblo de Disskiant para ir a rezar al pie de un icono milagroso del Salvador, en la casa de una familia armenia.

Como el enfermo también quería rezar, lo llevaron; yo mismo ayudé a transportar al infortunado.

Poco después llegamos al pie del monte Dyadyur, sobre cuya vertiente se erguía la pequeña iglesia que encerraba la tumba milagrosa del Santo.

Hicimos un alto en el lugar donde los peregrinos dejaban por lo común sus coches, carretas y furgones —ya que el camino carretero se detenía allí— para subir a pie los doscientos metros que faltaban.

Gran número de peregrinos andaban descalzos, de acuerdo con la costumbre; otros recorrían el trayecto hasta de rodillas o en cualquier otra forma particular.

Cuando bajaron al paralítico de la carreta para llevarlo camino arriba, empezó a protestar e intentó arrastrarse como mejor pudiera.

Lo pusieron en el suelo y comenzó a reptar sobre su lado sano.

Esto le costaba tales esfuerzos que daba mucha lástima. Sin embargo, rechazaba cualquier ayuda.

Descansando a menudo en el camino, al cabo de tres horas, llegó por fin arriba, se arrastró hasta la tumba del Santo, en el centro de la iglesia, besó la lápida y, de repente, perdió el conocimiento.

Con mi ayuda y la de los sacerdotes, sus parientes lo reanimaron, vertiéndole agua en la boca y mojándole la cabeza.

Y fue cuando volvió en sí que se produjo el milagro: ya no estaba paralizado.

En el primer momento el mismo enfermo estaba como aturdido, pero cuando se dio cuenta de que podía mover todos los miembros, saltó sobre sus pies, casi se puso a bailar allí, y de golpe volvió a sus cabales dando un fuerte grito, se prosternó y se puso a rezar.

Al mismo tiempo todos los presentes, empezando por el cura, cayeron de rodillas y empezaron a rezar.

Luego el sacerdote se levantó y, ante todos los fieles arrodillados, cantó un *Te Deum* de acción de gracias en honor del Santo.

Otro hecho, no menos desconcertante, tuvo lugar en Kars. Este año en toda la provincia el calor y la sequía eran espantosos. Casi toda la cosecha se había agostado, el hambre amenazaba y el pueblo empezaba a agitarse.

Ese mismo verano, el patriarcado de Antioquía había enviado precisamente a un archimandrita, con un icono milagroso —ya no recuerdo

si era el de Nicolás el Taumaturgo o el de la Virgen— a fin de recoger dinero para ayudar a los griegos víctimas de la guerra de Creta.

Iba de ciudad en ciudad con su icono, deteniéndose con preferencia en los lugares donde la población griega era importante, y pasó también por Kars.

Ignoro a qué propósitos políticos o religiosos ello correspondía, pero el hecho es que las autoridades rusas, tanto en Kars como en los demás lugares, acogieron al enviado con magnificencia y le rindieron toda clase de honores.

Cuando el archimandrita llegaba a una ciudad, se llevaba el icono de iglesia en iglesia, y el clero salía a su encuentro con todos los estandartes desplegados para recibirlo solemnemente.

Al día siguiente de la llegada de este archimandrita a Kars, se difundió el rumor de que todos los sacerdotes recitarían, ante el icono en las afueras de la ciudad, una oración especial para pedir la lluvia. De hecho, en el día fijado, hacia mediodía, de todas las iglesias de la ciudad salieron procesiones con banderas e iconos para dirigirse juntas al lugar señalado.

En esta ceremonia estaban representadas la vieja iglesia griega, la catedral griega, recientemente reconstruida, la iglesia militar de la fortaleza y la iglesia del regimiento de Kuban, a las cuales se unió el clero de la iglesia armenia.

Ese día el calor era particularmente intenso.

En presencia de casi toda la población, el clero, a cuya *cabeza* estaba el archimandrita, celebró un solemne oficio. Después de lo cual, toda la procesión regresó a la ciudad.

Entonces se produjo uno de esos sucesos que los hombres contemporáneos son incapaces de explicar; repentinamente el cielo se cubrió de nubes, y los ciudadanos no habían llegado aún a las puertas de la ciudad cuando una lluvia torrencial empezó a caer, hasta tal punto que se empaparon hasta los huesos. Para interpretar ese fenómeno, naturalmente podría emplear uno, como en muchos otros casos semejantes, la palabra estereotipada «coincidencia», cara a nuestros pensadores, como se suele llamarlos —pero es preciso reconocer que esta vez la coincidencia era demasiada.

El tercer incidente ocurrió en Alexandropol, donde mi familia había venido para establecerse otra vez en su antigua casa.

Mi tía vivía justamente al lado. Una de las dependencias de su casa había sido alquilada a un tártaro, empleado en la municipalidad como dependiente o secretario.

Vivía con su anciana madre y su hermanita. No tardó en casarse con una linda muchacha, una tártara de la vecina aldea de Karadaj.

Las cosas andaban bien, cuando, al cabo de cuarenta días de matrimonio, la joven, como lo requiere la costumbre tártara, fue a visitar a sus padres. Sea por haberse resfriado, sea por otra *razón*, a su regreso se sintió mal y se metió en cama. Poco a poco su estado se agravó.

La cuidaron. Pero aunque atendida por varios médicos, entre los cuales, si mi memoria es fiel, Reznik, médico de la ciudad, y el mayor retirado Kultchevsky, el estado de la enferma empeoraba.

Siguiendo las prescripciones del doctor Reznik, un enfermero amigo mío venía cada mañana a ponerle una inyección.

Ese enfermero -no recuerdo su apellido, sino solamente que su altura era desmesurada- a menudo venía a casa de paso.

Una mañana llegó cuando mi madre y yo tomábamos el té. Lo invitamos a sentarse y en el curso de la conversación le pedí noticias de nuestra vecina. Contestó que estaba muy mal, que sufría de una «tisis galopante» y que según todas las probabilidades «no duraría mucho».

Aún estaba en casa cuando una anciana, la suegra de la enferma, vino para pedir permiso a mi madre para cortar algunos pimpollos de rosa en nuestro jardín.

Bañada en lágrimas nos dijo que la enferma esa noche había visto en sueños a *Mariam-Ana* -es el nombre que los tártaros dan a la Virgen-, quien le había ordenado cortar pimpollos de rosa, hervir los estambres en leche y bebería. Y la vieja, para tranquilizar a la enferma, quería hacer lo que le habían pedido. Al oírla hablar el enfermero se echó a reír.

Mi madre, por supuesto, dio su consentimiento; hasta ayudó a la anciana a cortar las flores, y después de haber acompañado al enfermero, fui a unirme con ellas.

Cómo no habría de asombrarme cuando por la mañana siguiente al ir al mercado vi a la vieja tártara, acompañada por la enferma, salir de la iglesia Sev-Jam, donde se halla el icono milagroso de la Virgen. Una semana más tarde vi a nuestra joven vecina lavar las ventanas de su casa.

Dicho sea de paso, el doctor Reznik explicó que esta cura, que parecía milagrosa, sólo se debía al azar.

La existencia de estos hechos, que no podía poner en duda por haberlos visto con mis propios ojos, a los que debía agregar muchos otros que me fueron relatados, y que evocaban todos la presencia de algo «sobrenatural», no era compatible ni con lo que me decía mi sentido común, ni con las convicciones que extraía de mis conocimientos,

ya muy extensos, en materia de ciencias exactas, que excluían la idea misma de fenómenos sobrenaturales.

La conciencia de esta contradicción no me dejaba respiro. Era tanto más insoportable cuanto que por los dos lados los hechos y las pruebas eran igualmente convincentes. Sin embargo, proseguía mis investigaciones, con la esperanza de encontrar un día en alguna parte la verdadera respuesta a estos interrogantes que sin cesar me atormentaban.

Estas investigaciones me llevaron, entre otros lugares, a Etchmiadzin, que era el centro de una de las grandes religiones y donde esperaba encontrar el hilo conductor que me permitiera salir de este callejón sin salida. Etchmiadzin, o como aún lo llaman Vagjarchapat, es para los armenios lo que es La Meca para los musulmanes y Jerusalén para los cristianos. Es la residencia del Katholikos de todos los armenios y el centro de su cultura.

Cada otoño se celebra en Etchmiadzin una gran fiesta religiosa a la cual asisten muchísimos peregrinos que vienen no sólo de todos los rincones de Armenia, sino de todas partes del mundo.

Una semana antes de la solemnidad, ya todos los caminos cercanos están invadidos por los peregrinos; unos andan a pie, otros en carretas o en furgones, aquéllos montados en caballos o asnos.

En cuanto a mí, fui caminando con los peregrinos de Alexandropol, después de poner mis maletas en el furgón de los Molokanes.

Llegado a Etchmiadzin, fui directamente, de acuerdo con la costumbre, a inclinarme ante todos los lugares santos.

Luego salí en busca de alojamiento, pero me fue imposible encontrarlo en la ciudad; todas las posadas (los hoteles aún no existían) estaban repletas. De suerte que decidí hacer lo que tantos otros, y acampar como pudiera en las afueras de la ciudad, bajo una carreta o un furgón.

Como todavía era temprano, resolví cumplir ante todo con el encargo que me había hecho, es decir, encontrar a Pogossian y entregarle el paquete.

Vivía éste no lejos de la principal posada, en casa de un pariente lejano, el archimandrita Surenian. Lo encontré en casa.

Era un muchacho moreno, casi de mi misma edad, de mediana estatura y con bigotito. Sus ojos, naturalmente tristes, a veces brillaban con ardiente fulgor; era ligeramente bizco del ojo derecho.

En aquella época parecía muy frágil y muy tímido. Me hizo algunas preguntas sobre sus padres y, cuando en el curso de la conversación se enteró de que yo no había podido hallar alojamiento, salió un instante y casi en seguida regresó para ofrecerme compartir su cuarto.

Acepté, claro está, y me di prisa en ir al furgón para traer mis trastos. Acababa de acomodar una cama, con su ayuda, cuando nos llamaron de casa del Padre Surenian para cenar. El Padre me recibió amistosamente y me hizo preguntas sobre Alexandropol. Después de cenar, fui con Pogossian a visitar la ciudad y los santuarios.

Es menester decir que durante todo el peregrinaje reina mucha animación, de noche, en las calles de Etchmiadzin; todos los cafés y los *achjanés* permanecen abiertos.

Esa noche y los días siguientes salimos juntos. Pogossian conocía todos los rincones y recovecos de la ciudad, y me llevaba por doquier.

Íbamos a lugares donde los peregrinos comunes no tienen acceso; hasta entramos en *Kantzaran*, donde se guardan los tesoros de Etchmiadzin y es muy difícil ser admitido.

No tardamos en ser muy amigos, Pogossian y yo, y poco a poco lazos estrechos se establecieron entre nosotros, en especial cuando nuestras conversaciones nos revelaron nuestro interés común por las cuestiones que me atormentaban. Teníamos ambos mucho material que intercambiar sobre este particular, y nuestros diálogos se hicieron cada vez más cordiales y confiados.

Terminaba él sus estudios en la Academia de Teología y debía ser ordenado sacerdote dos años más tarde, pero su estado de ánimo no correspondía mucho a esta perspectiva.

Por más religioso que fuese, se mantenía muy crítico hacia el medio donde se hallaba, y se resistía a vivir en ese ambiente de sacerdotes cuyo modo de existencia no podía sino herir profundamente su ideal.

Cuando nos hicimos más íntimos, me contó muchas de las cosas que ocurrían entre bastidores de la vida de los sacerdotes de allá, y pensar que al ordenarse sacerdote entraría en ese medio le hacía sufrir interiormente y lo dejaba sumido en un sentimiento de angustia.

Después de las fiestas, me quedé tres semanas más en Etchmiadzin, viviendo con Pogossian en casa del archimandrita Surenian, y tuve más de una vez ocasión de retornar a los temas que me apasionaban, sea con el mismo archimandrita, sea con otros monjes que él me hizo conocer.

En definitiva, mi estancia en Etchmiadzin no me trajo la respuesta que yo había ido a buscar, y fue de suficiente duración como para convencerme de que no la encontraría allá. Así, me alejé con un sentimiento bastante amargo de desilusión interior.

Pogossian y yo nos separamos muy amigos, prometiéndonos escribirnos y participarnos nuestras observaciones en el dominio que nos interesaba a ambos.

Dos años más tarde, Pogossian desembarcó un buen día en Tbilisi y se instaló en mi casa.

Había terminado sus estudios en la Academia y luego había ido a Kars para pasar algún tiempo con sus padres. No le faltaba sino casarse para que le confiaran una parroquia. Sus allegados hasta le habían encontrado una novia, pero él seguía en una gran incertidumbre y no sabía qué hacer.

En esa época yo trabajaba, en el depósito de los ferrocarriles de Tbilisi, como fogonero de locomotoras. Salía de casa muy temprano por la mañana y no regresaba sino de noche.

Pogossian se quedaba acostado días enteros y leía todos los libros que yo poseía. De noche íbamos juntos a los jardines de Mujtaid, y andando por las alamedas desiertas, hablábamos sin parar.

Un día que paseábamos por Mujtaid, le propuse en broma que viniera a trabajar conmigo, y al día siguiente me sorprendió verle insistir para que lo ayudara a encontrar un empleo en el depósito. No traté de disuadirle y le di una nota para uno de mis buenos amigos, el ingeniero Yaroslev, que, en seguida, le entregó una carta de recomendación para el jefe del depósito. Lo emplearon como ayudante cerrajero.

Las cosas siguieron así hasta octubre. Los problemas abstractos continuaban apasionándonos y Pogossian no pensaba en regresar a su casa.

Un día, en casa de Yaroslev, conocí al ingeniero Vassiliev, que había llegado hacía poco al Cáucaso para trazar los planos de una vía férrea entre Tbilisi y Kars.

Después de varios encuentros, me propuso venir a trabajar con él en la construcción de la vía, como jefe de equipo e intérprete. El salario que me ofrecía era muy tentador, casi el cuádruple de lo que había ganado hasta entonces y, como mi empleo ya me aburría y empezaba a obstaculizar mis investigaciones, la perspectiva de tener allá mucho más tiempo libre hizo que lo aceptase.

Propuse a Pogossian acompañarme en «calidad de lo que sea», pero él no aceptó; se interesaba por su trabajo de cerrajero y quería seguir lo que había empezado.

Viajé tres meses con el ingeniero por los estrechos valles que separan Tbilisi de Karaklis y logré ganar mucho dinero, ya que además de mis honorarios oficiales, tenía varias fuentes de rentas no oficiales, de carácter más bien reprensible.

Conociendo por adelantado qué ciudades y aldeas debía atravesar la línea férrea, mandaba secretamente un emisario a las autoridades locales con el fin de hacerles saber que podía arreglármelas para que la línea pasara por esos lugares. En la mayoría de los casos mi propuesta

era aceptada y recibía, «por la molestia», a título privado, recompensas que consistían a veces en sumas bastante importantes. Al regresar a Tbilisi me hallaba, pues, dueño de un pequeño capital, al que había que agregar lo que me quedaba de mi salario anterior. Como ya no tenía deseo de buscar trabajo, resolví consagrarme al estudio de los fenómenos que me interesaban.

Pogossian, mientras tanto, se hizo cerrajero y halló tiempo para leer gran cantidad de libros nuevos.

Se interesaba especialmente por la antigua literatura armenia, y se había procurado muchas obras con mis libreros.

Llegamos, Pogossian y yo, a la conclusión muy definida de que había realmente *algo* cuyo conocimiento poseían los hombres de antaño, pero que hoy este conocimiento estaba por completo olvidado.

Habíamos perdido toda esperanza de encontrar en la ciencia exacta contemporánea y, en general, en los libros y en los hombres contemporáneos, la menor señal que pudiera guiarnos hacia ese conocimiento y prestábamos toda nuestra atención a la literatura antigua.

Al tener la suerte de hallar todo un lote de antiguos libros armenios, nuestro interés se concentró sobre ellos y decidimos ir a Alexandropol para buscar un lugar aislado donde pudiéramos consagrarnos por entero a su estudio.

Una vez en Alexandropol, elegimos con esa intención las ruinas solitarias de la antigua capital de Armenia, Ani, situadas a cincuenta kilómetros de la ciudad. Construimos una choza en las mismas ruinas y allí vivimos, yendo a abastecernos con los pastores o en las aldeas vecinas.

Ani era la capital de los reyes de Armenia de la dinastía de los Bagratides en el año 962, y fue conquistada en 1046 por el emperador de Bizancio. Ya tenía en esa época el nombre de *Ciudad de las mil iglesias*.

Luego los seldyukides se apoderaron de ella. De 1125 a 1209, cayó cinco veces en manos de los georgianos, antes de ser tomada en 1239 por los mongoles. En 1313, la destruyó completamente un terremoto.

En las ruinas se encuentran, entre otras cosas, los restos de la iglesia de los Patriarcas, terminada en 1010, de dos iglesias del siglo XI, como también de una iglesia terminada hacia 1215.

Llegado a este punto de mi obra, no puedo pasar en silencio un hecho que quizá no *esté* desprovisto de interés para algunos lectores: los antecedentes históricos que acabo de referir respecto de Ani, la antigua capital de Armenia, son los primeros, y espero los últimos, que tomo en préstamo al saber oficialmente admitido sobre la tierra; dicho en otra forma, ésta es la primera vez desde el comienzo de mi actividad literaria que recurro al diccionario enciclopédico.

Acerca de la ciudad de Ani, existe aun hoy una leyenda muy interesante que explica por qué, después de haberse llamado por mucho tiempo la *Ciudad de las mil iglesias*, recibió luego el nombre de la *Ciudad de las mil y una iglesias*.

Esta leyenda es la siguiente:

Un día la mujer de un pastor se quejó a su marido de la atmósfera escandalosa que reinaba en las iglesias.

—En ningún lugar se puede rezar tranquilamente —decía ella—. Dondequiera que vaya, las iglesias están llenas y ruidosas como las colmenas.

Conmovido por la justa indignación de su mujer, el pastor se puso a construir una iglesia especialmente para ella.

En tiempos antiguos, la palabra «pastor» no tenía el mismo significado que hoy día. Los pastores de antaño eran dueños de los rebaños que llevaban a pastar. Algunos hasta poseían muchos rebaños, y tenían fama de ser los hombres más ricos de la comarca.

Después de haber construido su iglesia, el pastor la llamó la iglesia de la piadosa mujer del pastor y, desde entonces, Ani se llamó la *Ciudad de las mil y una iglesias*.

Otros datos históricos afirman que, mucho tiempo antes que el pastor construyera su iglesia, ya había más de mil en la ciudad, pero parece que recientes excavaciones pusieron a descubierto una piedra que confirma la leyenda del pastor y su piadosa mujer.

Viviendo en las ruinas de Ani y pasando nuestros días en lecturas y estudios, a veces emprendíamos excavaciones para descansar y con la esperanza de descubrir algo.

En las ruinas de esta ciudad hay muchos subterráneos. Un día que cavábamos en uno de esos subterráneos, Pogossian y yo vimos un lugar donde el suelo no tenía la misma consistencia. Cavando más, descubrimos un nuevo pasaje, más estrecho, obstruido por piedras.

Una vez abierta la entrada, se ofreció a nuestros ojos una pequeña sala con las bóvedas hundidas por el tiempo. Todo indicaba que se trataba de la celda de un monje.

No quedaba nada en dicha celda, salvo algunos trozos de cerámica y pedazos de madera podrida, sin duda procedentes de antiguos muebles. Pero en un rincón en forma de nicho, yacían amontonados y mezclados numerosos pergaminos. Algunos se convertían en polvo al tocarlos, otros estaban más o menos conservados.

Con el mayor cuidado llevamos estos rollos a nuestra cabaña, y nos entregamos a la tarea de descifrarlos.

Tenían inscripciones mitad en armenio y mitad en un idioma desconocido. Yo conocía muy bien el armenio -Pogossian también, desde luego—; pero no pudimos comprender nada de lo plasmado en aquellos manuscritos, ya que estaban redactados en armenio antiguo, casi sin relación alguna con el idioma actual.

Nuestro hallazgo nos pareció de tal interés que, abandonando todo lo demás, salimos el mismo día para Alexandropol, donde pasamos muchos días y noches intentando descifrar aunque sólo fuese algunas palabras.

Para terminar, después de haber trabajado mucho y haber consultado a numerosos expertos, llegamos a la conclusión de que aquellos pergaminos eran sencillamente cartas dirigidas por un monje a otro monje, un tal Padre Arem.

Nos llamó la atención una carta en la que el primer monje aludía a informaciones que había recibido acerca de algunos misterios.

Este manuscrito era precisamente uno de los que más había sufrido por la acción del tiempo, y tuvimos que adivinar palabras enteras. Sin embargo, logramos reconstruirlo íntegramente.

Lo que más nos interesó en esta carta no fue el principio sino el fin.

Empezaba con largos cumplidos, después describía los hechos cotidianos de la vida de un monasterio donde, al parecer, el destinatario había vivido antes.

Al final de la carta un pasaje nos llamó particularmente la atención. Decía:

—Nuestro Venerable Padre Telvent logró conocer finalmente la verdad sobre la cofradía de los *Sarmung*. Su *ernos*³ existió efectivamente, cerca de la ciudad de Siranush. Poco después del éxodo, emigraron a su vez hace más o menos cincuenta años, para establecerse en el valle de Izrumin, a tres días de camino de Nivssi, etc.

Pasaba luego a otros temas.

Lo que más nos interesó fue la palabra *Sarmung*, palabra que ya habíamos hallado varias veces en el libro *Merkhavat*. Es el nombre de una célebre escuela esotérica, la que, según la tradición, fue fundada en Babilonia 2.500 años antes del nacimiento de Cristo, y cuyas huellas se encuentran en Mesopotamia hacia el siglo VI o VII después de Cristo. Pero desde ese entonces, nunca se halló en ningún lugar la menor información sobre su existencia.

3.- *Ernos* designa una especie de corporación.

Antaño se atribuía a esta escuela la posesión de un saber muy elevado, que contenía la clave de numerosos misterios ocultos.

¡Cuántas veces habíamos hablado de esa escuela Pogossian y yo, y soñado conocer sobre ella algo auténtico! Y de repente leemos su nombre en ese pergamino. Estábamos trastornados.

Pero salvo el nombre, no pudimos sacar nada en limpio de la carta.

No sabíamos nada nuevo, ni cuándo ni cómo había aparecido esta escuela, ni dónde se había establecido, ni siquiera si existía aún.

Después de varios días de laboriosas investigaciones, los únicos datos que pudimos reunir fueron los siguientes:

Hacia el siglo VI o VII, los descendientes de los asirios, los aisoires, fueron expulsados de Mesopotamia a Persia por los bizantinos; este suceso, según toda verosimilitud, tuvo lugar en la época en que estas cartas fueron escritas.

Luego pudimos verificar que la ciudad de Nivssi, mencionada en el manuscrito, era la actual ciudad de Mossul, antigua capital de la comarca de Nievia, y que aun en la actualidad la población de la región circundante estaba compuesta en su mayor parte por aisoires. Concluimos entonces que la carta aludía quizá a ese pueblo. Si era cierto que esa escuela había existido, luego emigrado, no podía ser sino aisoriana; y si aún existía debía de hallarse entre los aisoires. Si se tenía en cuenta la indicación de tres días de marcha desde Mossul, debía de hallarse en algún lugar entre Urmia y el Kurdistán, y tal vez no fuera tan difícil encontrar el emplazamiento. Resolvimos, pues, ir allá a toda costa, buscar dónde estaba situada la escuela y luego hacernos admitir en ella.

Los aisoires son los descendientes de los asirios. Hoy están dispersos por el mundo. Algunos grupos se hallan en Transcaucasia, en el noroeste de Persia, en Turquía oriental y en general por toda Asia Menor. Se calcula su número total en casi tres millones. Pertenecen en su mayoría al culto nestoriano y no reconocen la divinidad de Cristo; pero hay también jacobitas, maronitas, católicos, gregorianos y otros; hasta hay entre ellos yezidas, adoradores del diablo, pero su número es pequeño.

Misioneros pertenecientes a diversas religiones han manifestado recientemente mucho celo por convertir a los aisoires. Por lo demás, hay que hacer justicia a estos últimos: no pusieron menos celo «en convertirse», sacando de esas «conversiones» tantas ventajas que su ejemplo se hizo proverbial.

Aunque pertenezcan a cultos diferentes, casi todos los grupos están sometidos a un patriarca único, el de las Indias Orientales.

Por lo general los aisores viven en aldeas gobernadas por sacerdotes. La unión de varias aldeas forma un distrito o clan, gobernado por un príncipe o, como ellos lo llaman, un *melik*; todos los *meliks* dependen del patriarca, cuyos cargos hereditarios se transmiten de tío a sobrino y empiezan, según dicen, con Simón, Hermano del Señor.

Los aisores sufrieron mucho durante la última guerra en cuyo curso se convirtieron en juguetes en las manos de Rusia e Inglaterra, hasta tal punto que la mitad pereció víctima de la venganza de los kurdos y los persas; en cuanto a los demás, si sobrevivieron fue gracias a un diplomático americano, el doctor X., y a su esposa.

Los aisores, especialmente los aisores de América -y son numerosos—, deberían, pienso yo, si el doctor X. vive todavía, mantener permanentemente delante de su puerta una guardia de honor aisoria, y si murió, erigirle un monumento en su patria.

El mismo año en que decidimos iniciar nuestra campaña, un fuerte movimiento nacionalista se desarrolló entre los armenios: tenían todos en los labios los nombres de los héroes que luchaban por la libertad, y en especial el del joven Andronikov, que después llegó a ser un héroe nacional.

Por doquier entre los armenios, los de Turquía y los de Persia, como también los de Rusia, se formaban partidos y comités; iniciaban tentativas de unión, mientras a menudo estallaban entre ellos sórdidas camorras. En suma, Armenia sufría entonces un violento estallido político, como suele suceder de vez en cuando, con todo su cortejo de consecuencias.

Un día, en Alexandropol, iba yo, como de costumbre, a bañarme de madrugada en el río Arpa-Chai.

A mitad del camino, en el lugar llamado Karakuli, Pogossian me alcanzó, farto de aliento. Me dijo que la víspera había sabido, por una conversación que tuvo con el sacerdote Z..., que el comité armenio buscaba entre los miembros del partido a varios voluntarios para una misión especial en Much.

—Al regresar a casa -prosiguió Pogossian—, tuve de repente una idea: podríamos aprovechar esta oportunidad para llegar a nuestra meta, quiero decir, para encontrar las huellas de la cofradía *Sarmung*. Me levanté al alba para discutirlo contigo, pero no te hallé en casa y corrí para alcanzarte.

Lo interrumpí, y le hice notar que primero nosotros no pertenecemos a ningún partido, y que segundo...

No me dejó proseguir, y me dijo que ya lo tenía todo pensado y sabía cómo arreglarlo; pero que antes de emprender cualquier cosa, necesitaba saber si yo consentía en una combinación de ese tipo.

Le contesté que quería a toda costa llegar al valle que antaño se llamaba Izrumin, y estaba pronto para ir de cualquier manera, sea cabalgando sobre el lomo del diablo, o bien del brazo del cura Vlakov (Pogossian sabía que Vlakov era el hombre a quien más aborrecía en el mundo, y que su presencia a más de un kilómetro me exasperaba).

—Si dices que eres capaz de arreglarlo —añadí—, hazlo como piensas, según te lo permitan las circunstancias. Lo acepto todo de antemano, con tal de que lleguemos al lugar que me fijé como meta.

Ignoro lo que hizo Pogossian, ni a quién se dirigió, ni lo que dijo, pero el resultado de tanto afán fue que unos días después, provistos de una importante suma en monedas rusas, turcas y persas, y de numerosas cartas de recomendación, para personas que vivían en diversos lugares de nuestro itinerario, dejábamos Alexandropol en dirección a Kikisman.

Al cabo de dos semanas llegamos a las orillas del Araks, que forma la frontera natural entre Rusia y Turquía y, con la ayuda de kurdos desconocidos que habían acudido a nuestro encuentro, atravesamos el río.

Nos parecía haber superado lo más difícil, y esperábamos que en adelante la suerte nos sonriera y que todo anduviera a pedir de boca.

Gran parte del tiempo andábamos a pie, deteniéndonos en casa de unos pastores o de campesinos que nos habían recomendado en las localidades por las que ya habíamos pasado, o en casa de personas para quienes teníamos cartas de Alexandropol.

Es preciso reconocer que, además de habernos comprometido en esta obligación y de esforzarnos por cumplirla en la medida de lo posible, no perdíamos de vista la meta real de nuestro viaje, cuyo itinerario no siempre coincidía con los lugares donde nos habían encargado una misión; en estos *casos*, no vacilábamos en descartarla y, a decir verdad, no sentíamos por eso remordimientos de conciencia.

Cuando llegamos más allá de la frontera rusa, decidimos cruzar el desfiladero del monte Agri Daj. Era el camino *más* difícil, pero así tendríamos más probabilidades de evitar las bandas de kurdos, muy numerosas en aquel tiempo, o los destacamentos turcos que perseguían a las bandas armenias.

Después de cruzar el desfiladero, oblicuamos a la izquierda en dirección a Van, dejando a nuestra derecha las fuentes de los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates.

En el curso de nuestro viaje nos ocurrieron miles de aventuras, que no describiré. Sin embargo, hay una que no podría pasar en silencio. Aunque haya ocurrido hace mucho tiempo, no puedo recordarla

sin reír, al volver a hallar mis impresiones de entonces, en las que se mezclaban el temor instintivo y el presentimiento de una desgracia inminente.

Desde ese incidente, muy a menudo caí en las más críticas situaciones. Por ejemplo, me vi más de una vez rodeado por decenas de personas cuyas intenciones hostiles no dejaban lugar a dudas; tuve que cruzar el camino de un tigre del Turquestán; fui muchas veces la mira de un fusil; pero nunca más experimenté el mismo sentimiento que aquella vez, por cómico que pueda parecer al fin y al cabo.

Pogossian y yo andábamos tranquilamente. Pogossian tarareaba una marcha cuyo compás marcaba con su bastón. De repente, saliendo no se sabe de dónde, apareció un perro, luego otro, un tercero, un cuarto, y hasta quince perros de pastores... y todos nos ladraban; Pogossian cometió la imprudencia de arrojarles una piedra, y todos se abalanzaron hacia nosotros.

Eran perros de pastores kurdos, muy malos. Un momento más y nos hubieran despedazado, si no hubiera arrastrado instintivamente a Pogossian para obligarlo a sentarse en medio del camino.

Por el solo hecho de quedarnos sentados, los perros dejaron de ladrar y de echarse contra nosotros. Nos rodearon y a su vez se sentaron.

Pasó algún tiempo antes de que recobráramos el ánimo. Y cuando por fin nos dimos cuenta de nuestra situación, de repente empezamos a reír a carcajadas.

Mientras permanecíamos sentados, los perros también seguían sentados, tranquila y apaciblemente; hasta comían con mucho placer el pan que habíamos sacado de nuestras bolsas de provisiones y que les arrojábamos. Algunos hasta movían la cola en señal de agradecimiento. Pero apenas hacíamos el gesto de levantarnos, tranquilizados por su buen talante... «¡Caramba, ni qué hablar!». Se levantaban inmediatamente y mostraban los colmillos, prontos para abalanzarse; nos veíamos forzados a sentarnos otra vez.

A nuestro segundo intento, la agresividad de los animales llegó a tal punto que no nos arriesgamos una tercera vez.

Permanecimos en esta situación cerca de tres horas, y Dios sabe cuánto tiempo hubiera durado si, por suerte, una niñita kurda, que recogía *kiziak* en el campo, no hubiese aparecido a lo lejos con su asno. Con toda clase de señales logramos por fin atraer su atención. Se acercó y, viendo de qué se trataba, fue a buscar a los pastores a quienes pertenecían los perros y que se encontraban no lejos de allí, detrás de un pequeño cerro.

Los pastores acudieron y llamaron a los perros. Pero sólo cuando estuvieron muy lejos, decidimos levantarnos; los canallas, mientras se alejaban, se volvían constantemente para vigilarnos.

Nos habíamos mostrado muy ingenuos al estimar que después de haber cruzado el río Araks habríamos terminado con las peores pruebas. En realidad, no hacían sino empezar.

La mayor dificultad estribaba en que, después de haber atravesado ese río-frontera y cruzado el desfiladero del monte Agri Daj, ya no podíamos hacernos pasar por aisores, como lo habíamos hecho hasta entonces, por la buena razón de que en el momento de nuestro encuentro con los perros, ya estábamos en un territorio poblado por verdaderos aisores.

Hacerse pasar por armenios, en esas regiones donde entonces eran perseguidos por todos los demás pueblos, era por supuesto imposible. No menos peligroso era querer pasar por turcos o persas; no cabe duda de que hubiera sido preferible presentarse como rusos o judíos, pero ni mi tipo ni el de Pogossian lo permitía.

Había que mostrarse particularmente prudente en ese tiempo si quería uno disimular su verdadera nacionalidad; el que era desennascarado corría los más graves peligros, porque no eran muy delicados en escoger los medios para librarse de los extranjeros indeseables.

Por ejemplo, habíamos oído decir de fuente segura que unos aisores habían desollado vivos recientemente a varios ingleses que intentaron copiar algunas inscripciones.

Después de haber deliberado largamente, resolvimos disfrazarnos de tártaros del Cáucaso.

Transformamos nuestros vestidos como mejor pudimos y seguimos nuestro viaje.

Finalmente, dos meses después de haber cruzado el Araks, llegamos a la ciudad de Z... Desde allí, debíamos internarnos en un desfiladero en dirección a Siria y, antes de llegar a la célebre cascada de K..., bifurcar hacia el Kurdistán, en cuyo camino debía hallarse, según nuestro parecer, el lugar que era el primer objetivo de nuestro viaje.

Ya nos habíamos adaptado, de manera satisfactoria, a las condiciones circundantes y nuestro viaje proseguía sin estorbos cuando un incidente imprevisto trastornó todos nuestros planes y proyectos.

Un día, sentados al borde del camino, comíamos nuestro pan y el *tarej*⁴ que habíamos traído.

4.- El *tarej* es un pescado seco muy apreciado en esos parajes, y que sólo se pesca en el lago Van.

De pronto, Pogossian se levanta dando un grito y veo una enorme falangia amarilla⁵ que huye bajo sus pies.

Comprendí inmediatamente la razón de su grito; di un salto, maté la falangia y me precipité hacia Pogossian. Lo había mordido en la pantorrilla.

Sabía que la mordedura de ese animal venenoso es a menudo mortal; rasgué en seguida su ropa para chupar la herida, pero al ver que la mordedura estaba en la parte tierna de la pierna, y sabiendo que si se chupa una llaga con la más leve grieta en la boca, se expone uno a un envenenamiento de la sangre, elegí el menor riesgo para los dos; agarré mi cuchillo, corté un pedazo de la parte gorda de la pantorrilla de mi compañero...; pero, con la prisa, corté un poco más de lo debido.

Después de alejar así todo peligro de envenenamiento mortal, me sentí más tranquilo y me puse a lavar la herida y a vendarla lo mejor que pude.

La herida era profunda. Pogossian había perdido mucha sangre y eran de temer complicaciones. Claro está que por el momento no se podía seguir andando.

¿Qué hacer? Teníamos que hallar inmediatamente una solución.

Después de discutirlo, resolvimos pasar la noche en el mismo lugar y, al día siguiente por la mañana, buscar un medio para llegar a la ciudad de N..., a unos cincuenta kilómetros de allí, donde nos habían encargado entregar una carta a un sacerdote armenio, lo cual descuidamos hacer, porque esa ciudad se hallaba fuera del itinerario que nos habíamos trazado antes del accidente.

Al día siguiente, con la ayuda de un viejo kurdo muy afable que pasaba por allí, alquilé en una aldehuela vecina una especie de carreta tirada por dos bueyes, que servía para transportar el abono. Acosté a Pogossian en la carreta y partimos en dirección a N...

Tardamos cerca de cuarenta y ocho horas en recorrer esa corta distancia, deteniéndonos cada cuatro horas para alimentar a los bueyes.

Una vez en la ciudad de N... fuimos directamente a la casa del sacerdote armenio para quien, además de la carta, llevábamos una recomendación. Nos recibió muy amablemente. Al saber lo que le había ocurrido a Pogossian, inmediatamente le ofreció albergue en su casa y, desde luego, aceptamos con agradecimiento.

La fiebre de Pogossian había subido en el camino y, a pesar de que desapareció al cabo de tres días, la llaga se hizo purulenta y exigía

5.- Especie de tarántula.

muchos cuidados. Tuvimos que aceptar casi por un mes la hospitalidad del sacerdote.

Poco a poco, gracias a esa larga estancia bajo su techo y a las frecuentes conversaciones que teníamos sobre toda clase de asuntos, se establecieron entre el sacerdote y yo relaciones más estrechas.

Un día, me habló incidentalmente de un objeto que poseía, y me contó su historia.

Se trataba de un antiguo pergamino sobre el cual habían trazado una especie de mapa. El objeto pertenecía a su familia desde hacía mucho tiempo. Lo había recibido en herencia de su bisabuelo.

—Hace dos meses -nos explicó el sacerdote-, recibí la visita de un hombre que me era absolutamente desconocido y que me pidió que le enseñara el mapa.

»De cómo pudo enterarse de que tenía el mapa en mi poder, no tengo la menor idea.

»Eso me pareció sospechoso y, como no sabía quién era, primero no quise mostrárselo y hasta negué poseerlo. Pero ese hombre insistió tanto, que me dije: '¿Por qué no dejárselo ver?' Y así lo hice.

»Apenas lo vio, me pidió que se lo vendiera, y me ofreció doscientas libras por el mapa. Por cierto que era una suma grande, pero no necesitaba dinero y no quería separarme de un objeto familiar, al que tenía apego como recuerdo, me negué a vendérselo.

»El extranjero, como lo supe, se hospedaba en casa de nuestro bey.

»Al día siguiente, un servidor del bey vino de parte del viajero a proponerme de nuevo la compra del pergamino, pero esta vez por quinientas libras.

»Debo decir que después de que el extranjero salió de mi casa, muchas cosas me parecieron sospechosas: el hecho de que según todas las apariencias ese hombre había venido de lejos especialmente por ese pergamino, el medio misterioso por el cual supo que ese mapa estaba en mi poder, y para concluir, el enorme interés que había demostrado al mirarlo.

»Todo esto era una prueba evidente de que se trataba de un objeto de mucho valor. Y cuando me ofreció la suma de quinientas libras, pese a que la proposición me tentaba, tuve miedo de no venderlo lo suficientemente caro. Entonces resolví ser muy prudente, y me negué otra vez.

»Esa misma noche el desconocido volvió de nuevo a casa, acompañado por el bey en persona. Reiteró su oferta de quinientas libras por el pergamino, y yo me negué netamente a venderlo por ningún precio.

Pero como había venido esta vez con nuestro bey, invité a ambos a entrar en casa.

«Cuando tomábamos el café hablamos de varias cosas. En el curso de la conversación supe que mi huésped era un príncipe ruso.

»Me dijo que se interesaba mucho por las antigüedades, que el mapa se ajustaba perfectamente a sus colecciones y que, como aficionado, quería comprarlo; estimaba que había ofrecido una suma muy superior a su valor, juzgaba inconcebible dar más por él, y lamentaba mucho mi negativa a vendérselo.

»El bey, que nos escuchaba atentamente, se interesó por el pergamino y manifestó el deseo de verlo.

»Cuando lo traje y ambos lo examinaron, se sorprendió muy sinceramente de que un objeto de ese género pudiese valer tan caro.

»De repente, el príncipe me preguntó en qué condiciones le permitiría hacer una copia de mi pergamino.

»Vacilé, no sabiendo qué contestarle. A decir verdad, temí haber perdido un buen comprador.

»Me propuso entonces doscientas libras para que le permitiera hacer una copia del pergamino.

«Sentía escrúpulos de seguir regateando, porque según mi parecer, el príncipe me daba esa suma por nada.

«Comprenda usted, recibía una suma de doscientas libras por el simple permiso de sacar una copia del pergamino. Sin reflexionar más accedí al pedido del príncipe, diciéndome que al fin y al cabo el pergamino quedaría en mi poder y que siempre podría venderlo si lo deseara.

»Al día siguiente por la mañana, el príncipe vino a mi casa. Extendimos el pergamino sobre una mesa, diluyó con agua el yeso que había traído, y recubrió con él el mapa, después de haberlo aceitado cuidadosamente. Al cabo de algunos minutos, quitó el yeso, lo envolvió en un pedazo de viejo *djedjin* que le di, me entregó doscientas libras y partió.

»Así Dios me mandó doscientas libras por nada y todavía tengo el pergamino.»

El relato del sacerdote me había interesado vivamente, pero no lo dejé traslucir y le pedí, como por simple curiosidad, que me mostrara ese objeto por el cual le habían ofrecido tanto dinero.

El sacerdote rebuscó en un cofre y sacó un rollo de pergamino. Cuando lo desenrolló, no pude descifrarlo en seguida, pero al mirarlo de cerca... ¡Dios mío, qué emoción!

Nunca olvidaré ese momento.

Un fuerte temblor se apoderó de mí, que aumentaba aún más por el hecho de que me esforzaba interiormente en dominarlo.

Lo que tenía ante los ojos ¿no era precisamente lo que había ocupado tanto mi mente y desde hacía muchos meses no me dejaba dormir?

Era el mapa de lo que llaman *El Egipto antes de las arenas*.

Esforzándome a duras penas por guardar un aire indiferente, hablé de otras cosas.

El sacerdote enrolló el pergamino y lo puso en el cofre. No era yo un príncipe ruso para pagar doscientas libras por un simple derecho de copia, y sin embargo ese mapa me era aún más necesario que a él; así, decidí en ese mismo momento que debía conseguir una copia a toda costa, y me puse a reflexionar en el medio de obtenerla.

En aquel tiempo Pogossian se sentía lo suficientemente bien *como* para que lo llevaran a la terraza, donde pasaba largas horas sentado al sol.

Le pedí que me hiciera saber cuándo salía el sacerdote para ocuparse de sus asuntos, y el día siguiente, a una señal suya, me introduje furtivamente en el cuarto a fin de probar una llave que pudiera abrir el cofre.

La primera vez no logré descubrir todos los detalles de la cerradura, y sólo la tercera vez, después de limar bien la llave, conseguí ajustarla.

Una noche, la antevíspera de nuestra salida, aproveché la ausencia del sacerdote para penetrar en su cuarto, sacar el pergamino del cofre y llevarlo a nuestra habitación, donde pasamos toda la noche, Pogossian y yo, calcando minuciosamente el mapa, sobre el cual habíamos aplicado un papel aceitado. Al día siguiente, puse el pergamino en su sitio.

A partir del momento en que llevé sobre mí, cosido en forma invisible en el forro de mi traje, ese misterioso tesoro tan lleno de promesas, todos mis intereses y proyectos anteriores se disiparon, si cabe decirlo. Sentía crecer en mí el imperioso deseo de ir lo más pronto posible a los lugares donde ese tesoro me permitiría apaciguar por fin esa necesidad de saber lo que desde hacía dos o tres años me roía interiormente sin dejarme ningún descanso.

Después de esta proeza que, aunque pudiera justificarse, no por eso dejaba de ser una acción imperdonable hacia el sacerdote armenio que se había mostrado tan hospitalario, hablé con mi compañero Pogossian, todavía mal restablecido, y lo convencí de no escatimar sus escasos recursos financieros y comprar dos de esos buenos caballos de silla del país que habíamos visto durante nuestra estancia, por ejemplo esos pequeños trotadores cuya ambladura nos entusiasmaba tanto, para dirigirnos lo más pronto posible a Siria.

Y en verdad esos caballos tienen un andar tal que pueden llevarlo a uno a la velocidad de vuelo de un gran pájaro, con un vaso lleno de agua en la mano, sin derramar una sola gota.

No hablaré aquí de todas las peripecias de nuestro viaje, ni de las circunstancias imprevistas que nos obligaron muchas veces a cambiar de itinerario. Diré sólo que al cabo de cuatro meses, día tras día, después de habernos despedido del generoso y hospitalario sacerdote armenio, llegamos a la ciudad de Esmenia, donde la misma noche de nuestro arribo nos vimos arrastrados en una aventura que debía dar al destino de Pogossian un rumbo definitivo.

Esa noche estábamos sentados en un pequeño restaurante griego de la ciudad, para distraernos un poco después de nuestros intensos esfuerzos y de las emociones por las que habíamos pasado.

Bebíamos tranquilamente su famoso *duziko*, picando aquí y allá, según la costumbre, en muchos platitos repletos de variados fiambres, desde la caballa seca hasta los garbanzos salados.

Aún había en el restaurante varios grupos de comensales, en su mayoría marineros extranjeros cuyo barco hacía escala en ese puerto. Estos marineros hacían mucha bulla; era evidente que ya habían visitado más de una taberna y que estaban más «llenos que bota de fiesta», como se suele decir.

Entre los comensales de diversas nacionalidades sentados en mesas separadas, de pronto estallaban reyertas, que al comienzo se limitaban a un intercambio de ruidosos apostrofes en una jerga especial, compuesta de griego, de turco, o de italiano; y nada dejaba prever lo que sucedió.

No sé cómo se encendió la mecha, pero de repente un grupo de marineros se levantó como un solo bloque, y se abalanzó con gritos y gestos amenazantes hacia algunos marineros sentados no lejos de nosotros.

Estos a su vez se levantaron y, en un abrir y cerrar de ojos, la batalla estaba en su apogeo.

Pogossian y yo, algo excitados por los vapores del *duziko*, corrimos en ayuda del pequeño grupo de marineros.

No teníamos la menor idea de qué se trataba, ni de quién tenía la razón, ni quién la culpa.

Cuando los demás parroquianos del restaurante y la patrulla militar que pasaba por allí nos separaron, nos dimos cuenta de que ni un solo combatiente había salido ileso.

Uno tenía la nariz rota, el otro escupía sangre, y así sucesivamente. Estaba yo en medio de ellos, adornado con un enorme moretón debajo

del ojo izquierdo; Pogossian, entre dos palabrotas en armenio, gemía, jadeaba y se quejaba de un intolerable dolor bajo la quinta costilla.

«Calmada la borrasca», como dirían los marineros, Pogossian y yo, hallando que ya bastaba para esa noche, y que *nos* habíamos «divertido» lo suficiente con gente que ni siquiera nos había pedido nuestros nombres, regresamos a casa como pudimos y nos acostamos.

No se puede decir que charlamos mucho en el camino de regreso; yo guiñaba el ojo sin querer y Pogossian refunfuñaba y se injuriaba por «haberse mezclado en un asunto que no le concernía».

A la mañana siguiente, durante el desayuno, después de múltiples comentarios sobre nuestro estado físico y la manera estúpida de divertarnos la víspera, decidimos no postergar el viaje que habíamos planeado a Egipto, pensando que una larga permanencia en el barco y el aire puro del mar curarían sin dejar huellas todas nuestras «heridas de guerra». Por lo tanto, fuimos inmediatamente al puerto para tratar de encontrar un barco al alcance de nuestro bolsillo, que zarpara hacia Alejandría.

Un velero griego estaba justamente a punto de levar anclas con destino a Alejandría, y fuimos rápidamente al despacho de la compañía de navegación a la que pertenecía el buque para pedir todas las informaciones necesarias.

Ya estábamos frente a la puerta de la oficina cuando un marinero corrió hacia nosotros, muy agitado, y farfullando en un turco entrecortado, empezó a estrecharme la mano y la de Pogossian.

Al comienzo, no comprendimos nada. Luego pusimos en claro que era uno de los marineros ingleses a quienes habíamos ayudado la noche anterior.

Después de hacernos seña de esperarlo, se alejó rápidamente y regresó al cabo de unos minutos, acompañado por tres de sus compañeros. Uno de ellos, como después lo supimos, era oficial. Nos agradecieron calurosamente lo que habíamos hecho la víspera e insistieron en invitarnos a tomar unos tragos de *duziko* en un restaurante griego cercano.

Después de tres copitas de ese milagroso *duziko*, digno descendiente del divino *mastík* de los antiguos griegos, nuestra conversación se hizo más ruidosa y más libre, gracias a la facultad que habíamos heredado de hacernos entender por la mímica griega y los gestos romanos, y también con la ayuda de palabras sacadas de los idiomas de todos los puertos del mundo. Cuando supieron nuestra intención de ir a Alejandría, la acción bienhechora del digno descendiente de este invento de los antiguos griegos no tardó en manifestarse en todo su esplendor.

Los marineros, como si hubieran olvidado nuestra existencia, empezaron a discutir, sin que nosotros pudiéramos darnos cuenta de si disputaban o bromeaban.

Y de repente dos de ellos, tomando de un trago su copita, salieron precipitadamente, mientras los otros dos se empeñaban, a cual mejor, con tono de benevolente enternecimiento, en tranquilizarnos y convencernos de algo.

Poco a poco adivinamos de qué se trataba y la continuación nos probó que estábamos acertados; los dos compañeros que acababan de ausentarse habían ido a ocuparse de los trámites para que pudiéramos embarcarnos en su barco; éste zarpaba al día siguiente para dirigirse al Píreo, de allí a Sicilia, después de Sicilia a Alejandría, donde haría escala dos semanas antes de aparecer para Bombay.

Los marineros tardaron mucho. Mientras los esperábamos, rendimos los honores debidos al prestigioso descendiente del *mastík*, acompañándolo con un sinfín de juramentos sacados de todas las lenguas.

Por agradable que fuera esta manera de pasar el tiempo, esperando nuevas favorables, Pogossian, que sin duda recordaba su quinta costilla, perdió de golpe la paciencia y se puso a gritar exigiendo imperiosamente que regresáramos en seguida a casa; además, me aseguraba con la mayor seriedad que yo empezaba a tener otro moretón debajo del otro *ojo*.

Creyendo que Pogossian aún no estaba completamente restablecido de la mordedura de la falangia, no quise contrariarlo. Me levanté dócilmente y sin entrar en explicaciones con los compañeros que el azar nos había brindado para liquidar el *duziko*, lo seguí.

Asombrados por esta inesperada y silenciosa salida de sus defensores de la víspera, los marineros se levantaron a su vez y nos acompañaron.

Teníamos que recorrer un camino bastante largo. Cada uno se distraía a su manera: uno cantaba, el otro gesticulaba como para probar algo a alguien, aquél silbaba una marcha guerrera...

En cuanto llegó a casa, Pogossian se acostó sin desvestirse. Por lo que respecta a mí, presté mi cama al mayor de los marineros, me acosté en el suelo y señalé al otro un sitio a mi lado.

En la noche fui despertado por un terrible dolor de cabeza y, recordando trozos de lo que había sucedido la víspera, me acordé, entre otras cosas, de los marineros que nos habían acompañado; pero al mirar alrededor del cuarto, comprobé que se habían ido.

Volví a dormirme. Ya entrada la mañana fui despertado por el ruido de la vajilla que movía Pogossian al preparar el té y por los acentos

de cierta plegaria armenia que él entonaba todas las mañanas: *Loussatzav lussn est parirte yes avadam dzer dyentaninn*.

Ese día ni Pogossian ni yo teníamos deseo de tomar té; teníamos más bien necesidad de tomar algo ácido. Nos contentamos con agua fría, y sin intercambiar una palabra nos volvimos a acostar.

Nos sentíamos los dos muy deprimidos y muy miserables. Por añadidura tenía la impresión de que una decena de cosacos, con sus caballos y armas, habían pasado la noche dentro de mi boca.

Aún estábamos en cama, sumidos en el mismo estado, y cada cual rumiaba silenciosamente sus pensamientos, cuando la puerta se abrió con estrépito.

Tres marineros ingleses irrumpieron en el cuarto. Uno sólo pertenecía al grupito de la noche anterior; a los otros dos los veíamos por primera vez.

Trataron de explicarnos algo, interrumpiéndose unos a otros a cada instante.

A fuerza de hacerles preguntas y de rompernos la cabeza, comprendimos finalmente que querían que nos levantáramos, nos vistiéramos a toda prisa y los acompañáramos al buque, por cuanto habían obtenido de sus jefes permiso para llevarnos «en calidad de empleados civiles de navegación».

Mientras nos vestíamos, los marineros seguían charlando alegremente, como podíamos verlo por la expresión de sus caras; y para gran sorpresa nuestra, se levantaron los tres de un salto y empezaron a prepararnos las maletas.

En el tiempo en que tardamos en vestirnos, llamar al *ustabash* del paradero de caravanas y pagar nuestra cuenta, todas nuestras cosas ya estaban cuidadosamente empaquetadas. Los marineros se las repartieron y nos hicieron señas de seguirlos.

Bajamos a la calle y nos dirigimos al puerto.

En el muelle nos esperaba un bote con dos marineros. Remaron durante media hora al son de interminables canciones inglesas y abordamos un buque de guerra bastante grande.

Visiblemente nos esperaban, ya que apenas estuvimos en el puente, varios marineros se apoderaron de nuestro equipaje y nos condujeron a un pequeño camarote situado en la cala, cerca de las cocinas, que con toda evidencia había sido preparado para nosotros.

Después de habernos instalado mal que bien en ese rincón un tanto asfixiante pero que a nosotros nos parecía muy cómodo, seguimos al puente superior a uno de los marineros en cuya defensa habíamos salido en el restaurante.

Nos sentamos sobre rollos de cuerdas, y poco después toda la tripulación, simples marineros u oficiales subalternos, hizo un círculo a nuestro alrededor.

Todos esos hombres, sin distinción de grado, parecían tener hacia nosotros un sentimiento muy marcado de benevolencia; para cada uno era un deber estrecharnos las manos y, al comprobar nuestra ignorancia del idioma inglés, se esforzaban, tanto por gestos como por palabras captadas por doquier, en decirnos algo agradable.

Durante esta conversación un tanto original, uno de ellos que hablaba el griego de un modo más o menos tolerable, sugirió que cada uno de los presentes se impusiera la tarea en la travesía de aprender diariamente por lo menos veinte palabras, nosotros de inglés, ellos de turco.

Esta propuesta fue aprobada con ruidosas exclamaciones, y dos marineros, nuestros amigos de la víspera, se ocuparon inmediatamente de elegir y escribir las palabras inglesas que, según ellos, nosotros debíamos aprender primero, mientras Pogossian y yo preparábamos una lista de palabras turcas.

Cuando atracó el bote que traía a los oficiales superiores y llegó el momento de zarpar, los hombres se dispersaron poco a poco para cumplir con sus respectivas obligaciones. Pogossian y yo nos pusimos inmediatamente a la obra para aprender nuestras primeras veinte palabras de inglés escritas para nosotros en letras griegas según el principio fonético.

Estábamos cautivados hasta tal punto por el estudio de esas veinte palabras, esforzándonos por pronunciar correctamente esos sonidos desacostumbrados y tan extraños para nuestros oídos, que la noche cayó y el buque salió del puerto sin que nos diéramos cuenta.

Para arrancarnos de nuestro trabajo fue necesaria la llegada de un marinero que, andando al ritmo del balanceo, vino a explicarnos con gestos muy expresivos que ya era tiempo de comer, y nos llevó a nuestros camarotes, cerca de las cocinas.

Después de habernos puesto de acuerdo durante la comida y pedir consejo al marinero que hablaba algo de griego, decidimos pedir permiso -que obtuvimos la misma noche— para que yo puliera desde el día siguiente los cobres y hierros del buque, y para que Pogossian hiciera un trabajo cualquiera en la sala de máquinas.

No me extenderé sobre los sucesos que marcaron nuestra estancia en el buque de guerra.

El día de nuestra llegada a Alejandría, me despedí calurosamente de nuestros acogedores marineros y abandoné el navio con la muy firme intención de llegar a El Cairo lo más pronto posible. En cuanto

a Pogossian, que había trabado amistad con varios marineros y a quien el trabajo de las máquinas apasionaba, había expresado el deseo de quedarse a bordo y seguir el viaje. Habíamos convenido que seguiríamos en contacto.

Como supe más tarde, Pogossian, después de nuestra separación, continuó trabajando en el buque de guerra inglés, en la sección de máquinas.

De Alejandría salió para Bombay, hizo escala en diversos puertos australianos y finalmente desembarcó en Inglaterra, en el puerto de Liverpool.

Allá, a instancias de sus nuevos amigos y con su apoyo, Pogossian entró en una escuela de la marina, donde al mismo tiempo que se dedicaba a estudios técnicos muy avanzados, logró perfeccionar sus conocimientos de inglés. Al cabo de dos años, recibía el título de ingeniero mecánico.

Para terminar este capítulo, consagrado al primer compañero y amigo de mi juventud, Pogossian, quiero anotar aquí un rasgo original de su psiquismo, aparente desde su más temprana edad, y muy característico de su individualidad: Pogossian estaba siempre ocupado, siempre trabajaba en algo.

Nunca se quedaba sentado con los brazos cruzados, nunca se le veía recostado como sus compañeros para devorar libros que no traen nada real y cuya única finalidad es la de distraer.

Si no tenía nada especial que hacer, balanceaba los brazos en cadencia, o daba vueltas en el mismo sitio, o se dedicaba a toda clase de manipulaciones con los dedos.

Le pregunté un día por qué, en lugar de descansar, hacía el papel de idiota, ya que nadie le pagaría sus ejercicios inútiles.

—Tienes razón —me replicó—; hoy nadie me pagará por esas «estúpidas monerías», como dices tú, y cuantos fueron salados en el mismo tonel. Pero más tarde serán ustedes mismos o sus hijos quienes me pagarán por haberlas hecho.

»Bromas aparte, lo hago porque amo el trabajo. No es con mi naturaleza con lo que lo amo, porque la mía es tan perezosa como la de los demás hombres, y nunca quiere hacer algo útil. Amo el trabajo con mi buen sentido».

Luego añadió:

—Y por favor, no pierdas de vista que cuando empleo la palabra *yo*, debes entenderla no como mi *yo* integral, sino solamente como mi

inteligencia. Amo al trabajo, y me impuse como tarea lograr con perseverancia que mi naturaleza toda ame el trabajo, y no sólo mi razón.

»Además, tengo la absoluta convicción de que en el mundo un trabajo consciente nunca se pierde. Tarde o temprano, alguien debe pagar por él. Por consiguiente, si trabajo hoy así, sirvo a la vez a dos de mis objetivos: en primer lugar tal vez acostumbre a mi naturaleza a no ser perezosa; y en segundo lugar, aseguro mi vejez. Como sabes, es muy probable que mis padres no me dejen una herencia que pueda bastarme cuando carezca de fuerzas para ganarme el sustento.

»Y más que todo, trabajo porque en la vida lo único que conforta es el trabajar, no por fuerza, sino conscientemente. Eso es lo que distingue al hombre de los asnos de Karabaj, que también trabajan día y noche.»

Esta manera de razonar fue más tarde plenamente justificada por los hechos.

Pese a haber pasado toda la juventud, es decir, el tiempo más precioso de que dispone el hombre para asegurar su vejez, en viajes supuestamente inútiles, sin preocuparse en ahorrar dinero para cuando llegara a viejo, y a no emprender verdaderos negocios sino hacia el año 1908, es hoy uno de los hombres más ricos de la tierra.

En cuanto a la honestidad de los medios puestos en juego para adquirir sus riquezas, está fuera de duda.

Tenía razón al decir que un trabajo consciente nunca se pierde.

En verdad ha trabajado como un buey, día y noche, honrada y conscientemente, durante toda su vida, cualesquiera que fuesen las condiciones y las circunstancias.

¡Que Dios le otorgue hoy el descanso que se merece!

Abram Ielov

ABRAM Ielov es, después de Pogossian, una de las personalidades más notables de las que encontré en mi edad preparatoria, una de las que voluntaria o involuntariamente, han servido de *factor de vivificación* para la formación definitiva de uno de los aspectos de mi individualidad actual.

Lo encontré en la época en que, al haber perdido ya toda esperanza de aprender de mis contemporáneos cualquier cosa valiosa sobre los asuntos que entonces me apasionaban, había regresado de Etchmiadzin a Tbilisi y me había sumergido en la lectura de textos antiguos.

Había regresado a Tbilisi porque allí podía procurarme todos los libros que necesitaba.

Todavía era fácil, en mi última estancia, encontrar toda clase de libros raros en todos los idiomas, especialmente en armenio, en georgiano y en árabe.

Llegado a Tbilisi, me instalé esta vez en un barrio llamado Didubay. De allí, iba casi todos los días a pasear por el *Bazar de los Soldados*, en una de las calles que costeaban por el oeste el Parque Alejandro, y donde se encuentran la mayoría de las librerías de la ciudad.

En esta calle, frente a las tiendas de los libreros, pequeños comerciantes ambulantes, buhoneros de libros, colocaban en el suelo, sobre todo en los días de mercado, sus libros y sus grabados populares.

Entre estos pequeños mercaderes, había un joven aisor que vendía, compraba o tomaba en comisión toda clase de libros.

Era Abram Ielov, Abrachka, como lo llamaban en su juventud — tío astuto como ninguno, pero para mí, hombre insustituible.

En esa época era ya una especie de catálogo ambulante. De hecho, *conocía* una cantidad innumerable de títulos de libros en casi todos los idiomas del mundo, con el nombre del autor, la ciudad donde habían sido editados, la fecha de su publicación y hasta el lugar donde podían conseguirse.

Comencé por comprarle algunos libros; luego intercambié por otros los que ya había leído, o bien se los devolvía. Por su parte, me ayudaba a encontrar los libros que necesitaba. No tardamos en trabar amistad.

Por entonces, Abram Ielov quería alistarse en el ejército. Quería entrar en la Escuela de Cadetes e invertía todo su tiempo libre en rumiar lo que tenía que saber para pasar el examen de ingreso; sin embargo, como le apasionaba la filosofía, encontraba también el medio de leer numerosas obras relacionadas con esa materia.

Fue nuestro interés común por esa búsqueda lo que nos acercó. Habíamos tomado la costumbre de encontrarnos casi todas las noches, en el Parque Alejandro, o en Mujtaid, y discutir sobre temas filosóficos. A menudo hurgábamos juntos montones de viejos libros, y hasta llegué a ayudarlo en su comercio en los días de mercado.

Nuestra amistad se vio reforzada por las circunstancias siguientes:

En los días de mercado, a dos pasos del lugar donde Ielov vendía sus libros, un griego desplegaba su muestrario. Exponía toda una variedad de objetos de *yesso*: estatuillas, bustos de hombres célebres, figurillas, el Amor y Psique, el pastor y la pastorcilla, y alcancías de todo tamaño en forma de gatos, perros, cochinos, manzanas, peras y otras frutas —en suma, todos los horrores con los que entonces estaba de moda adornar las mesas, cómodas y estantes.

Un día de calma en la venta, Ielov me indicó con la mirada todos esos objetos y dijo, en el singular idioma que le era propio:

—Uno que se gana un montón de dinero es el que fabrica toda esa baratija... Dicen que es un cochino italiano de paso por aquí el que confecciona en su barraca todas esas porquerías, y gracias a esos brutos de buhoneros del tipo de este griego, se llena los bolsillos con el dinero que los imbéciles tunantes que compran esos horrores para adornar sus estúpidas casas tienen tanta dificultad en ganar.

»Y nosotros, mientras tanto, estamos aquí todo el día, sin adelantar nada y sufriendo de frío, para tener el derecho de atragantarnos de

noche con un mendrugo de **pan** de maíz si no queremos reventar de hambre; y mañana por la mañana tendremos que volver para tirar de la misma cadena maldita».

Aguardé un poco, luego me acerqué al buhonero griego. Me confirmó que era un italiano el que confeccionaba esas estatuillas, tomando todas las precauciones para que nadie descubriera sus secretos de fabricación.

—Aquí somos doce buhoneros —añadió—, y apenas bastamos para vender estas pequeñas obras maestras en toda la ciudad de Tbilisi.

Estas confidencias y la indignación de Ielov me estimularon y se me ocurrió la idea de engañar a ese italiano, tanto más cuanto se hacía sentir para mí en ese momento la necesidad de realizar algún negocio, pues mi dinero huía «como los Judíos del Éxodo».

Para empezar, claro está, me dirigí al buhonero griego excitando a propósito sus sentimientos patrióticos y, después de haber elaborado en mi mente un plan de acción, fui con él a casa del italiano para pedirle trabajo.

Por suerte, uno de los muchachos que trabajaban allí acababa de ser despedido a consecuencia del robo de una herramienta y el italiano necesitaba un ayudante para verter el agua mientras él diluía el yeso. Como consentí en trabajar por el salario que me quisiera dar, me empleó inmediatamente.

Siguiendo el plan que me había trazado, desde el primer día me hice el imbécil. Trabajaba por tres, pero para todo lo demás me hacía el tonto.

Por lo tanto, el italiano no tardó en apreciarme, y frente a semejante tonto, que no ofrecía ningún peligro para él, no ocultó sus secretos con tanto cuidado como con los demás.

Al cabo de dos semanas sabía lo que tenía que hacer para muchas operaciones.

El patrón me llamaba sea para tener la cola, sea para diluir la mezcla; así penetré en el «santo de los santos» y muy pronto conocí todos los pequeños secretos, tan importantes en ese tipo de trabajo.

Pues son realmente importantes; por ejemplo, cuando se deslíe el yeso hay que saber exactamente cuántas gotas de jugo de limón hay que añadirle al yeso para que no burbujee y las figurillas resulten lisas; de lo contrario, en las extremidades más finas de la estatuilla, tales como la nariz, las orejas, etc., puede aparecer un horrible hueco.

También es indispensable conocer la proporción de la cola, de la gelatina y de la glicerina que entran en la confección de los moldes; un poco de más o un poco de menos y todo se echa a perder.

El que conociera todo el proceso sin poseer estos secretos, sería incapaz de obtener buenos resultados.

En resumen, mes y medio después, aparecieron en el mercado estatuillas fabricadas por mí.

A los modelos del italiano añadí algunas cabezas cómicas que se llenaban de granalla, para colocar las plumas de escribir. Luego puse en venta alcancías especiales, que tuvieron el más franco éxito -yo las había bautizado *La enferma en su cama*. Creo que muy pronto no hubo una sola casa en Tbilisi que no tuviera una de mis alcancías.

Luego varios obreros trabajaron conmigo y hasta tomé seis georgianas como aprendices.

Ielov, encantado, me ayudaba en todo. Terminó por abandonar su comercio de libros en los días de semana.

Al mismo tiempo, ambos proseguíamos nuestro trabajo personal, la lectura de libros y el estudio de los problemas filosóficos.

Al cabo de algunos meses, como había ahorrado una suma redondita, y el taller empezaba a fastidiarme, lo vendí a buen precio a dos judíos, cuando estaba en pleno desarrollo. Obligado a abandonar el apartamento que formaba parte del taller, me mudé para ir a vivir en la calle de los Molokanes, cerca de la estación y Ielov se me unió allí con sus libros.

Ielov era de baja estatura, rechoncho, curtido; tenía los ojos ardientes como brasas, abundante cabellera, con cejas espesas y una barba que le salía hasta bajo la nariz y le cubría casi enteramente las mejillas, cuyo color bermejo traslucía a pesar de todo.

Había nacido en Turquía, en la región de Van, en la misma Bitlis o en sus alrededores. De allí, cuatro o cinco años antes de nuestro encuentro había emigrado a Rusia con su familia. Llegado a Tbilisi, lo admitieron en el primer liceo, como allí se dice, mas a pesar de que en ese establecimiento las costumbres eran muy sencillas y sin ceremonias, algunas de sus travesuras y de sus picardías rebasaron la medida y fue expulsado por el consejo de disciplina. Poco después su padre lo arrojó a la calle, y desde entonces vivió a la buena de Dios.

Así, pues, como él mismo decía, se había convertido en la plaga de su familia. Sin embargo, su madre, a escondidas de su padre, a menudo le mandaba dinero.

Ielov tenía por su madre un sentimiento muy tierno, que se revelaba hasta en pequeños detalles. Por ejemplo, tenía su fotografía encima de su cama; jamás salía de casa sin darle un beso y cuando volvía exclamaba siempre, al pasar la puerta: «Buenos días, o buenas noches, madre».

Hoy, me parece que yo lo quería aún más **por** ese **rasgo**.

A su padre también lo quería, pero a su manera: lo encontraba mezquino, vanidoso y obstinado.

El padre de Ielov era contratista y tenía fama de ser hombre muy rico. Además, era un personaje muy importante entre los aisores, sin duda porque descendía, aunque por las mujeres de su familia, de los marshimunes, a la que perteneció otrora el propio rey de los aisores. En nuestros días, los aisores ya no tienen reyes, pero sus patriarcas salen siempre de este linaje.

Abram tenía un hermano que seguía entonces sus estudios en América, en Filadelfia creo. A éste no lo quería nada, por tener muy arraigada la idea de que era un egoísta, además de hipócrita, y un animal sin corazón.

Ielov tenía maneras muy originales; entre otras cosas, tenía la costumbre de subirse siempre los pantalones, y más tarde tuvimos mucho trabajo para quitarle esa manía.

Pogossian se burlaba de él a ese respecto. Le decía: «¡Y pensar que querías ser oficial! Al primer encuentro con un general, pobre imbécil, te hubiera mandado a la prevención, porque en vez de llevar la mano al kepis, tú te la hubieras puesto en... los pantalones», y Pogossian se expresaba con menos delicadeza.

Pogossian y Ielov se pasaban el tiempo provocándose; hasta cuando se hablaban amigablemente, nunca dejaban de gratificarse con algunos apodos. Ielov trataba a Pogossian de *armenio salado*, y el otro replicaba — *Katchagoj*.

Se llama corrientemente a los armenios *armenio salado* y a los aisores, *Katchagoj*.

Katchagoj significa literalmente «ladrón de cruz». Parece que el origen de este apodo es el siguiente:

En general, los aisores son sumamente astutos. En Transcaucasia hasta se los define de este modo: *Pongan a cocinar juntos siete rusos y tendrán un judío; pongan a cocinar siete judíos y tendrán un armenio, pero en verdad necesitarán siete armenios para obtener un aisor*.

Entre los aisores, diseminados por doquier, había una cantidad de sacerdotes, la mayoría de los cuales se habían ordenado a sí mismos. Nada les era más fácil en esa época; como vivían en la región del monte Ararat, que marcaba el límite de tres países, Rusia, Turquía y Persia, tenían libre acceso por todas las fronteras; y en Rusia se hacían pasar por aisores turcos, en Persia por rusos, y así sucesivamente.

No se contentaban con celebrar los oficios, sino que se dedicaban también, en las poblaciones piadosas e incultas, al fructuoso tráfico de

sagradas reliquias de todo género. Por ejemplo, en lo más remoto de Rusia se aseguraban la confianza de los fieles haciéndose pasar por sacerdotes griegos, siempre muy venerados, y hacían pingües negocios vendiendo objetos traídos, decían ellos, de Jerusalén, del Monte Athos y otros lugares santos.

Entre esas reliquias figuraban fragmentos de la verdadera Cruz en la que Cristo fue crucificado, cabellos de la Virgen María, uñas de San Nicolás de Myra, una muela de Judas de la buena suerte, un trozo de la herradura del corcel de San Jorge, y hasta una costilla o el cráneo de un gran santo.

Estos objetos eran comprados con gran veneración por los cristianos ingenuos, sobre todo por los comerciantes modestos. Muchas de las reliquias que se encuentran hoy en día en las casas o en las innumerables iglesias de la santa Rusia con frecuencia no tienen otro origen.

Por eso los armenios, que conocen a esos compadres muy de cerca, les dieron el sobrenombre de «ladrones de cruz».

En cuanto a los armenios, los llaman «salados» porque tienen la costumbre, cuando nace un niño, de salarlo.

Añadiré que desde mi punto de vista dicha costumbre no carece de valor. Observaciones especiales me han demostrado que en los pueblos, los recién nacidos sufren casi siempre de erupciones cutáneas en las partes del cuerpo que se tiene por costumbre empolvar para evitar la irritación, mientras que con raras excepciones, los niños armenios que nacen en las mismas regiones están exentos de ellas, a pesar de que tienen todas las demás enfermedades infantiles. Atribuyo este hecho a la costumbre de salar a los recién nacidos.

Ielov no se asemejaba mucho a sus compatriotas; estaba especialmente desprovisto de un rasgo de carácter típico de ellos; aunque era muy impulsivo, no era vengativo. Sus cóleras eran de corta duración y si llegaba a ofender a alguien, una vez pasado su furor no sabía cómo borrar lo que había dicho.

Se mostraba lleno de escrúpulos hacia la religión de los demás.

Un día, durante una conversación sobre la intensa propaganda que hacían en ese tiempo unos misioneros de casi todos los países de Europa para convertir a los aisores a sus creencias respectivas, nos dijo:

—La cuestión no estriba en saber a quién el hombre dirige sus plegarias, sino cuál es su fe. La fe es la conciencia moral que echa raíz en el hombre durante la infancia. Si el hombre cambia de religión, pierde su conciencia y la conciencia es lo más precioso que hay en el hombre.

»Yo respeto su conciencia; y como la conciencia está sostenida por su fe, y la fe por su religión, respeto su religión. Y sería para mí un gran pecado juzgar su religión o quitarle sus ilusiones sobre ella, y así destruir en él la conciencia moral, que no se puede adquirir sino en la infancia».

El día que nos hizo este razonamiento, Pogossian le preguntó:

—¿Y por qué querías, pues, hacerte oficial?

Entonces las mejillas de Abram se sonrojaron y le gritó con rabia:

—Vete al diablo, falangia salada.

Ielov mostraba por sus amigos un apego singular. Estaba dispuesto a dar su alma por aquel con quien se había ligado.

Después de conocerse, Ielov y Pogossian se profesaron mutuo afecto. ¡Qué Dios dé a todos los hermanos tener entre sí tales relaciones!

Pero las manifestaciones exteriores de esta amistad eran muy particulares y difíciles de explicar.

Tanto más se querían cuanto más groseros eran el uno con el otro. Pero tras esas maneras rudas se ocultaba un sentimiento tan tierno que no era posible verlo manifestarse sin conmoverse hasta el fondo del alma. A mí, sabiendo lo que disimulaban esas groserías, más de una vez me ocurrió no poder contenerme y evitar que subieran a mis ojos lágrimas de enternecimiento. Por ejemplo, ante escenas de este tipo:

Ielov ha sido invitado en alguna parte. Se le ofrecen caramelos. La cortesía exige que los coma para no ofender a sus amigos. No obstante, Ielov, que adora los caramelos, no los come por nada del mundo: los esconde en el bolsillo para llevárselos a Pogossian. Y en vez de dárselos sencillamente, acompaña su gesto con toda clase de tomaduras de pelo y una serie de injurias.

Ordinariamente, ocurría así: durante la cena, en el curso de la conversación, simulaba encontrar por casualidad unos caramelos en el fondo de su bolsillo, y le daba un puñado a Pogossian, diciéndole:

—¿Cómo pudo deslizarse en mi bolsillo semejante basura? ¡Ven, engulle esta suciedad! ¡Tienes la especialidad de llenarte con todo lo que no quieren los demás!

Pogossian los tomaba, gruñendo a su vez:

—¡Estas delicadezas no son para tu pico! Sólo sirves para hartarte de bellotas como tus hermanos los cerdos.

Y mientras Pogossian se comía los caramelos, Ielov adoptaba un aire despectivo y contestaba:

—¡Miren cómo engulle! Goza como un asno de Karabaj que mastica sus cardos. Después correrá detrás de mí como un perrito, porque le di esta basura...

Y la conversación proseguía en el mismo tono.

Ielov, que era un fenómeno por su memoria de los libros y de los autores, se convirtió más tarde en un fenómeno por su conocimiento de los idiomas. Yo, que en esa época hablaba dieciocho idiomas, me sentía un novato a su lado. Yo no conocía aún ni una sola palabra de los idiomas europeos, cuando él los conocía casi todos y, con tal perfección, que no se podía adivinar que no pertenecía al país cuyo idioma hablaba.

Un día, por ejemplo, sucedió lo siguiente:

El profesor de arqueología Skridlov (de quien se hablará después) deseaba transportar a la orilla rusa del río Amu Daría cierta reliquia sagrada afgana. La cosa parecía imposible debido a la estrecha vigilancia que mantenían en la frontera tanto los guardias afganos como los soldados ingleses, que eran entonces, por una u otra razón, muy numerosos en ese lugar.

Ielov se procuró en alguna parte un viejo uniforme de oficial británico, se lo puso y se presentó al puesto de guardia haciéndose pasar por inglés de la India, que venía a cazar por esos parajes el tigre de Turquestán. Y tanto cautivó la atención de todos con sus cuentos ingleses, que pudimos transportar tranquilamente, de una orilla a la otra, cuanto quisimos, sin ser vistos por los soldados británicos.

Además de todo cuanto había emprendido, Ielov proseguía activamente sus estudios. No se alistó en el ejército, como había pensado hacer, sino que se fue a Moscú, donde pasó brillantemente el examen de ingreso al Instituto Lazarev. Algunos años después, si mi memoria es fiel, obtuvo una licenciatura de filosofía en la Universidad de Kazan.

Si Pogossian tenía un concepto muy particular sobre el trabajo físico, Ielov tenía un concepto muy especial sobre el trabajo intelectual.

Decía:

—Nuestro intelecto trabaja noche y día de todos modos. En vez de dejarlo correr detrás del *gorro que hace invisible o la riqueza de Aladino* valdría más ocuparlo en algo útil. Imponer una dirección al pensamiento exige evidentemente cierta energía, pero no se necesita más, para un día entero, que la que se necesita para la digestión de una sola comida. Tomé pues la decisión de aprender idiomas, no sólo para impedir que mi pensamiento permaneciera ocioso, sino también para evitar que vaya a molestar a mis otras funciones con sus sueños estúpidos y con sus niñerías. Y por otra parte, el conocimiento de idiomas siempre puede servir, un día u otro.

Este amigo de mi juventud vive todavía. Lleva actualmente una vida próspera en una ciudad de América del Norte.

Durante la Guerra Mundial, estaba en Rusia y vivía en Moscú gran parte del tiempo. La Revolución rusa lo sorprendió en Siberia, donde había ido a inspeccionar una de sus numerosas librerías-papelerías.

Durante esos años de guerra tuvo que sufrir toda clase de pruebas y sus bienes fueron barridos de la superficie de la tierra.

Hace tres años, su sobrino, el doctor Ielov, desembarcó de América y lo persuadió de que emigrara allá.

El príncipe Yuri Liubovedsky

ENTRE los hombres notables que conocí, uno de los más extraordinarios fue el príncipe ruso Yuri Liubovedsky.

De mucha más edad que yo, durante mucho tiempo fue el mayor de mis compañeros y mi más íntimo amigo.

Nuestro encuentro en el camino de la vida, y los estrechos lazos que nos unieron durante muchos años, tuvieron como causa lejana e indirecta un acontecimiento trágico, que otrora había destrozado su vida familiar.

En su juventud, cuando era oficial de la Guardia, el príncipe se enamoró profundamente de una joven bellísima, cuyo carácter correspondía al suyo; y se casó con ella. Vivían en la casa del príncipe, en Moscú, en la calle Sadóvaia.

Cuando nació su primogénito, la princesa murió en el parto. El príncipe, buscando un derivativo para su dolor, se ocupó primeramente de espiritismo, esperando así entrar en comunicación con el espíritu de su amada difunta; luego, sin darse cuenta él mismo, se acrecentó su interés por las ciencias ocultas y más generalmente por la búsqueda del sentido de la vida.

Hasta tal punto se interesó que cambió por completo su género de vida: ya no recibía a nadie, no iba a ninguna parte y, encerrado en su biblioteca, estudiaba sin descanso ciertos problemas relativos al ocultismo, que lo apasionaban.

Un día en que estaba absorto en sus lecturas, un anciano desconocido vino a molestarlo mientras trabajaba. Con sorpresa de toda la casa, lo recibió al instante y se encerró con él en la biblioteca, donde tuvieron una larga conversación.

Poco después de esta visita, el príncipe salió de Moscú y pasó desde entonces casi todo su tiempo en África, en la India, en Afganistán y en Persia. No volvía a Rusia sino muy pocas veces cuando era indispensable y sólo por breves estancias.

El príncipe, que era muy rico, consagraba toda su fortuna a sus investigaciones, organizando expediciones especiales a los lugares donde pensaba hallar una respuesta a sus interrogantes. Vivió mucho tiempo en ciertos monasterios y conoció a muchas personas que se interesaban en los mismos problemas que él.

Cuando lo encontré por primera vez, era ya un hombre de edad madura, y yo no era más que un jovenzuelo. Desde ese día, y hasta su muerte, mantuvimos constantes relaciones.

Este encuentro tuvo lugar en Egipto, al pie de las pirámides, poco después de la época de mi viaje con Pogossian.

Regresaba yo de Jerusalén, donde había ganado dinero haciendo visitar las curiosidades de la ciudad a los extranjeros, especialmente a los rusos, a quienes daba las explicaciones usuales. En una palabra, me había convertido en guía profesional.

Apenas llegué a Egipto, decidí ejercer allí la misma profesión. Hablaba muy bien el griego y el árabe, así como el italiano, indispensable entonces a todo europeo.

En pocos días había aprendido todo cuanto un guía debe saber, y con una pandilla de pilluelos árabes, me di a embaucar a los turistas ingenuos.

Diestro ya en este tipo de ejercicio, me había convertido en guía a fin de ganar el dinero necesario para lo que había decidido emprender. Debo decir que mis bolsillos no estaban exactamente «rellenos» en esa época.

Un día, un ruso me tomó como guía. Supe después que era el profesor de arqueología Skridlov.

Una mañana, cuando íbamos de la Esfinge a la pirámide de Keops, lo interpeló un hombre apenas entrecano, que lo trató de *sepulturero* y, muy regocijado por el encuentro, le preguntó cómo estaba. Entre ellos hablaban ruso; mi patrón, sin saber que yo también hablaba ruso, se dirigía a mí en italiano bastardo.

Se sentaron al pie de la pirámide. Me instalé no lejos de ellos, de suerte que, mientras comía mi *churek*, seguía claramente todo lo que decían.

Rápidamente comprendí que aquel hombre era un príncipe. Entre otras cosas preguntó al profesor:

—¿Es cierto que usted se obstina en atormentar las cenizas de individuos muertos hace mucho tiempo, y que colecciona toda clase de trastos viejos sin valor alguno, con el pretexto de que alguna vez fueron utilizados por un pueblo cualquiera para su vida estúpida?

—Qué quiere usted —replicó el profesor—; por lo menos es algo real, tangible, y no una cosa inasible como ésas a las que usted ha consagrado su vida, en vez de aprovecharla a fondo como el hombre rico y lleno de salud que es.

—Usted busca una verdad inventada antaño por algún loco ocioso. Lo que yo hago tal vez no traiga nada de satisfactorio para la curiosidad, pero a la larga, si se desea, puede llenar los bolsillos.

Así hablaron durante largo rato. Luego mi patrón quiso ir a ver otra pirámide y se despidió del príncipe, después de haberle dado cita en las ruinas de Tebas.

Debo decir que durante mis horas libres andaba por todos esos lugares como un poseído, llevando en las manos mi mapa del antiguo Egipto, con la esperanza de encontrar, gracias a él, una explicación de la Esfinge y de algunos otros monumentos antiguos.

Varios días después del encuentro del profesor con el príncipe, estaba yo sentado al pie de una pirámide y reflexionaba, con el mapa desplegado delante de mí.

De pronto, sentí que alguien se inclinaba por encima de mí.

Doblé precipitadamente el mapa y me volví; era el hombre que había interpelado a mi patrón, el profesor Skridlov, delante de la pirámide de Keops.

Pálido, y muy conmovido, me preguntó en italiano dónde había conseguido ese documento.

Por su cara y por el interés que demostraba por ese mapa, se me ocurrió que podía ser el príncipe de quien me había hablado el sacerdote armenio en cuya casa había, escondidas, copiado el mapa. En vez de contestar a su pregunta, le pregunté a mi vez en ruso si él era quien había querido comprar un mapa a cierto sacerdote...

—Sí, de hecho, yo soy —dijo. Y se sentó a mi lado.

Entonces le conté quién era, cómo estaba ese mapa en mi poder y cómo ya había oído hablar de él.

Empezábamos a trabar conocimiento.

Cuando se hubo tranquilizado, me propuso acompañarlo a su casa en El Cairo, para poder seguir a placer nuestra conversación.

A partir de ese día, el interés que teníamos en común creó entre *nosotros* un verdadero lazo de unión, y seguimos viéndonos frecuentemente. Nuestra correspondencia no debía interrumpirse jamás.

Durante todo ese período realizamos juntos varios viajes a la India, al Tibet y a varios lugares del Asia Menor.

Nuestro penúltimo encuentro tuvo lugar en Constantinopla, donde el príncipe tenía una mansión, en Pera, cerca de la embajada de Rusia, y donde paraba de vez en cuando por bastante tiempo. Este encuentro se efectuó en las circunstancias siguientes: regresaba yo de La Meca en compañía de derviches bukarianos con quienes había trabado conocimiento, y de varios peregrinos sartos que retornaban a su país.

Quería ir de Constantinopla a Tbilisi, pasar por Alexandropol para ver a mis padres y luego ir a Bujara con los derviches.

Pero mi imprevisto encuentro con el príncipe me obligaría a cambiar todos mis planes.

Al llegar a Constantinopla, supe que nuestro barco no zarparía antes de seis o siete días. Esa espera de una semana me resultaba de lo más fastidiosa. Quedarme así, ocioso, de brazos cruzados, no tenía nada de particularmente agradable.

Decidí pues aprovechar esa demora para ir a Brusa, a casa de un derviche amigo mío, y visitar al mismo tiempo la famosa Mezquita Verde.

Paseando por la orilla, en Gálata, resolví ir a casa del príncipe para lavarme y cepillarme, y para ver a la simpática Mariam Badyi, vieja encargada armenia del príncipe.

Según su última carta, *éste* debía de estar ya en Ceilán; así pues me sorprendió mucho saber que estaba aún en Constantinopla, y que hasta se encontraba en su casa.

Como dije, nos escribíamos a menudo, el príncipe y yo, pero no nos habíamos visto desde hacía dos años y fue una grata sorpresa.

Mi salida para Brusa quedó postergada. Hasta renuncié a mi propósito de ir directamente al Cáucaso, pues el príncipe me pidió que acompañara a Rusia a una joven, cuyo encuentro lo había obligado a postergar su viaje a Ceilán.

Ese mismo día fui al *hamman*, y una vez listo, cené con el príncipe. Me habló de sí mismo y me contó muy ardientemente y en forma muy vivaz la historia de la joven a la que debía acompañar a Rusia.

Como esa historia es la de una mujer que, a mi parecer, llegó a ser notable bajo todos los aspectos, me esforzaré no sólo en escribir detalladamente

el relato del príncipe Liubovetsky, sino que hablaré también de lo que fue su vida luego, basándome en todo lo que pude saber y observar en el curso de mis encuentros con ella. Tanto más cuanto que el manuscrito original que había consagrado al relato minucioso de la vida de esa notable mujer, bajo el título de *Confesión de una polaca*, quedó en Rusia con una cantidad de manuscritos cuyo destino me es, hasta el día de hoy, totalmente desconocido.

Vitvitskaia

El príncipe comenzó así su relato:

—Hace justo una semana, estaba listo para viajar a Ceilán en un barco de la *Dobrovolny Flott* y ya estaba a bordo.

»Entre los que me acompañaban, figuraba un agregado diplomático de la embajada de Rusia. Durante la conversación, me llamó la atención sobre un pasajero, un respetable anciano: *¿Ve usted a ese hombre? ¿Quién podría suponer que es uno de los grandes traficantes en la trata de blancas? Y sin embargo, es la verdad...*

»La cosa había sido dicha de paso. Había mucha gente en el barco, numerosas personas habían venido a saludarme y como me importaba poco el anciano, olvidé completamente esas palabras.

»El barco se hizo a la mar. Era de mañana, el día estaba claro, me encontraba sentado en el puente y leía. Cerca de mí saltaba Dyek¹.

»Pasa una joven encantadora que empieza a acariciar a Dyek; luego le trae azúcar. Pero sin mi permiso Dyek no acepta nada de nadie. Veo que él me mira de reojo. ¿Se puede o no se puede? Hago un movimiento de cabeza y le digo en ruso: *puedes, puedes*.

»La joven también hablaba ruso; así pues, hablamos. A la pregunta de costumbre: *¿Adonde va usted?*, contestó que iba a Alejandría como ama de llaves de la familia del Cónsul de Rusia.

»Mientras hablábamos, el anciano que me había señalado el agregado diplomático de la embajada apareció sobre el puente y llamó a la joven.

»Cuando se fueron, recordé de pronto lo que me habían dicho respecto a ese personaje, y el hecho de que conociera a la joven me pareció sospechoso. ■

1.- Dyek era el perro del **príncipe**, un foxterrier que lo acompañaba a todas partes.

«Reflexioné y busqué entre mis recuerdos. Conocía al cónsul en Alejandría y por lo que podía recordar, no necesitaba ninguna ama de llaves.

»Mis sospechas aumentaban.

»Nuestro buque debía atracar en muchos puertos. En la primera escala, en los Dardanelos, mandé dos telegramas: uno al cónsul de Rusia en Alejandría preguntándole si necesitaba un ama de llaves, el otro al cónsul en Salona, donde debíamos hacer escala. Luego participé mis sospechas al capitán.

»En suma, al llegar a Salona tuvimos confirmación de mis sospechas y comprendimos que esa joven había caído en una trampa.

»La joven me pareció simpática. Resolví salvarla del peligro que la amenazaba, llevarla a un lugar seguro y no salir para Ceilán antes de haber arreglado algo para ella.

»Salimos juntos del barco, y ese mismo día subimos a bordo de otro que regresaba a Constantinopla. Apenas llegados, quise mandarla a su casa, pero me dijo que no tenía a donde ir. Por eso me vi obligado a esperar en este lugar.

»Su historia es bastante extraordinaria. Es polaca, nacida en el distrito de Voljinie. Pasó su infancia no lejos de Kovno, en la propiedad de un conde de quien su padre era administrador.

»Eran dos hermanas y dos hermanos. Al haber perdido a su madre en la primera infancia, habían sido educados por una vieja tía.

»Tenía catorce años y su hermana dieciséis cuando murió el padre.

»Uno de sus hermanos estudiaba entonces en Italia; quería ser obispo. El otro era un verdadero pillo; un año atrás se había fugado del colegio y decían que estaba escondido en algún lugar de Odesa.

»A la muerte del padre, las dos hermanas y la tía tuvieron que abandonar la propiedad, puesto que debía venir a instalarse un nuevo administrador, y se establecieron en Kovno.

»Poco tiempo después, la vieja tía murió a su vez.

»La situación de las hermanas se hacía difícil. Aconsejadas por un pariente lejano, liquidaron sus bienes y se fueron a Odesa, donde entraron en una escuela profesional de costura.

»La joven Vitvitskaia era muy bella, y al revés de la hermana mayor, muy frívola. Tenía numerosos pretendientes. Entre ellos había un viajante de comercio que la sedujo y la llevó a San Petersburgo. Al reñir con su hermana mayor, reclamó su parte de la herencia.

»El viajante de comercio, en San Petersburgo, le quitó toda su fortuna y desapareció, dejándola sin ningún recurso en esa ciudad extranjera.

»Tras muchas luchas y vicisitudes, llegó al fin a ser la querida de un viejo senador. Pero éste pronto tuvo celos de un joven estudiante y la despidió.

»Entonces fue presentada a la «respetable» familia de un doctor, que la empleaba de una manera muy original con vistas a aumentar su clientela.

»La esposa del doctor la había encontrado en el jardín frente al teatro Alejandro, se había sentado al lado de ella, y la persuadió de que fuera a vivir con ellos. Luego le enseñó a ejecutar la maniobra siguiente:

»Debía pasearse por la perspectiva Nievsky y, cuando se le acercara un hombre no debía despedirlo sino, al contrario, darle algunas esperanzas y permitirle acompañarla hasta la casa.

»Dejaba al acompañante delante de la puerta. Naturalmente, éste pedía información a la portera, y se enteraba de que era la dama de compañía de la esposa del doctor, por lo tanto el doctor veía afluir a su consulta toda clase de nuevos clientes que inventaban distintas enfermedades con la secreta esperanza de un encuentro agradable...

»Mas, por lo que pude estudiar de la naturaleza de Vitvitskaia -dijo el príncipe con convicción—, nunca dejó de sentir en su subconsciente repugnancia por esa vida, y sólo la necesidad la obligó a doblegarse.

»Un día que paseaba por la Nievsky, tratando de atraer la atención de posibles clientes para el doctor, se encontró por casualidad con su hermano menor, a quien no había visto desde hacía varios años.

»Estaba muy bien vestido, y daba la impresión de ser un hombre rico.

»Este encuentro con su hermano había sido como un rayo de sol en su vida insípida.

»Le dijo que se ocupaba de negocios en Odesa y también en el extranjero.

»Cuando supo la vida difícil que llevaba, le propuso que viniera a Odesa, donde conocía mucha gente y podría encontrarle una buena situación. Ella aceptó.

»Apenas llegó a Odesa, su hermano le encontró un empleo interesante con posibilidades para el futuro en una familia honorable: el de ama de llaves del cónsul de Rusia en Alejandría.

»Al cabo de algunos días la presentó a un señor muy distinguido, que justamente iba a Alejandría, y aceptaba viajar con ella.

»Y así, un buen día ella se embarcó en compañía de ese respetable anciano.

»Ya sabe usted cómo terminó esto...»

El príncipe repitió que, según él, sólo las circunstancias y las tristes condiciones de su vida familiar habían llevado a esa joven al borde

del precipicio. Su naturaleza no estaba dañada, y había en ella el germen de cualidades excelentes.

Por lo tanto, había decidido intervenir en su vida y ponerla de nuevo en buen camino.

—Ante todo -concluyó el príncipe-, tengo que mandar a esta desdichada con mi hermana, en mi propiedad del distrito de Tambov, para que allí tenga un descanso completo; luego, veremos...

Conociendo el idealismo y la bondad del príncipe, me sentía escéptico en cuanto a su empresa, y pensaba que en el presente caso sus esfuerzos quizá fueran vanos. Me decía: «Todo lo que cae de la carreta está perdido».

Aun antes de ver a Vitvitskaia, no sé por qué, sentía una especie de odio hacia ella; pero como no podía responder al príncipe con un rechazo, acepté, muy a mi pesar, acompañar a esa «mujer de nada».

Algunos días después, cuando nos embarcábamos, la vi por primera vez.

Era morena, bastante alta, muy bella y bien *formada*. Tenía ojos bondadosos y honrados que a veces se tornaban diabólicamente astutos. Creo que la Thais de la historia debió de ser de un tipo semejante al de ella.

Cuando la vi, un doble sentimiento surgió en mí; a veces le tenía odio, y otras veces, compasión.

Así pues, la llevé al distrito de Tambov.

Ella vivió largo tiempo con la hermana del príncipe, que le cobró mucha amistad y la llevaba al extranjero por largas temporadas, sobre todo a Italia.

Poco a poco, por el contacto con el príncipe y su hermana, se interesó en sus ideas, que llegaron a ser parte integrante de su esencia. Se puso a trabajar sobre sí misma con convicción, y todo el que la veía, aunque sólo fuese una vez, podía sentir los efectos de ese trabajo.

Después que la acompañé a Rusia estuve mucho tiempo sin verla. No la vi sino cuatro años más tarde, cuando la encontré por casualidad en Italia, con la hermana del príncipe Yuri Liubovedsky, en circunstancias de las más originales.

Siempre persiguiendo mi meta, un día llegué a Roma; como se me terminaba el dinero, seguí el consejo de dos jóvenes aisores a quienes apenas conocía, y con su ayuda, me instalé como limpiabotas en una acera...

Hay que decir que al principio mis negocios no eran brillantes. De modo que, a fin de aumentar mis ingresos, decidí dar a ese oficio un aire nuevo, fuera de lo vulgar.

Mandé hacer una butaca especial, bajo la cual alojé un fonógrafo Edison, invisible para los transeúntes. Desde fuera, sólo se veía un tubo de goma provisto de auriculares dispuesto de tal manera que cuando un hombre se sentaba en la butaca, los auriculares se encontraban cerca de sus oídos. Sólo tenía que poner discretamente en marcha la máquina.

De modo que, mientras le limpiaba los zapatos, mi cliente podía oír *La Marsellesa* o cualquier gran aria de ópera.

Además, fijé al brazo derecho de la butaca una especie de bandeja sobre la cual puse un vaso, un jarro de agua, un poco de vermut y algunos periódicos ilustrados.

En vista de lo cual, mis negocios marcharon aceleradamente; ahora, eran las liras y no los *centesimi* los que caían. Los turistas jóvenes y ricos eran particularmente generosos.

A mi alrededor siempre había un grupo de mirones. Esperaban turno para sentarse en la butaca donde, mientras les limpiaba los zapatos, se iban a deleitar con algo inédito, al paso que se exhibían delante de los idiotas vanidosos de su especie que vagaban por allí todo el santo día.

Entre el gentío que me rodeaba, observaba a menudo a una joven. Atraía mi atención porque me parecía conocerla bien, pero por falta de tiempo nunca la miraba detenidamente.

Un día, por casualidad, oí su voz. Estaba diciendo en ruso a la señora anciana que la acompañaba: «Apuesto a que es él», y eso me intrigó tanto que me libré como pude de mis clientes, fui directamente hacia ella y le pregunté en ruso:

—Dígame, por favor, ¿quién es usted? Me parece haberla visto en alguna parte...

—Sí —contestó—, soy aquella a quien usted odiaba otrora tan intensamente, que las pobres moscas que se encontraban en el campo de vibraciones de su odio caían muertas.

»Si recuerda usted al príncipe Liubovedsky, quizá recuerde también a la desdichada a quien acompañó de Constantinopla a Rusia.»

En seguida la reconocí, como también a la señora mayor que estaba a su lado, la hermana del príncipe.

A partir de ese día, hasta su salida para Montecarlo, pasé todas mis veladas con ellas, en su hotel.

Un año y medio después de este encuentro, vino con el profesor Skridlov al lugar de reunión de una de nuestras grandes expediciones, y desde ese entonces participó en todas las excursiones de nuestro grupo errante.

Para dar una muestra característica del mundo interior de Vitvitskaia -esa mujer que estuvo al borde de la ruina moral, pero que gracias a los hombres de calidad que tuvo la suerte de encontrar en el camino de su vida llegó a ser tal que hubiera podido, tengo la osadía de decirlo, servir de ideal a toda mujer— me bastará un ejemplo:

Le apasionaba la ciencia de la música. Y la conversación que tuvimos, ella y yo, en una de nuestras expediciones, demostrará con qué seriedad consideraba esta ciencia.

Al atravesar el centro del Turquestán, obtuvimos permiso, gracias a recomendaciones eficaces, para visitar un monasterio muy cerrado al público, donde pasamos tres días.

En la mañana de nuestra salida, apareció Vitvitskaia pálida como la muerte, llevando su brazo en cabestrillo. No pudo montar sola sobre su caballo, y tuve que ayudarla con un compañero.

Cuando la caravana partió, llevé a mi caballo al lado del suyo, un poco atrás de los demás.

Quería enterarme de lo que había pasado, y la acosé a preguntas.

Pensaba que quizá uno de nuestros compañeros se habría comportado como un animal y habría osado faltarle al respeto, a ella, una mujer a quien todos mirábamos como una santa, y anhelaba descubrir quién era ese cobarde, para matarlo allí mismo como a un vulgar perdigón, sin ni siquiera bajar de mi caballo.

A mis preguntas, Vitvitskaia contestó por fin que su estado se debía sólo a esa «maldita música», y me preguntó si recordaba la música de la antevíspera.

¿Si la recordaba? Veía aún a todos, sentados en un rincón del monasterio, casi sollozando al escuchar la música monótona que ejecutaban los hermanos en una de sus ceremonias. Después habíamos discutido largamente, sin que nadie pudiera explicar lo que había sucedido.

Después de un momento de silencio, Vitvitskaia, por propio impulso, volvió a hablar. Lo que dijo sobre el origen de su extraño estado tomó la forma de un relato.

No sé si el paisaje que nos rodeaba era particularmente admirable aquella mañana o si era por otra razón, pero lo que entonces me dijo con punzante sinceridad lo recuerdo hoy casi palabra por palabra, después de tantos y tantos años. Cada una de sus palabras se grabó con tal fuerza en mi cerebro, que me parece oírla aún en este momento.

Empezó así:

—No recuerdo si cuando era muy joven algo en la música me tocaba interiormente, pero recuerdo muy bien cómo razonaba entonces sobre el particular.

»Como todo el mundo, temía no parecer inteligente, y cuando alababa o criticaba alguna pieza, lo hacía únicamente con mi cabeza. Aun cuando la música que oyera me fuera del todo indiferente, cuando se me pedía mi opinión, me declaraba, según las circunstancias, en pro o en contra.

»A veces, cuando todos se deshacían en elogios, tomaba el partido inverso, utilizando cuantas palabras técnicas conocía, a fin de que la gente pensara que no era una persona cualquiera sino una persona instruida, capaz de juzgarlo todo. Otras veces hacía coro con los demás para condenar la pieza pensando que, ya que la criticaban, había seguramente en ella algo que ignoraba pero que había que criticar.

»Por el contrario, si la aprobaba, era diciéndome que el autor, fuera quien fuera, puesto que su profesión era componer música, no la hubiera hecho pública si la pieza no lo hubiese merecido.

»En una palabra, nunca fui sincera para conmigo misma ni para con los demás, en el elogio o en la crítica, sin, por otra parte, sentir ningún remordimiento de conciencia.

»Más tarde, cuando la vieja hermana del príncipe Liubovedsky me tomó bajo el ala, me convenció de que estudiara el piano, pues para ella toda mujer inteligente y de buena educación debía tocar dicho instrumento.

»Para complacer a la querida anciana, me consagré por entero al estudio del piano. Al cabo de seis meses tocaba ya lo bastante bien como para que me invitaran a participar en un concierto de beneficencia, y todos los amigos que asistieron a él me colmaron de elogios, extasiándose con mi «talento».

»Un día, cuando acabé de tocar, la querida anciana se sentó a mi lado y me dijo con mucha seriedad y solemnidad que ya que Dios me había concedido un don semejante, sería un gran pecado descuidarlo y no permitirle desarrollarse por completo. Añadió que ya que había empezado a aprender música, tenía que llegar a conocerla a fondo, para no tocar como cualquier María Ivanovna. Me aconsejaba pues estudiar ante todo la teoría de la música y aun, si fuera necesario, prepararme para los certámenes.

»A partir de ese día hizo traer toda clase de obras sobre música, y hasta fue a Moscú a comprarme algunas. En poco tiempo las paredes de mi sala de estudio se llenaron de grandes librerías repletas de libros y obras musicales.

»Me entregué con fervor al estudio de la teoría de la música, no sólo porque deseaba complacer a mi benefactora, sino también porque

le había tomado gusto y mi interés por las leyes de la armonía aumentaba día tras día.

»Sin embargo, los libros que tenía no podían darme nada, pues no explicaban lo que era realmente la música ni cómo se habían constituido sus leyes. En cambio, en cada página se encontraban la misma clase de indicaciones: que nuestra octava tiene siete notas pero que la de los antiguos chinos tenía sólo cinco; que entre los antiguos egipcios se llamaba *tebuni* al arpa y *mem* a la flauta; que las antiguas melodías griegas estaban construidas sobre modos variados, jónico, frigio, dórico y otros; que en el siglo IX hizo su aparición la polifonía y tuvo efectos tan catastróficos que hasta se citaban casos de nacimientos prematuros por haber recibido la madre un choque al oír esta nueva música en el órgano de la iglesia; que en el siglo XI, cierto monje, Guido de Arezzo, inventó el solfeo, etc. En los libros trataban, más que nada, de músicos célebres y de sus carreras. Hasta llegaban a describir las corbatas y los anteojos que llevaban los compositores más famosos. Pero en cuanto a la esencia misma de la música y a la influencia que ejerce sobre el psiquismo de los hombres, ni una sola palabra.

»Pasé un año entero estudiando esa supuesta teoría de la *música*. Leí casi todos mis libros y llegué a la convicción definitiva de que esa literatura no me daría nada. Mas, como mi interés por la música no hacía sino crecer, renuncié a toda lectura y me sumergí en mis propios pensamientos.

»Un día, por fastidio, tomé de la biblioteca del príncipe un libro titulado *El mundo de las vibraciones* que dio una orientación bien definida a mis reflexiones sobre la música. El autor de aquella obra no era músico, y hasta era evidente que no se interesaba por la música. Era ingeniero y matemático. En un pasaje de su libro aludía a la música, pero sencillamente a título de ejemplo, para explicar las vibraciones. Decía que los sonidos musicales contienen ciertas vibraciones que actúan necesariamente en el hombre sobre ciertas vibraciones correspondientes, y he aquí la razón por la cual al hombre le gusta o no le gusta tal o cual música. Lo comprendí al instante y me encontré muy de acuerdo con las hipótesis del ingeniero.

»Desde entonces todos mis pensamientos se vieron encaminados en esa dirección, y cuando hablaba con la hermana del príncipe siempre me esforzaba por llevar la conversación sobre la música y su significado real, tanto que ella también se interesó en el asunto. Lo discutíamos juntas y hacíamos experimentos.

»La hermana del príncipe hasta compró especialmente para este fin varios gatos, algunos perros y otros animales.

»A veces invitábamos a las sesiones a algunos de los criados; les dábamos té y durante horas enteras yo tocaba el piano.

»Las primeras veces, no obtuvimos ningún resultado, pero un día hicimos venir a cinco de nuestros criados y diez compañeros de la aldea que en un tiempo había pertenecido al príncipe, la mitad de ellos se durmió, al oírme tocar un vals compuesto por mí.

»Repetimos este experimento varias veces y cada vez aumentaba el número de los durmientes. Pero a pesar de las tentativas que hicimos mi vieja amiga y yo para componer, según los principios más diversos, una música capaz de producir otros efectos sobre los oyentes, no logramos nunca otra cosa que dormirlos.

»A fuerza de trabajar y de pensar incesantemente en la música, terminé por cansarme y adelgazar hasta tal punto, que un día, al darse cuenta del estado en que me hallaba, mi benefactora tuvo miedo, y aconsejada por uno de nuestros amigos, se apresuró a llevarme al extranjero.

»Salimos para Italia. Allá, en poder de otras impresiones, poco a poco me restablecí. Sólo cinco años más tarde, después de asistir a los experimentos de los Hermanos Monopsiquistas, durante el viaje que hice con usted por el Pamir y Afganistán, empecé nuevamente a reflexionar sobre el poder de la música, pero sin tanta pasión como antes.

»Luego, cada vez que recordaba mi primera tentativa me reía de nuestra ingenuidad de entonces y del significado que dábamos al sueño de nuestros invitados. No se nos ocurrió la idea de que estos hombres se dormían con gusto, simplemente porque habían tomado la costumbre de sentirse como en su propia casa, y les era agradable, tras un largo día de trabajo, comer bien, beberse una copita de vodka, ofrecida por la buena anciana, e instalarse luego en cómodas butacas.

»Después de nuestra visita a los Hermanos Monopsiquistas, volví a Rusia y, recordando sus explicaciones, reanudé mis investigaciones.

»Como lo aconsejaban los Hermanos, determiné el *la absoluto* en conformidad con la presión atmosférica tomada en el lugar mismo de estos experimentos, y afiné mi piano tomando en cuenta las dimensiones de la habitación. Por otra parte, escogí para mis ensayos sujetos que ya habían sido expuestos muchas veces a las impresiones de ciertos acordes. Por fin, tomé en consideración el carácter del lugar y la raza a la que pertenecía cada uno de los asistentes.

»Sin embargo, no obtenía resultados: mejor dicho, no lograba, apoyándome en una sola y misma melodía, despertar un sentimiento igual en todos los oyentes.

»Sin duda, cuando éstos respondían exactamente a las condiciones necesarias, podía suscitar en ellos, a mi antojo, la risa o el llanto,

la maldad o la bondad, y así sucesivamente. Pero en los hombres de raza mezclada, o cuando el psiquismo de un sujeto salía algo de lo común, las reacciones diferían de nuevo, y fuesen cuales fueren mis esfuerzos, no podía lograr hacer aparecer en todos sin excepción, con ayuda de una sola y misma música, el humor que deseaba. Así pues, abandoné una vez más mis investigaciones, creyendo que podía considerarme satisfecha con los resultados que había obtenido.

»Pero he aquí que anteayer esa música casi sin melodía suscitó el mismo estado en todos nosotros, que pertenecemos a razas y a nacionalidades del todo diferentes, y hasta de *carácter*, tipo, costumbres y temperamentos opuestos. Explicar el hecho con el «sentimiento de rebaño» no viene al caso, puesto que según nos lo han demostrado experimentos recientes no existe ese sentimiento en ninguno de nuestros compañeros, gracias al trabajo que han logrado hacer sobre sí mismos. En suma, no había anteayer nada que pudiera provocar ese fenómeno, o que pudiera explicarlo. Pero después de la música, cuando volví a mi habitación, se despertó en mí el intenso deseo de conocer la causa real de este enigma que había representado para mí, durante tanto tiempo, un rompecabezas.

»No pude dormir en toda la noche, tanto me atormentaba la necesidad de comprender lo que eso podría significar; y no paré de interrogarme todo el día siguiente.

»Hasta perdí el apetito: no he comido ni bebido nada. Y esta mañana era tan grande mi desesperación, que de rabia o agotamiento, o no sé por qué otra razón, me mordí un dedo sin darme cuenta, con tanta fuerza que casi me lo arranqué de la mano; por eso tengo el brazo en cabestrillo. Me duele tanto que apenas puedo sostenerme en el caballo».

Su relato me conmovió mucho. Con todo corazón deseaba ayudarla. Así, le relaté un fenómeno extraordinario, que había presenciado por casualidad el año anterior y que se relacionaba igualmente con la música.

Le detallé cómo, gracias a una carta de recomendación de un hombre de gran valor, el Padre Evlissi, que había sido mi maestro en la niñez, me habían admitido los Esenios, casi todos israelitas, que al son de antigua música y cánticos hebreos habían hecho crecer plantas en un espacio de media hora. Y le describí cómo habían procedido. Mi relato la cautivó hasta tal punto que sus mejillas se arrebolaron. Como resultado de nuestra conversación, decidimos instalarnos, al regresar a Rusia, en alguna ciudad donde pudiéramos, sin que nadie nos molestase, entregarnos seriamente a hacer experimentos con la música.

Durante el resto del viaje, Vitvitskaia, ya vuelta en sí, siguió siendo para nosotros la de siempre. Trepaba a las rocas, a pesar de su dedo herido, con más agilidad que todos los otros y podía distinguir casi a veinte kilómetros de distancia los monumentos que servían de punto de referencia.

Vitvitskaia murió en Rusia; se había resfriado durante un viaje en trineo por el Volga.

La enterraron en Samara. Estaba allí en el momento de su muerte, porque cuando cayó enferma me llamaron a Tachkent.

Cuando la recuerdo, ahora que pasé el cabo de la primera mitad de mi vida, que visité casi todos los países del mundo, y me acerqué a miles y miles de mujeres, debo reconocer que jamás encontré ninguna como ella, y no cabe duda de que nunca habré de encontrarla.

Volviendo al mayor de mis compañeros, el amigo de mi esencia, el príncipe Liubovedsky, diré que se fue de Constantinopla poco después de mi propia partida y que no volví a verlo durante varios años.

Sin embargo, recibía cartas suyas periódicamente y siempre sabía más o menos dónde se encontraba y cuál era en aquel momento el interés predominante de su vida.

Se dirigió primeramente a la isla de Ceilán, luego emprendió una expedición para remontar el curso del Indo hasta su origen. Más tarde me siguió escribiendo ora de Afganistán, o de Beluchistán, o de Kafiristán. Luego nuestra correspondencia se interrumpió bruscamente, y no oí hablar más de él.

Por último, me convencí de que había perecido en uno de sus viajes, y poco a poco me había acostumbrado a la idea de haber perdido para siempre al hombre más cercano a mí, cuando volví a encontrarlo de manera inesperada, en el corazón mismo de Asia, en circunstancias excepcionales.

Para situar mejor mi último encuentro con aquel que, según mi opinión, representa en las condiciones de vida actuales un ideal digno de ser presentado a los hombres, necesito una vez más interrumpir mi relato para hablar de un tal Solovief, que fue también uno de mis compañeros.

Solovief se hizo experto en medicina oriental, y más particularmente en medicina tibetana; fue también el primer especialista del mundo en materia de opio y de hachís, cuya influencia sobre el organismo y el psiquismo del hombre él conocía a fondo.

Sucedió que mi último encuentro con Yuri Liubovedsky ocurrió durante un viaje que hice por el Asia Central con Solovief.

Solovief

A siete u ocho kilómetros de Bujara, capital del kanato del mismo nombre, los rusos constituyeron alrededor de la estación del ferrocarril transcaspiano una gran ciudad que llamaron Nueva Bujara. Allí vivía yo cuando encontré a Solovief por vez primera. Había venido a establecerse en Bujara para estar en el sitio donde más oportunidades tenía de compenetrarse con los principios mismos de la religión de Mahoma, y para encontrar allí derviches de todas las sectas, entre ellos a mi viejo amigo Bogga-Eddin; pero éste no se hallaba en Bujara y nadie sabía adonde había ido. Sin embargo, tenía buenas razones para contar con su pronto regreso.

A mi llegada a Nueva Bujara, alquilé una habitación a una gorda judía, vendedora de *kvas* ruso. Viví en ese cuarto en compañía de mi fiel amigo Filos, un enorme perro pastor kurdo, que me acompañó por doquier durante nueve años. En todas las ciudades y localidades de los diversos países en que tuve que morar algún tiempo, ese Filos se hacía célebre rápidamente, sobre todo entre los chicos del país, a causa de su habilidad para traerme una olla llena de agua hirviendo, que lo mandaba a buscar a los *chaijanés* y los *traktires* para preparar mi té; a veces hasta iba al mercado con la lista de las compras entre los dientes.

Ese perro, según mi opinión, era tan sorprendente que no me parece supérfluo perder un poco de tiempo en hacer conocer al lector su raro psiquismo.

Daré algunos ejemplos de la ingeniosidad asociativa de sus manifestaciones psíquicas.

Poco tiempo atrás, había ido, por consejo de Bogga-Eddin, a visitar en la ciudad bujariana de P... a los derviches de cierta secta. Pero éstos se fueron pronto de la ciudad y decidí marcharme yo también para ir a Samarcanda.

Mis recursos materiales tocaban a su fin; después de pagar mi cuarto en la posada de caravanas y cancelar mis otras deudas, me quedaban en todo y por todo unos sesenta copecs. Ganar dinero en esa ciudad era imposible, porque no era la época de los negocios y no era fácil, en ese rincón perdido de provincia, separado de la civilización europea, comerciar con objetos de arte o novedades técnicas. En Samarcanda, por el contrario, había muchos rusos y extranjeros pertenecientes a diferentes naciones europeas; además, previendo la posibilidad de un viaje a esa región, había dejado en Tbilisi instrucciones para que me enviaran dinero allí.

Como no tenía con qué viajar, resolví recorrer a pie esa distancia, o sea, alrededor de cien verstas, y salí un buen día con mi amigo Filos. De paso, compré cinco copecs de pan y con otros cinco copecs una cabeza de carnero para Filos.

Medía mucho nuestras provisiones y por lo tanto estábamos lejos de estar saciados.

En ciertos momentos nuestro camino bordeaba *bostani* o huertos de cada lado.

Es usual en el Turquestán, para separar los huertos y cercarlos a lo largo de los caminos, sembrar setos de tupinambos, que crecen muy altos y muy tupidos y reemplazan los cercos de madera o de alambre.

Nuestro camino estaba así bordeado de tupinambos, y como yo tenía mucha hambre (hubiera comido cualquier cosa), resolví arrancar algunos. Eché un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie me veía, desenterré rápidamente cuatro gruesos tupinambos y seguí mi camino devorándolos con deleite.

Quise hacerle probar uno a Filos, pero lo olfateó y rehusó comerlo.

Llegado a Nueva Samarcanda, alquilé un cuarto a un habitante en las barriadas de la ciudad y me dirigí inmediatamente al correo. El dinero no había llegado aún.

Reflexionando entonces sobre los medios de procurarme dinero, decidí fabricar flores artificiales y fui inmediatamente a una tienda a comprar papel de colores; pero por el camino calculé que con mis cincuenta copecs tendría muy poco. Compré sencillamente papel blanco muy delgado y varios tubos de color de anilina para colorear yo mismo el papel blanco y confeccionar así con poco gasto una gran cantidad de flores.

Al salir de la tienda fui al jardín público y me senté en un banco a la sombra de los árboles para descansar. Mi Filos se sentó a mi lado.

Absorto en mis pensamientos miraba los árboles donde los gorriones volaban de rama en rama, en la calma y la frescura. De repente me vino una idea: «¿Porqué no trataría de ganar dinero con los gorriones? A los habitantes del lugar, los sartos, les gustan mucho los canarios y otras aves canoras. ¿En qué un gorrión sería peor que un canario?».

En la calle que bordeaba el jardín público había una estación de coches, donde numerosos cocheros en pleno calor del mediodía descansaban y dormitaban sobre su asiento. Fui allí y arranqué de la cola de los caballos las crines que necesitaba para fabricar redes, que en seguida puse en diversos sitios. Filos me observaba todo el tiempo con la mayor atención. Muy pronto un gorrión cayó prisionero en las redes. Lo desenredé delicadamente y lo llevé a casa.

Pedí tijeras a la propietaria y empecé a cortar las alas de mi gorrión para darle la forma de un canario, luego lo pinté de manera fantástica con mis colores de anilina. Llevé inmediatamente el gorrión al antiguo Samarcanda, donde lo vendí en seguida haciéndolo pasar por un *canario americano* de una especie rara por el que pedí dos rublos.

Con ese dinero compré inmediatamente varias jaulas pintadas, muy sencillas, y me puse entonces a vender mis gorrones en jaulas.

En dos semanas vendí cerca de ochenta de esos canarios americanos. Los tres o cuatro primeros días llevé a Filos conmigo a esa cacería de gorrones, pero cuando se hizo célebre entre los chicos de Nueva Samarcanda, tuve que dejarlo en casa porque todos los niños, al acercársele en el jardín público, espantaban a los gorrones y me impedían atraparlos. A la mañana siguiente del día en que dejé de llevar a Filos conmigo, desapareció temprano. Regresó de noche, cansado, lleno de barro y colocó triunfalmente sobre mi cama un gorrión, muerto por supuesto. Eso se repitió todos los días: salía por la mañana y nunca regresaba sin traerme un gorrión muerto que ponía sobre la cama.

No me arriesgué a quedarme mucho tiempo en Samarcanda. Tenía miedo de que mis gorrones —¿con qué no se divierte el diablo?— recibieran la lluvia, o que a uno de ellos se le ocurriera bañarse en su tacita, lo cual hubiera causado un gran escándalo porque mi canario americano hubiera vuelto a ser un horrible gorrión desplumado. Me apresuré, pues, a abandonar el lugar sin tambores ni música.

De Samarcanda me fui a la Nueva Bujara, donde, como dije antes, contaba con encontrar a mi amigo el derviche Bogga-Eddin.

Me sentía rico: tenía en el bolsillo más de ciento cincuenta rublos, y tal suma era considerada entonces muy respetable.

Llegado allí, alquilé pues un cuarto a una gorda vendedora de *kvas* ruso.

No había mueble alguno en ese cuarto; de noche, a manera de cama ponía una sábana en el suelo, en un rincón, y dormía sin almohada.

No lo hacía sólo por economía. Por cierto que esa manera de dormir no me costaba caro, pero la verdadera razón era que en ese período de mi vida, me adhería con convicción a las ideas de los famosos yoguis hindúes.

Debo *confesar* sin embargo que en ese tiempo, hasta en los períodos de mis más grandes dificultades materiales, no tenía la fuerza de negarme el lujo de acostarme sobre una sábana limpia y fricciónarme de noche con un agua de colonia que tuviera por lo menos ochenta grados.

En cuanto a Filos, esperaba cinco o diez minutos, al cabo de los cuales, según sus estimaciones, yo debía dormir, y a su turno se acostaba en esa cama improvisada -y jamás del lado de mi cara sino a mis espaldas.

En la cabecera de esa ultraconfortable «camita», tenía una mesita de noche, muy práctica también, hecha con los libros que me interesaban en ese período, y que ataba en un paquete.

Sobre esta original mesa-biblioteca ponía por la noche todos los objetos que podía necesitar: una lámpara de petróleo, un cuaderno, polvo contra las chinches, etc.

Algunos días después de mi llegada a la Nueva Bujara, encontré una mañana, sobre mi mesa improvisada, un enorme tupinambo.

Recuerdo que pensé: «¡Qué bromista la patronal A pesar de su gordura es lo bastante fina como para haber adivinado mi debilidad por los tupinambos».

Y lo comí con el mayor placer.

Estaba persuadido de que era la propietaria quien me había traído ese tupinambo, por la sencilla razón de que nadie más entraba entonces en mi habitación. Cuando la encontré ese día en el corredor, le di pues las gracias con convicción por el tupinambo y hasta bromeé con ella de una manera ligera a ese respecto, pero con gran sorpresa comprendí claramente por su semblante que ignoraba todo lo concerniente al tupinambo.

A la mañana siguiente encontré en el mismo lugar otro tupinambo, que comí con el mismo placer, pero reflexioné seriamente sobre esta misteriosa aparición.

¡Cuál no sería mi sorpresa, el tercer día, al ver que el mismo fenómeno se repetía!

Esta vez decidí abrir el ojo para descubrir al autor de la broma, agradable quizá, pero muy enigmática.

Durante varios días no pude sacar nada en claro, y sin embargo, todas las mañanas encontraba un tupinambo en el mismo lugar.

Finalmente, para observar ese acontecimiento que me intrigaba cada vez más, me escondí detrás de un tonel de *kvas* colocado en el corredor.

De repente vi a mi Filos deslizarse con precaución muy cerca del tonel: tenía entre los dientes un grueso tupinambo que fue a poner en mi cuarto en el lugar acostumbrado.

El día siguiente, al momento de salir, toqué el lado izquierdo de la cabeza de Filos, lo que significaba entre nosotros: «Me voy lejos y no llevo perro conmigo». Pero no hice sino atravesar la calle. Entré en una tienda frente a la casa y me puse a vigilar la puerta.

Filos no tardó en salir, miró a su alrededor y partió en dirección al mercado. Lo seguí subrepticamente. En el mercado, cerca del peso público, había varias tiendas de alimentos, todas llenas de gente.

Filos se paseaba tranquilamente entre la muchedumbre y yo no le quitaba los ojos de encima.

Al pasar cerca de una tienda observó el lugar, luego, creyendo que nadie lo veía, sacó rápidamente un tupinambo de un saco colocado frente a la tienda y se dio a la fuga. Cuando regresé a casa, encontré el tupinambo en su sitio.

Describiré un rasgo más de este sorprendente perro.

Cuando salía sin llevarlo, se acostaba delante de mi puerta y esperaba mi regreso. Dejaba a todo el mundo entrar en mi cuarto pero no permitía salir a nadie si yo no estaba. En caso de que alguien quisiera salir de mi cuarto en mi ausencia, el enorme moloso se ponía a gruñir y a mostrar los colmillos. No se necesitaba más para que el visitante sintiera que el suelo desaparecía bajo sus pies. Esto daba lugar hasta a cómicos incidentes, de los cuales he aquí un ejemplo que tuvo lugar precisamente en la Nueva Bujara.

La víspera de este incidente, un polaco, cinematografista ambulante, se dirigió a mí por indicación de habitantes del lugar que me conocían como el único especialista en ese tipo de trabajo, para reparar un escape de uno de los depósitos de acetileno, que servían entonces de fuentes de luz a estos profesionales para la proyección de sus películas. Prometí al polaco ir en cuanto me fuera posible para hacer la reparación.

Pero al día siguiente de nuestra conversación, él advirtió que el otro recipiente también tenía un escape; temiendo perder la función siguiente, decidió no esperarme y llevarme él mismo los depósitos.

Al enterarse de que no estaba en casa y de que mi cuarto estaba abierto, y como no quería transportar una vez más esos pesados recipientes, decidió dejarlos en mi habitación.

Esa mañana, había ido a la Vieja Bujara a visitar una mezquita, y como la presencia de un perro en un templo y hasta en su recinto es considerada un gran sacrilegio, sobre todo entre los adeptos de la religión musulmana, me había visto obligado a dejar a Filos en casa. Según su costumbre, se había acostado delante de mi puerta aguardando mi regreso.

Por lo tanto, Filos dejó entrar al cinematografista en el cuarto. Mas para salir el asunto fue diferente y el pobre polaco, después de algunas vanas tentativas, tuvo que resignarse a quedarse sentado en el suelo, sin beber ni comer, roído por la inquietud, hasta la hora que regresé a casa, tarde en la noche.

Vivía, pues, en la Nueva Bujara. Había emprendido, esta vez seriamente, la fabricación de flores artificiales. Esta manera de ganar dinero presentaba para mí ciertas ventajas: gracias al comercio de flores tenía acceso a casi todos los lugares que me interesaban.

Las entradas prometían ser buenas en esa estación del año. El momento era propicio para vender mis flores, porque era el fin de la Cuaresma, y como todo el mundo sabe, a los habitantes de esas regiones les gusta, en las Pascuas de Resurrección, llenar de flores sus casas y sus mesas. En ese año la Pascua judía casi coincidía con las Pascuas cristianas; como la población de la Nueva y Vieja Bujara comprendía numerosos adeptos de estas dos religiones, la demanda de flores artificiales era particularmente importante. Tuve que trabajar sin descanso casi día y noche. No interrumpía mi trabajo sino en raras ocasiones, sea para ir a ver a mis amigos derviches, sea en las noches en que estaba muy fatigado, para ir a jugar al billar en un restaurante cercano a mi casa. En mi juventud me gustaba mucho el billar y me había hecho maestro en ese arte.

En la noche del Jueves Santo, estaba jugando una partida después de mi día de trabajo, cuando oí de repente ruidos y gritos en la habitación vecina. Dejé el taco de billar, me precipité allá y vi cuatro hombres que mataban a golpes a un quinto.

No conocía a esos hombres y no sabía lo que pasaba, pero me precipité para defender al que parecía estar en dificultades. En mi juventud, me apasionaba el *jiu-jitsu* japonés y el *fizz-liz-lou* hivinsiano, y siempre me encantaba hallar la ocasión de aplicar mis conocimientos en ese dominio.

Una vez más, por amor al deporte, tomé calurosamente parte en la pelea y entre nosotros dos, mi desconocido y yo, infligimos a nuestros adversarios una soberana paliza. Pronto se vieron obligados a batirse en retirada.

En esa época, la Nueva Bujara era una ciudad todavía muy nueva. Su población estaba compuesta de elementos aventureros, entre ellos numerosos exiliados de Rusia que vivían bajo la vigilancia de la policía, con pasaportes de lobo, como allí se decía. Era una mezcla abigarrada de ciudadanos de todas las nacionalidades, todos en ruptura o en instancia de algo.

Había criminales que ya habían purgado su pena y numerosos condenados políticos exiliados por algún tribunal o por una de esas «medidas administrativas», utilizadas profusamente en la antigua Rusia.

El medio y las condiciones en que vivían estos desterrados eran tan miserables que todos terminaban dándose a la bebida; hasta los que

no tenían predisposiciones hereditarias y que antes jamás habían bebido, obedecían muy naturalmente y sin resistencia a la tendencia general.

Los hombres contra quienes había peleado pertenecían precisamente a ese medio.

Después de la pelea, quise acompañar a mi compañero de armas a su casa, por temor a que le pasara algo si regresaba *solo*, pero dio la casualidad de que vivía en el mismo lugar que los otros cuatro, en vagones abandonados en la vía férrea.

Como caía la noche no me quedaba otro recurso que proponerle venir a casa; *lo* cual aceptó.

Mi nuevo compañero —Solovief— era joven todavía pero se veía que tenía ya la costumbre de beber.

En la riña había sido golpeado duramente: su cara estaba toda magullada y tenía enormes cardenales debajo de los ojos. A la mañana siguiente tenía un ojo muy hinchado; lo persuadí de que no saliera y se quedara en mi casa mientras no estuviera mejor. Además su trabajo había terminado en la víspera, debido a las muy próximas Pascuas.

El viernes, salió por su cuenta pero regresó a dormir a casa. El día siguiente, Sábado *Santo*, pasé casi todo mi tiempo en encargos; tenía que entregar las flores que me habían pedido para las fiestas. No quedé libre sino por la noche. Como no tenía ningún amigo cristiano y por consiguiente ningún lugar donde celebrar las Pascuas, compré un *kulitch*, una *paska*, huevos pintados, en resumen, todo cuanto exige la costumbre para la ocasión, así como una botella de vodka, y llevé todo a casa.

Solovief no estaba. Me lavé, me cepillé —no tenía con qué cambiarme— y fui solo a la iglesia para asistir a misa.

Al regresar a casa encontré a *Solovief* dormido. Como en el cuarto no había mesa, *tomé en el* patio una gran caja vacía y la traje silenciosamente, para no molestarlo. Cubrí la caja con una sábana limpia, puse encima todo lo que había comprado para la cena pascual, y sólo entonces llamé a Solovief.

Fue una verdadera sorpresa para él, y aceptó con alegría tomar parte en este solemne festín. Nos sentamos a la mesa; él sobre mis libros y yo sobre un cubo al que había dado la vuelta.

Empecé a servir dos vasitos de vodka, pero para mi gran sorpresa me dio las gracias y rehusó beber.

Bebí solo; Solovief se puso en seguida a comer.

Filos, que asistía a esta solemnidad, recibió doble ración: dos cabezas de cordero.

Estábamos sentados sin decir nada, y comíamos. Para mí, como para Solovief, estas Pascuas no eran dichosas.

Evocaba la imagen de una fiesta con mi familia; pensaba en los míos, en aquellos que se encontraban lejos de mí.

También Solovief seguía sus pensamientos y nos quedamos así durante largo rato, sin intercambiar una palabra.

De repente Solovief dijo, como para sí:

—Ayúdame, Señor, en nombre de esta santa noche, a encontrar la fuerza de no tocar más ese veneno, que me ha reducido al estado en que *estoy*. -Se calló, hizo un gesto desolado, suspiró-: Ah... ah..., -y luego se puso a contar su vida.

No sé qué lo impulsaba: ¿Le recordaban las Pascuas amados y lejanos recuerdos del tiempo en que era un hombre? ¿Era la mesa que yo había arreglado cuidadosamente y la inesperada cena? ¿O ambas cosas a la vez? Lo cierto es que ese día me abrió su corazón.

Solovief había sido empleado de Correos, por una causa completamente accidental. Pertenecía a una familia de comerciantes de Samara. Su padre dirigía una gran empresa de molinos. Su madre pertenecía a una familia de aristócratas arruinados y había sido educada en el instituto reservado a las jóvenes de la nobleza. La única educación que supo darle a sus hijos consistió en atiborrarlos de buenos modales y de reglas mundanas.

El padre, siempre en sus molinos y sus negocios, casi nunca estaba en casa. Además, le gustaba la bebida, y regularmente varias veces por año, se emborrachaba durante semanas enteras. En ayunas, era «una verdadera cabeza de mula», añadía su hijo.

Los padres de Solovief, que seguían cada uno su propia vida e intereses, se toleraban entre sí, como suele decirse.

Solovief tenía un hermano menor, fueron juntos al Liceo.

Los padres se habían en cierta forma repartido a los hijos: el hijo mayor era el favorito de la madre, y el menor, del padre. Debido a ello se producían constantes rencillas.

El padre no se dirigía a su hijo mayor más que para burlarse de él, hasta el punto de que poco a poco se estableció entre ellos una especie de hostilidad.

La madre, cuando recibía de su marido el dinero para la casa, daba a su preferido cierta suma. Pero el apetito de éste aumentó con los años, sobre todo cuando se puso a galantear a las muchachas. Nunca tenía dinero bastante; un día hasta llegó a robar a su madre un brazalete que vendió para hacer un regalo.

Cuando ella descubrió el hurto, lo ocultó al padre. Pero los robos se repitieron, y un día éste armó un escándalo y echó al hijo de la casa. Más tarde los otros miembros de la familia se unieron a la madre para defender su causa, y el padre lo perdonó.

Solovief estaba en segunda del Liceo cuando un circo ambulante se detuvo en Samara. Una artista ecuestre llamada Verka le hizo perder la cabeza, y cuando el circo partió para Zarizín, Solovief la siguió, después de haber sustraído a su madre todas sus economías.

En esa época ya había empezado a beber. En Zarizín, al enterarse de que su Verka lo engañaba con un capitán de la guardia civil, Solovief se emborrachó para olvidar su pesar. Muy pronto fue asiduo de todas las tabernas del puerto y se hizo amigo de muchos mozos de su misma especie.

Para terminar, un día que estaba borracho lo desvalijaron por completo. Se encontró pues sin un céntimo en esa ciudad extranjera y no se atrevió siquiera a comunicárselo a sus padres.

Tras vender poco a poco sus cosas personales y su ropa, se vio obligado a cambiar lo que llevaba puesto por harapos, convirtiéndose en un andrajoso en el sentido literal de la palabra.

Apremiado por el hambre se empleó en una pescadería y, de empleo en empleo, se encontró en Bakú, en compañía de pobres diablos como él. Allí la suerte le sonrió un poco. Alguien le dio con qué vestirse, y tuvo la suerte de ser admitido como telefonista en el distrito de Balajna.

La miseria que acababa de conocer lo había forzado a reflexionar, y se puso a trabajar seriamente. Un día encontró a alguien de Samara, y ese compatriota, al enterarse de quién era y de qué familia provenía, decidió sostenerlo y ayudarlo a lograr una mejor situación.

Como Solovief tenía la instrucción correspondiente a la clase de segunda, entró en el servicio de correos y telégrafos de Bakú en calidad de asistente, pero los primeros meses tuvo que trabajar sin recibir salario. Luego obtuvo una plaza en Kuchka y se estableció allí, esta vez como funcionario titular. Restringiéndose en todo, logró vestirse y economizar un poco de dinero.

Cuando cumplió veintiún años, recibió del Ministerio de la Guerra una nota advirtiéndole de que iba a ser alistado, lo cual lo obligaba a regresar a su ciudad natal.

Al llegar a Samara, fue al hotel y escribió a su madre. Ésta se sintió muy feliz al ver que su hijo parecía enmendarse, y consiguió que su padre lo perdonara.

El hogar se le abrió de nuevo. El padre, al ver que su hijo «se había vuelto razonable», se alegró de que todo hubiese terminado de esa manera, y desde entonces lo trató con benevolencia.

Solovief echó la suerte: tenía que hacer su servicio militar. Pero en su calidad de empleado de Correos, debía aguardar varios meses unos datos sobre su destino, ya que era telegrafista, y los reclutas de esa categoría eran designados para ocupar plazas vacantes en la administración central del ejército.

De este modo, se quedó aún tres o cuatro meses al lado de sus padres, y luego fue destinado al batallón del ferrocarril que hacía el servicio de la región transcaspiana y que en esa época dependía del ejército.

Para empezar hizo varias semanas de servicio obligatorio en el 2º regimiento, y luego lo designaron para la línea de Kuchka, pero enfermó de hepatitis y fue llevado al hospital de Merf, donde se acantonaba su batallón.

Una vez curado, Solovief fue transferido a Samarcanda, al estado mayor del regimiento, de donde lo enviaron al hospital militar para que le entregaran un certificado de aptitud para el servicio.

En el ala del hospital donde estaba Solovief, había un pabellón para los presos. Cuando pasaba por los corredores, hablaba algunas veces a través de las rejas con los prisioneros; conoció así a uno de ellos, un polaco condenado como falsificador de moneda.

Solovief fue exceptuado por razones de salud y autorizado a dejar el hospital. El preso le pidió entonces que se encargara de una carta para un amigo que vivía cerca de la estación del ferrocarril de Samarcanda, y a modo de agradecimiento, le puso en las manos un frasco lleno de un líquido azul celeste, explicándole que este líquido servía para copiar los billetes de tres rublos, con excepción de todos los demás.

Se operaba de la manera siguiente: un papel especial, empapado del líquido en cuestión, se aplicaba de cada lado del billete, luego se prensaba todo en un libro.

Se obtenía así un negativo de cada cara del billete, del que se podían sacar tres o cuatro buenas copias. En Asia Central, donde el dinero ruso se conocía mal, estos billetes se podían hacer pasar por buenos muy fácilmente.

Solovief probó al principio el procedimiento por curiosidad, pero cuando quiso regresar a su patria tuvo necesidad de dinero antes de su salida, y pasó entonces, sin gran riesgo, una pequeña cantidad de esos billetes falsificados.

En su casa, se le acogió con alegría y su padre quiso persuadirlo de que se quedara junto a él para ayudarlo, como lo hacía su hermano menor.

Solovief aceptó. Recibió entonces la dirección de un molino en un lugar de Samara. Pero después de haber trabajado allí algunos meses, se cansó y comenzó a añorar su vida nómada. Fue a ver a su padre y le declaró francamente que no podía continuar.

Su padre lo dejó marcharse, y hasta le dio una suma de dinero bastante cuantiosa.

Entonces Solovief se dirigió a Moscú, luego a San Petersburgo, comenzó a beber de nuevo, y finalmente, en un arranque de borrachera, salió para Varsovia.

Había sido librado del servicio militar por un año; ese año llegaba a su fin.

En Varsovia, alguien lo detuvo en la calle: era el prisionero a quien había conocido en el hospital de Samarcanda. Según decía, había sido absuelto por el tribunal, y regresaba a Varsovia para procurarse papel especial y esperar una máquina para imprimir los billetes, que debían mandarle de Alemania. Le pidió que se asociara con él y lo ayudara en su «trabajo», en Bujara.

Esta fuente de ingresos, criminal pero fácil, tentó a Solovief. Fue a establecerse en Bujara en espera de su compañero; pero el polaco falsificador, al no recibir la máquina, se veía retenido en Varsovia.

Solovief se embriagaba cada vez más. Cuando hubo agotado sus últimos recursos, entró en los ferrocarriles y trabajó allí durante los tres meses que precedieron a nuestro encuentro. Bebía sin interrupción.

El relato sincero de Solovief me conmovió profundamente. En esa época yo conocía ya muy bien el hipnotismo y era capaz de poner a un hombre en el estado propicio para llevarlo por sugestión a olvidar cualquier hábito indeseable.

Propuse pues a Solovief ayudarlo, si realmente lo deseaba, a librarse de la funesta costumbre de beber vodka, y le expliqué cómo lo haría.

Consintió, y a partir del día siguiente lo puse diariamente en estado hipnótico para someterle a las sugestiones necesarias. Entonces fue sintiendo poco a poco tal repulsión por el vodka, que ni siquiera podía ver ese *veneno*, como decía.

Renunció a su trabajo en el ferrocarril y se instaló definitivamente en mi casa. Me ayudaba a confeccionar las flores artificiales, y algunas veces iba a venderlas al mercado.

Solovief se había convertido en mi asistente y ya nos habíamos acostumbrado a vivir juntos como dos buenos hermanos, cuando

regresó, por fin, mi amigo el derviche Bogga-Eddin, de quien no se tenía noticia alguna desde hacía dos o tres meses. Al enterarse de que yo vivía en la Nueva Bujara fue a verme allí, al día siguiente.

Como yo lo interrogaba sobre las razones de tan prolongada ausencia, Bogga-Eddin contestó:

—Si me ausenté por tanto tiempo, es porque la casualidad me hizo encontrar, en una de las ciudades del Alto Bujara, a un ser muy interesante; y para tener con más frecuencia ocasión de verlo y hablar con él acerca de los problemas que me atormentaban, me las arreglé para servirle de guía en un viaje que emprendió al Alto Bujara y a las orillas del Amu Daria. Con él vine aquí.

»Este anciano —prosiguió Bogga-Eddin—, es miembro de una cofradía, conocida entre los derviches con el nombre de *Sarmung*, cuyo monasterio principal se encuentra en algún lugar del centro de Asia.

»Durante una de mis conversaciones con ese ser extraordinario, me enteré de que sabía muy bien quién eras tú.

»Y le pregunté si tendría algún inconveniente en que fueras a verlo.

»Me contestó que, por el contrario, le alegraría mucho recibirte, puesto que eres un hombre que, a pesar de haber nacido *kafir*, supo adquirir, por una actitud imparcial hacia todos los seres, un alma semejante a la nuestra».

Se llama *kafir*, allá, a todos los extranjeros de diferentes creencias y especialmente a todos los europeos que, según se estima, viven como animales sin principios y para los cuales, interiormente, no hay nada sagrado.

Todo cuanto me dijo Bogga-Eddin sobre ese anciano me trastornó la cabeza, y le rogué que me pusiera en contacto con él lo más pronto posible.

Consintió en seguida. Y como el anciano vivía no lejos de allí, en casa de unos amigos, en Kichlak, cerca de la Nueva Bujara, decidimos ir allá al día siguiente.

Tuve varias largas conversaciones con ese anciano. En el transcurso de una de las últimas reuniones, me aconsejó que fuera a vivir por un tiempo a su monasterio.

—Quizás —me explicó—, lograrás hablar con algunas personas de los asuntos que te interesan, y tal vez terminarás por comprender lo que buscas.

Añadió que si quería hacerlo, me ayudaría y encontraría los guías necesarios, pero con la condición de que hiciera el solemne juramento de no revelar jamás a nadie la posición de ese monasterio.

Por supuesto que acepté al instante todo, pero lamentaba abandonar a Solovief, a quien le tenía mucho apego, y le pregunté si no podía llevar conmigo, en ese viaje, a uno de mis buenos amigos.

El anciano reflexionó y me dijo:

—Pues bien, puedes hacerlo, con tal, naturalmente, de que salgas fiador de su lealtad y de su fidelidad al juramento que también deberá prestar.

Podía responder por Solovief porque en el curso de nuestra amistad me había probado que sabía mantener su palabra.

Después de haberlo previsto todo, convinimos en encontrarnos un mes más tarde, tal día como hoy, en las orillas del Amu Daría, cerca de las ruinas del Yeni-Hissar; la gente que debíamos reconocer por un santo y seña vendría a buscarnos, y nos serviría de guía hasta el monasterio.

En la fecha fijada, llegamos Solovief y yo, frente a las ruinas de la fortaleza de Yeni-Hissar; y el mismo día vinieron a reunirse con nosotros cuatro kara-kirguises que habían mandado a nuestro encuentro.

Después del ceremonial acostumbrado, comimos juntos. A la caída de la tarde nos exigieron renovar el juramento, nos pusieron un *bashlik* sobre los ojos, nos subieron sobre la silla de montar y partimos.

Durante todo el viaje mantuvimos, fiel y concienzudamente, la palabra que les habíamos dado de no mirar y de no tratar de saber por dónde íbamos y qué lugares atravesábamos.

De noche en los pasos, o a veces cuando comíamos en lugares retirados, nos quitaban el *bashlik* que nos cubría los ojos. Aparte de eso, sólo dos veces en el viaje nos permitieron levantarlo.

La primera vez ocurrió el octavo día, cuando debíamos franquear un puente suspendido que no se podía atravesar a caballo y en el que dos hombres no hubieran podido pasar de frente: había que andar solo, y era imposible hacerlo con los ojos vendados.

Según el carácter del paisaje que se ofrecía a nuestra vista hubiéramos podido concluir que estábamos sea en el valle del Piandye, sea en el valle del Seravchan, el ancho río que corría debajo de nosotros, ese puente, las montañas que nos rodeaban, todo aquello nos recordaba mucho a estos dos valles.

Debo decir, por otra parte, que si lo hubiéramos podido atravesar con los ojos vendados quizá hubiese sido mejor para nosotros. No sé si fue porque habíamos caminado mucho tiempo con los ojos cerrados, o por cualquier otra razón, pero jamás olvidaré el nerviosismo y el miedo que sentimos al internarnos en ese puente. Hasta tuvimos que tomarnos un tiempo antes de decidarnos.

Se encuentran a menudo pasarelas de este tipo en Turkestán, donde a veces constituyen el único camino posible, a menos de hacer un rodeo de veinte días para avanzar apenas un kilómetro.

Cuando uno está sobre estos puentes y mira al fondo de las gargantas, por donde generalmente corre un río, se puede comparar esta sensación con la que se siente desde lo alto de la torre Eiffel; pero la impresión es mucho más intensa aún si uno mira hacia arriba, porque las paredes parecen no tener fin, y la cima no es visible sino desde lejos, a varios kilómetros de distancia.

Estos puentes casi nunca tienen baranda y son tan estrechos que sólo un caballo de montaña puede cruzarlos. Además, se balancean hasta tal punto que se tiene la impresión de caminar sobre un colchón de resortes. En cuanto a la incertidumbre en que se halla uno acerca de su solidez, prefiero no hablar.

Están casi siempre sostenidos por cuerdas de bejuco. Uno de los extremos sostiene la pasarela, el otro *está* atado a un árbol cercano arraigado en el flanco de la montaña o en cualquier saliente rocoso.

De todos modos, estos puentes no se pueden recomendar a los europeos, aun a aquellos que se vanaglorian de ser amantes de las sensaciones fuertes. Cualquiera que quisiera arriesgarse sentiría su corazón venírsele a la boca...

La segunda vez que nos quitaron los *bashliks* fue al cruzarnos con una caravana. Como no querían atraer la atención sobre nuestras vendas, que hubieran podido parecer sospechosas, los guías juzgaron preferible quitárnoslas mientras durara el encuentro.

Era precisamente en el momento en que pasábamos delante de uno de esos monumentos que se encuentran tan a menudo en las montañas del Turkestán, en lo alto de los desfiladeros. Esos monumentos debieron de ser inventados por alguien muy sensato, porque sin ellos los viajeros no podrían orientarse en esas regiones caóticas.

Se levantan casi siempre sobre una eminencia y si se conoce el plan general de sus posiciones respectivas se los puede distinguir desde muy lejos, a veces hasta decenas de kilómetros.

Son simplemente grandes bloques de piedra o largos mástiles de madera clavados en el suelo.

El pueblo tiene toda clase de creencias acerca de esos monumentos -por ejemplo, que en ese lugar fue enterrado un santo, o transportado vivo al cielo, o bien que allí mató al *dragón de siete cabezas*, o también que realizó algún prodigio.

De costumbre, el santo a cuya memoria se erigió el monumento es considerado patrón de toda la región, y todas las victorias logradas sobre las dificultades propias de esos parajes le son atribuidas.

Si el viajero ha cruzado felizmente el desfiladero, si ha escapado a los ataques de los bandidos, o de los animales salvajes, si ha atravesado el río o vencido un peligro cualquiera en ese lugar, todo es atribuido a la protección del santo. Por lo tanto, los mercaderes, peregrinos o simples viajeros, que han pasado a través de estos peligros, traen en reconocimiento alguna ofrenda al monumento.

Se estableció entre la gente del país la costumbre de escoger como ofrenda algo que, según sus creencias, pueda recordar mecánicamente al santo las plegarias del donante. Por ejemplo, ofrecen un pedazo de tela, la cola de un animal y otros objetos del mismo género, atados o fijados al monumento por una de sus extremidades, mientras que la otra flota libremente al viento.

Para todos los viajeros, estos objetos que flotan al viento indican desde muy lejos el camino a seguir.

Basta, de hecho, para aquel que conoce más o menos la posición de estos mástiles o de esos bloques de piedra, divisar uno desde lo alto de una colina y caminar en su dirección, y de allí hacia otro y así sucesivamente.

Sin conocer el plan de conjunto de esos monumentos es casi imposible viajar por esas regiones. No hay carreteras ni senderos y si llega a formarse una pista, los bruscos cambios de temperatura y las tempestades de nieve que provocan la modifican rápidamente y hasta la borran por completo. Por falta de referencias, el viajero que busca un camino cómodo terminaría por desorientarse completamente, y las brújulas más precisas ya no le servirían para nada. En suma, no es posible viajar en esas regiones sin establecer el itinerario de monumento a monumento.

En el camino, cambiamos varias veces de caballos y de asnos. De vez en cuando íbamos a pie. Más de una vez tuvimos que atravesar ríos a nado y franquear montañas; según la sensación de frío o de calor nos dábamos cuenta de que a veces bajábamos a profundos valles y otras veces subíamos muy alto.

Por fin, en la noche del duodécimo día nos quitaron nuestras vendas; estábamos en un estrecho valle, en cuyo fondo corría un riachuelo, con las orillas cubiertas de una rica vegetación.

Era nuestra última etapa.

Después de comer seguimos caminando, pero esta vez con los ojos descubiertos.

A lomo de asno, remontamos el curso del río, y al cabo de media hora apareció ante nuestros ojos una pequeña colina en un circo de altas montañas.

A nuestra derecha, frente a nosotros, y hasta un poco a la izquierda, se perfilaban cumbres nevadas.

Una vez franqueada la colina, al primer recodo divisamos a lo lejos, sobre la pendiente de la izquierda, algunas construcciones. Al acercarnos, nos fue posible reconocer una especie de edificio fortificado, tal como se pueden encontrar en las orillas del Amu Daria o del Piandyé, pero más grandes.

Estas construcciones estaban rodeadas de altas murallas.

Llegamos al fin a la primera puerta, donde fuimos recibidos por una mujer anciana, a la que nuestros guías transmitieron un mensaje, tras lo cual desaparecieron por la misma puerta.

Nos quedamos solos con la anciana. Sin darse prisa, nos condujo a una de las habitaciones semejantes a celdas que estaban dispuestas alrededor de un patiecillo, nos designó las dos camas que allí había, y salió.

Pronto un venerable anciano vino junto a nosotros. No nos preguntó nada, pero nos habló muy amablemente en idioma turco, como si fuéramos viejos amigos. Nos indicó dónde estaba cada cosa y nos dijo que los primeros tiempos nos traerían la comida. Al salir, nos aconsejó que descansáramos, pero añadió que si no estábamos cansados podíamos salir y pasearnos por los alrededores. En resumen, nos hizo comprender que éramos libres de vivir como mejor nos pareciera.

Como nos sentíamos realmente muy cansados por el viaje, preferimos descansar un poco y nos acostamos.

Dormí como un muerto y fui despertado por un joven que golpeaba la puerta para traernos el samovar con el té verde y la comida de la mañana, compuesta de galletas de maíz calientes, queso de cabra y miel.

Quería pedirle que me indicara un lugar donde uno pudiera bañarse; desgraciadamente, no hablaba sino el pshenzi, y yo no conocía una sola palabra de este idioma, salvo algunos insultos.

Solovief había salido; regresó al cabo de diez minutos.

También había dormido profundamente, se había despertado ya avanzada la noche y, no queriendo molestar a nadie, se había quedado tranquilamente en la cama repitiendo palabras tibetanas. A la salida del sol, salió para examinar los alrededores, pero cuando quiso franquear la puerta, una anciana lo llamó y le hizo señas de que entrara en una casita situada en un rincón del patio.

Pensó que le prohibiría salir, pero cuando entró en la casa comprendió que la buena anciana quería sencillamente ofrecerle leche fresca

recién ordeñada. Después de haberle dado de beber, hasta le ayudó a abrir el portón.

Como nadie venía a vernos, decidimos, después del desayuno, ir a pasear y explorar los alrededores.

Primeramente caminamos a lo largo de las altas murallas que rodeaban la fortaleza.

Además de la puerta por la que habíamos entrado, había otra más pequeña, del lado noroeste.

Reinaba por doquier un silencio casi aterrador, que sólo rompía el monótono rumor de una lejana cascada, y a veces el grito de los pájaros.

Era un caluroso día de verano. El aire era asfixiante. No tenía uno ganas de nada. El grandioso paisaje que nos rodeaba no nos interesaba; sólo el rumor de la cascada nos atraía, nos embujaba.

Sin haber cambiado una sola palabra, nos acercamos, Solovief y yo, a la cascada, que después llegó a ser nuestro lugar predilecto.

Ni ese día ni al siguiente vino nadie a vernos. Pero tres veces por día nos traían de comer lácteos, frutas secas, pescado —truchas moteadas— y nos cambiaban el samovar casi a cada hora.

A veces nos quedábamos acostados en la cama, a veces salíamos e íbamos a aprender palabras tibetanas al son monótono de la cascada.

Durante esos dos días no encontramos a nadie, ni en el camino ni en la cascada. Una sola vez, cuando estábamos sentados al borde de la cascada, pasaron cuatro jovencitas que se fueron apenas nos vieron y desaparecieron por la puertecilla que habíamos notado en el lado noroeste.

El tercer día por la mañana, yo estaba sentado en un lugar sombreado, y Solovief, por fastidio, se había puesto a determinar por medio de trocitos de madera que acababa de cortar con esa intención, la altura de las cumbres nevadas que estaban frente a nosotros. De pronto vimos correr hacia nosotros al joven que nos había traído nuestra primera comida. Entregó a Solovief una hoja de papel doblada, sin sobre. Solovief la tomó y al leer que estaba dirigida a *Aga Gueorgui*, escrito en letras sargas, me la dio con sorpresa.

Cuando desplegué la hoja y reconocí la letra, mi vista se nubló, ¡tan inesperado era!

Esa letra, que yo conocía muy bien, era la del hombre a quien más quise en mi vida: el príncipe Liubovetsky.

El mensaje estaba escrito en ruso y decía lo siguiente:

¡Mi querido hijo! Creí desmayarme cuando me dijeron que estabas aquí. Lamento no poder ir inmediatamente a estrecharte en mis brazos. Debo esperar que tú mismo vengas hacia mí.

Estoy en cama. Todos estos últimos días no salí ni hablé con nadie. Sólo ahora acabo de enterarme de tu llegada. ¡Cuán feliz me hace la idea de volver a verte dentro de poco! Doblemente feliz, porque el hecho de que hayas venido solo, sin mi ayuda ni la de nuestros amigos comunes (lo hubiera sabido) me demuestra que durante todo este tiempo no te dormiste. Ven pronto, hablaremos de todo. Sé que estás con un compañero. Aunque no lo conozco, estaré contento de abrazarlo como a un amigo tuyo.

Sin terminar de leer eché a correr, haciendo a Solovief señas de que me siguiera. Corría sin saber adonde, leyendo la carta al vuelo.

Detrás de mí corrían Solovief y el joven.

Éste, después de atravesar el patio donde vivíamos, nos llevó a un segundo patio y nos hizo entrar en una celda en la que el príncipe estaba acostado.

Después de abrazarnos y tras expresar nuestra alegría, pregunté al príncipe cómo había enfermado.

—Antes —me dijo—, me sentía muy bien. Hace dos semanas, después de bañarme, quise cortarme las uñas de los pies. Probablemente, sin darme cuenta, las corté demasiado cortas y como habitualmente camino descalzo, me infecté y empecé a sufrir.

»Al principio, no presté atención: pensé que pasaría. Pero empeoraba de día en día. Por último, la semana pasada se declaró un absceso, acompañado de fiebre y delirio crecientes. Me obligaron a acostarme.

»Los Hermanos dicen que tuve un envenenamiento de la sangre y que ahora todo peligro ha pasado. Además, me siento bien.

»Pero ya hemos hablado bastante de mí. Pronto estaré curado. Cuéntame más bien cómo llegaste aquí, por qué milagro...»

Le conté brevemente mi vida en los dos años durante los cuales no nos habíamos visto, los encuentros casuales que había tenido, mi amistad con el derviche Bogga-Eddin, las aventuras que habían resultado de ella y cómo, por fin, me encontraba allí.

Después le pregunté por qué había desaparecido tan repentinamente y ni una sola vez me había dado noticias suyas, haciéndome sufrir con esa incertidumbre, hasta que me resigné, con el corazón lleno de amargura, a la idea de haberlo perdido para siempre. Y le conté cómo, sin reparar en gastos, había hecho decir una misa fúnebre por él, por si acaso, sin estar muy convencido de su eficacia, pero pensando que tal vez podría servirle.

Después le pregunté cómo había llegado a este monasterio, a lo que respondió el príncipe:

—La última vez que nos encontramos, en Constantinopla, era presa de inmensa fatiga interior, una especie de apatía profunda.

«Durante mi viaje a Ceilán, y en los dieciocho meses que siguieron, esta fatiga interior se transformó poco a poco en un triste descorazonamiento que dejó en mí un gran vacío y me apartó de todos los intereses que me ataban a la vida.

»Cuando llegué a Ceilán, conocí al célebre monje budista A... Hablábamos a menudo, con gran sinceridad, y como consecuencia organicé con él una expedición para remontar el curso del Indo según un programa minuciosamente establecido y un itinerario estudiado hasta en sus menores detalles, con la esperanza de resolver al fin los problemas que a ambos nos preocupaban.

»Esta tentativa era para mí la última paja a la que aún me aferraba. Y cuando vi que ese viaje era una vez más la *persecución de un espejismo*, todo murió para siempre en mí, y ya no quise emprender más nada.

»Después de esta expedición regresé por casualidad a Kabul, donde me abandoné sin reserva a la despreocupación oriental, viviendo sin objetivo, sin interés, contentándome, por hábito automático, con visitar a viejos conocidos o conocer a algunas personas nuevas.

»Iba a menudo a casa de mi viejo amigo el Aga Khan.

»Las recepciones en casa de un hombre tan rico en aventuras daban un poco de sabor picante a la vida fastidiosa de Kabul.

»Un día, al llegar a su casa, divisé entre los invitados a un viejo tamil, sentado en el sitio de honor, con vestidos que en nada concordaban con la casa del Aga Khan.

«Después de desearme la bienvenida, el Khan, al ver mi perplejidad, me susurró muy rápidamente que ese hombre respetable era uno de sus viejos amigos, por quien sentía grandes obligaciones y que una vez hasta le había salvado la vida. Me dijo que el anciano vivía en algún lugar del norte pero que a veces venía a Kabul, fuera para ver a sus familiares, fuera por cualquier otro asunto, y cada vez le hacía una visita de paso, lo cual era siempre para él una alegría indescriptible, porque jamás había encontrado un hombre de una bondad semejante. Me aconsejó que hablara con él, añadiendo que, en tal caso, debía hablar en voz muy alta porque era duro de oído.

»La conversación, interrumpida un momento por mi llegada, prosiguió.

«Hablaban de caballos,- el anciano participaba en la discusión. Era claro que sabía de caballos, y otrora había sido gran aficionado.

»Luego pasamos a la política. Hablamos de los países vecinos, de Rusia, de Inglaterra; y cuando se nombró a Rusia, el Aga Khan, designándome, dijo con tono jovial:

»¡Por favor!, no hablen mal de Rusia. Podrían ofender a nuestro huésped ruso...

»Lo había dicho en broma, pero el deseo del Khan de prevenir un ataque más o menos inevitable contra los rusos era evidente. En aquella época, reinaba un odio general contra los rusos y los ingleses.

»Luego la conversación decayó, y nos pusimos a hablar en pequeños grupos separados.

»Charlaba con el anciano, que se me hacía cada vez más simpático. Hablando conmigo en el idioma local, me preguntó de dónde venía y si me encontraba en Kabul desde hacía mucho tiempo.

»De repente, se puso a hablar en ruso, con fuerte acento, pero muy correctamente; me explicó que había estado en Rusia, en Moscú y San Petersburgo, y que había vivido mucho tiempo en Bujara, donde frecuentó a numerosos rusos. Así aprendió el idioma. Añadió que se sentía muy contento de tener la ocasión de hablar ruso, porque por falta de práctica lo estaba olvidando por completo.

»Un poco más tarde me dijo que si me era agradable hablar en mi idioma natal, podríamos salir juntos; que quizá yo quisiera hacerle a él, un anciano, el honor de sentarnos juntos en un *chaijané* donde podríamos conversar.

»Me explicó que desde la infancia tenía la costumbre y la debilidad de ir a cafés o *chaijanés* y que ahora, cuando se encontraba en la ciudad, no podía negarse el placer de ir allí en sus momentos libres, *porque —me dijo—, a pesar del tumulto y del alboroto, en ninguna otra parte se piensa mejor. Y—añadió— tal vez sea precisamente a causa de ese tumulto y de ese alboroto que se piensa tan bien.*

»Con el mayor placer consentí en acompañarlo. Claro está, no para hablar en ruso, sino por una razón que no podía explicarme.

»Aunque yo ya era viejo, sentía por ese hombre lo que un nieto hubiera sentido por un abuelo bien amado.

»Pronto los invitados se dispersaron. El anciano y yo partimos también, hablando en el camino de mil y una cosas.

»Llegados al café nos sentamos en un rincón de una terraza abierta, donde nos sirvieron té verde de Bujara. Por la atención y el cuidado que mostraban al anciano en el *chaijané*, se veía cuán conocido y estimado era.

»El anciano se puso a hablar de los tadyiks, pero después de la primera taza de té se interrumpió y dijo: «No hablamos sino de cosas fútiles.

Y no se trata de eso». Y después de mirarme fijamente, desvió los ojos y calló.

»El hecho de haber interrumpido así nuestra conversación, las últimas palabras que había pronunciado y la mirada penetrante que me había lanzado, todo eso me parecía extraño. Me decía: *¡Pobre! Tal vez su pensamiento ya esté debilitado por la edad y chochea*. Y me sentía conmovido de piedad por ese simpático anciano.

»Ese sentimiento de piedad recayó poco a poco sobre mí mismo. Pensaba que muy pronto chochearía yo también, que no estaba muy lejano el día en que ya no podría dirigir mis pensamientos y así sucesivamente.

»Estaba tan perdido en el penoso torbellino de estas reflexiones que hasta me había olvidado del anciano.

»De repente oí de nuevo su voz. Las palabras que decía disiparon al instante mis tristes pensamientos y me obligaron a salir de mi estado. Mi piedad dejó lugar a un estupor como jamás lo había sentido:

¡Así es! ¡Gogó, Gogó! Durante cuarenta y cinco años te esforzaste, te atormentaste, trabajaste sin descanso, y ni una sola vez pudiste decidirte a trabajar en tal forma que, aunque fuera por algunos meses, el deseo de tu cerebro se convirtiera en deseo de tu corazón. ¡Si hubieses podido lograr tal cosa, no pasarías tu vejez en una soledad como en la que te encuentras en este momento!

»Ese nombre de Gogó que pronunció al principio me hizo estremecer de sorpresa.

»¿Cómo ese hindú, que me veía por primera vez, aquí, en Asia Central, podía conocer ese sobrenombre que sólo mi madre y mi nodriza me daban en mi infancia, sesenta años atrás, y que nadie desde entonces había repetido jamás?

«¿Puedes imaginar mi sorpresa?

»Recordé al punto que después de la muerte de mi esposa, cuando aún era muy joven, un viejo había venido a verme a Moscú.

»Me pregunté si no era el mismo misterioso anciano.

»Pero no —ante todo, el otro era de elevada estatura y no se parecía a éste. Además, no debía de estar vivo desde hacía mucho tiempo; hacía cuarenta y un años que aquello había ocurrido y en esa época ya era muy viejo.

»No podía hallar explicación alguna al hecho de que, evidentemente, ese hombre no sólo me conocía sino que no ignoraba nada de mi estado interior, del cual sólo yo tenía conciencia.

«Mientras todos estos pensamientos se sucedían en mi mente, el anciano se había abismado en profundas reflexiones y se estremeció cuando al concentrar al fin mis fuerzas, exclamé:

¿Quién es pues usted para conocerme tan bien? ¿Qué puede importarte en este momento quién soy, y lo que soy? ¿Es posible que aún viva en ti esa curiosidad a la que debes no haber sacado fruto alguno de los esfuerzos de toda tu vida? ¿Es posible que sea todavía tan fuerte como para que, aun en este minuto, no puedas dedicarte con todo tu ser al análisis de este hecho —el conocimiento que tengo de ti— sólo con el objeto de que te explique quién soy y cómo te reconocí?

»Los reproches del anciano me tocaban en lo más sensible.

Sí, padre, tienes razón -dije—. ¿Qué puede importarme lo que pasa fuera de mí, y cómo pasa? He asistido a muchos milagros, pero ¿de qué me sirvió todo eso?

Sólo sé que todo está vacío en mí en este momento, y que este vacío podría no existir si no estuviera en poder de ese enemigo interior, como has dicho, y si hubiera consagrado mi tiempo, no a satisfacer la curiosidad de todo cuanto ocurre fuera de mí, sino en luchar contra ella. Sí... ¡Ahora es demasiado tarde! Todo cuanto ocurre fuera de mí debe serme hoy indiferente. No quiero saber nada de lo que te pregunté, y no quiero importunarte más.

Te ruego sinceramente que me perdones por la pena que te causé en estos pocos minutos.

«Después, permanecimos mucho tiempo sentados, absorto cada uno en sus pensamientos.

«Finalmente, rompió el silencio:

Quizá no sea demasiado tarde. Si sientes con todo tu ser que en ti todo está realmente vacío, te aconsejo que, una vez más, hagas un intento. Si sientes muy vivamente, y te das cuenta sin la menor duda de que todo aquello por lo que te esforzaste hasta ahora no es sino un espejismo, y si aceptas una condición, trataré de ayudarte. Esa condición consiste en morir conscientemente a la vida que has llevado hasta ahora, es decir, romper de una vez por todas con los hábitos automáticamente establecidos de tu vida exterior, para ir al lugar que te indicaré.

»A decir verdad ¿qué me quedaba por romper? Eso ni siquiera era una condición para mí, ya que aparte de las relaciones que tenía con algunas personas, no existía para mí ningún otro interés.

»En cuanto a esas mismas relaciones, me había visto obligado, por varias razones, a no pensar más en ellas.

»Le declaré que estaba dispuesto a partir en ese mismo instante a donde fuera necesario.

»Se levantó, me dijo que liquidara todos mis asuntos, y, sin añadir palabra, desapareció en la muchedumbre.

»Al día siguiente lo arreglé todo, di ciertas órdenes, escribí algunas cartas de negocios a mi patria y esperé.

»Tres días después, un joven tadyik vino a mi casa, y me dijo brevemente:

Me escogieron para servirle de guía. El viaje durará un mes. He preparado esto, esto y aquello.

Le ruego me diga qué me falta preparar, cuándo quiere usted que reúna la caravana y en qué lugar.

»No necesitaba nada más, ya que todo había sido previsto para el viaje, y le contesté que estaba listo para ponerme en marcha a partir de la mañana siguiente; en cuanto al lugar de partida, le pedí que *lo* designara él mismo.

»Entonces me dijo, siempre lacónico, que estaría al día siguiente a las 6 de la mañana en el parador de caravanas dalmata, situado a la salida de la ciudad, en la dirección de Uzun-Kerpi.

»Al día siguiente nos pusimos en marcha con una caravana que me trajo aquí dos semanas más tarde —y lo que encontré aquí, tú mismo lo verás. Mientras tanto, cuéntame más bien *lo* que sabes de nuestros amigos comunes.»

Viendo que este relato había fatigado a mi viejo amigo, le propuse posponer para más tarde nuestra conversación y le dije que le contaría todo con el mayor placer, pero que por ahora debía descansar, para curarse más pronto.

Mientras el príncipe Liubovedsky se vio obligado a guardar cama, íbamos a verlo en el segundo patio, pero tan pronto se sintió mejor y pudo salir de su celda vino a vernos.

Hablábamos cada día durante dos o tres horas. Esto siguió así dos semanas. Un día, fuimos llamados al recinto del tercer patio, a la morada del jeque del monasterio, quien nos habló con la ayuda de un intérprete.

Nos dio como instructor a uno de los monjes más viejos, un anciano que se parecía a un icono, y que, al decir de los otros hermanos, tenía doscientos setenta y cinco años.

Desde entonces entramos, por así decir, en la vida del monasterio. Como teníamos acceso a casi todas partes llegamos a conocer bien el lugar.

En el centro del tercer patio se levantaba una especie de gran templo, donde los habitantes del segundo y tercer patio se reunían dos veces por día para asistir a las danzas sagradas de las grandes sacerdotisas o para escuchar música sagrada.

Cuando el príncipe Liubovedsky estuvo completamente restablecido nos acompañó a todas partes y nos explicó todo. Era para nosotros como un segundo instructor.

Quizá escriba un día un libro especial sobre los detalles de este monasterio, sobre lo que representaba y sobre lo que en él se hacía. Por ahora, creo necesario describir en forma lo más detallada posible un extraño aparato que vi allí, y cuya estructura me produjo, cuando lo hube comprendido más o menos, una impresión trastornadora.

Cuando el príncipe Liubovedsky se convirtió en nuestro segundo instructor, pidió un día, por propia iniciativa, permiso para llevarnos a un pequeño patio lateral, el cuarto, llamado patio de las mujeres, para asistir a la clase de las alumnas dirigida por las sacerdotisas danzantes que participaban diariamente en las danzas sagradas del templo.

El príncipe, sabiendo el interés que yo tenía en aquel tiempo por las leyes que rigen los movimientos del cuerpo y del psiquismo humano, me aconsejó, mientras mirábamos la clase, que prestase especial atención a los aparatos con cuya ayuda las jóvenes candidatas estudiaban su arte.

Por su solo aspecto, esos extraños aparatos daban ya la impresión de haber sido fabricados en tiempos muy antiguos.

Eran de ébano con incrustaciones de marfil y nácar.

Cuando no los utilizaban y los colocaban juntos, formaban una masa que recordaba el *árbol vezanelniano* con sus ramificaciones todas semejantes. Observándolo más de cerca, cada uno de esos aparatos se presentaba bajo la forma de un pilar liso, más alto que un hombre, fijo sobre un trípode, y de donde salían, en siete lugares, unas ramas especialmente elaboradas. Estas ramas estaban divididas en siete segmentos de diferentes dimensiones. Cada uno de dichos segmentos disminuía en largo y en ancho en relación directa con su alejamiento del pilar.

Cada segmento estaba ligado al siguiente por medio de dos bolas de marfil encajadas una dentro de la otra. La bola exterior no recubría enteramente a la bola interior, lo cual permitía fijar a esta última una

de las extremidades de cualquier segmento de la *rama*, mientras que a la bola exterior podía fijarse la extremidad de otro segmento.

Esta especie de unión se parecía a la articulación del hombre humano y permitía a los siete segmentos de cada rama moverse en la dirección necesaria.

Sobre la bola interior había signos trazados.

Había en la sala tres de estos aparatos; cerca de cada uno se veía un pequeño armario lleno de placas de metal de forma cuadrada.

También estas placas tenían signos trazados.

El príncipe Liubovedsky nos explicó que estas placas eran reproducciones de unas placas de oro puro que se encontraban en la celda del jeque.

Los expertos calculaban que el origen de estas placas y de estos aparatos se remontaba a unos cuatro mil quinientos años.

Y el príncipe nos explicó que al hacer corresponder los signos trazados sobre las bolas con los de las placas, las bolas tomaban cierta posición, que a su vez gobernaba la posición de los segmentos.

Para cada caso, cuando todas las bolas están dispuestas de la manera necesaria, la posición correspondiente se encuentra perfectamente definida en su forma y su amplitud, y las jóvenes sacerdotisas permanecen durante horas frente a los aparatos así arreglados para aprender esta posición y recordarla.

Deben pasar muchos años antes de que les permitan a estas futuras sacerdotisas danzar en el templo. Únicamente pueden hacerlo las sacerdotisas de edad y con experiencia.

En este monasterio todos conocen el alfabeto de estas posiciones y, de noche, cuando las sacerdotisas danzan en la gran sala del templo, según el ritual propio del día, los hermanos leen en estas posiciones verdades que los hombres insertaron en ellas hace varios miles de años.

Estas danzas llenan una función análoga a la de nuestros libros. Como lo hacemos hoy en el papel, otros hombres en otras épocas anotaron en estas posiciones informaciones relativas a acontecimientos ocurridos hace mucho tiempo, a fin de transmitirlos siglo tras siglo a los hombres de las generaciones futuras, y llamaron a esas danzas, danzas sagradas.

Las que llegan a ser sacerdotisas son en su mayoría jóvenes consagradas desde la más temprana edad, por voto de sus padres o por otras razones, al servicio de Dios o de un santo.

Estas futuras sacerdotisas entran al templo en la infancia para recibir allí toda la instrucción y la preparación necesarias, especialmente en lo que concierne a las danzas sagradas.

Poco después de haber visto por primera vez esta clase, tuve la ocasión de ver danzar a las verdaderas sacerdotisas, y quedé sorprendido, no por el sentido de estas danzas, que todavía no comprendía, sino por la exactitud exterior y la precisión con que eran ejecutadas.

Ni en Europa ni en ninguno de los lugares donde había observado con interés consciente esta manifestación humana automatizada, hallé jamás nada comparable a esta pureza de ejecución.

Vivíamos en ese monasterio desde hacía tres meses, y empezábamos a aclimatarnos a las condiciones existentes, cuando un día el príncipe se me acercó con aire serio. Me dijo que esa misma mañana lo habían llamado a casa del jeque donde se hallaban varios hermanos de los de más edad.

—El jeque me dijo —añadió el príncipe—, que sólo me restan tres años de vida y que me aconsejaba pasarlos en el Monasterio Olman, situado sobre la vertiente norte del Himalaya, para emplear mejor ese tiempo en lo que había sido la aspiración de toda mi vida.

»Se comprometió, si yo aceptaba, a darme todas las instrucciones y las directivas necesarias, y a arreglarlo todo para que mi estancia fuera realmente fecunda. Sin la menor vacilación, acepté inmediatamente, y se decidió que saldría dentro de tres días acompañado por hombres calificados.

»Y quiero pasar estos últimos días enteramente contigo, ya que el azar quiso que llegaras a ser la persona más cercana a mí en esta vida».

La sorpresa me clavó en el sitio y permanecí largo rato sin poder pronunciar ni una sola palabra. Cuando me recobré un poco, le pregunté tan sólo:

—¿Es posible que eso sea verdad?

—Sí -contestó el príncipe-, no puedo hacer nada mejor para emplear el tiempo que me queda. Quizá así pueda recuperar el tiempo que perdí de manera tan inútil y tan absurda, en esos muchos años en que tuve tantas posibilidades.

»Es mejor no hablar más de esto, sino emplear estos tres días en algo más esencial para el presente. En cuanto a ti, sigue pensando que estoy muerto desde hace mucho tiempo, ¿no me dijiste tú mismo a tu llegada que habías hecho celebrar un servicio fúnebre por mí y que poco a poco te habías resignado a la idea de haberme perdido? Y ahora, de la misma manera que nos encontramos por azar, también por azar nos separaremos sin tristeza.»

Tal vez no le fuera difícil al príncipe hablar de todo esto con tanta serenidad; pero para mí era muy duro darme cuenta de que iba a perder, y esta vez para siempre, al hombre a quien más quería.

Pasamos esos tres días sin separarnos, y hablamos de muchas cosas. Pero sentía mi corazón acongojado, sobre todo cuando el príncipe sonreía.

Al verlo, sentía desgarrarse el alma, porque esa sonrisa era para mí el signo de su bondad, de su amor y de su paciencia.

Finalmente, cuando pasaron los tres días, una mañana, muy triste para mí, lo ayudé a cargar la caravana que debía separarme para siempre de ese hombre tan bueno.

Me pidió que *no lo* acompañara. La caravana se puso en marcha. Antes de desaparecer detrás de la montaña, el príncipe se volvió, me miró y me bendijo tres veces.

¡Paz a tu alma, hombre santo, príncipe Yuri Liubovedsky!

Quiero ahora, para concluir este capítulo consagrado al príncipe Yuri Liubovedsky, describir en todos sus detalles la trágica muerte de Solovief, que se produjo en circunstancias muy particulares.

La muerte de Solovief

Poco después de nuestra estancia en el monasterio principal de la cofradía *Sarmung*, Solovief entró en el grupo de los *Buscadores de la Verdad*. Como lo exigía la regla, había salido fiador de él. Una vez admitido como miembro de ese grupo, puso la misma conciencia y la misma perseverancia en trabajar para su propio perfeccionamiento como en participar en todas las actividades generales del grupo.

Tomó parte activa en varias de nuestras expediciones, y precisamente durante una de ellas, en el año 1898, murió de la mordedura de un camello salvaje en el desierto de Gobi.

Relataré este acontecimiento en todos sus detalles, no sólo porque la muerte de Solovief fue muy extraña, sino también porque nuestra manera de desplazarnos en el desierto de Gobi no tenía precedentes y su descripción será muy instructiva para el lector.

Empezaré mi relato por el momento en que, después de dejar Tashkent, de remontar con grandes dificultades el curso del río Charakchan y franquear varios desfiladeros de montañas, llegamos a F., pequeña localidad situada en el límite de las arenas del desierto de Gobi.

Decidimos, antes de emprender la travesía del desierto, tomar algunas semanas de descanso. Aprovechando nuestras vacaciones nos pusimos a frecuentar, ya en grupo, ya aisladamente a los habitantes de la localidad. Les hicimos muchas preguntas, y nos revelaron toda clase de creencias relativas al desierto de Gobi.

La mayoría de sus relatos afirmaban que aldeas, y hasta ciudades enteras, estaban sepultadas bajo las arenas del desierto actual, con innumerables *tesoros* y riquezas que pertenecían a los pueblos que habían vivido en esa región, antaño próspera. El lugar donde se hallaban esas riquezas, según decían, era *conocido* por algunos hombres de las aldeas vecinas; era un secreto que se transmitía por herencia, bajo juramento, y cualquiera que violara ese juramento debía sufrir, como ya muchos lo habían experimentado, un castigo especial, proporcional a la gravedad de su traición.

En el transcurso de estas conversaciones se aludió más de una vez a una región del desierto de Gobi donde, según muchas personas, estaba sepultada una gran ciudad. Una cantidad de indicios singulares, que podían lógicamente concordar, interesaron mucho a varios de los nuestros, y sobre todo al profesor de arqueología Skridlov.

Después de discutirlo largamente, decidimos atravesar el desierto de Gobi, pasando por la región donde, según todas esas indicaciones, debía de encontrarse la ciudad sepultada en la arena.

De hecho, teníamos la intención de emprender excavaciones, al azar, bajo la dirección del anciano profesor Skridlov, gran especialista en la materia.

Establecimos nuestro itinerario según ese plan.

A pesar de que la región indicada no estaba cerca de ninguna de las pistas más o menos conocidas que atraviesan el desierto de Gobi, resolvimos atenernos a uno de nuestros viejos principios: *no seguir nunca caminos trillados*; y sin reflexionar más en las dificultades que pudieran presentarse, cada cual dio libre curso a un sentimiento muy parecido a la alegría.

Cuando ese sentimiento se hubo calmado un poco, empezamos a elaborar en detalle nuestro plan y descubrimos entonces las desmedidas dificultades de nuestro proyecto, hasta el punto de preguntarnos si era realizable.

De hecho, nuestro nuevo itinerario era muy largo y parecía impracticable con los medios habituales.

La dificultad mayor consistía en asegurarse, para toda la duración del viaje, reservas suficientes de agua y alimentos, porque, calculándolas hasta en lo mínimo, se hubiera necesitado tal cantidad, que no

hubiéramos podido llevar nosotros mismos semejante carga. No se podía pensar en utilizar bestias de carga porque no podíamos contar ni con una sola brizna de hierba ni con una sola gota de agua, y no encontraríamos ningún oasis en nuestro camino.

A pesar de todo no abandonamos nuestro plan; pero después de mucha reflexión, decidimos de común acuerdo no emprender nada en ese momento, a fin de permitir a cada uno consagrar durante un mes todos los recursos de su inteligencia a encontrar una salida a esa situación sin esperanza. Además, se otorgaba a cada cual la posibilidad de ir a donde quisiera y de hacer lo que quisiera.

La dirección del asunto fue confiada al profesor Skridlov, a quien habíamos elegido *jefe* por ser el de más edad y el más respetable de nosotros, y también porque tenía a su cargo nuestra caja común.

Al día siguiente todos recibimos cierta suma de dinero; algunos se fueron de la aldea, otros se quedaron y se organizaron, cada uno según su propio plan.

El próximo lugar de reunión sería una aldehuela situada a la orilla de las arenas que nos proponíamos atravesar.

Un mes después nos encontrábamos allí e instalábamos nuestro campamento bajo la dirección del profesor Skridlov. Cada uno tuvo entonces que presentar un informe sobre la solución que contemplaba. El orden de los informes se tiró a la suerte.

Los tres primeros fueron, por orden, el del geólogo Karpenko, luego el del doctor Sari-Oglé, y finalmente el del filólogo Ielov.

Estos informes eran de un interés tan palpitante por su novedad, la originalidad de su concepción, y hasta su forma de expresión, que se han grabado en mi memoria y aun hoy puedo reconstruirlos casi palabra por palabra.

Karpenko empezó así su discurso:

—A pesar de que a ninguno de ustedes, lo sé, le gusta la manera de los sabios europeos, que en vez de ir derechos a las metas les relatan un cuento que se remonta casi hasta Adán, esta vez el asunto es tan serio que creo necesario, antes de someterles mis conclusiones, hacerles conocer las reflexiones y deducciones que me han inducido a lo que les propondré dentro de poco. —Hizo una pausa y prosiguió:

»El de Gobi es un desierto cuyas arenas, como lo afirma la ciencia, son de formación tardía.

«Existen dos hipótesis al respecto:

»O bien estas arenas son una antigua cuenca marina, o bien han sido traídas por los vientos de las cimas de las cadenas rocosas del Tianchan, del Hindu-Kuch, del Himalaya y de las montañas que bordeaban otrora

el desierto al norte, pero que han desaparecido, erosionadas por el viento en el transcurso de los siglos.

»Teniendo en cuenta que debemos preocuparnos en primer lugar de tener alimentos suficientes para toda la duración de nuestro viaje a través del desierto, tanto para nosotros como para los animales que juzguemos útil llevar, tomé en consideración esas dos hipótesis a la vez y me pregunté si no podríamos utilizar, a tal fin, las mismas arenas.

»He aquí mi razonamiento: si estas arenas son realmente una antigua cuenca marina, deben necesariamente de presentar una capa o zona de diversas conchas. Ahora bien, como las conchas están constituidas por organismos, deben de contener sustancias orgánicas. Se trata pues solamente, para nosotros, de hallar la manera de hacer asimilables esas sustancias y susceptibles de transmitir así la energía necesaria a la vida.

»Si las arenas de este desierto son producto de la erosión, es decir, si son de origen rocoso, ha sido probado de manera incontestable que el terreno de la mayoría de los bienhechores oasis del Turkeistán, así como el terreno de las regiones vecinas de ese desierto, tienen un origen puramente vegetal, y que están constituidos por sustancias orgánicas provenientes de regiones más elevadas.

»Si es así, tales sustancias han debido de infiltrarse también en el curso de los siglos en la masa general de las arenas de nuestro desierto y mezclarse con ellas.

»Luego pensé que, según la ley de la gravedad, todas las sustancias, o elementos de sustancias, se agrupan siempre según su peso, y que en el presente caso las sustancias orgánicas infiltradas, más ligeras que las arenas de origen rocoso, han debido de agruparse también poco a poco para constituir capas o zonas.

»Cuando llegué a estas conclusiones teóricas, organicé con el propósito de una verificación práctica, una pequeña expedición al interior del desierto y al cabo de tres días de marcha comencé mis investigaciones.

»No tardé en encontrar en ciertos lugares una capa que, a primera vista, no se distinguía de la masa general de las arenas, pero cuyo origen netamente distinto se discernía mediante una sencilla operación superficial.

»El examen microscópico y el análisis químico de los diversos elementos de esta materia heterogénea demostraron que se componía de cadáveres de pequeños organismos, y de diversos tejidos de origen vegetal.

»Después de repartir entre los siete camellos que tenía a mi disposición un cargamento de esa arena, regresé aquí, y después de haberme procurado, con la autorización del profesor Skridlov, diversos animales, empecé experimentos con ellos.

»Tras haber comprado dos camellos, dos yaks, dos caballos, dos mulas, dos asnos, diez carneros, diez cabras, diez perros y diez gatos keriskis, empecé por hambrearlos, dándoles de comer sólo la ración estrictamente necesaria para mantenerlos vivos, y poco a poco mezclé arena a su comida, preparando la mezcla de diversas maneras.

»Durante algunos días, ninguno de estos animales quiso tocar ni una sola de esas mezclas; pero al cabo de una semana de ensayos de una nueva preparación, los carneros y las cabras se pusieron a comerla con gran placer.

»Presté entonces toda mi atención a dichos animales.

»Dos días después, estaba plenamente convencido de que los carneros y las cabras preferían esa mezcla a cualquier otra comida.

»La mezcla consistía en siete partes y media de arena, dos partes de carnero molido y media parte de sal común.

»Al principio, todos los animales sometidos a mis experimentos, incluso carneros y cabras, perdían diariamente de medio a dos por ciento de su peso total, pero a partir del día en que los carneros y las cabras empezaron a comer esa mezcla, no sólo dejaron de enflaquecer sino que engordaron cada día de 30 a 90 gramos.

»Gracias a estos experimentos, no tengo personalmente ninguna duda sobre la posibilidad de utilizar esa arena para alimentar a las cabras y los carneros, a condición de mezclarla en la cantidad necesaria con la carne de su propia especie. Estoy, pues, en condiciones de proponerles lo siguiente:

»Para superar el principal obstáculo que presenta nuestra travesía del desierto, debemos comprar varios centenares de carneros y de cabras y matarlos a la medida de nuestras necesidades, tanto para asegurar nuestra propia subsistencia como para preparar la mezcla destinada a los animales que vayan quedando.

»No hay que temer que falte la arena necesaria, porque según los datos que poseo, siempre podrá encontrársela en algunos lugares.

»En cuanto al agua, para constituir una reserva suficiente habrá que procurarse unas vejigas o unos estómagos de carneros y de cabras, en cantidad doble de la de nuestros animales, hacer con ellos una especie de *jurd-yines*, llenarlos con agua y cargar cada carnero o cada cabra con dos *jurd-yines*.

»He verificado que un carnero puede fácilmente y sin daño cargar esa cantidad de agua. Al mismo tiempo, mis experimentos y mis cálculos me demostraron que ésta bastaría para nuestras necesidades personales y para nuestros animales, a condición de economizarla los dos o

tres primeros días, después de lo cual podremos utilizar el agua de los *jurd-yines* cargados por los carneros que habremos matado».

Después del geólogo Karpenko, presentó su informe el doctor Sari-Oglé.

Había conocido al doctor Sari-Oglé y trabado amistad *con* él cinco años antes.

De familia persa, había nacido en Persia Oriental, pero se había educado en Francia.

Quizá algún día escriba un relato detallado sobre él, pues es también un hombre excepcional.

El doctor Sari-Oglé pronunció este o muy parecido discurso:

—Después de escuchar las proposiciones del ingeniero Karpenko sólo puedo decir una cosa: *me abstengo* —por lo menos en cuanto se refiere a la primera parte de mi informe— porque pienso que no se podría considerar nada mejor. Llegaré en seguida a la segunda parte, les describiré los experimentos que hice a fin de encontrar un medio de superar las dificultades del desplazamiento por las arenas durante las tempestades, y les participaré las reflexiones que me han inspirado. Y como las conclusiones prácticas a las que llegué, basándome en datos experimentales, completan muy bien, a mi parecer, las proposiciones del ingeniero Karpenko, quiero sometérselas.

»En estos desiertos, vientos y tempestades se desatan furiosamente con mucha frecuencia y, mientras duran, todo desplazamiento se vuelve imposible tanto para los hombres como para los animales, porque el viento levanta la arena, la lleva en sus torbellinos y forma montículos en los lugares mismos donde un momento antes sólo había huecos.

»Pensé que nuestra marcha podría ser obstaculizada por esos torbellinos de arena. Entonces me vino la idea de que, debido a su densidad, la arena no puede elevarse mucho, y que sin duda hay un límite por encima del cual el viento no puede levantar ni un solo grano de arena.

»Estas reflexiones me llevaron a intentar determinar ese límite hipotético.

»Con este fin, mandé hacer aquí mismo, en la aldea, una escalera plegable muy grande; luego fui al desierto con un guía y dos camellos.

»Tras un largo día de marcha, me preparaba para acampar por la noche, cuando de repente se puso a soplar el viento; al cabo de una hora, la tempestad se tornó tan violenta que nos era imposible mantenernos de pie, y hasta respirar en ese aire saturado de arena.

»Con grandes dificultades desplegamos la escalera que había traído, la levantamos mal que bien sirviéndonos de los camellos, y me encaramé.

»Imagínense mi sorpresa cuando comprobé que a la altura de apenas siete metros *ya no* había un solo grano de arena en el aire.

»La escalera tenía unos veinte metros. No había llegado a la tercera parte de su altura, cuando ya surgía de ese infierno y contemplaba un magnífico cielo estrellado, bañado por la luna, de una calma y tranquilidad como rara vez se encuentran, aun en nuestra Persia Oriental. Abajo reinaba todavía un caos inimaginable. Tenía la impresión de estar sobre algún acantilado al borde del océano, dominando el más tremendo de los huracanes.

»Mientras admiraba, desde lo alto de la escalera, la belleza de la noche, la tempestad se apaciguó poco a poco, y al cabo de media hora pude bajar. Pero abajo me esperaba una desgracia.

»A pesar de que la tempestad había amainado a la mitad, vi que el hombre que me había acompañado seguía caminando con el viento sobre la cresta de las dunas, como se acostumbra hacer durante esas borrascas, llevando consigo un solo camello; el otro, según parece, se había desatado poco después de mi ascensión, y se había ido, no se sabía adonde.

»Cuando amaneció, nos pusimos en su busca, y vimos de pronto, saliendo de la duna, no lejos del lugar donde habíamos puesto la escalera, un casco de nuestro camello.

»Ni siquiera intentamos desenterrarlo, pues con toda evidencia estaba muerto y sepultado ya demasiado profundamente. Emprendimos al instante el camino de regreso, tragando nuestra comida mientras caminábamos para no perder tiempo. Esa misma noche regresamos a la aldea.

»Al día siguiente hice fabricar, en diversas localidades para no despertar sospechas, varios pares de zancos de diferentes dimensiones, y llevando conmigo un camello cargado con la comida y el material estrictamente necesario, regresé al desierto, donde me ejercité en andar en zancos, al principio en los más pequeños, y poco a poco en los más altos.

»No era tan difícil avanzar sobre la arena con esos zancos, ya que los había provisto de unas suelas de hierro —invención mía— que, siempre por cautela, no había mandado hacer en los mismos lugares que los zancos.

»Durante el tiempo que pasé en el desierto para ejercitarme, afronté dos huracanes más. Uno de ellos, a decir verdad, no fue muy violento, pero hubiera sido imposible moverse y orientarse dentro de

él con los recursos ordinarios; sin embargo, con mis zancos, andaba libremente sobre la arena en el curso de *esos dos* huracanes, en cualquier dirección, como si hubiese estado en mi cuarto.

»La única dificultad consistía en no tropezar, porque siempre hay en las dunas, por todas partes, huecos y montículos, sobre todo durante las tempestades. Por suerte noté que la superficie de la capa de aire saturada de arena no era uniforme, y que sus desigualdades correspondían a las del terreno. Así, andar en zancos se me hacía considerablemente más fácil por el hecho de que podía distinguir claramente, según los contornos de dicha superficie, dónde terminaba una duna, y dónde empezaba otra.

»En todo caso —concluyó el doctor Sari-Oglé—, de este descubrimiento debemos retener que la altura de la capa de aire saturada de arena tiene un límite bien definido, y poco elevado, y que la superficie de esta capa sigue exactamente los relieves y depresiones del mismo suelo del desierto -para poder sacarle partido durante el viaje que estamos proyectando».

El tercer informe era el del filólogo Ielov. Con la manera muy original que tenía de expresarse, empezó así:

—Con el permiso de ustedes, les diré, señores, lo mismo que nuestro venerado discípulo de Esculapio acerca de la primera parte de su proyecto: *me abstengo*. Pero me abstengo de todo cuanto pensé y elucubré desde hace un mes.

»Lo que hoy quería comunicarles no es sino un juego de niños comparado con las ideas que acaban de exponernos el ingeniero de minas Karpenko y mi amigo el doctor Sari-Oglé, distinguido tanto por su origen como por sus diplomas.

»Sin embargo, hace un rato, al escuchar a los dos oradores, sus proposiciones hicieron surgir en mí una nueva idea, que a lo mejor ustedes encontrarán aceptable, y que podría ser útil a la realización de nuestro viaje. Hela aquí:

»Si seguimos la proposición del doctor, tendremos que ejercitarnos con zancos de diferentes alturas; pero los que tendremos que usar durante el viaje mismo, y de los cuales cada uno tendrá un par, no podrán tener menos de seis metros.

»Por otra parte, si nos quedamos con la proposición de Karpenko, tendremos necesariamente que llevar muchos carneros y cabras.

»Pienso que, cuando tengamos necesidad de los zancos, podremos muy fácilmente, en vez de llevarlos a cuestras, hacerlos transportar por nuestros carneros y nuestras cabras.

»Todos sabemos que un rebaño tiene la costumbre de seguir al morueco, el cabecilla. Será suficiente entonces dirigir los carneros uncidos a los primeros zancos, los otros seguirán de por sí, en una larga fila, unos detrás de otros.

»Así, al mismo tiempo que nos libramos de cargar nuestros zancos, podremos arreglarnos para que el rebaño nos transporte a nosotros mismos. En el espacio entre los zancos paralelos, de seis metros de largo, se podrá poner fácilmente siete filas de tres carneros, para los cuales el peso de un hombre casi no cuenta.

»A tal fin, se deberán enganchar los carneros entre los zancos, con el objeto de dejar en el medio un espacio vacío que mida cerca de un metro y medio de largo y un metro de ancho, donde instalaremos una confortable camilla.

»Así, en vez de sufrir y transpirar bajo el peso de nuestros zancos, cada cual se acomodará, como Mujtar Pachá en su harén, o bien como un rico parásito se pavonea en su coche a lo largo de las avenidas del Bois de Boulogne.

»Si atravesamos el desierto en esas condiciones, hasta podremos aprender en el camino todos los idiomas que vamos a necesitar para nuestras futuras expediciones».

Después de los dos primeros informes, seguidos por el brillante *finale* de Ielov, era inútil cualquier otra sugerencia. Estábamos todos tan sorprendidos por lo que acabábamos de oír, que las dificultades que se oponían a la travesía del desierto de Gobi nos parecieron de pronto exageradas intencionalmente, o hasta inventadas por completo, especialmente para los viajeros.

Nos quedamos pues con esas proposiciones y decidimos de común acuerdo ocultar, por el momento, a todos los habitantes de la aldea, el viaje que proyectábamos hacer por el desierto, ese mundo del hambre, de muerte, de incertidumbre.

Convinimos en hacer pasar al profesor Skridlov por un intrépido mercader ruso, venido a estos parajes para poner en pie maravillosos negocios. Venía, supuestamente, a comprar unos rebaños de carneros y llevarlos a Rusia, donde tienen mucho valor, mientras que aquí se los compra casi por nada, y tenía también la intención de exportar unas largas, delgadas y sólidas piezas de madera para el uso de las manufacturas rusas, que las utilizan como bastidores de madera para extender el calicó. En Rusia no se encuentra madera tan dura. Los bastidores fabricados con las especies del país no resisten mucho tiempo el continuo movimiento de las máquinas y por eso las maderas de esta calidad

cuestan allá tan caras. Tales eran las razones por las que el intrépido mercader se había embarcado en esta expedición comercial, de las más arriesgadas.

Tras haber arreglado todos estos detalles, nos sentimos llenos de ardor, y hablábamos de nuestro viaje con la misma desenvoltura que si se hubiese tratado de atravesar la plaza de la Concorde en París.

Al día siguiente fuimos todos a la orilla de un río, en el lugar donde desaparecía en las profundidades insondables del desierto, y levantamos allí las tiendas que traíamos desde Rusia. A pesar de que el emplazamiento de nuestro nuevo campamento no estaba muy lejos de la aldea, nadie vivía allí, y había pocas probabilidades de que alguien tuviera la fantasía de instalarse a la puerta de ese infierno. Algunos, simulando obedecer órdenes del pseudomercader Ivanov, visitamos los mercados circundantes para comprar cabras, carneros y piezas de madera de diferentes tamaños.

Muy pronto nuestro campamento albergó todo un rebaño de carneros.

Luego vino un período de entrenamiento intensivo para aprender a caminar en zancos, empezando con los más pequeños y terminando con los más altos. Y al cabo de doce días, en una bella mañana, nuestro extraordinario cortejo se adentró en el desierto, en medio de los balidos de los carneros y de las cabras, de los ladridos de los perros, de los relinchos de los caballos y los rebuznos de los asnos que habíamos comprado por si acaso.

El cortejo se extendió muy pronto en una larga fila de literas, como si fuera una solemne procesión de algún emperador de antaño. Por bastante tiempo se oyeron nuestras alegres canciones, así como los llamados intercambiados entre las camillas improvisadas, a veces muy alejadas unas de otras. Las observaciones de Ielov, claro está, siempre levantaban tempestades de risa.

Algunos días más tarde, a pesar de haber sufrido dos terribles huracanes, llegamos sin cansancio alguno a la región central del desierto, cerca del lugar que nos habíamos fijado como meta principal de nuestra expedición, plenamente satisfechos de nuestra travesía y hablando ya el idioma que íbamos a necesitar.

Todo hubiera terminado probablemente como lo habíamos previsto, de no haber sido por el accidente que sufrió Solovief.

Caminábamos sobre todo de noche, aprovechando la experiencia de nuestro compañero Datshamírov, excelente astrónomo, que sabía orientarse perfectamente por las estrellas.

Un día, al alba, hicimos un alto para comer y dar de comer a nuestros animales. Era aún muy temprano. El sol apenas comenzaba a

calentar. Nos disponíamos a comer el carnero con **arroz que** acababa de cocinarse, cuando apareció en el horizonte un **rebaño** de camellos. Adivinamos al punto que eran camellos salvajes.

Solovief, que era un apasionado cazador, y nunca erraba el tiro, se apoderó de su escopeta y corrió en la dirección en que los camellos habían desaparecido. Intercambiando chistes sobre su pasión por la caza, nos pusimos a comer el plato caliente, maravillosamente preparado en esas condiciones sin precedentes. Digo sin precedentes porque, en el corazón del desierto y a tal distancia de sus límites, generalmente es imposible hacer fuego, dado que en centenares de kilómetros no se encuentra ni un solo arbusto. Y sin embargo, encendíamos fuego por lo menos dos veces al día para cocinar las comidas y preparar el café o el té, sin hablar del té *tibetano*, especie de caldo que obteníamos de los huesos de los carneros sacrificados.

Debíamos ese lujo a un invento de Pogossian, que había tenido la idea de confeccionar sillas para la carga de los carneros, hechas con trozos de madera especial; y ahora, por cada carnero sacrificado, teníamos cada día la cantidad de leña necesaria para nuestro fuego. Había pasado hora y media desde que Solovief se había lanzado detrás de los camellos. Ya estábamos todos listos para seguir el viaje y todavía no había regresado.

Esperamos media hora más. Conociendo la puntualidad de Solovief, que jamás se hacía esperar, estábamos inquietos y temíamos un accidente. Empuñamos nuestros fusiles y todos, excepto dos, salimos a buscarlo. Muy pronto divisamos en la lejanía las siluetas de los camellos, y caminamos en su dirección. A medida que avanzábamos hacia los camellos, éstos, que sin duda habían husmeado nuestra llegada, se alejaban hacia el sur. Pero seguimos nuestra búsqueda.

Habían pasado cuatro horas desde que Solovief se había marchado. De repente, algunos pasos más lejos, uno de nosotros descubrió el cuerpo yacente de un hombre. Corrimos allí inmediatamente —era Solovief, muerto ya, con el cuello terriblemente mordido—. Nos sentimos todos invadidos de desgarradora tristeza, porque todos queríamos de todo corazón a ese hombre tan excepcionalmente bueno.

Después de hacer una camilla con nuestros fusiles, trajimos el cuerpo de Solovief de vuelta al campamento. Y ese mismo día, con mucha solemnidad, bajo la dirección de Skridlov, que recitaba las oraciones en ausencia del sacerdote, lo sepultamos en el corazón de las arenas. Tras lo cual abandonamos ese lugar maldito.

A pesar de haber ido ya muy lejos en nuestra búsqueda de la ciudad legendaria que esperábamos encontrar en nuestro camino, cambiamos de planes y resolvimos salir del desierto lo más pronto posible. Oblicuamos pues hacia el oeste, y cuatro días más tarde llegamos al oasis de Keria, donde la Naturaleza se hacía otra vez acogedora. Desde Keria, emprendimos de nuevo nuestro camino, pero esta vez sin nuestro querido Solovief.

¡Paz a tu alma, oh tú, amigo honrado y leal entre todos los amigos!

QUIERO consagrar este capítulo a un hombre al que considero como uno de los más notables que haya conocido, un hombre cuya vida de adulto —sea por la voluntad del destino o por el juego de las leyes que presiden el desarrollo autónomo de la individualidad— se ordenó en algunos aspectos de una manera análoga a la mía.

Interesa señalar a este respecto que si, como por lo general se piensa, dos hombres que pertenecen a naciones que desde hace siglos se han trabado en una lucha de carácter racial, deben sentir recíprocamente un sentimiento instintivo de animosidad, incluso odio; sin embargo, contra toda previsión, desde que nos conocimos, Ekim Bey y yo, en tiempo de nuestra juventud, en circunstancias poco comunes, sentimos una gran afinidad recíproca, y más tarde, cuando los azares de la vida acercaron nuestros mundos interiores *como dos manifestaciones de origen similar*, pese a nuestras diferencias de nacimiento, de familia, de tradiciones sociales y de convicciones religiosas, tuvimos siempre el uno hacia el otro un sentimiento igual al que tienen entre sí hermanos de la misma sangre.

En este capítulo describiré mi primer encuentro con aquel que llegó a ser el Dr. Ekim Bey, un hombre sinceramente respetado por la gente seria que lo conoció, y a quien el público no vacilaba en considerar como una especie de mago, hacedor de milagros. Luego, relataré brevemente algunos episodios llenos de enseñanza que sobrevinieron

en el curso de las expediciones que realizamos juntos en lo más profundo de Asia y de África.

Hoy, después de haber recibido, en recompensa por los servicios prestados, numerosas condecoraciones altamente apreciadas, termina mal que bien su vida, con el título de Gran Pachá Turco, en una pequeña localidad de Egipto.

Y si ha elegido este lugar aislado para pasar en el retiro sus últimos días, aunque tuvo la posibilidad de vivir donde mejor le pareciese y gozar de todas las comodidades de la vida moderna, es para evitar que lo importunen toda clase de ociosos, presas de curiosidad —esta indigna propiedad del hombre que llegó a ser inherente a la mayoría de nuestros contemporáneos—. Cuando encontré a Ekim Bey, por primera vez, era todavía muy joven. Seguía los cursos de una escuela militar en Alemania, y pasaba los *meses de* verano en casa de su padre, en Constantinopla. Teníamos los dos la misma edad. Antes de describir las circunstancias en que nos conocimos, recordaré que en esa época —como ya he dicho en uno de los capítulos anteriores, donde describí mi visita a Etchmiadzin y mi primer encuentro con Pogossian- viajaba yo por todas partes, rondando como un perro errante, en busca de una respuesta a las preguntas que habían surgido en mi «cerebro de psicópata», como lo habrían calificado la mayoría de los hombres contemporáneos. Fui entre otros lugares a Constantinopla, atraído por los numerosos prodigios atribuidos a los derviches del lugar.

A mi llegada a Constantinopla, me establecí en el barrio llamado Perú y me dediqué a visitar los monasterios de las diferentes órdenes de derviches.

Por entero dominado por mi *dervichemanía*, no hacía nada útil y no pensaba en otra cosa que en todas las historias de derviches, hasta tal punto que un día tuve que rendirme a la evidencia: no tenía un solo céntimo en el bolsillo.

Después de haberlo comprobado, erré desamparado por completo durante dos días enteros, asaltado por mil pensamientos que revoloteaban bajo mi cráneo, como las moscas favoritas de las mulas españolas. ¿Cómo procurarme esa cosa despreciable que, para el hombre contemporáneo, es casi el único impulso de vida?

Presa de estas preocupaciones me hallaba una mañana sobre el gran puente que une a Perú con Estambul. Acodado en la baranda, me puse a reflexionar sobre el sentido y el valor real de esos movimientos giratorios incesantes de los derviches danzantes, que a primera vista parecían automáticos, sin ninguna participación del consciente.

A mi alrededor había un ir y venir de navios; los barcos se deslizaban por doquier.

Casi a mis pies, sobre la orilla del Gálata, se hallaba un desembarcadero de los vapores que aseguran el servicio entre Constantinopla y la orilla opuesta del Bósforo.

En las vecindades del muelle, entre los barcos, divisé a pilluelos que se sumergían en busca de las monedas que les arrojaban los viajeros. Muy interesado, me acerqué y me puse a observarlos. Sin ninguna precipitación, con mucha destreza, esos muchachos atrapaban las monedas arrojadas aquí y allá alrededor del barco; no perdían ni una.

Los miré mucho tiempo, admirando su soltura y habilidad. Los había de todas las edades, desde ocho años hasta dieciocho. De repente se me ocurrió una idea: ¿Por qué no aprendería también yo este oficio? ¿Era acaso menos diestro que esos muchachos?

Y desde ese día iba a las orillas del Cuerno de Oro, un poco más allá del Almirantazgo, para aprender a zambullirme.

Durante el período en que me ejercitaba encontré por casualidad un maestro en la persona de un griego muy experto en la materia, que iba allí para bañarse.

Por propia iniciativa me enseñó algunos de los secretos de ese arte; los demás los obtuve poco a poco con la astucia que me era peculiar, frente a la taza de café que bebíamos después del baño, en una taberna griega situada no lejos de allí... ¡Y ya se pueden imaginar quién pagaba el café!

Los primeros tiempos me costó mucho trabajo; era necesario zambullirse con los ojos abiertos, y el agua de mar me roía la mucosa de los párpados. Eso me dolía atrozmente, y de noche el dolor me impedía dormir.

Pero mis ojos pronto se acostumbraron y pude ver tan bien en el agua como al aire libre. Al cabo de dos semanas, ocupé un lugar entre los muchachos de todas las edades y me lancé a esta empresa de la pesca de monedas en torno de los barcos -sin mucho éxito al comienzo, claro está. Pero muy pronto, yo tampoco perdía ni una.

Una moneda que se arroja al agua empieza por deslizarse en picado, pero cuanto más se aleja de la superficie, más lenta se hace su caída; y si el sitio es hondo, transcurre un tiempo relativamente largo antes de que toque el fondo. Basta, antes de zambullirse, situar bien la zona donde cayó, y entonces es fácil encontrarla y agarrarla.

Un día, un pasajero que miraba pensativo apoyado en la borda a los pequeños buscadores de monedas, de pronto dejó caer al agua, por descuido, un rosario que tenía en la mano -ese rosario que es el atributo

indispensable de todo oriental que se respeta en los momentos de descanso que le dejan las obligaciones de la vida.

Alertó a los muchachos, que inmediatamente se zambulleron. Pero a pesar de sus esfuerzos no pudieron encontrar el objeto, porque estaban bastante lejos del barco y no habían tenido tiempo para observar el lugar donde había caído.

El rosario era sin duda de mucho valor, porque el pasajero prometió veinticinco libras al que se lo trajera.

Después de la partida del barco, todos los pescadores de monedas prosiguieron sus sondeos, pero sin ningún resultado: el agua era profunda y era imposible registrar el fondo, como decían ellos.

Además es muy difícil llegar a las profundidades: en la misma medida en que el agua facilita la subida a la superficie, opone resistencia a la zambullida.

Algunos días más tarde atrapaba monedas en los mismos parajes. Uno de los pasajeros lanzó la suya tan lejos que ya se había perdido de vista cuando llegué al sitio donde había caído.

Como ese día la pesca no había sido muy fructífera, quise a toda *costa* encontrar la moneda.

En el momento que la alcancé, divisé no lejos de allí algo que parecía un rosario.

Mientras subía a la superficie, recordé el rosario por el que habían prometido veinticinco libras.

Me fijé bien en el sitio, y sin decir nada a nadie, me sumergí de nuevo, pero me di cuenta de que era imposible llegar al fondo. Traje, pues, al día siguiente, varios pesados martillos de canteros que había alquilado en casa del herrero, los até alrededor de mi cuerpo y me zambullí, cargado con ese peso.

Hallé enseguida el rosario; era de ámbar, incrustado de pequeños diamantes y granates.

El mismo día me enteré de que el pasajero que lo había perdido era el pachá N..., antiguo gobernador de una aldea cercana a Constantinopla, y que actualmente vivía en la otra orilla del Bósforo, no lejos de Scutari.

Como desde hacía algún tiempo no me sentía muy bien, y mi estado se agravaba de día en día, resolví no zambullirme al día siguiente, sino atravesar el Bósforo para entregar el rosario a su dueño, y visitar al mismo tiempo el cementerio de Scutari.

Al día siguiente por la mañana encontré sin trabajo la casa del pachá.

Estaba en casa y cuando supo que un buscador de monedas insistía en verlo personalmente, comprendió en seguida de qué se trataba, y vino él mismo a mi encuentro.

Cuando le entregué el rosario me manifestó su alegría con tanta sinceridad y tanta sencillez que su actitud me conmovió y no quise a ningún precio aceptar la recompensa prometida.

Me propuso entonces que fuera a almorzar con él, y esto no lo rechacé.

Después de la comida salí inmediatamente para no perder el último barco. Pero por el camino me sentí tan mal, que me vi forzado a sentarme en los escalones de una escalinata, y perdí el conocimiento.

Unos transeúntes me vieron, y como el sitio donde me había detenido no estaba lejos de la casa del pachá informaron a éste casi inmediatamente de que un muchacho se sentía mal; al enterarse de que se trataba de aquel que le había traído el rosario, acudió él mismo con su gente y dio orden de transportarme a su casa. Luego hizo que llamaran a un médico militar.

Volví rápidamente en mí, pero me sentía tan mal que no podía moverme y me vi obligado a quedarme en la casa del pachá.

La primera noche mi piel toda se agrietó y me ardía de una manera intolerable; no soportaba, sin duda por falta de costumbre, la acción prolongada del agua de mar.

Me alojaron en un ala de la casa, donde una anciana llamada Fatma Badgi fue la encargada de cuidarme. Y el hijo del pacha, alumno en una escuela militar alemana, vino a ayudar a la vieja a cuidarme.

Era Ekim Bey, que después llegaría a ser mi amigo íntimo.

Durante mi convalecencia, bromeábamos y hablábamos sobre toda clase de asuntos, pero poco a poco nuestras conversaciones tomaron un giro filosófico. Cuando me curé y tuvimos que separarnos, éramos verdaderos amigos, y desde entonces seguimos escribiéndonos.

Ese mismo año, al regresar a Alemania, abandonó la escuela militar por la facultad de medicina, porque sus convicciones interiores habían cambiado mientras tanto y lo impulsaban a abandonar la carrera de oficial para convertirse en médico del ejército.

Pasaron cuatro años.

Un día, en el Cáucaso, recibí una carta de él. Me anunciaba que era médico, expresaba el deseo de verme y visitar al mismo tiempo el Cáucaso, que le interesaba desde hacía mucho tiempo, y me preguntaba dónde y cuándo podía encontrarme. Ese verano vivía yo en Suram, donde fabricaba objetos de yeso. Le envié un telegrama diciéndole que lo esperaba con impaciencia. Algunos días después estaba allí.

Ielov y Pogossian, con Karpenko, otro amigo de mi juventud, también vinieron a pasar el verano en Suram. Ekim Bey entabló amistad muy rápidamente con mis compañeros; se sentía con ellos como con viejos conocidos.

Pasamos todo el verano juntos, emprendiendo a menudo pequeñas excursiones, generalmente a pie.

Después de haber hecho la ascensión del desfiladero de Suram, visitamos los alrededores de Bor-yom y de Mijailof, donde tratamos de entrar en relación con aquellos habitantes de la región que aún no habían sufrido la influencia de la civilización contemporánea. Visitamos el lugar donde viven los famosos jefsures, que a tantos sabios etnógrafos hicieron perder la razón.

Ekim Bey vivió así varios meses con nosotros, jóvenes de su edad, repletos de quijotismo; a fuerza de participar en nuestras discusiones, se vio arrastrado de buena o mala gana por nuestra «psicopatía», y también él ardió en deseos de saltar *más alto que sus rodillas*.

Los cuatro, Pogossian, Ielov, Karpenko y yo, hablábamos a menudo en aquel tiempo de la propuesta que nos había hecho el príncipe Yuri Liubovedsky: tomar parte en la gran expedición que se disponía a hacer a pie con algunos amigos, y cuyo itinerario partía de la ciudad fronteriza de Najichevan, atravesaba Persia y terminaba en el Golfo Pérsico.

Nuestras conversaciones y las perspectivas que ofrecía un viaje de esta clase interesaron hasta tal punto a Ekim Bey que nos pidió que intercediéramos ante el príncipe para que lo autorizara a unirse a la expedición. Por su parte, reflexionaba en lo que debía hacer para obtener el permiso de su padre, y una licencia de un año de sus jefes.

Los consiguió mediante un intercambio de telegramas y por diligencias personales que hizo al regresar a su casa para prepararse para esta expedición. Se unió a nosotros el día de nuestra partida de Najichevan, el 1º de enero del año siguiente, para emprender en nuestra compañía su primer gran viaje.

Esa misma noche, a las doce, abandonamos Najichevan.

Desde el alba fuimos el blanco de la «sagacidad» de algunos bípedos de nuestro querido planeta denominados *guarda fronteras*, que siempre y en todas partes se distinguieron en el arte de demostrar su perspicacia y su omnisciencia.

Eramos veintitrés, incluyendo a todos los amigos y compañeros a cuya memoria he resuelto consagrar un capítulo entero de esta serie de mis obras.

Ya hablé de tres de ellos, Pogossian, Ielov y el príncipe Liubovedsky; el doctor Ekim Bey es el protagonista de este capítulo: otros dos, el ingeniero Karpenko y el profesor de arqueología Skridlov, aparecerán a continuación en el libro.

Al cabo de nueve días llegamos a la ciudad de Tabriz sin ningún incidente particular. Pero después de Tabriz tuvo lugar un suceso que describiré tan exactamente como me sea posible, primero porque Ekim Bey tuvo en él una parte activa y se mostró profundamente afectado, y luego porque *este suceso* debía cambiar toda mi concepción del mundo.

En Tabriz habíamos oído hablar mucho de un derviche persa que supuestamente realizaba prodigios, y esto despertó nuestra curiosidad. Así, cuando poco después oímos otra vez hablar de él por un sacerdote armenio, decidimos, aunque el lugar donde vivía estaba bastante alejado de nuestra ruta, cambiar de itinerario para visitarlo y juzgar por nosotros mismos lo que realmente era.

Al decimotercer día de un viaje extenuante, después de haber dormido en las tiendas de pastores kurdos o persas, o bien en caseríos, llegamos finalmente al pueblo donde vivía el derviche, y nos indicaron su casa, situada a cierta distancia. Fuimos allí inmediatamente, y lo encontramos cerca de su casa, a la sombra de grandes árboles, bajo los cuales tenía el hábito de quedarse para hablar con los que lo visitaban. Vimos a un hombre, casi un anciano, vestido de harapos, con los pies descalzos. Estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas.

Lo rodeaban varios jóvenes persas que, como luego lo supimos, eran sus discípulos.

Nos acercamos y después de haberle pedido su bendición, nos sentamos en el suelo, formando un semicírculo a su alrededor.

Se entabló la conversación: nosotros le hacíamos preguntas, él nos respondía, luego a su vez nos hacía preguntas.

Al comienzo nos recibió más bien fríamente y nos habló de bastante mala gana. Pero cuando supo que habíamos venido de lejos expresamente para hablarle, se mostró más afable.

Se expresaba con mucha sencillez, en un lenguaje propio, artesanal podría decirse, y al comienzo me produjo la impresión de ser un iletrado o, dicho de otra manera, en el sentido europeo de la palabra, un hombre carente de cultura.

La conversación se desarrolló en persa, pero en un dialecto que ninguno de nosotros conocía, excepto yo, el doctor Sari -Oglé y algún otro que lo hablaba más o menos bien. De suerte que Sari-Oglé y yo hacíamos las preguntas y traducíamos inmediatamente las respuestas a los demás.

Era la hora de cenar. Un alumno trajo la comida del derviche: arroz en una calabaza.

Mientras proseguía la conversación, el derviche se puso a comer. Abriendo nuestros sacos de viaje hicimos otro tanto, porque no habíamos comido nada desde la hora temprana en que emprendimos la marcha.

Debo decir que en esa época yo era un adepto ferviente de los famosos yoguis hindúes, y seguía al pie de la letra todas las indicaciones del Hatha Yoga. Al comer, me esforzaba por masticar los alimentos con el mayor cuidado. Así pues, cuando todos y también el derviche habían terminado desde hacía largo rato la modesta colación, yo seguía aún comiendo lentamente, cuidando de no tragar un solo bocado que no hubiera masticado según todas las reglas.

El anciano lo observó y me preguntó:

—Dígame, joven extranjero, ¿por qué come usted así?

Me sorprendió tan sinceramente esta pregunta, que me parecía extraña y que en nada favorecía su saber, que no tuve ganas de contestarle. Pensaba que habíamos hecho un rodeo inútil para encontrar a un hombre que, en realidad, no merecía que se hablara seriamente con él. Lo miré a los ojos, y no sé si sentí por él piedad o vergüenza, pero le respondí con aplomo que masticaba cuidadosamente los alimentos para que el intestino los asimilara mejor; y apoyándome en el hecho bien conocido de que un alimento digerido de manera satisfactoria aporta al organismo, en mayor cantidad, las calorías indispensables al trabajo de todas nuestras funciones, resumí en algunas frases todo cuanto había sacado de los libros sobre ese tema.

El anciano sacudió la cabeza y, con un acento de profunda convicción, pronunció lentamente la siguiente sentencia, célebre en toda Persia:

Mata, Señor a aquel que, sin saber nada, osa enseñar a los demás el camino que conduce a las puertas de Tu Reino.

En ese momento, Sari-Oglé le hizo una pregunta. El derviche le contestó brevemente, y luego, volviéndose de nuevo hacia mí, me preguntó:

—Dígame, joven extranjero, ¿sin duda también hace usted gimnasia?

Era verdad, la hacía y hasta en forma intensiva, no según los métodos de los yoguis hindúes que, empero, conocía muy bien, sino prefiriendo el sistema del sueco Müller.

Contesté que en efecto hacía gimnasia y encontraba indispensable ejercitarme dos veces por día, de mañana y de noche; y le expliqué en pocas palabras la clase de movimientos que practicaba.

—Todo eso, vea usted, sólo conviene al desarrollo de los brazos y piernas, y en general de los músculos externos —dijo el derviche— pero tenemos también músculos internos a los cuales nunca llegan sus movimientos mecánicos.

—Sí, sin duda- dije yo.

—Pues bien —dijo el anciano-. Volvamos ahora a su manera de masticar los alimentos. Si quiere conocer mi opinión sincera, le diré que si usted cuenta con esta masticación lenta para adquirir salud o cualquier otra ventaja, ha elegido el peor medio.

«Masticar el alimento con tanto cuidado reduce el trabajo de su estómago.

»Ahora es usted un hombre joven, y todo anda bien. Pero si acostumbra su estómago a la pereza, a medida que envejezca, sus músculos se atrofiarán poco a poco, por falta de ejercicio natural.

»Esto es lo que le sucederá a usted si sigue con ese sistema de masticación.

»Debe saber que con la edad nuestros músculos y nuestro cuerpo entero se debilitan. Pero, en la vejez, además de esta debilidad natural tendrá otra también, que usted mismo habrá desarrollado al acostumbrar a su estómago a no trabajar.

«¡Puede darse usted cuenta de lo que conseguirá!

»Hay que hacer lo contrario. No sólo no hay que masticar cuidadosamente el alimento, sino que a su edad hasta es preferible no masticarlo del todo, sino tragar trozos enteros, aun tragar huesos si es posible, para hacer trabajar al estómago.

»Se ve muy bien que quienes le aconsejaron esta masticación, como también los que escriben libros sobre este tema, sólo oyeron un toque de campana y no han buscado más lejos.»

Estas palabras sencillas, claras y al mismo tiempo llenas de sentido, me hicieron cambiar por completo de opinión sobre el anciano.

Hasta entonces lo había interrogado por simple curiosidad, pero a partir de ese momento sentí por él un inmenso interés y presté la mayor atención a todas las explicaciones que siguió dándome.

De repente comprendí con todo mi ser que algunas ideas que hasta entonces había aceptado como verdades incontestables no eran exactas. Antes, no había visto sino un solo lado de las cosas; ahora las veía bajo una luz diferente. Un tropel de preguntas surgieron en mi cabeza a propósito del problema que habíamos abordado. Absortos en nuestra conversación con el derviche, el doctor Sari-Oglé y yo habíamos olvidado por completo a los demás compañeros y dejamos de traducir sus palabras. Viendo nuestro interés, nos interrumpían de vez en

cuando con preguntas: ¿Qué dice? ¿De qué habla? Y cada vez teníamos que librarnos de ellos prometiéndoles que luego les contaríamos todo en detalle.

Cuando el derviche terminó de hablar acerca de la *masticación artificial*, de los diferentes medios de absorber el alimento y de la transformación automática que éste sufre en nosotros de acuerdo con las leyes, le dije:

—Tenga la bondad, padre mío, de explicarme lo que piensa de la *respiración artificial*. La creo útil y la practico de acuerdo con las indicaciones de los yoguis; aspiro el aire, lo retengo algunos instantes y lo exhalo lentamente. ¿Tal vez sería preferible no hacerlo?»

El derviche, al ver que mi actitud hacia sus palabras había cambiado por completo, se puso a explicarme con benevolencia lo siguiente:

—Si usted se hace daño masticando así el alimento, se lo hace mil veces más practicando esa clase de respiración. Todos los ejercicios de respiración que dan los libros o que enseñan en las escuelas esotéricas contemporáneas sólo hacen daño.

»La respiración, como debe comprenderlo cualquier hombre de buen sentido, es también un proceso de absorción, pero de otra clase de alimento.

»Al entrar en el organismo y transformarse, el aire, al igual que el alimento común, se descompone en sus partes constitutivas que forman nuevas combinaciones, sea entre sí, sea con los elementos correspondientes de algunas sustancias ya presentes en el organismo —para dar nacimiento a las diferentes sustancias que no cesan de ser consumidas por los procesos de vida que se operan en el hombre.

»Usted no ignora que para obtener una sustancia nueva, los elementos que la constituyen deben estar dosificados de acuerdo con proporciones muy definidas.

«Tomemos el más simple de los ejemplos.

»Usted quiere hacer pan. Para ello necesita preparar primero la masa. Esa masa exige una estricta proporción de agua y harina.

»Si no pone usted suficiente agua, en lugar de masa tendrá algo que se desmenuzará al menor contacto. Si pone demasiada agua, obtendrá una papilla, sólo buena para alimentar animales; ni en un caso ni en el otro, obtendrá la masa con que se hace el pan.

«Ocurre lo mismo con todas las sustancias necesarias por el organismo. Los elementos que las componen deben combinarse entre sí en una estricta proporción, tanto en calidad como en cantidad.

«Cuando usted respira de la manera habitual, respira mecánicamente. El organismo mismo toma del aire, sin su ayuda, la cantidad de

sustancias que necesita. Los pulmones están hechos de tal manera que están habituados a trabajar con una cantidad de aire muy definida. Si se modifica la cantidad de aire que entra en los pulmones, los procesos interiores de fusión y de equilibrio inevitablemente se modificarán.

»Para quien no conoce en todos sus detalles las leyes fundamentales de la respiración, la práctica de la respiración artificial sólo puede conducir a una autodestrucción, tal vez lenta, pero segura.

»No pierda de vista que además de las sustancias necesarias al organismo, el aire contiene otras, que son inútiles y hasta perjudiciales. Y la respiración artificial, es decir, la modificación forzada de la respiración natural, permite a esas numerosas sustancias perjudiciales a la vida penetrar en el organismo; al mismo tiempo, rompe el equilibrio cuantitativo y cualitativo de las sustancias útiles a una vida normal.

»La respiración artificial cambia la proporción entre la cantidad de alimentos que obtenemos del aire y la de nuestros otros alimentos. Por consiguiente, si usted aumenta o disminuye el aporte de aire, necesita aumentar o disminuir en consecuencia el aporte de las otras clases de alimento.

»Para mantener un equilibrio justo, necesita usted tener un conocimiento completo de su organismo.

»Pero ¿se conoce usted tan bien? ¿Sabe usted, por ejemplo, que los alimentos son necesarios al estómago, no sólo para la nutrición misma, sino porque está acostumbrado a recibir una cantidad definida de alimentos?

»Si comemos, es ante todo para satisfacer nuestro gusto y para obtener la sensación habitual de plenitud que experimenta el estómago cuando contiene una cantidad dada de alimento. En las paredes del estómago se ramifican los *nervios móviles* que, al entrar en actividad en ausencia de cierta presión, nos hacen experimentar la sensación particular que llamamos *hambre*. Hay también diferentes clases de hambre. Por ejemplo, el hambre del cuerpo o hambre física, y lo que pudiera llamarse el hambre nerviosa o psíquica.

»Todos nuestros órganos trabajan mecánicamente, y en cada uno se crea, según su naturaleza y el hábito adquirido, cierto ritmo de funcionamiento. Existe entre los ritmos de funcionamiento de los diferentes órganos una relación muy definida que asegura al organismo su equilibrio. Un órgano depende del otro. Todo está ligado.

»Modificando artificialmente la respiración, comenzamos por modificar el ritmo de funcionamiento de los pulmones, pero como la actividad de los pulmones está ligada entre otras a la del estómago, el ritmo de funcionamiento de este último se halla también modificado, al principio ligeramente, después de manera cada vez más acusada.

»Para digerir, el estómago tiene necesidad de cierto tiempo —digamos alrededor de una hora. Pero si el ritmo de funcionamiento del estómago ha cambiado, el tiempo en que los alimentos permanecen en él también cambiará; por ejemplo, los alimentos pasarán tan rápidamente que el estómago no tendrá tiempo más que para hacer una pequeña parte de su trabajo. Sucede lo mismo con los demás órganos.

»Por eso es mil veces preferible no tocar nuestro organismo. Vale más dejarlo en el estado en que *está*, aun cuando no ande bien, que repararlo sin saber cómo.

»Se lo repito, nuestro organismo es un aparato muy complicado. Comprende numerosos órganos que tienen todos procesos de ritmo diferente y necesidades diferentes. Debe usted, pues, elegir: cambiar todo o no cambiar nada. Si no, en vez de bien, no hará más que daño.

»Muchas enfermedades provienen de la respiración artificial. Muy a menudo termina por una dilatación del corazón, o por un estrechamiento de la tráquea, cuando no son dañados el estómago, el hígado, los riñones o los nervios.

»Es muy raro que los que se ejercitan en la respiración artificial no arruinen definitivamente su salud. Sólo escapan los que saben detenerse a tiempo. Quienquiera que se dedique por mucho tiempo a la respiración artificial, experimentará tarde o temprano sus deplorables efectos.

»Sólo conociendo cada tornillito, cada ruedecilla de su máquina, puede usted saber lo que debe hacer. Pero si usted no sabe casi nada e intenta una experiencia, arriesga demasiado, porque la máquina es muy complicada. Algunos tornillitos se pueden romper fácilmente bajo el impulso de un choque violento —¡Y no hay tienda donde usted pueda hallarlos!

»Y ya que pide mi opinión, éste es el consejo que le doy: abandone sus ejercicios de respiración.»

Nuestra conversación prosiguió hasta muy avanzada la noche.

En el momento de partir, después de haber convenido con el príncipe lo que haríamos después, di las gracias al derviche diciéndole que *nos* proponíamos quedarnos uno o dos días más en el pueblo, y le pregunté si nos permitiría hablar otra vez con él. Aceptó y hasta añadió que, si lo deseábamos, podríamos visitarlo al día siguiente después de la cena.

Permanecimos en el pueblo, no dos días como habíamos previsto sino una semana entera, y todas las noches después de la cena, íbamos a casa del derviche para charlar con él. Al regreso, Sari-Oglé y yo informábamos a nuestros compañeros de todo lo que se había dicho en esas conversaciones.

Cuando fuimos por última vez a casa del derviche para darle las gracias y despedirnos, Ekim Bey, para gran sorpresa nuestra, le habló de pronto en persa, con un tono de deferencia que no le era habitual, y dijo: «¡Mi buen padre! Pude convencerme con todo mi ser, en estos pocos días, que usted es verdaderamente...» Se interrumpió un instante para rogarnos precipitadamente, a Sari-Oglé y a mí, que le permitiéramos hablar sin ayudarlo, y no corregirlo sino en caso de que sus expresiones tuvieran en la lengua local un significado particular que pudiera desnaturalizar el sentido de sus palabras; luego prosiguió: «Usted es verdaderamente el hombre que yo buscaba instintivamente estos últimos tiempos para confiarle la dirección de mi mundo interior con el fin de ordenar y neutralizar la lucha que ha surgido en mí desde hace poco, entre dos tendencias absolutamente opuestas. Sin embargo, circunstancias independientes de mí no me permiten establecerme aquí, junto a usted, para venir en los momentos difíciles a escuchar con veneración sus indicaciones y sus consejos sobre la manera en que debería vivir para poner fin a esta angustiosa lucha interior y prepararme para adquirir un ser digno del hombre. Por eso le pido, si esto le es posible, que no se niegue a darme ahora, en pocas palabras, algunas indicaciones sobre *los* principios de vida que convienen a un hombre de mi edad.»

A la pregunta inesperada y algo solemne de Ekim Bey, el derviche persa respondió largamente, con muchos detalles y precisiones.

No reproduciré aquí sus explicaciones, en esta segunda serie de mis escritos, pues lo considero prematuro para los lectores serios de mis obras y hasta perjudicaría la percepción correcta de mis ideas, que deben conducirnos a una verdadera comprensión y no a un saber vacío. Por eso resolví, con entera tranquilidad de conciencia, no exponer sino más tarde la quintaesencia de estos conceptos, en un capítulo apropiado de la tercera serie de mis obras, capítulo que titularé «El cuerpo físico del hombre, sus necesidades conformes con las leyes, y sus posibilidades de manifestación».

La mañana que siguió a esta última visita al derviche, nos pusimos otra vez en camino, dejando al sur el itinerario que habíamos proyectado al comienzo. De hecho, dos de nosotros, Karpenko y el príncipe Nidyerádze, se habían debilitado a causa de las fiebres, y su estado se agravaba de día en día, de manera que en lugar de dirigirnos hacia el Golfo Pérsico, oblicuamos hacia Bagdad.

Llegamos a Bagdad, donde estuvimos un mes, luego nos dispersamos. Cada cual se fue por su lado: el príncipe Liubovedsky, Ielov y Ekim Bey partieron hacia Constantinopla; Karpenko, Nidyerádze y

Pogossian querían intentar remontar el Eufrates hasta sus fuentes, luego atravesar las montañas y ganar la frontera rusa; el doctor Sari-Oglé y yo nos pusimos de acuerdo con los otros para regresar a Persia, esta vez en dirección de Jorasán, y decidir allí el destino de nuestra expedición.

Entre tantos recuerdos ¿cómo no mencionar la pasión de Ekim Bey por todo cuanto se refería al hipnotismo?

Se interesaba principalmente por los fenómenos que, en conjunto, forman lo que se llama el *poder del pensamiento humano*, cuyo estudio constituye una rama especial de la ciencia contemporánea del hipnotismo.

Logró, particularmente en ese dominio, resultados prácticos en verdad sin precedente alguno. Y las experiencias que efectuaba con el fin de estudiar en todos sus aspectos el poder del pensamiento humano y sus diversas manifestaciones le valieron ser considerado como un temible «mago encantador».

Las experiencias que hizo sobre sus amigos y conocidos, entre otras cosas, tuvieron como resultado despertar, sea el temor, sea un respeto obsequioso, en la gente que venía a visitarlo o que simplemente había oído hablar de él.

Según mi parecer, la idea que sus allegados se forjaban de él *no* respondía en nada a la realidad, ni se debía a su profundo saber, ni al desarrollo extraordinario que había logrado dar a sus fuerzas interiores, sino al conocimiento que tenía de una propiedad del funcionamiento del organismo, que se puede considerar como una de las formas de esclavitud de la naturaleza humana.

Esa propiedad, la misma en todos los hombres, cualquiera que sea la clase a la cual pertenezcan y cualquiera que sea su edad, *consiste en* que, en el preciso instante en que un hombre piensa en un *objeto concreto*, exterior a él, sus músculos se tienden o se contraen y, por decirlo así, vibran en dirección al objeto hacia el cual van sus pensamientos.

Por ejemplo, si piensa en América, y sus pensamientos se dirigen hacia el sitio donde sitúa América, algunos de sus músculos, en especial los más tenues, vibran hacia ese lugar, es decir, se tienden como para ejercer un empuje en esa dirección. Supongamos que el pensamiento de un hombre esté dirigido hacia el segundo piso de una casa, mientras él mismo se halla en el primero; algunos de sus músculos se tenderán y, por así decirlo, se elevarán hacia *lo alto*. En suma, la tensión del pensamiento hacia un lugar definido va siempre acompañada de una tensión de los músculos en la misma dirección.

Este fenómeno se produce en todos los hombres, aun en aquellos que se dan cuenta de ello y se esfuerzan por todos los medios a su alcance por sustraerse a esa acción. Sin duda, los lectores habrán ya visto en el teatro, en el circo o en cualquier otra sala de espectáculos cómo los *fakires hindúes*, los *magos*, los *hacedores de milagros* y otros *poseedores de los secretos de la ciencia sobrenatural* asombran al mundo con sus proezas de magia, encuentran objetos ocultos o adivinan la acción que el público desea que ejecuten.

Para realizar sus «milagros», estos magos toman de la mano a uno de los espectadores y *adivinan* lo que les piden que hagan, dejándose simplemente guiar por las indicaciones dadas por las sacudidas inconscientes de la mano del espectador. Si realizan esta proeza, no es en virtud de conocimientos ocultos, sino únicamente porque poseen el secreto de esa propiedad del hombre.

Quienquiera que conozca este secreto puede hacer lo mismo, aun cuando no se haya ejercitado mucho.

Con perseverancia y práctica se llega siempre a adivinar lo que fue pedido. Basta saber concentrar la atención sobre la mano del otro y captar todos los movimientos casi imperceptibles.

Por ejemplo, si el espectador sabe que el mago debe agarrar el sombrero que está encima de la mesa, aunque conozca el truco y se esfuerce por pensar en el zapato que está en el diván, sin embargo, pensará inconscientemente en el sombrero y los músculos que interesan al mago se tenderán en esa dirección, porque están más sometidos al subconsciente que al consciente.

Como ya he dicho, Ekim Bey hacía experiencias de ese género con sus amigos, con el fin de estudiar mejor el psiquismo humano y determinar las causas de las influencias hipnóticas.

Entre las experiencias a las que recurría para cumplir con la tarea que se había impuesto, había una, de lo más original, que sorprendía al profano más que todas las proezas de los fakires.

Procedía de la siguiente manera:

Sobre una hoja de papel cuadriculado escribía ordenadamente todo el alfabeto y, en la última línea, todas las cifras del uno al nueve, más el cero.

Preparaba así varias hojas, con alfabetos de diferentes lenguas.

Sentado frente a una mesa, ponía ante él, un poco a la izquierda, uno de los alfabetos, y tomaba un lápiz en la mano derecha. Luego hacía sentar a su izquierda, justo enfrente del alfabeto, a un sujeto benévolo, por ejemplo una persona deseosa de conocer el porvenir.

Con la mano izquierda agarraba entonces la mano derecha del sujeto, y le decía más o menos lo siguiente:

—Primero vamos a ver cómo se llama usted... —Luego murmuraba lentamente, como hablándose a sí mismo-: La primera letra de su nombre... —y, al hacer esto, conducía la mano del sujeto sobre el alfabeto.

Debido a la propiedad humana de la que hablé, cuando la mano llegaba sobre la letra por la cual comenzaba el nombre, daba una sacudida involuntaria.

Ekim Bey, que conocía el significado, la registraba inmediatamente y decía:

—La primera letra de su nombre es... —Enunciaba entonces la letra sobre la cual la mano había temblado, y la inscribía sobre un cuaderno de notas.

Continuando así, encontraba las letras que formaban el comienzo del nombre. Adivinaba en seguida el resto; por ejemplo, si había obtenido las letras E S T, escribía el nombre Estéfano.

Después decía:

—Usted se llama Estéfano. Ahora vamos a saber su edad. —Y pasaba la mano del sujeto sobre las cifras.

Después adivinaba si estaba casado, cuántos hijos tenía, sus nombres, el nombre de su mujer, el de su peor enemigo o de su benefactor, etc.

Después de varias de estas experiencias de «adivinación», sus clientes quedaban tan atontados que se olvidaban por completo de todo, y ellos mismos dictaban a Ekim Bey casi todo lo que tenía necesidad de saber. Entonces sólo tenía que repetir lo que le habían indicado. Después de lo cual, podía soltarles la mano e inventar cualquier fantasía sobre el porvenir de ellos. Le creían sin reserva, recogiendo piadosamente cada palabra que salía de su boca.

Todos aquellos con quienes Ekim Bey había hecho esta clase de experiencias difundían luego, con la mayor sinceridad, cuentos tan fantásticos sobre su poder que ponían los pelos de punta a sus oyentes.

Así pues, la imagen que se formaban del doctor Ekim Bey no tardó en resplandecer con la aureola de mago. Hasta se pronunciaba su nombre en voz baja, con un estremecimiento.

Numerosas personas le escribieron, no sólo de Turquía, sino del extranjero, sobre todo de Europa, y le importunaron con *los* más variados pedidos. Uno le rogaba que le predijera el porvenir por la escritura, otro que lo ayudara en un amor no compartido, un tercero que lo curase a distancia de una vieja enfermedad. Recibía cartas de pajas, de generales, de oficiales, de mulajs, de institutores, de sacerdotes, de

comerciantes, de mujeres de todas las edades, pero aún más de jovencitas de todas las nacionalidades.

Para resumir, era asaltado por tal multitud de pedidos de toda clase, que si hubiera querido responder a cada uno de los solicitantes, enviándoles simplemente un sobre vacío, por lo menos hubiera necesitado cincuenta secretarias.

Un día que fui a Scutari a verlo en la propiedad de su padre, a orillas del Bósforo, me mostró gran número de esas cartas, y aún recuerdo cómo reímos hasta perder el aliento, frente a la ingenuidad y tontería de la gente.

Pero finalmente, todos estos pedidos terminaron por abrumarlo hasta tal punto que renunció a sus actividades de médico, a las que estaba empero muy apegado, y huyó de los sitios donde era conocido.

El profundo conocimiento que Ekim Bey poseía del hipnotismo y de todas las propiedades automáticas del psiquismo del hombre común se reveló muy útil en el curso de uno de nuestros viajes, en el que nos sacó muy felizmente de una situación particularmente difícil en que habíamos caído.

Nos hallábamos Ekim Bey, yo y varios compañeros en la ciudad de Yanghichar, al sur del Kachgar, de donde queríamos salir para explorar los altos valles del macizo de Hindu-Kuch. Nos habíamos concedido uno de nuestros descansos acostumbrados antes de emprender la ruta, cuando Ekim Bey recibió de su tío una carta en la que le decía que su padre había envejecido mucho en los últimos meses, y que sin duda no le quedaba mucho tiempo de vida.

Esta noticia trastornó a Ekim Bey. Resolvió interrumpir su viaje y regresar lo más pronto posible a Turquía, con el fin de pasar algún tiempo junto a su querido padre antes de que fuera demasiado tarde.

Como estos continuos desplazamientos, con la constante tensión nerviosa que exigían, comenzaban a cansarme, y como yo también tenía muchos deseos de ver a sus viejos padres, decidí abandonar la expedición y acompañar a Ekim Bey hasta Rusia.

Después de toda clase de aventuras y al precio de grandes dificultades, sin pasar por las rutas normales que conducen todas de Kachgar a Och, llegamos a la ciudad de Andiyan, en el Ferghanat.

Habíamos, de hecho, decidido en el camino aprovechar la ocasión para visitar en esa comarca, ilustre en *otros* tiempos, las ruinas de varias ciudades antiguas, de las que habíamos oído hablar mucho y que pensábamos encontrar siguiendo ciertas hipótesis lógicas, basadas sobre diversos datos históricos.

Nuestro itinerario se alargó mucho debido a eso y, finalmente, cerca de la ciudad de Andiyán, tomamos otra vez la ruta acostumbrada.

Pero cuando, después de haber comprado en Marghelan pasajes de ferrocarril para Krasnovodsk, nos sentamos en el tren, advertimos con gran preocupación que no teníamos dinero para continuar el viaje, ni siquiera para alimentarnos al día siguiente. Además, nuestra ropa estaba tan usada que no podíamos mostrarnos en público. Necesitábamos, pues, también dinero para vestirnos.

Entonces resolvimos no ir hasta Krasnovodsk, sino tomar en Cherniave el tren para Tashkent, de donde podíamos telegrafiar para pedir dinero, y vivir mal que bien esperando la respuesta.

Al llegar a Tashkent, tomamos una habitación barata en un hotel cercano a la estación, y enviamos inmediatamente nuestro telegrama.

Como no teníamos ni un solo céntimo, fuimos al bazar de ropa-vejero para vender todo cuanto nos quedaba: fusiles, relojes, podómetros, brújulas, mapas geográficos, compases, en suma, todo aquello de lo cual podíamos obtener algún dinero.

Esa misma noche, vagando por las calles discutíamos febrilmente nuestra situación, preguntándonos si la persona a quien habíamos telegrafiado estaría en casa y si pensaría en enviarnos el dinero en seguida, tanto que sin darnos cuenta llegamos al Viejo Tashkent.

Nos sentamos en un *chaijané* sarto, mientras continuábamos reflexionando sobre lo que haríamos si el dinero llegaba con retraso. Después de haber considerado buen número de combinaciones, decidimos que Ekim Bey podría pasar por un fakir hindú y *yo* por un traga-sables y por un fenómeno capaz de ingerir cualquier cantidad de sustancias venenosas. E hicimos toda clase de bromas a este respecto. Al día siguiente por la mañana, fuimos ante todo a la redacción de un periódico de Tashkent, a la oficina de los pequeños anuncios, donde también tomaban los encargos para cualquier tipo de aviso.

Había allí un dependiente judío muy simpático, recientemente llegado de Rusia. Conversamos un poco con él, y le encargamos inserciones en los tres periódicos de Tashkent, como también un enorme aviso anunciando la llegada de un fakir hindú —no recuerdo qué nombre habíamos elegido, quizá Ganez o Ganzin— que, al día siguiente por la noche, haría con su asistente Salakan, en la sala de fiestas, una demostración de experiencias hipnóticas y otros fenómenos sobrenaturales.

Nuestro dependiente se encargó de obtener de la policía la autorización para el aviso, y al día siguiente, tanto en el Nuevo como en el Viejo Tashkent, carteles sensacionales atraían el ojo de los transeúntes.

Mientras tanto habíamos pescado a dos desocupados venidos de los confines de Rusia y, después de enviarlos al *hammam* para que se quitaran la mugre, los habíamos llevado al hotel a fin de prepararlos para las sesiones de hipnotismo.

Finalmente los pusimos en tal estado de hipnosis que el día del espectáculo pudimos clavarles fácilmente enormes alfileres bajo la piel del tórax, coserles la boca, o también, después de haberlos acostado entre dos sillas, la cabeza apoyada en una y los talones en la otra, ponerles sobre el vientre enormes pesos; después de lo cual, todos los que deseaban pudieron aproximarse y arrancarles un cabello.

Pero lo que más sorprendió a los sabios, doctores y juristas del lugar fue ver cómo Ekim Bey les adivinaba el nombre, o la edad, con ayuda del procedimiento que ya he descrito.

En suma, a la salida de la primera sesión, no sólo nuestra caja estaba llena, sino que habíamos recibido centenares de invitaciones a comer. En cuanto a las miradas que nos lanzaban las mujeres, es preferible no mencionarlas.

Tres noches seguidas, renovamos estas sesiones y, como las entradas superaban en mucho nuestras necesidades, partimos lo más pronto posible para deshacernos de estos pesados admiradores.

Al escribir este capítulo, que ha revivido en mí el recuerdo de nuestras diversas expediciones y excursiones a través de Asia, no pude menos que pensar en la sorprendente idea que se forjan de *este* continente la mayoría de los europeos.

Por vivir sin interrupción en Occidente desde hace quince años, en relaciones constantes con gente de todas las nacionalidades, llegué a la conclusión de que aquí no saben y ni siquiera se imaginan lo que es Asia.

En Europa y en América, la mayor parte de la gente se representa Asia como un continente de magnitud indeterminada, en los confines de Europa, habitado por poblaciones que viven en estado salvaje, o en el mejor de los casos semisalvaje, y que han encallado allí por azar.

La idea que se hacen de su extensión es de las más vagas. Comparan fácilmente este territorio con los países europeos, y ni siquiera sospechan que el continente de Asia es tan vasto que podría contener varias Europas, y que alberga importantes comunidades de las que no sólo los europeos, sino los asiáticos mismos nunca oyeron hablar.

Además, estas «poblaciones salvajes» han alcanzado desde hace mucho tiempo, en materia de medicina, de astrología y de ciencias naturales, sin *sofisticaciones* ni explicaciones hipotéticas, un grado de perfeccionamiento al que la civilización europea sólo llegará tal vez en varios centenares de años.

Piotr Karpenko

PIOTR Karpenko, que fue mi amigo de infancia y, más tarde, llegó a ser, por su propio valer y no sólo en virtud de un diploma, un eminente geólogo, ya no pertenece a este mundo... ¡Que Dios tenga su alma!

Para dar una idea de las principales características de la individualidad de Piotr Karpenko, y para cumplir con la meta que me fijé en esta serie de mis obras —es decir, para que el lector pueda obtener de este capítulo un conjunto de informaciones que le sean realmente provechosas— bastará, creo yo, describir detalladamente las circunstancias que nos hicieron amigos, y contar luego algunas peripecias de la expedición en cuyo curso sobrevino, por voluntad del destino, el desgraciado incidente que debía acarrear su prematuro fin.

Nuestra amistad empezó en la época en que aún éramos pilluelos. Por otra parte me propongo hablar largo y tendido de todo cuanto ocurrió entre nosotros, porque podría aclarar muy bien algunos aspectos del psiquismo de esos «jóvenes holgazanes», que más tarde, a veces, se convierten en hombres notables.

Vivíamos entonces en la ciudad de Kars, donde yo participaba en el coro de los pequeños cantores de la catedral y de la ciudadela.

Ante todo debo decir que a partir del momento en que mi maestro Bogatchevsky partió de Kars, mientras que mi primer maestro, el Padre Borsh, estaba de licencia por enfermedad, me sentí privado de los dos hombres que tenían sobre mí una autoridad real, y no quise permanecer más en Kars. Como, por otra parte, mi familia hablaba de

regresar dentro de poco a Alexandropol, soñaba con ir a Tbilisi para ser admitido en el *Coro del Obispado*, proposición que me habían hecho a menudo y que parecía muy tentadora y lisonjera a mi joven amor propio

Mientras tales sueños seguían formando el centro de gravedad de mi pensar, que apenas empezaba a desarrollarse, una mañana muy temprano vi llegar corriendo a uno de los coristas de la catedral, soldado de la intendencia, que se había hecho amigo mío gracias a los buenos cigarrillos que le llevaba de vez en cuando y que, lo confieso, había sacado subrepticamente del estuche de mi tío. Jadeante, me dijo que había sorprendido por casualidad una conversación entre el comandante de la fortaleza, el general Fadeiev, y el jefe de la policía montada, en cuyo curso hablaron de arrestar a varias personas y de interrogarlas respecto de un asunto concerniente al campo de tiro; y mi nombre fue citado entre los de los sospechosos.

Me sentí muy alarmado por esa noticia, pues tenía bastante que reprocharme acerca del campo de tiro, hasta tal punto que, deseando evitar cualquier incidente desagradable, resolví no demorar más mi salida, y dejé Kars muy deprisa, a la mañana siguiente.

Ahora bien, precisamente ese incidente del campo de tiro -por cuya causa me vi obligado a huir a toda prisa de la ciudad— había dado origen a mi amistad con Piotr Karpenko.

En esa época tenía tanto en Kars como en Alexandropol a numerosos amigos, algunos de mi edad, otros que me llevaban varios años.

Entre los primeros se hallaba un muchacho muy simpático, hijo de un fabricante de vodka. Se llamaba Riauzov, o Riaizov, no recuerdo muy bien. Me invitaba a menudo a su casa, y a veces iba yo a visitarlo de improviso.

Sus padres lo mimaban mucho. Tenía su propio cuarto, donde podíamos hacer cómodamente nuestros deberes, y sobre su escritorio casi siempre nos esperaba un plato repleto de milhojas, recién salidas del horno, que entonces me gustaban muchísimo. Pero quizá lo mas importante era su hermana de doce o trece años, que solía entrar muchas veces en el cuarto cuando estaba yo.

Surgió entre nosotros mucha amistad y, sin darme cuenta, me enamoré de ella. Al parecer, ella no me miraba con indiferencia... Un idilio silencioso empezó.

Otro compañero mío, hijo de un oficial de artillería, también frecuentaba esa familia. Al igual que nosotros estudiaba en casa, preparándose para entrar en no sé qué escuela, porque al hallarlo ligeramente sordo de un oído, no pudieron admitirlo en el cuerpo de cadetes.

Era Piotr Karpenko. Estaba también enamorado de la joven Riauzov, que a su vez parecía estar bien dispuesta hacia él. Se mostraba gentil con él porque le traía a menudo dulces y flores, y conmigo, porque yo tocaba bien la guitarra y era hábil para ejecutar, en los pañuelos que gustaba bordar, unos dibujos que luego hacía pasar como suyos.

Así, los dos estábamos enamorados de esa niña, y poco a poco *la llama de los celos se encendió en nuestros corazones rivales*.

Una noche, después del servicio en la catedral al que esa «devoradora de corazones» asistió, inventé una excusa plausible y obtuve del maestro de capilla permiso para salir un poco más temprano, a fin de encontrarla a la salida y acompañarla hasta su casa.

A la puerta de la catedral tropecé con mi rival.

Los dos, con rabia en el corazón, acompañamos empero a nuestra *dama* hasta su casa, como perfectos caballeros.

Pero en el camino de regreso, no pude contenerme por más tiempo y con un pretexto cualquiera, le administré una soberana tunda.

A la noche siguiente, como de costumbre, fui con algunos compañeros al campanil de la catedral.

Aún no había campanario en el recinto de la catedral. Estaban justamente construyéndolo y las campanas colgaban de un armazón temporal hecho de madera, de forma octogonal, que con su techo elevado se parecía algo a un quiosco.

El espacio que mediaba entre el techo y las vigas de las que colgaban las campanas era sólo lo suficientemente ancho para cobijar nuestro «club»; celebrábamos reuniones casi todos los días, y sentados a horcajadas sobre las vigas, o sobre el estrecho reborde de los muros por encima del techo, fumábamos, nos contábamos anécdotas y, a veces, preparábamos nuestros deberes.

Más tarde, cuando el campanario de piedra quedó terminado y las campanas colocadas en su lugar, el campanario provisional fue ofrecido por el gobierno ruso a la nueva iglesia griega que estaban levantando y, desde entonces, sirvió de campanario a esa iglesia.

Esa noche, encontré en el club, además de los diez miembros permanentes a mi amigo Petia de Alexandropol, de paso por Kars -era hijo del inspector de los correos Kerensky, que más tarde se halló entre los oficiales muertos en la guerra ruso-japonesa— y un muchacho del barrio griego de Kars, apodado Fekhi, pero cuyo nombre verdadero era Khorkanidi, y que con el tiempo llegó a ser autor de muchos libros de clase. Había traído el *jalvá* griego preparado en casa, regalo que su tía mandaba a los jóvenes cantores, cuyos cantos tantas veces le habían «conmovido hasta el fondo del alma».

Estábamos comiendo *el jalvá*, fumando y charlando, cuando apareció Piotr Karpenko, con una venda sobre el ojo, acompañado de otros dos muchachos rusos, que no pertenecían al club. Se dirigió hacia mí para exigirme una «explicación» por la ofensa de la víspera. Y como era uno de esos adolescentes nutridos de poesía que gustan expresarse en lenguaje noble, terminó bruscamente su largo y ampuloso preámbulo con esta categórica declaración: «La tierra es demasiado pequeña para contenernos a los dos; por consiguiente, uno de los dos debe morir».

Esa grandilocuente diatriba me dio ganas de darle de puñetazos hasta que todas esas pamplinas le salieran de la cabeza. Pero mis otros amigos trataron de hacerme entrar en razón y declararon que sólo la gente que aún no había sido tocada por la cultura contemporánea, los kurdos por ejemplo, arreglan sus disputas de esa manera, y que las personas respetables recurren a modos más civilizados. Estas palabras fustigaron mi orgullo y, para que no me llamaran salvaje, ni tampoco cobarde, empecé una seria discusión sobre el incidente.

Después de mucho palabrerío, que entonces llamábamos *debates*, resultó que algunos muchachos tomaron mi partido, y los otros, el de mi rival. Estos debates no tardaron en degenerar en ensordecedores clamores que a veces amenazaban con tornarse en drama, y poco faltó para que nos arrojáramos mutuamente desde lo alto del campanario.

Para terminar se resolvió que nos enfrentaríamos en un duelo.

Entonces surgió una pregunta: ¿cómo conseguir las armas?

Era imposible encontrar, en ningún lugar, pistolas o espadas. Desde ese momento todas nuestras emociones y nuestra excitación, que ya había llegado al paroxismo, se concentraron en buscar una solución a este nuevo problema.

Había entre nosotros un tal Turtchaninov, dotado de una voz chillona, al que todos hallábamos sumamente cómico.

Mientras reflexionábamos sobre lo que haríamos, exclamó de repente con voz aguda: «¡Si es tan difícil hallar unas pistolas, nada más sencillo que procurarse unos cañones!».

Todo el mundo se echó a reír, como todas las veces que abría la boca.

—¿Por qué se ríen, pandilla de demonios? -replicó-. Para este asunto se puede muy bien emplear cañones. No hay inconveniente alguno. Ya resolvieron ustedes que uno de los dos debe morir, pero en un duelo con cañones hay muchas probabilidades de que los dos perezcan. Si aceptan correr este riesgo, mi sugerencia será el colmo de la simplicidad.

Propuso entonces que los dos fuéramos al campo de tiro, donde se realizaban los ejercicios de artillería y que, sin dejarnos ver, nos acostáramos en

algún lugar entre los cañones y los blancos, esperando allí nuestra sentencia. Aquel de los dos que muriese por una esquirra, habría sido condenado por la suerte.

Conocíamos muy bien el campo de tiro.

Se hallaba a corta distancia, justo al pie de las montañas que rodean la ciudad. Era un terreno bastante extenso y ondulado, de quince a veinte kilómetros cuadrados que, durante los períodos de tiro, en algunas épocas del año, estaba estrictamente prohibido y lo vigilaban por todos lados.

Íbamos allí a menudo, sobre todo de noche, instigados por dos grandes rufianes llamados Aivazov y Denisenko, que ejercían sobre nosotros cierta autoridad, con el fin de recoger o, mejor dicho, de robar trozos de cobre de los obuses y metralla de plomo diseminados por el terreno después de las explosiones, y que vendíamos luego al peso, a buen precio.

Pese a la absoluta prohibición de recoger los trozos de obuses y, por supuesto, venderlos, siempre nos las arreglábamos para trabajar al claro de luna, aprovechando los momentos en que los guardias del cordón de seguridad relajaban la vigilancia.

Después de nuevos debates debidos a la proposición de Turtchaninov, resolvimos categóricamente poner en ejecución ese proyecto al día siguiente.

De acuerdo con las condiciones fijadas por los *testigos* Chemuranvo, Kerensky y Jorkanidi por mi parte, y por parte de mi rival, Omitopulo y los dos extraños muchachos que él había traído consigo debíamos ir al terreno al alba, antes de que hubiera empezado el tiro y, a más o menos cien metros de los blancos, acostarnos a cierta distancia uno del otro, en algún pozo de obús donde nadie pudiera vernos y quedarnos allí hasta el crepúsculo. Aquel que sobreviviese entonces podría salir e irse a donde quisiera.

Los testigos también decidieron quedarse todo el día en las vecindades del campo de artillería, en la orilla del río Kars-Chai, y al anochecer venir a buscarnos a nuestros hoyos a fin de conocer el resultado del duelo. En caso de herida sencilla de cualquiera de los dos, o de los dos a la vez, harían lo necesario; y si los dos moríamos, dirían a todo el mundo que habíamos ido a recoger cobre y plomo, ignorando que ese día se realizaban ejercicios de tiro, y nos habían «liquidado» a los dos.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, toda nuestra tropa, provista de víveres, se dirigió al río Kars-Chai. Al llegar los testigos nos dieron a cada uno nuestra parte de provisiones y luego dos de ellos nos acompañaron al terreno, y nos acostamos en nuestros respectivos

hoyos. Regresaron luego para unirse a los demás, y pasaron el tiempo pescando en el río.

Hasta entonces todo parecía más bien una broma, pero cuando empezó el tiroteo ya no era cosa de risa. Yo no sé en qué forma y orden se desarrollaron las experiencias subjetivas interiores y las asociaciones mentales de mi rival, pero sé muy bien lo que ocurrió dentro de mí desde el comienzo de los disparos. Lo que experimenté y sentí cuando los obuses empezaron a volar y estallar sobre mi cabeza lo recuerdo hoy como si fuese ayer.

En el primer momento me sentí muy aturdido, pero muy pronto la intensidad de las emociones que confluían en mí y la potencia de confrontación lógica de mi pensamiento crecieron hasta tal punto que a cada instante tenía la impresión de pensar y vivir más que en el curso de un año entero.

Al mismo tiempo, experimentaba por primera vez una *sensación completa de mí mismo* que iba creciendo sin cesar, mientras me daba cuenta claramente de que, debido a mi ligereza, me había puesto ese día en una situación en la cual tenía muchas probabilidades de ser aniquilado, pues, en ese momento, mi muerte me parecía cierta.

Un temor instintivo ante lo inevitable se apoderó de todo mi ser, hasta tal punto que la realidad que me rodeaba parecía desaparecer para no dejar sino ese invencible terror animal.

Recuerdo que hubiera querido volverme tan pequeño como fuera posible y guarecerme en algún repliegue del terreno, con el fin de no oír más ni pensar más.

El temblor que se apoderó de todo mi cuerpo cobró poco a poco una espantosa intensidad, como si cada una de mis células vibrase independientemente; a pesar del estrépito de los cañones, oía latir mi corazón de forma muy irregular y mis dientes castañetear con tanta fuerza que a cada instante temía que se rompieran todos.

A propósito, señalaré aquí que precisamente ese incidente de mi juventud es el que hizo aparecer por primera vez en mí ciertos datos -que luego tomarían una forma más definida gracias a las influencias conscientes ejercidas sobre mí por algunos hombres con quienes entré en contacto—, datos que siempre impidieron a mi naturaleza que se dejase atormentar por los problemas en los cuales entraba en juego únicamente mi provecho personal, y me permitieron no sentir ni admitir más que temores auténticos, al mismo tiempo que me capacitaron para ponerme en el lugar del prójimo y comprender con todo mi ser, sin que nunca me dejase arrastrar ni engañar, el temor que él pudiera sentir.

No recuerdo cuánto tiempo me quedé en ese estado, acostado en el hoyo. Sólo puedo decir que también en esto, como siempre y en todo, el Tiempo, nuestro grandísimo, implacable e invisible Maestro, no dejó de recobrar sus derechos, y terminé por acostumbrarme a esa prueba interior, como también al tronar de los cañones y al estallido de los obuses a mi alrededor.

Poco a poco los pensamientos que al comienzo me habían atormentado sobre la posibilidad de mi trágico fin también desaparecieron.

Como de costumbre, el tiro incluía varias series de salvas cortadas por intervalos; sin embargo, me era imposible huir en esos momentos de tregua, aunque sólo fuera por el riesgo de caer en las manos de los guardias.

No podía hacer otra cosa que quedarme tranquilo donde estaba.

Después de comer, me dormí sin siquiera darme cuenta. Evidentemente, mi sistema nervioso, después del trabajo intensivo al que había sido sometido, exigía imperiosamente descanso.

No sé cuánto tiempo duró mi sueño, pero cuando desperté todo estaba tranquilo a mi alrededor, y la noche estaba cayendo.

Cuando desperté por completo y me representé claramente las razones de mi presencia en ese lugar, comprendí con ilimitada alegría que había salido indemne.

Sólo cuando esa egoísta alegría se apaciguó recordé a mi compañero de desgracia y me inquieté por su suerte. Salí silenciosamente de mi hoyo, miré en torno a mí, no vi a nadie y me arrastré en busca de mi amigo al lugar donde debía de hallarse.

Al verlo extendido sin movimiento tuve mucho miedo y, sin embargo, pensé, hasta estaba muy seguro, que sencillamente dormía.

Pero, de repente, al notar que había sangre en su pierna, perdí la cabeza y todo mi odio del día anterior se transformó en piedad.

El terror que sentía ahora no era menor que el que había experimentado algunas horas antes, cuando temía por mi propia vida. Quedé petrificado, en cuclillas, buscando todavía instintivamente pasar inadvertido.

Me hallaba aún en esa postura cuando los testigos se acercaron arrastrándose a cuatro patas.

Al verme observar a Karpenko yacente en forma tan extraña, al notar a su vez la sangre de su pierna, fueron presa de la misma angustia y, como yo, sentados petrificados sobre sus talones, se pusieron a mirarlo fijamente.

Como me lo confesaron más tarde, estaban también por completo convencidos de que estaba muerto.

Nuestro grupo, inmóvil y como hipnotizado, volvió a la vida cuando Kerensky, que había permanecido demasiado tiempo observando a Karpenko en esa postura incómoda, sintió de repente un violento dolor en un callo del pie; adelantándose para cambiar de postura, observó que el borde del abrigo de Karpenko se levantaba a intervalos regulares. Para mayor seguridad, se acercó más, y convencido esta vez de que Karpenko respiraba, lo anunció con un grito. Recobrándonos, nos aproximamos arrastrándonos.

Tranquilizados sobre su suerte, nosotros, que un momento antes permanecíamos mudos y como paralizados, recobramos por fin el juicio y, en torno a Karpenko, inmóvil en el hoyo, inmediatamente nos pusimos a deliberar para saber qué hacer, interrumpiéndonos constantemente. Luego, de común acuerdo, levantamos a Karpenko sobre nuestros brazos entrecruzados y lo transportamos hacia el río Kars-Chai.

Nos detuvimos en las ruinas de una fábrica de ladrillos y, después de confeccionar con mucha prisa una especie de camilla con nuestra ropa, acostamos a Karpenko para examinar su herida. Al parecer, sólo la pierna había sido rozada por una esquirla, y la herida no presentaba peligro.

Como Karpenko seguía aún inconsciente y no sabíamos qué hacer, uno de nosotros corrió a la ciudad para buscar a uno de nuestros amigos, enfermero, miembro también del coro de la catedral, mientras los demás lavaban y vendaban la herida.

Pronto llegó el enfermero en un coche, y le explicamos que el accidente había ocurrido mientras recogíamos cobre, sin habernos enterado que tendrían lugar ejercicios de tiro.

Después de examinar la herida, declaró que no era peligrosa y que el desmayo se debía a la pérdida de sangre. Apenas el herido hubo respirado sales volvió en sí.

Claro está, suplicamos al enfermero que no dijera a nadie las circunstancias del accidente, porque corríamos el riesgo de tener un serio disgusto, dada la formal prohibición de entrar en el campo de tiro.

Una vez que Karpenko volvió en sí, levantó la vista hacia los que lo rodeaban y, deteniendo la mirada en mí más tiempo que en los demás, se sonrió; y entonces algo se estremeció en mí y me invadieron el remordimiento y la piedad. A partir de ese momento, tuve por él los mismos sentimientos que hacia un hermano.

Llevamos al herido a su casa y explicamos a su familia que, al atravesar un arroyo para ir a pescar, una roca se había desprendido y le había herido la pierna.

Los padres creyeron el cuento y obtuve de ellos permiso para pasar todas las noches a su cabecera, hasta su restablecimiento.

Mientras él estaba demasiado débil para levantarse, hice de enfermero, y en ese período hablamos de muchas cosas. Así empezó nuestra estrecha amistad.

En cuanto a nuestro amor por la dama de nuestros pensamientos, tanto en uno como en el otro, se había volatilizado bruscamente.

Apenas curado Karpenko, sus padres lo llevaron a Rusia, donde, más tarde, pasó unos exámenes y entró en una gran escuela técnica.

No lo volví a ver durante varios años, pero regularmente, con motivo de mi santo y de mi cumpleaños, recibía una larga carta de él, en la que siempre empezaba dándome detalles sobre su vida interior y exterior, y siempre me pedía mi opinión sobre una serie de asuntos que le interesaban; sobre todo temas religiosos.

Su primer entusiasmo verdadero por nuestras ideas comunes se manifestó siete años después del duelo que narré.

Un verano que iba a Kars en diligencia —en esa época no había aún ferrocarril en la región— supo que yo estaba en Alexandropol, y se detuvo a fin de visitarme.

Había ido allá con la intención de proseguir, en la soledad y sin que me molestaran, ciertas experiencias prácticas relativas al problema que en ese entonces me interesaba particularmente, el de la influencia que ejercen las vibraciones del sonido tanto sobre los seres humanos como sobre todas las demás formas de vida.

El día de su llegada, después de comer juntos, le propuse que me acompañara a nuestra gran caballeriza, que había convertido en laboratorio y donde pasaba casi todo mi tiempo. Mirándome trabajar, fue presa de tal interés por todo cuanto yo hacía, que se apresuró a salir el mismo día para visitar a su familia a fin de regresar a mi lado tres días más tarde.

Permanecimos juntos casi todo el verano; de vez en cuando me abandonaba un día o dos para ir a ver a su familia en Kars.

Al final del verano, varios miembros de nuestro grupo de *Buscadores de la Verdad*, recientemente organizado, se reunieron conmigo en Alexandropol; habíamos decidido visitar las ruinas de Ani, antigua capital de Armenia, para hacer excavaciones.

Karpenko, por primera vez, se unió a nosotros en esta expedición, y gracias a los intercambios que tuvo durante varias semanas con diferentes miembros de ese grupo, gradualmente se sintió arrastrado por la corriente de ideas que nos apasionaba a todos.

Terminadas las excavaciones, regresó a Rusia, donde no tardó en obtener su diploma de ingeniero de minas. No lo volví a ver durante tres años, pero seguíamos en contacto, escribiéndonos de vez en cuando. En ese período Karpenko también intercambió cartas con varios otros miembros del grupo de *Buscadores de la Verdad*, con quienes había trabado amistad.

Al cabo de esos tres años, fue admitido como miembro permanente de nuestra original sociedad, y desde entonces tomó parte conmigo y mis otros compañeros en varias grandes expediciones a Asia y África.

En el curso de una de esas expediciones, cuya meta era ir del Pamir a las Indias, atravesando el Himalaya, sobrevino el trágico incidente al que ya aludí y que causó su prematuro fin.

Desde el comienzo habíamos hallado grandes dificultades.

Al llegar a las primeras estribaciones al noroeste del Himalaya, mientras pasábamos por una garganta escarpada, un fuerte alud nos sepultó bajo la nieve.

Tuvimos muchas dificultades para salir del paso. Por desdicha, dos de los nuestros faltaban; con toda prisa los sacamos, pero lamentablemente ya habían muerto.

Uno de ellos era el barón F..., especialista en ocultismo, y el otro nuestro guía Karakir-Yainu.

Así nos hallamos privados no sólo de un verdadero amigo en la persona del barón F..., sino también de un guía que conocía admirablemente el país.

Debo decir, al respecto, que la región donde se produjo el accidente, situada entre los montes del Hindu-Kuch y la gran cadena del Himalaya, está por entero constituida por una caótica maraña de estrechos valles; y nunca en las formaciones de ese tipo, surgidas de algún cataclismo, exploramos unas tan inextricables.

Era de creer que las Potencias superiores quisieron hacer esas regiones complicadas y desconcertantes para que ningún ser humano tuviera la osadía de aventurarse en ellas.

Después de ese accidente, que nos privaba de un guía considerado hasta entre los suyos como el mejor conocedor de todos los rincones y recovecos de la región, erramos varios días, buscando salir de ese inhospitalario lugar.

«¿No tenían acaso mapas y brújulas?», se preguntará sin duda el lector. Desde luego los teníamos, y aun más de los que necesitábamos, pero en realidad sería un beneficio para aquel que se aventurase en esos parajes si esos «mapas» nunca hubieran existido.

Un mapa, como decía nuestro amigo Ielov, se llama en la tribu de los S... *jormanupca*, lo que significa «sabiduría», y la palabra «sabiduría» en su idioma se define así: *Prueba mental de que dos por dos son siete y medio, menos tres y algo.*

Para utilizar en forma útil los mapas contemporáneos, no hay-medio mejor que poner en práctica un juicioso dicho que nos llegó de los tiempos más remotos: *Si quieres tener éxito en cualquier negocio, pide la opinión de una mujer, y haz exactamente lo contrario.*

Así ocurre con esos mapas: si quiere usted seguir el buen camino, consulte un mapa y tome la dirección opuesta; tendrá la seguridad de llegar a donde quiere.

Esos mapas son excelentes para aquellos de nuestros contemporáneos que, siempre sentados a su escritorio, sin tiempo ni posibilidad de ir a ninguna parte, tienen empero que escribir muchos libros de viajes y aventuras. Para ellos estos mapas son preciosos, porque gracias al tiempo que ahorran, quedan en libertad de fabricar sus fantásticas historias.

Quizá existan buenos mapas de algunas regiones, pero yo, que tuve muchos en las manos en el curso de mi vida, desde los antiguos mapas chinos hasta los modernos mapas de estado mayor, nunca pude encontrar ni uno solo que fuera útil, en el momento en que lo necesitaba verdaderamente.

Algunos mapas pueden a veces ayudar a los viajeros para orientarse mal que bien, pero sólo en los lugares superpoblados; en cuanto a los mapas de las regiones inhabitadas, es decir, de los lugares donde más necesarios son, por ejemplo en Asia Central, como acabo de decirlo, más valdría que no existieran en absoluto. Puesto que deforman la realidad hasta el punto de ser cómicos.

Supongamos, por ejemplo, que de acuerdo con las indicaciones del mapa, tenga usted que franquear al día siguiente un paraje elevado donde, por supuesto, prevé que hará frío. En la noche, al hacer el equipaje, saca la ropa abrigada y cuanto necesita para protegerse del frío. Embala todo lo que queda y carga los sacos sobre los animales, poniendo al alcance de la mano la ropa abrigada.

Pues bien, casi siempre y a pesar de las indicaciones del mapa, usted atravesará valles y zonas bajas, y en lugar del frío tendrá que aguantar un calor tal que mandaría al diablo hasta su propia camisa. Como, por otra parte, la ropa abrigada no fue bien embalada ni tampoco sólidamente fijada al lomo de los animales, resbala y se mueve a cada paso e incomoda tanto a los animales como a los viajeros. En cuanto a rehacer el equipaje en el camino, sólo los que lo han experimentado,

aunque sea una sola vez en el curso de un largo día de marcha, pueden comprender lo que esto significa.

Claro está que cuando se trata de viajes emprendidos por cuenta de algún gobierno con fines políticos para los que asignan importantes sumas, o bien de una expedición financiada por alguna viuda de banquero, ardiente teósofa, entonces se pueden tomar a muchos portadores para embalar y desembalar el equipaje; pero un verdadero viajero debe hacerlo todo por sí mismo, y hasta si tuviera criados le sería imposible no ayudarlos, porque es penoso para un hombre normal, en medio de las dificultades del viaje, asistir con los brazos cruzados a los esfuerzos que hacen los demás.

Esos mapas contemporáneos son lo que son porque con toda evidencia fueron confeccionados según unos procedimientos que una vez presencié.

Viajaba entonces con varios miembros del grupo de los *Buscadores de la Verdad* a través de las montañas del Pamir, más allá del pico Alejandro III.

En aquella época, en un valle próximo a ese pico, se encontraba el cuartel general de los prospectores del servicio topográfico del ejército del Turquestán.

El jefe prospector era cierto coronel, muy amigo de uno de nuestros compañeros de viaje, e hicimos un rodeo para pasar especialmente por ese valle para ir a verlo.

El coronel tenía como asistentes a algunos jóvenes oficiales del Estado Mayor, que nos recibieron con mucho placer, ya que hacía varios meses que vivían en esos parajes donde hubiera sido imposible encontrar un alma a cien kilómetros a la redonda.

Nos quedamos en sus tiendas tres días, resueltos a descansar bien.

Cuando estábamos a punto de salir, uno de los jóvenes oficiales nos pidió permiso para unirse a nosotros, ya que debía ir en la misma dirección para levantar el mapa de una región situada a dos días del camino. Se llevó dos soldados topógrafos.

En un valle, tropezamos con un campamento de Kara-Kirguises nómadas y entablamos conversación con ellos. El oficial que nos acompañaba hablaba también su idioma.

Uno de los kara-kirguises era un hombre de edad y, sin duda, de mucha experiencia. El oficial, uno de mis amigos y yo le pedimos que comiera con nosotros, con la esperanza de aprovechar sus conocimientos del lugar para sonsacarle todas las informaciones posibles.

Hablábamos mientras comíamos un excelente *javurma* de cordero relleno; el oficial también tenía vodka que había traído de Tashkent

y que esos nómadas aprecian mucho. Sobre todo cuando ninguno de los suyos los ve beber.

Después de algunos tragos de vodka, el viejo kara-kirguis nos dio varias informaciones sobre esas regiones y nos indicó algunas curiosidades dignas de verse.

Señalándonos una montaña cuya cumbre cubierta de nieve eterna ya habíamos notado, declaró: «¿Ven ustedes allá ese pico? Pues justo detrás de él, hay tal y tal cosa, y tal otra todavía, y también la famosa tumba de Iskandes».

Nuestro oficial dibujaba cuidadosamente todo cuanto le era descrito; además, era muy bueno dibujando.

Cuando terminamos de comer y el kara-kirguis volvió a su campamento, miré el dibujo del oficial y comprobé que había dibujado todo lo descrito por el anciano, pero no detrás de la montaña, como le habían indicado, sino delante.

Se lo hice notar y comprendí por su respuesta que había confundido «delante» y «atrás», ya que en ese idioma las palabras «delante» y «atrás», *bu-ty* y *pu-ty*, parecen casi las mismas, sobre todo cuando se dicen rápidamente en medio de una frase. Al oído de una persona que no conoce ese idioma a fondo, ambas palabras suenan casi iguales.

Cuando el oficial comprendió su error, se contentó con exclamar «¡Que se vaya al diablo!», y cerró ruidosamente su libreta. Hacía casi dos horas que dibujaba y, por cierto, no tenía ningún deseo de empezar todo de nuevo, tanto más cuanto que nos preparábamos para seguir nuestro camino.

Tengo la seguridad de que después el croquis fue copiado en un mapa exactamente como lo había dibujado el oficial. Más tarde el editor - que nunca ha ido a esos lugares, desde luego— habrá puesto esos detalles no del buen lado de la montaña, sino del otro, y es ahí donde nuestros hermanos viajeros en adelante esperarán hallarlos. Los mapas, con muy raras excepciones, se confeccionan de esa manera. Por lo tanto, no hay que extrañarse si el mapa indica un río muy cercano, de encontrar en su lugar una de las opulentas hijas de Su Majestad el Himalaya.

Así seguimos nuestro camino a la ventura durante varios días, sin guías, tomando las mayores precauciones para evitar el encuentro con alguna banda de salteadores que, especialmente en ese tiempo, gustaban de convertir ceremoniosamente en cautivos a los europeos que caían en sus manos para luego canjearlos, no menos ceremoniosamente, por un buen caballo, con cualquier otra tribu que viviese en esa

parte de nuestro querido planeta, o sencillamente por una joven, también cautiva desde luego.

De etapa en etapa llegamos a un pequeño torrente que decidimos seguir, suponiendo que finalmente nos llevaría a algún lugar. Ni siquiera sabíamos si estaría situado al norte o al sur, ya que la región donde nos hallábamos era una línea divisoria de las aguas.

Caminamos a lo largo de las orillas tanto tiempo como nos fue posible, pero de pronto algunos lugares se volvieron demasiado escarpados y casi inaccesibles, y tuvimos que entrar en el lecho mismo del torrente.

Sólo habíamos andado escasos kilómetros, cuando el río, aumentado por numerosos pequeños afluentes, se volvió demasiado hondo para poder seguir su cauce. Tuvimos que detenernos y deliberar seriamente acerca de cómo continuar el viaje.

Finalmente decidimos matar todas las cabras que habían servido para acarrear nuestro equipaje y asegurar nuestro abastecimiento, y confeccionar con sus pieles algunos *burdiuks* para construir una balsa en la que bajaríamos por el río.

Para llevar a cabo lo resuelto, elegimos no lejos de allí un lugar cómodo donde pudiéramos fácilmente defendernos de todo peligro y establecer nuestro campamento.

Ya era demasiado tarde para emprender algo ese mismo día; después de levantar las tiendas, comer, encender las fogatas según las reglas y, desde luego, designar a la guardia que debía relevarse en el curso de la noche, nos fuimos a dormir.

El día siguiente lo dedicamos a matar las cabras que, aún la víspera, considerábamos sinceramente como amigas y asociadas a nuestros esfuerzos por superar la dificultad del viaje.

Después de esta bella manifestación cristiano-musulmana, mientras uno de nosotros se ocupaba de cortar la carne en trozos pequeños para asarla y llenar algunos odres, otros preparaban los *burdiuks* y los inflaban, otros más retorcían las tripas de las cabras para hacer unas cuerdas destinadas a reforzar la balsa y fijar los *burdiuks*. Un último grupo, al cual pertenecía yo, salió del campamento, armado con hachas con el fin de procurarse la madera dura, necesaria para la construcción de la balsa.

En nuestra búsqueda nos alejamos bastante del campamento. Necesitábamos una especie de plátano, llamado allá *karagatch*, y también abedul fibroso. Sólo esas dos clases de madera nos parecían lo suficientemente sólidas como para resistir los golpes contra las rocas en los pasos estrechos y en los rápidos.

En las vecindades del campamento se veían sobre todo higueras y otras especies de madera blanda.

Avanzábamos examinando los árboles, cuando divisamos a alguna distancia a un hombre que pertenecía a una de las tribus locales, sentado en el suelo. Después de ponernos de acuerdo, resolvimos preguntarle dónde podríamos encontrar los árboles que necesitábamos.

Al aproximarnos vimos que estaba vestido de harapos y reconocimos, por su cara, que era una especie de *ez-ezunavurán*, es decir, uno de esos hombres que trabajan sobre sí mismos para la salvación de su alma o, como los llaman los europeos, fakires.

Ya que empleo aquí la expresión fakir, no considero supérfluo hacer una pequeña digresión a fin de proyectar alguna luz sobre esa famosa palabra. De hecho, es una de esas muchas palabras vacías que, por habérsele atribuido un significado erróneo, ejercen una acción automática en todos los europeos actuales y constituyen una de las principales causas de la creciente degeneración de su pensar.

El sentido de la palabra fakir, tal como lo entienden los europeos, es desconocido en los pueblos de Asia y, sin embargo, esa palabra se emplea allá por doquier. *Fakir*, o más correctamente, *fakhr*, deriva de una palabra turcomana que significa «mendigo», y en casi todas las poblaciones del continente asiático cuyos idiomas obtuvieron sus raíces del antiguo turcomano, esa palabra llegó a significar en nuestros días «embustero» o «tramposo».

Para expresar el concepto «embustero» o «tramposo», esos pueblos disponen de dos palabras, provenientes las dos del antiguo turcomano. Una de esas palabras es *fakir*, la otra es *luri*.

La primera designa más especialmente a aquel que por su astucia saca provecho de los demás explotando su religiosidad, mientras que la segunda se aplica a aquel que explota simplemente su estupidez.

El nombre *luri*, entre otras aplicaciones, se da a los gitanos, a la vez como pueblo y como individuos.

En general los gitanos llevan en todas partes una vida nómada entre las demás poblaciones. Se ocupan principalmente del tráfico de caballos y de menudencias, cantan en los festines, predicen la buena-ventura y otras cosas por el estilo. Acampan por lo común en la orilla de los centros más poblados, y con toda clase de astucias abusan de la ingenuidad de los ciudadanos y de los campesinos. Por esa razón el nombre *luri* se usa desde hace mucho tiempo en Asia para calificar a todo individuo que es un tramposo o un fullero, sea cual sea su raza.

El «fakir», tal como lo imaginan los europeos, entre los asiáticos se designa más a menudo con la palabra *ez-ezunavurán*, que deriva del turcomano y significa «el que se castiga a sí mismo».

En Europa he oído hablar mucho de los supuestos fakires, y he leído muchos libros sobre ellos. La mayoría de esos relatos y escritos afirman que sus «destrezas» son sobrenaturales o milagrosas, cuando en realidad se trata de artificios ejecutados por trapaceros sin escrúpulos y embaucadores de primera.

Para comprender a qué confusión llegan los europeos, creo que basta decir que, cuando viajé por todos esos lugares donde, según el concepto europeo, deberían hallarse esos fakires nacidos de su imaginación, no encontré ni a uno solo.

Sin embargo, tuve la suerte de encontrar muy recientemente a un verdadero fakir, tal como lo conciben los pueblos del continente asiático, y no lo hallé en ninguno de los países donde los europeos creen que viven *los fakires*, como por ejemplo la India o cualquier otro país de Asia, sino en el mismo corazón de Europa, en la ciudad de Berlín.

Un día caminaba a lo largo de la Kurfürsten Damm, en dirección a la entrada principal del Jardín Zoológico, cuando vi en la acera a un hombre sin piernas sentado en un carrito, que hacía girar la manivela de una caja de música antediluviana.

En Berlín, capital de Alemania, como en las otras poblaciones que representan, por así decir, la quintaesencia de la civilización contemporánea, todo llamado directo a la caridad está prohibido, aun cuando se autoriza a mendigar de cualquier otro modo. Por esa causa algunos dan vuelta a la manivela de un viejo organillo, otros venden cajas vacías de cerillas, y otros tarjetas postales indecentes como también literatura del mismo estilo; y en esa forma la policía los deja más o menos tranquilos.

Ese mendigo, pues, hacía andar su caja de música, a la que le faltaba la mitad de las notas. Llevaba el uniforme de soldado alemán.

Al pasar le di una moneda y, al mirarlo por casualidad, su cara me pareció familiar.

No le pregunté nada, porque nunca me arriesgaba a hablar con desconocidos en mi alemán chapurreado, pero traté de recordar dónde había visto esa cara.

Después de terminar mis asuntos, regresé por la misma calle. El lisiado aún estaba allí. Me aproximé muy lentamente, mirándole con atención, tratando de recordar por qué esa fisonomía me era tan familiar, pero en ese momento no logré hacerlo. Sólo al llegar al *Romanisches Café*, recordé de repente: ese hombre era el marido de una

dama que me había enviado unos años antes en Constantinopla un médico amigo mío, con una **carta** de presentación, con el fin de que le prestara atención médica.

El esposo de esa dama era un ex oficial ruso que había sido evacuado de Rusia a Constantinopla con el ejército de Wrangel.

Y ahora recordaba que la joven dama había venido a verme con un hombro dislocado y el cuerpo cubierto de equimosis.

Mientras le examinaba el brazo, me contó que su marido la había golpeado porque no quiso venderse a buen precio a un judío español.

Con la ayuda de los médicos Victorov y Maximovich, puse el hombro como pude en su sitio, y ella se fue.

Dos semanas después yo estaba en un restaurante ruso llamado *La Rosa Negra* cuando vi a esa joven dama que se me acercaba. Señalándome con un movimiento de cabeza un hombre sentado a la mesa que acaba de dejar, me dijo precipitadamente: «Es él, es mi marido», y añadió: «Me he reconciliado de nuevo con él. Al fin y al cabo es un buen hombre, aunque a veces tiene arrebatos». Luego, salió precipitadamente, y entonces comprendí a qué tipo de mujer pertenecía. Luego miré detenidamente la cara de ese oficial, que me interesaba por la rareza de sus rasgos.

Y resulta que hoy, en Berlín, encontraba al mismo oficial, lisiado, llevando el uniforme alemán, dando vuelta a la manivela de un organillo, y recogiendo unas monedas. En el curso del día, los transeúntes apiadados arrojaban muchas monedas a esas pobres víctimas de la guerra.

Según mi parecer, ese hombre era un verdadero fakir, en el sentido en que lo entienden todos los pueblos de Asia; y en cuanto a sus piernas, ¡qué Dios me conceda el tenerlas tan sanas y tan robustas!

Pero basta de este asunto. Volvamos al tema principal de este capítulo...

Así, nos acercamos a ese *ez-ezunavurán*, y después de las saluciones usuales, nos sentamos a su lado. Antes de pedirle lo que deseábamos, empezamos a conversar sobre cualquier tema a fin de observar las formas de cortesía en uso en esos países.

Interesa señalar aquí que el psiquismo de los pueblos que viven en esas regiones difiere totalmente del de los europeos. Estos, casi siempre, lo que tienen dentro de la cabeza, lo tienen también en la lengua. En los asiáticos no ocurre lo mismo, la dualidad del psiquismo está fuertemente desarrollada.

Cualquiera de ellos puede mostrarse educado y cortés, al mismo tiempo que lo odia a uno con todo su corazón y maquina toda clase de maldades.

Muchos europeos que vivieron con ellos decenas de años sin comprender esa peculiaridad y que los juzgan comparándolos consigo mismos no observan nada y provocan constantemente equívocos que hubieran podido evitar. No se dan cuenta de que los asiáticos tienen mucho amor propio y soberbia, y que cada uno de ellos, cualquiera que sea su situación, exige de todos cierta actitud hacia él como individuo.

En algunos puntos son muy estrictos. Así, al abordar a ese hombre no le preguntamos en seguida lo que queríamos saber, ya que ¡Dios nos libre de hacerlo antes de haber observado las reglas acostumbradas de cortesía!

Entre ellos las cosas importantes se reservan para el final, y es preciso llegar a ellas poco a poco, *como* por casualidad; de otro modo, y en el mejor de los casos, lo dirigirán muy cortésmente hacia la izquierda cuando el camino que buscaba está a la derecha. Por el contrario, si usted cumple todas las reglas, no sólo le dirán lo que quiere saber, sino que se afanarán por ayudarle, en la medida de lo posible, a llegar a su destino.

Conociendo esta particularidad, una vez sentados a su lado, empezamos a hablar de la belleza del paisaje, diciéndole que estábamos allí por primera vez, preguntándole cómo se sentía, si las condiciones le convenían, y así sucesivamente. Y sólo después de largo rato le dije de paso: «Necesitamos tal y cual madera para nuestras balsas, pero no la hallamos en ningún lugar de los alrededores».

Nos contestó que sentía mucho no poder informarnos al respecto, pues hacía poco que estaba en la región, pero que su Maestro, que vivía allí desde hacía mucho tiempo y conocía bien los alrededores, tal vez lo supiera. Era un venerable anciano, que vivía en una gruta, exactamente detrás de la colina.

Se levantó para ir allá en seguida, pero el doctor Sari-Oglé lo detuvo y le preguntó si podíamos ver a su honorable Maestro y preguntarle nosotros mismos dónde podríamos encontrar la madera que necesitábamos: «Por supuesto», contestó, «iremos juntos. Mi Maestro es casi un santo, y siempre está dispuesto a ayudar a todo el mundo».

Divisamos a lo lejos a un hombre que estaba sentado en una pradera, a la sombra de un grupo de árboles. Sin esperarnos, nuestro guía corrió para decirle algunas palabras, y nos hizo señas de acercarnos. Después del intercambio de las saluciones usuales, nos sentamos a su lado. En ese momento, otro habitante de ese lugar apareció y vino a sentarse con nosotros. Supimos más tarde que era también un discípulo de ese venerable *ez-ezunavurán*.

El rostro del anciano nos pareció tan lleno de bondad y tan diferente del de un hombre ordinario que, sin ninguna maniobra preliminar y sin ocultarle absolutamente nada, le contamos lo que nos había sucedido y cómo pensábamos salir de esa situación.

Nos escuchó con la mayor atención, y después de reflexionar unos instantes, nos dijo que el río a cuya orilla nos habíamos detenido era un afluente del Chitral, el que a su vez era afluente del río Kabul, que desembocaba en el Indo.

Añadió que para salir de esa región había numerosas carreteras pero que todas eran largas y difíciles. Si éramos capaces de realizar el viaje como lo habíamos proyectado, evitando, con suerte, las orillas habitadas por hordas poco acogedoras para los extranjeros, entonces nuestro plan era el mejor que se podía imaginar. En cuanto a la clase de madera que buscábamos, pensaba que no valía nada y que nos convendría más emplear madera de cornizo. Y precisó que a la izquierda del camino por donde habíamos venido había un valle en el que ese arbusto crecía en tupidos matorrales.

Iba a añadir algo más, pero en ese momento oímos un ruido muy cercano, uno de esos ruidos que hacen estremecer a un viajero de pies a cabeza. El *ez-ezunavurán* se volvió tranquilamente en la dirección de donde venía el ruido. Con su voz de anciano lanzó un grito particular, y algunos instantes después surgió de los matorrales, en toda su belleza y fuerza, un enorme oso gris, llevando algo en la boca.

Como el animal se dirigía hacia nosotros, el anciano gritó otra vez. El *oso*, mirándonos con ojos centelleantes, se acercó sin prisa, depositó a los pies del anciano lo que llevaba, y dando media vuelta desapareció en los matorrales.

Nos quedamos petrificados, y el temor instintivo que se había apoderado de nosotros era tan fuerte que nos castañeteaban los dientes.

El anciano nos explicó con benevolencia que el oso era uno de sus buenos amigos y que a veces le traía *tchungari*¹.

Aun después de estas tranquilizadoras palabras nos era difícil recobrarnos por completo; nos mirábamos unos a otros desconcertados, y nuestros rostros mostraban nuestra intensa perplejidad.

El anciano, levantándose pesadamente, nos sacó de nuestro estupor; nos dijo que esa era la hora de su paseo cotidiano y que, si así lo deseábamos, nos acompañaría al valle donde crecían los cornizos.

1- El *tchungari* es una especie de maíz que crece en esas regiones.

Luego recitó una plegaria y encabezó la marcha. Lo seguimos con sus discípulos hasta el valle que, en efecto, estaba cubierto de matorrales de cornizos, y todos, incluso el anciano, empezamos a cortar los arbustos que necesitábamos, eligiendo los más gruesos.

Cuando recogimos dos enormes pilas, juzgando que nuestra tarea había terminado, preguntamos al anciano si aceptaría venir con nosotros hasta nuestro campamento, que no estaba muy lejos, para permitir a uno de nuestros amigos, que tenía una maquinita especial, sacar su retrato con gran exactitud, lo que no demoraría mucho.

El anciano al principio se negó, pero sus discípulos nos ayudaron a persuadirlo y, cargados con nuestros fardos, fuimos a la orilla del río, donde habíamos dejado a nuestros compañeros trabajando.

En pocas palabras pusimos a los demás al corriente del asunto. El profesor Skridlov tomó una fotografía del anciano e inmediatamente se la reveló.

Mientras tanto, a la sombra de una higuera, nos sentamos en círculo en torno al *ez-ezunavurán*. Vitvitskaia estaba con nosotros, con el cuello vendado, ya que un mes antes había cogido una desagradable enfermedad de la garganta, bastante común en esas montañas, que le daba el aspecto de tener bocio.

Al observar su venda, el anciano le preguntó qué tenía.

Después de oír nuestras explicaciones, le pidió que se acercase, la examinó cuidadosamente, le tocó el cuello con cuidado, la hizo acostarse de espaldas y empezó a darle masajes en la hinchazón de diversas maneras, murmurando ciertas palabras.

Cuál no sería nuestra sorpresa cuando, después de unos veinte minutos de masaje, la enorme hinchazón empezó a desaparecer ante nuestros ojos. Unos veinte minutos después, no quedaba absolutamente nada.

En ese mismo momento el profesor Skridlov regresaba con una copia de la fotografía.

Estupefacto a su vez, se prosternó ante el anciano y, con una humildad que no le era habitual, le suplicó que le curase unos dolores de cintura que lo hacían sufrir atrocemente en los últimos días.

El anciano le pidió algunos detalles sobre su enfermedad, y mandó en seguida a uno de sus discípulos para que arrancara la raíz de un arbusto que le señaló.

Luego dio esa raíz al profesor diciéndole: «Tome una parte de esta raíz con dos partes de corteza de higuera, que encontrará casi en todos los lugares. Póngalas a hervir juntas y, cada dos días, durante dos meses, beba un vaso de esa infusión, como si fuera té, antes de dormir».

Entonces pidió que le mostrasen la fotografía, que todos se pusieron a examinar, y que maravilló a sus discípulos.

Luego invitamos al anciano a comer con nosotros *javurma* de cabra, con pasteles de *pokhand*,² a lo cual no se negó.

Supimos en el curso de la conversación que otrora había sido *top-bashi* del emir de Afganistán, abuelo del emir actual, y que a la edad de sesenta años, después de ser herido durante un conato de rebelión de los belutchís, fomentado por alguna potencia europea, había regresado a su Jorasán natal.

Cuando sus heridas estuvieron por completo curadas, no quiso reintegrarse a su puesto, ya que empezaba a sentir el peso de los años y decidió consagrar el resto de su vida a la salvación de su alma.

Ante todo se relacionó con unos derviches persas, luego se hizo admitir entre los bautistas, pero no tardó en abandonarlos con el fin de regresar a Afganistán donde entró en un monasterio, cerca de Kabul. Cuando hubo comprendido todo cuanto le era necesario y tuvo la convicción de que ya no necesitaba a nadie, se puso a buscar un retiro, lejos de los hombres.

Después de hallarlo en ese lugar, se afincó allí, en compañía de algunos hombres deseosos de vivir según sus indicaciones. Ahora esperaba la muerte, puesto que tenía noventa y ocho años y es muy raro hoy en día llegar a los cien años.

En el momento en que el anciano se disponía a levantarse, Ielov, a su vez, le pidió que tuviera la bondad de darle un consejo respecto a sus ojos. Varios años antes, en la región transcaspiana, había padecido de tracoma; a pesar de todos los tratamientos, no logró curarse y el mal se hizo crónico: «Mis ojos no me duelen siempre, pero todas las mañanas supuran y están pegados; además cuando se produce un cambio de clima o una tempestad de arena, me suelen doler mucho».

El *ez-ezunavurán* le aconsejó moler muy finamente un poco de sulfato de cobre y, cada noche antes de dormir, humedecer una aguja con su propia saliva, ponerla en el sulfato de cobre y pasarla por los párpados. Debía repetir esa operación durante algún tiempo. Dicho lo cual, el anciano se levantó e hizo a cada uno de nosotros el gesto que corresponde allá a lo que en Europa se llama bendición, y se dirigió a su gruta; todos, hasta nuestros perros, lo seguimos.

Al acompañarle, habíamos proseguido nuestra conversación con él. De repente Karpenko, sin haber consultado a nadie, le habló en

2.- El *pokhand* es una harina preparada con cebada tostada y con la que se hace un pan delicioso.

idioma uzbek y le dijo: «¡Santo padre! Usted, a quien por voluntad del destino hemos encontrado en estos parajes en forma tan inesperada, y que es hombre grande por el saber y rico por la experiencia tanto en el plano de la vida ordinaria como en el plano de la preparación de sí mismo, para el ser que debe subsistir después de la muerte, estamos convencidos de todo corazón de que no nos negará su consejo, si usted lo juzga conveniente, sobre la vida que deberíamos llevar y el ideal que deberíamos guardar presente para llegar finalmente a vivir en conformidad con los designios de Lo Alto, de una manera que sea digna del hombre».

El venerable anciano no contestó en seguida a la extraña petición de Karpenko. Se puso a mirar a su alrededor, como si buscara algo, y se acercó a un tronco de árbol caído.

Se sentó, esperó hasta que todos estuviéramos instalados, algunos en el árbol, otros en el suelo, se volvió hacia Karpenko, y empezó a hablar lentamente.

Su respuesta, de sumo interés y de gran profundidad, tomó la forma de un largo sermón.

Lo dicho entonces por el viejo *ez-ezunavurán* formará parte de la tercera serie de mis escritos; lo transcribiré en un tercer capítulo especial titulado «El cuerpo astral del hombre, sus necesidades y posibilidades de manifestación conformes con las leyes».

Por el momento me limitaré a hablar de los resultados que dieron las curas del venerable anciano, tal como lo verifiqué varios años más tarde. Nunca más tuvo Vitvitskaia el menor dolor ni el menor síntoma de reaparición del mal que había padecido. Por su lado, el profesor Skridlov no sabía cómo expresarle su agradecimiento al anciano que sin duda lo había librado para siempre de los dolores que lo atormentaban desde hacía doce años. En cuanto a Ielov, su tracoma había desaparecido por completo un mes después.

Después de ese evento, rico en significado para todos, necesitamos aún tres días para construir la balsa y terminar todos nuestros preparativos.

El cuarto día, muy temprano por la mañana, la improvisada balsa fue colocada en el agua y empezamos a bajar por el río.

Al comienzo, nuestra original embarcación no tenía siempre suficiente agua para flotar; en algunos lugares debíamos empujarla, hasta a veces acarrearla. Pero a medida que avanzábamos, más hondo se ponía el río, y mejor flotaba la balsa. En algunos momentos, a pesar de su carga, volaba literalmente.

No podíamos decir que nos sentíamos muy seguros, especialmente cuando la balsa navegaba por pasos estrechos y chocábamos con

las rocas; pero, luego, cuando estuvimos convencidos de su resistencia, como también de la eficacia del dispositivo ideado por el ingeniero Samsunov, nos sentíamos a nuestras anchas y hasta con ganas de bromear.

La genial idea de Samsunov estribaba en utilizar seis *burdiuks* sólidamente fijados, dos delante y dos atrás, que servirían de flotadores todas las veces que la balsa tropezara con las rocas.

El segundo día de esta singular navegación, intercambiamos algunos disparos con una banda de indígenas que pertenecían a una tribu ribereña.

Y en ese tiroteo Piotr Karpenko fue gravemente herido.

Debía morir dos años después, aún muy joven, en una ciudad de Rusia central.

¡Paz a tus cenizas, a ti, el mejor y más sincero de los compañeros!

El profesor Skridlov

TAMBIÉN deseo hablar de uno de los amigos más próximos a mi esencia, un amigo de mucha más edad que yo, el profesor de arqueología Skridlov, a quien conocí en los primeros años de mi edad responsable y que desapareció sin dejar huella durante la gran agitación de los espíritus en Rusia.

Hablé en el capítulo referente al príncipe Liubovedsky de cómo lo conocí cuando él buscaba un guía para visitar los alrededores de El Cairo.

Lo encontré otra vez cuando realizaba mi primer viaje con el príncipe Liubovedsky, en la antigua ciudad de Tebas, donde había venido a reunirse con nosotros para emprender excavaciones.

Durante tres semanas vivimos juntos en el interior de una tumba, y en los momentos de descanso hablábamos de nuestro trabajo, ocupándonos sobre todo de problemas metafísicos. A despecho de nuestra diferencia de edad, llegamos poco a poco a ser tan buenos amigos que, cuando el príncipe Yuri Liubovedsky regresó a Rusia, resolvimos no separarnos y realizar juntos un gran viaje.

Desde Tebas subimos por el Nilo hasta sus fuentes y llegamos a Abisinia, donde nos quedamos tres meses; después, por el mar Rojo, fuimos a Siria y de allí a las ruinas de Babilonia. Después de cuatro meses de vida en común, el profesor Skridlov se quedó solo en ese lugar para proseguir sus excavaciones, mientras yo partía para Ispahán, por Meshed, en compañía de dos persas, comerciantes en alfombras, a quienes había conocido por casualidad en un pequeño pueblo de los

alrededores de Babilonia, y con quienes había simpatizado porque, como yo, eran verdaderos expertos en materia de alfombras antiguas.

Me encontré otra vez con el profesor Skridlov dos años después, en la ciudad de Orenburgo, donde acababa de llegar con el príncipe Liubovedsky. Esa ciudad debía ser el punto de partida de una gran expedición a través de Siberia, emprendida por nuestro grupo de los *Buscadores de la Verdad* para responder a algunas exigencias del programa que nos habíamos trazado.

Después de ese viaje a Siberia nos vimos muy a menudo, sea para emprender juntos viajes de duración más o menos larga a los rincones apartados de Asia y de África, sea para breves entrevistas cada vez que estimábamos necesario consultarnos, o simplemente por azar.

Me propongo contar detalladamente uno de nuestros encuentros y el largo viaje que le siguió, porque en el curso de ese viaje su vida interior experimentó una crisis decisiva, a partir de la cual su psiquismo no sólo estuvo animado por sus pensamientos, sino también por su sentimiento y su instinto, que hasta empezaron a predominar, es decir, tomaron la iniciativa.

Esa vez me encontré con él completamente por casualidad. Era en Rusia, poco después de la entrevista que tuve en Constantinopla con el príncipe Liubovedsky.

Me dirigía a Transcaucasia. En el restaurante de una estación de ferrocarril, mientras me daba prisa en terminar una de esas famosas costillas de caballo introducidas en Rusia, con el nombre de chuletas de vaca, por los tártaros de Kazan para las fondas de las estaciones de ferrocarril, me sentí de repente abrazado por alguien que estaba detrás de mí. Me volví: era mi viejo amigo Skridlov.

Por casualidad viajaba en el mismo tren que yo. Iba a casa de su hija, que vivía en la estación termal de Piatigorsk.

A ambos nos encantó este encuentro y decidimos seguir juntos el viaje. El profesor abandonó de buena gana su compartimiento de segunda clase para venir conmigo -yo viajaba, claro está, en tercera- y conversamos a todo lo largo del trayecto.

Me contó que, después de haber abandonado las minas de Babilonia, había regresado a Tebas para emprender allí nuevas excavaciones en sus alrededores.

En los últimos dos años había realizado interesantes y preciosos descubrimientos; luego, el deseo de volver a ver su tierra y a sus hijos lo había impulsado a tomar unas vacaciones. Por lo tanto había llegado desde hacía poco a Rusia, y después de ir directamente a San Petersburgo y luego a Yaroslavl a casa de su hija mayor, se dirigía ahora

a Piatigorsk a casa de su hija menor quien, durante su ausencia, le había *preparado*, como decía él, dos nietos.

No sabía aún cuánto tiempo se quedaría en Rusia ni lo que haría después.

A mi vez le conté cómo había pasado esos dos años, cómo, poco después de nuestra separación, mi interés por el Islam se había despertado y había conseguido, al precio de grandes dificultades y valiéndome de toda clase de astucias, introducirme en La Meca y en Medina, inaccesibles a los cristianos, con la esperanza de lograr acceso a lo que hay de más secreto en esa religión, y tal vez dilucidar algunas cuestiones que consideraba esenciales.

Pero mis esfuerzos fueron vanos. Allí no encontré nada.

Sólo me di cuenta de que si había algo que descubrir en el corazón de esa religión, no era allí donde había que buscarlo, como en general se cree y afirma, sino en Bujara, donde fueron concentrados desde el principio todos los elementos de la doctrina secreta de esa religión; Bujara era, pues, el centro y la fuente misma del Islam.

Y como no había perdido ni mi interés ni mi esperanza, resolví partir para Bujara con un grupo de sartos que regresaban a su tierra después de su peregrinaje a La Meca y a Medina, y con quienes había entablado intencionalmente relaciones amistosas.

Luego le expliqué las razones que me impidieron ir directamente a Bujara. Cómo, al pasar por Constantinopla, me había encontrado allí con el príncipe Liubovedsky y cómo éste me había pedido que acompañase a cierta joven a casa de su hermana, en la gobernación de Tambov, de donde yo regresaba.

Pensaba entonces, después de haber estado en casa de mi familia, en Transcaucasia, cambiar de rumbo e ir a Bujara, «con mi viejo amigo Skridlov», dijo él, terminando la frase.

Añadió que durante los tres últimos años, soñó a menudo con ir a Bujara y a la región de Samarcanda para dilucidar ciertos datos relativos a Tamerlán, que necesitaba para resolver un problema arqueológico que le interesaba mucho. Hasta hacía poco aún pensaba en ello, pero no pudo decidirse a ir solo. Ahora al saber que yo iba allá, me acompañaría con alegría si no le oponía ninguna objeción.

Dos meses después nos encontramos, según lo convenido, en Tbilisi; de allí partimos por la Transcaspiana con intención de llegar a Bujara, pero, por habernos detenido en las ruinas de Merv, nos quedamos allí cerca de un año.

Para explicar por qué sucedió esto, diré que, mucho antes de decidir nuestro viaje a Bujara, había discutido muchas veces con el profesor

la eventualidad de una visita al Kafiristán, país donde entonces le era imposible a un europeo entrar libremente.

Queríamos ir allí porque estábamos convencidos, por todas las informaciones que habíamos recogido de diversas personas, de poder hallar una respuesta a numerosos problemas psicológicos y arqueológicos.

En Tbilisi empezamos a reunir todo lo necesario para nuestro viaje a Bujara, especialmente cartas de recomendación. Así pudimos encontrar e interrogar a varias personas que conocían esas regiones. Estas conversaciones y las conclusiones que sacamos de ellas acicatearon hasta tal punto nuestro deseo de entrar en el Kafiristán, por inaccesible que fuera a los europeos, que resolvimos hacer lo imposible para ir allá en cuanto partiéramos de Bujara.

Los intereses que habíamos alimentado hasta entonces parecían no existir ya. En todo el trayecto al Turkestán no podíamos pensar en otra cosa y no hacíamos sino hablar de las medidas que debíamos tomar para realizar nuestro audaz proyecto.

Pero se debió sólo al azar el que nuestros planes para penetrar en el Kafiristán adquirieran su forma definitiva, en las siguientes circunstancias:

Durante una parada en la estación de Nuevo Merv, en la línea de Asia Central, fui al restaurante para buscar agua hirviendo para el té. Regresaba al coche cuando sentí que un hombre vestido con el traje *tekki* me aferraba.

Era uno de mis buenos y viejos amigos, un griego cuyo nombre era Vassiliaki, sastre de oficio, que vivía en Merv desde hacía mucho tiempo.

Al saber que estaba en camino hacia Bujara, me rogó insistentemente que interrumpiese el viaje y me detuviese en Merv hasta el siguiente día para asistir a una gran fiesta de familia que se celebraría esa misma noche con motivo del bautizo de su primogénito.

Me lo pidió de una manera tan sincera y tan conmovedora que no podía negárselo de plano; le rogué, pues, que esperase un momento y, creyendo que faltaba poco tiempo para la partida del tren, corrí cuanto pude para pedir consejo al profesor, salpicando con agua hirviendo a todo lo que encontraba a mi paso.

Mientras me deslizaba trabajosamente por los pasillos oscuros, entre los viajeros que subían o bajaban, el profesor me vio venir y me hizo señá con la mano gritando: «Ya he recogido nuestras cosas, baje en seguida que se las pasará por la ventana».

Vigilándome desde su vagón, había asistido desde lejos a mi imprevisto encuentro y adivinado la propuesta que me habían hecho.

Bajé de nuevo al andén, siempre a la carrera, y agarré las maletas que me pasaba por la ventana. Pero en realidad nos apresuramos por nada: el tren debió permanecer más de dos horas en la estación para esperar el ómnibus de Kuchka que se había demorado.

Por la tarde, después de la ceremonia religiosa del bautizo, tuve por vecino de mesa a un anciano, amigo del dueño de la casa, un turcomano nómada, propietario de un enorme rebaño de carneros caracul.

Le interrogué sobre la vida de los nómadas y de las diversas tribus de Asia Central, y hasta hablamos de las tribus independientes que pueblan el país al que, recientemente, dieron el nombre de Kafiristán.

Después de la cena, durante la cual el vodka ruso no se escatimó, la conversación prosiguió, y él nos expresó, entre otras cosas, como hablando consigo mismo, un punto de vista que nos pareció a Skridlov y a mí digno de ser retenido y sobre el cual basamos el plan que debía permitirnos realizar nuestro proyecto.

Entre todos los habitantes de esas regiones, decía él, cualquiera que sea la tribu a que pertenezcan, a pesar de su deseo casi orgánico de evitar la frecuentación de hombres extranjeros a sus propias tribus, algo se desarrolló que de manera natural suscita en ellos un sentimiento de respeto y hasta de amor hacia los hombres de todas las razas y de todas las creencias que se consagraron al servicio de Dios.

Después de que ese nómada, a quien habíamos conocido por casualidad, hubo expresado este pensamiento, quizá bajo la sola acción del vodka ruso, todas las discusiones que tuvimos esa noche, como también el día siguiente, giraron alrededor de la idea de que podríamos penetrar en esas comarcas no bajo la apariencia de simples mortales, sino adoptando el aspecto y la ropa de esos hombres hacia los cuales manifiestan allí particular respeto y que tienen la posibilidad de ir libremente a todos los lugares sin despertar la menor sospecha.

Al día siguiente por la noche, siempre sumidos en nuestras reflexiones, estábamos sentados en un *chaijané* de Merv donde dos grupos de turcomanos libertinos se entregaban al *kif* con sus *batchis*, es decir, con jóvenes bailarines cuya principal ocupación -reglamentada por las leyes locales y propiciada por las del gran imperio contemporáneo de Rusia, bajo cuya protección se hallaba ese país— era la misma que la que ejercen en el continente de Europa, bajo el control de leyes análogas, las mujeres de «tarjetas amarillas». En ese ambiente resolvimos categóricamente que el profesor Skridlov se transformaría en venerable derviche persa y que yo mismo pasaría por un descendiente directo de Mahoma, es decir, por un seida.

Para preparar nuestros disfraces era necesario disponer de mucho tiempo, como también de un lugar tranquilo y aislado. Por eso resolvimos instalarnos en las ruinas del Viejo Merv, que respondía a estas exigencias y donde además podríamos hacer de vez en cuando excavaciones para descansar.

La preparación consistía en aprender numerosos cantos religiosos persas y relatos edificantes de la antigüedad; además era indispensable dejarnos crecer el cabello con el fin de asemejarnos a los hombres por quienes queríamos hacernos pasar; en tal caso el maquillaje estaba absolutamente excluido.

Después de vivir así cerca de un año en las ruinas de Merv y considerarnos finalmente satisfechos de nuestra apariencia exterior y de nuestro conocimiento de los salmos y versículos religiosos, una mañana abandonamos al amanecer las ruinas de Merv que se nos habían hecho tan familiares. Fuimos a pie hasta la estación de Bairam-Ali, en la línea de Asia Central, donde tomamos el tren hasta Chardyui. Allí embarcamos en el navío que remontaba el Amu Daria.

Fue en las orillas del Amu Daría, conocido antaño con el nombre de Oxo y adorado como un dios por ciertos pueblos de Asia Central, donde apareció por primera vez en la tierra el germen de la cultura contemporánea.

Tengo el propósito de contar detalladamente esa parte de nuestro viaje y describir ese país, entonces inaccesible a los extranjeros; tanto más cuanto que al ir río arriba tuvimos una aventura que parecerá extraordinaria a los europeos, pero que es muy característica de las costumbres patriarcales de esas regiones todavía libres de la influencia de la civilización actual. El recuerdo de esa aventura, cuya víctima fue un viejo sarto muy bondadoso, muchas veces me produjo un sentimiento de remordimiento, pues por nuestra causa ese buen anciano perdió todo su dinero, quizá para siempre. Haré esta descripción un tanto en el estilo que me fue dado estudiar en mi juventud, estilo de una escuela literaria que surgió, según dicen, en las mismas orillas de ese gran río, y que se proponía como objeto la *creación de imágenes sin palabras*.

El Amu Daria, que primero lleva el nombre de Piandye, tiene sus fuentes en las montañas del Hindu-Kuch; hoy día desemboca en el mar Aral, pero según ciertos datos históricos, antaño desembocaba en el mar Caspio.

Durante el período a que se refiere mi relato, ese río formaba la frontera de varios *estados*: la antigua Rusia, el kanato de Khivia, el kanato de Bujara, Afganistán, Kafiristán, las Indias inglesas, etc.

En otro tiempo lo surcaban balsas de construcción especial, pero después de la conquista de esa comarca por los rusos, esas balsas fueron reemplazadas por una flotilla de vapores con fondo chato que respondían a ciertas necesidades militares y, además, aseguraban el transporte de viajeros y de mercancías entre el mar Aral y las fuentes del río.

Así pues me preparo, aun cuando sólo fuese para descansar, a librarme a mis elucubraciones en el estilo de la antigua escuela literaria que mencioné.

El Amu Daria... Despunta el alba.

Ya doran las crestas de las montañas los rayos del sol que aún no asoma en el horizonte. Poco a poco el silencio de la noche y el monótono murmullo del río ceden el paso al canto de las aves, al grito de los animales y a las voces de los hombres que despiertan, como también al sordo chapoteo del agua contra las ruedas del vapor.

En las dos orillas encienden los fuegos extinguidos durante la noche; las volutas que salen de la chimenea se mezclan con el humo sofocante de un fuego de saxaul verde¹ y se extienden por los alrededores.

Las orillas han cambiado sensiblemente de aspecto durante la noche, a pesar de haber quedado el barco anclado.

Ya hace nueve días que hemos salido de Chardyui en dirección a Kerki.

Nuestro vapor, en los primeros días, avanzaba lentamente pero sin trabas. Al tercer día se quedó varado en un banco de arena y permaneció allí toda la noche, *como* también el día siguiente, hasta que las rápidas olas del Amu Daria arrastraron la arena, permitiéndole seguir finalmente su ruta.

Un día y medio después, el mismo incidente se repitió.

Hace ya tres días que el barco está en el mismo lugar, inmovilizado. Los pasajeros y la tripulación esperan pacientemente que el obstinado río les tenga piedad y los deje libres.

Ese fenómeno es muy frecuente allí. El Amu Daria corre casi a todo lo largo de su curso en medio de bancos de arena. Como tiene una corriente muy poderosa y un volumen de agua irregular, hace y deshace sus inestables orillas y cambia sin cesar de lecho, de suerte que se ven emerger bancos de arena en los lugares donde la víspera había profundos torbellinos.

Los barcos navegan lentamente río arriba, sobre todo en ciertos momentos del año; por el contrario, cuando navegan río abajo lo

1.- Árbol que crece en las arenas.

hacen a toda velocidad, casi sin ayuda de las máquinas. Nunca se puede determinar de antemano, ni siquiera aproximadamente, el tiempo necesario para ir de un punto a otro. Por lo tanto los viajeros que van río arriba se proveen, por si acaso, de provisiones para varios meses.

La época del año en que navegábamos por el Amu Daria era la más desfavorable a causa de la bajante de las aguas. El invierno se acercaba. La estación de las lluvias había terminado, así como el deshielo en las montañas donde el río tiene sus fuentes.

El viaje no era particularmente agradable, ya que en el otoño el movimiento de pasajeros y mercancías era intenso. La cosecha de algodón había terminado por doquier; las frutas y las legumbres de los fértiles oasis ya habían sido secadas; las ovejas de caracul ya habían sido elegidas. Es entonces cuando la población de las orillas del Amu Daria empieza a viajar por el río. Algunos retornan a sus aldeas, otros llevan sus quesos al mercado para cambiarlos por los objetos que van a necesitar durante el corto invierno. Varios van de peregrinaje, o bien a visitar a sus padres.

Así que el vapor ya estaba repleto cuando nos embarcamos. Había bujarianos, yivintses, telcicis, persas, afganos y representantes de muchos otros pueblos de Asia.

En esta muchedumbre pintoresca y abigarrada predominaban los comerciantes. Unos llevaban sus productos, otros iban a abastecerse de queso en las comarcas río arriba.

Aquí, un mercader persa, de frutas secas; allá, un armenio que iba a buscar alfombras kirguises que allí se fabrican; un polaco a quien habían encargado comprar algodón para las firmas de Poznanski; allá, un judío ruso que busca pieles de caracul y un viajante de comercio lituano con sus muestras de marcos en cartón piedra y sus adornos de metal dorado, adornados con piedras artificiales de colores.

Numerosos funcionarios y oficiales de las tropas de frontera, artilleros y zapadores de Transcaspiana, que regresan de vacaciones o de misiones especiales. Aquí, la mujer de un soldado con su bebé, que viaja para reunirse con su esposo, retenido por una prolongación del servicio; allá, un obispo haciendo su gira, que va a confesar a unos soldados católicos.

Hay también señoras a bordo: aquí una coronela con su larguirucha hija que regresa de Tashkent, adonde fue a llevar a su hijo que, desde esa ciudad, debía ir a Orenburgo para estudiar en el cuerpo de los cadetes.

Allá se ve a la mujer de un capitán de caballería que fue a Merv para encargar vestidos a las costureras del lugar; aquí, la mujer de un

mayor de Ashjabad, acompañada por un ordenanza, que va a visitar a su marido que vive solo, ya que su suegra no puede vivir «sin buena sociedad», y no la hay en la ciudad a la cual fue destinado.

Aquí, una señora gorda con un enorme peinado, seguramente levantado con postizos, los dedos recargados de sortijas, y dos enormes prendedores en el pecho; la acompañan dos jóvenes encantadoras que la llaman tía —pero nada cuesta darse cuenta de que no son sus sobrinas en absoluto.

Entre los rusos hay además cierto número de *antiguos* y *futuros* altos personajes, que van Dios sabe adonde y Dios sabe por qué. También, un orfeón completo, con sus violines y contrabajos.

Desde el primer día, al salir de Chardyui, toda esa gente se había separado de común acuerdo; la inteligencia por un lado, los burgueses por otro, y los campesinos por un tercer lado. Al haberse aproximado por afinidad, pronto se sintieron entre sí como viejos conocidos y formaron distintos grupos.

Los miembros de cada uno de esos grupos se comportaban hacia los pasajeros de los demás grupos ora en forma altanera, con desdén, ora temerosamente, en la espera de sus buenas gracias; pero esto no les impidió instalarse a su gusto, y poco a poco se adaptaron en tal forma al ambiente que parecía que ninguno de ellos nunca había vivido de otro modo.

Nadie se preocupaba por el retraso del barco, ni tampoco por la falta de sitio; por el contrario, todos se acostumbraron hasta tal punto que el viaje se transformó en un «picnic».

Cuando confirmaron que el barco estaba varado en un banco de arena, poco a poco casi todos los pasajeros bajaron a la orilla.

Hacia el fin del día surgieron sobre las dos orillas cantidad de tiendas, improvisadas con materiales de fortuna, se encendieron fogatas y, después de una velada de canto y baile, la mayoría de la gente se quedó en tierra.

Al día siguiente la vida volvió a su ritmo de la víspera. Unos encendían fuego y preparaban café, otros hervían el agua para el té verde; otros más iban en busca de cañas y se aprontaban para la pesca, circulando en bote entre el vapor y la orilla, interpeándose de una ribera a la otra. Y todo se hacía tranquilamente, sin prisa alguna, pues cada cual sabía que en cuanto se pudiera proseguir el viaje, la campana grande del barco tocaría una hora antes de zarpar y que tenían tiempo de sobra para regresar a bordo.

En el rincón del barco donde nos habíamos instalado, un viejo sarto vino a acampar junto a nosotros.

Se veía claramente que era rico y que llevaba entre sus cosas muchos sacos de dinero.

Ignoro cómo ocurren las cosas hoy, pero antes, en Bujara y los países vecinos, no había monedas de valor elevado.

En Bujara por ejemplo, la moneda más fuerte era el tianga, una pieza de plata toscamente tallada, que valía poco más o menos medio franco francés.

Apenas una suma era superior a cien tiangui, había que transportarla en sacos especiales, y eso era muy molesto.

Si la suma se componía de miles de tiangui y se la quería llevar consigo, se necesitaban forzosamente decenas de camellos o de caballos para acarrear todo ese dinero.

En muy raros casos se empleaba el siguiente medio: se confiaba a un judío de Bujara cierta cantidad de tiangui; en cambio, entregaba una nota a nombre de algún amigo, también judío, que vivía en el lugar donde se deseaba ir, y éste entregaba la misma cantidad de tiangui, de la que descontaba una parte por la molestia.

Llegados a Kerki, última parada del barco, bajamos y tomamos un *kobzir*¹, que habíamos alquilado de antemano, para seguir nuestro camino.

Estábamos ya bastante lejos de Kerki, y hacíamos un alto en Termez -donde el profesor Skridlov, ayudado por algunos portadores sartos, había bajado para ir a buscar provisiones en una aldea vecina - cuando otro *kobzir*, ocupado por cinco sartos, se aproximó al nuestro y lo abordó. Sin decir una palabra, se pusieron a descargar veinticinco grandes sacos llenos de tiangui sobre nuestra balsa.

No comprendí en seguida lo que ocurría. Tuve que esperar que terminasen el trasbordo de los sacos para que el mayor de ellos me dijera que habían viajado en el mismo barco que nosotros y que cuando nos fuimos, vieron esos sacos de tiangui en nuestro lugar. Convencidos de que los habíamos olvidado y sabiendo adonde íbamos, habían resuelto alcanzarnos y entregarnos los tiangui que habíamos olvidado, sin duda por distracción. Y el sarto añadió: «Decidí alcanzarlos, ya que me pasó la misma cosa y sé mejor que nadie cómo se siente uno molesto en el extranjero sin una buena provisión de tiangui. A mí no me importa llegar una semana más tarde a mi aldea; es como si el vapor se hubiera varado una vez más en un banco de arena...».

No supe qué contestar. Fue todo demasiado imprevisto para mí; no podía sino fingir que comprendía mal la lengua sarta y esperar el

2.- El *kobzir* es una especie de balsa de madera atada a unos *burdiuks*, que son odres llenos de aire.

regreso del profesor. Mientras tanto, lo invité, con sus compañeros, a tomar vodka.

Al ver regresar a Skridlov, fui en seguida a su encuentro como para ayudarlo a descargar las provisiones, y le conté cuanto había ocurrido.

Decidimos no rechazar el dinero, sino pedir la dirección de aquel hombre con el fin de mandarle un *pesh-kesh* para agradecerle su molestia, y luego remitir el dinero al próximo puesto fronterizo ruso, dándoles el nombre del vapor, la fecha de la última parada, explicando tan exactamente como fuese posible todos los hechos que podían servir para identificar al sarto que había viajado con nosotros y olvidado en el barco sus sacos llenos de tiangui.

Así lo hicimos.

Poco después de este suceso que nunca hubiera podido acontecer entre europeos, llegamos a una ciudad otrora famosa, ligada al nombre de Alejandro de Macedonia y que, hoy día, sólo es una pequeña fortaleza afgana. Bajamos a tierra y, desde entonces, desempeñando nuestros papeles respectivos, seguimos nuestro camino a pie.

Pasando de un valle a otro, entrando en *contacto con* las más diversas tribus, llegamos al fin al centro del país Afride, en una región considerada como el corazón del Kafiristán.

En el camino hicimos todo cuanto se puede esperar de un derviche y de un seida; yo cantaba en persa versículos religiosos, mientras el profesor me acompañaba tocando mal que bien los ritmos apropiados en un tamboril que le servía luego para pedir limosna.

No describiré nuestro camino, ni tampoco las aventuras extraordinarias que nos sucedieron, sino que pasaré inmediatamente al relato de nuestro accidental encuentro, no lejos de ese centro de los Afrides, con un hombre que dio una nueva orientación a nuestra vida interior en forma tal que todas nuestras expectativas, nuestros proyectos y el mismo plan de nuestro viaje, fueron modificados.

Al abandonar los Afrides, teníamos la intención de ir al Tehitral. En el primer burgo importante que encontramos en nuestro camino, en la plaza del mercado, un anciano vestido como un aldeano se acercó a mí y me dijo en voz baja, en el más puro griego: «No tema usted nada, por favor. Adiviné por pura casualidad que era usted griego. No necesito saber quién es ni por qué está aquí. Simplemente me gustaría mucho hablar con usted y respirar el mismo aire que un compatriota, porque hace cincuenta años que no veo a un hombre nacido en la tierra donde también yo nací».

La voz y la expresión de los ojos del anciano me produjeron una impresión tal, que al instante me sentí penetrado de la misma entera

confianza que si hubiera sido mi padre, y le contesté en griego: «No es muy cómodo hablar aquí. Sería exponernos, por lo menos a mí, a un gran peligro. Tenemos que buscar un lugar donde podamos hablar libremente, sin temer consecuencias indeseables. Quizá uno de nosotros halle alguna solución. Mientras tanto, no puedo decirle cuán feliz soy, igualmente, de haberle conocido, ya que, a fuerza de frecuentar desde hace tantos meses hombres de sangre extranjera, me siento por completo agotado».

Se alejó sin contestar nada, mientras el profesor y *yo* seguíamos nuestras ocupaciones.

Al día siguiente otro hombre que llevaba el hábito de monje de una orden muy conocida en Asia Central me puso un mensaje en la mano, dándome una limosna.

Cuando estuvimos sentados en el *achjané* donde habíamos decidido almorzar, leí el mensaje. Estaba escrito en griego y me decía que el anciano de la víspera era, igualmente, un monje, uno de los «liberados vivientes» de esa orden y que podíamos visitarlo sin obstáculos en el monasterio, ya que allí respetaban a todos los hombres, cualquiera que fuera su nacionalidad, *con* tal de que se consagraran a la búsqueda del Dios único, creador de todos los pueblos y de todas las razas sin excepción.

Fui al día siguiente con el profesor a ese monasterio donde nos recibieron varios monjes, entre quienes se hallaba el anciano.

Después de las saluciones usuales nos condujo a alguna distancia de allí, sobre la escarpada orilla de un torrente y nos invitó a compartir con él la comida que había traído del monasterio.

Cuando estuvimos sentados dijo comiendo:

—Aquí nadie nos puede oír, nadie nos ve, y podemos con toda tranquilidad hablar según nuestro corazón de todo cuanto queramos.

En el transcurso de la conversación supimos que era italiano y conocía el griego porque su madre, por ser griega, había insistido en su infancia para que hablara casi únicamente ese idioma.

En el pasado fue, por vocación, misionero cristiano. Después de una larga estancia en la India, fue con una misión al corazón de Afganistán y, un día que cruzaba un paso, hombres de la tribu de los Afrides *lo* hicieron prisionero.

Entonces pasó de mano en mano como esclavo y había vivido entre diversas poblaciones de esas regiones antes de llegar a ese lugar, siempre al servicio de algún amo. Como él, durante esas largas estancias en diversas y aisladas comarcas, había logrado fama de ser hombre imparcial, que se adaptaba y se sometía con serenidad a todas las costumbres

locales establecidas desde hace siglos, su amo, a quien había prestado un importante servicio, lo había manumitido y hasta obtuvo para él la promesa de que podría viajar a su antojo por esos países, al igual que los detentadores de poder del lugar.

Entretanto, conoció por casualidad a unos adeptos de la *Cofradía Universal*, que consagraban sus esfuerzos a lo que había sido el sueño de toda su vida. Le hicieron entrar en la cofradía y desde entonces vivió con ellos en ese monasterio, no sintiendo ya ningún deseo de ir a otra parte.

A medida que oíamos su relato, nuestra confianza hacia el Padre Giovanni aumentaba —le dimos ese nombre cuando supimos que había sido sacerdote católico y que hacía tiempo, en su patria, lo llamaban Giovanni-, al punto que sentimos la necesidad de confesarle quiénes éramos en realidad y por qué habíamos adoptado esos disfraces.

Nos escuchó con suma comprensión, visiblemente deseoso de alentarnos en nuestros esfuerzos. Reflexionó un rato y, con una sonrisa llena de bondad que nunca olvidaré, me dijo:

—Muy bien... Con la esperanza de que los resultados de sus investigaciones sean un día útiles a mis compatriotas, haré cuanto pueda para ayudarlos a llegar a la meta que se han fijado.

Cumplió su palabra y, el mismo día, solicitó de sus superiores permiso para que nosotros pudiéramos vivir en el monasterio hasta que nuestros proyectos se hubieran aclarado y hubiéramos resuelto lo que queríamos hacer en esas comarcas.

Desde el día siguiente nos instalamos en el monasterio, concediéndonos para empezar un descanso realmente indispensable después de tan largos meses de vida muy intensa.

Vivíamos allí como mejor nos parecía, entrando a todas partes, salvo al edificio donde vivía el jeque, donde sólo eran admitidos los adeptos que habían logrado una liberación preliminar. Casi todos los días íbamos a ver al Padre Giovanni, en el mismo lugar donde comimos en nuestra primera visita al monasterio, y teníamos allí largas conversaciones.

El Padre Giovanni nos hablaba mucho de la «vida interior» de los Hermanos y de las reglas de vida cotidiana asociadas a esta vida interior. Un día que nos ocupábamos de las numerosas cofradías establecidas y organizadas desde hacía muchos siglos en Asia, nos explicó en detalle lo que era esa *Cofradía Universal*, donde cada cual podía entrar, fuera cual fuere su religión anterior.

Como nos dimos cuenta más tarde, entre los adeptos de *este* monasterio había efectivamente cristianos, israelitas, musulmanes, budistas, lamaístas y hasta un chamánista.

Todos estaban unidos por el *Dios Verdad*.

Los Hermanos de ese monasterio se entendían hasta tal punto que, a pesar de los rasgos característicos y de las tendencias de los representantes de esas diversas religiones, nunca pudimos el profesor Skridlov y yo saber a cuál de esas religiones había pertenecido otrora tal o cual Hermano.

El Padre Giovanni también nos hablaba mucho de la fe y de aquello hacia lo cual tendían los esfuerzos de todas esas cofradías.

Hablaba tan bien y en forma tan comprensible y convincente de la verdad, de la fe y de la posibilidad de transmutar esa fe en sí, que un día el profesor Skridlov, trastornado, no pudo contenerse más y exclamó con tono lleno de asombro:

—¡Padre Giovanni! No entiendo cómo usted puede quedarse tranquilamente aquí en vez de regresar a Europa, por ejemplo a su patria, a Italia, para dar a los hombres aunque sea sólo la milésima parte de la fe tan penetrante con la que me alienta usted en este momento.

—¡Ay! Mi querido profesor -contestó el Padre Giovanni—, cómo se ve que usted no comprende el psiquismo de los hombres en forma tan perfecta como las cuestiones arqueológicas.

»A los hombres no se les da fe. La fe que nace en el hombre y en él se desarrolla activamente, no es el resultado de un conocimiento automático, fundado en la comprobación de la altura, el ancho, el espesor, la forma o el peso de un objeto determinado, ni tampoco de una percepción por medio de la vista, el oído, el tacto, el olfato o el gusto; la fe es el resultado de la *comprensión*.

»La comprensión es la esencia de lo que se obtiene a partir de informaciones intencionalmente adquiridas y de experiencias vividas por uno mismo.

»Por ejemplo, si mi propio querido hermano viniera en este momento hacia mí y me suplicara que le diese aunque sólo fuera la décima parte de mi comprensión y que yo con todo mi ser quisiera hacerlo, no podría comunicarle ni la milésima parte de esa comprensión, por más ardiente que fuese mi deseo, porque él no tiene en sí ni el saber que yo adquiriré, ni las experiencias por las cuales me fue dado pasar en el curso de mi vida.

«Créame, mi querido profesor, es infinitamente más fácil hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, como dicen las Santas Escrituras, que transmitir a otros la comprensión que se *constituyó* en nosotros.

«Hace mucho tiempo también pensaba como usted. Hasta quise ser misionero con el fin de enseñar a todos la fe cristiana.

»Quería que por la fe y la enseñanza de Jesucristo todo el mundo fuese tan feliz como yo. Pero querer inocular la fe por medio de palabras es como si se quisiera saciar de pan a alguien con sólo mirarlo.

»La comprensión, le dije, resulta del conjunto de las informaciones intencionalmente adquiridas y de las experiencias personales. Mientras que el saber no es sino la memoria automatizada de una suma de palabras aprendidas en cierta secuencia.

»No sólo es imposible, a pesar de todo el deseo que tenga uno, transmitir a otro su propia comprensión interior, constituida en el curso de la vida gracias a los factores que mencioné, sino que existe además, como lo establecí recientemente con varios otros Hermanos de nuestro monasterio, una ley según la cual la calidad de lo que es percibido en el momento de la transmisión depende, tanto para el saber como para la comprensión, de la calidad de los datos constituidos en aquel que está hablando.

»Para ayudarlo a comprender cuanto acabo de decir, le citaré precisamente como ejemplo el hecho que suscitó en nosotros el deseo de emprender investigaciones en ese sentido y nos llevó a descubrir esa ley.

»En nuestra cofradía hay dos Hermanos muy viejos; uno se llama Hermano Ajel, el otro Hermano Sez.

»Estos Hermanos tomaron la obligación, por voluntad propia, de visitar periódicamente cada uno de los monasterios de nuestra orden y de exponer diversos aspectos de la esencia de la divinidad.

»Nuestra cofradía tiene cuatro monasterios: el nuestro, un segundo en el valle del Pamir, un tercero en el Tibet y el cuarto, en la India.

»Los Hermanos Ajel y Sez van pues continuamente de un monasterio a otro y predicán con la palabra.

»Vienen aquí una o dos veces por año, y su llegada es considerada en nuestra comunidad como un acontecimiento de la mayor importancia.

»Durante todo el tiempo que nos consagran, el alma de cada uno de nosotros experimenta un éxtasis y una plenitud realmente celestes.

»Los sermones de esos dos Hermanos, que son santos en casi igual grado y que hablan de las mismas verdades, producen un efecto muy diferente en todos nosotros y, particularmente, en mí.

»Cuando es el Hermano Sez quien habla, uno cree oír el canto de las aves del paraíso. Al oírlo predicar se siente uno conmovido hasta las entrañas y queda como embrujado.

»Su palabra fluye como el murmullo de un río y no se desea otra cosa en la vida que oír la voz del Hermano Sez.

»Cuando es el Hermano Ajel quien predica, su palabra produce una acción casi opuesta. Sin duda debido a la edad, habla mal, con voz

ininteligible. Nadie sabe cuántos años tiene. El Hermano Sez es muy viejo; algunos dicen que tiene trescientos años. Pero es todavía un viejo de buena estampa, mientras que el Hermano Ajel muestra señales evidentes de su avanzada edad.

»Si los sermones *del* Hermano Sez producen de súbito una fuerte impresión, en cambio esta impresión desaparece con el tiempo y, para terminar, no queda absolutamente nada.

»En cuanto a la palabra del Hermano Ajel, al principio no produce casi impresión alguna. Pero, con el tiempo, la esencia misma de su discurso toma de día en día una forma más definida y penetra, entera, en el *corazón*, donde permanece para siempre.

»Impresionados por esta demostración, empezamos a buscar por qué ocurría así, y llegamos a la conclusión unánime de que los sermones del Hermano Sez sólo surgían de su intelecto y, por consiguiente, no actuaban sino sobre nuestro intelecto, mientras que los sermones del Hermano Ajel venían de su ser y actuaban sobre el nuestro.

»Pues sí, mi querido profesor, el saber y la comprensión *son* dos cosas completamente distintas. Sólo la comprensión puede llevar al ser. El saber, de por sí, no es sino una presencia pasajera; un nuevo saber echa al antiguo y, a fin de cuentas, es sólo verter la nada en el vacío.

»Es preciso esforzarse por comprender; sólo esto puede llevarnos a Dios.

»Y para poder comprender los fenómenos, conformes o no con las leyes, que se producen a nuestro alrededor, ante todo tenemos que percibir y asimilar conscientemente una multitud de informaciones relativas tanto a las verdades objetivas como a los acontecimientos reales que tuvieron lugar en la tierra, en el pasado. Además tenemos que llevar conscientemente dentro de nosotros todos los resultados de nuestras experiencias, voluntarias o involuntarias.»

Tuvimos con el Padre Giovanni otras numerosas conversaciones, todas inolvidables.

Este ser excepcional hacía surgir en nosotros gran cantidad de preguntas; preguntas que los hombres de hoy nunca se hacen y a las cuales luego daba una respuesta.

Una de sus explicaciones, provocada la antevíspera de nuestra partida por una pregunta *del* profesor Skridlov, presenta excepcional interés, tanto por su profundidad de pensamiento como por el alcance que pudiera tener para los hombres contemporáneos ya en edad responsable.

La pregunta del profesor Skridlov surgió de lo más hondo de su ser, *cundo él* Padre Giovanni nos hubo dicho, en el curso de la conversación que, antes de poder entrar realmente en la esfera de influencia

y acción de las fuerzas superiores, era absolutamente indispensable tener un alma y que esa alma no se podía adquirir sino con experiencias voluntarias e involuntarias, como también por el conocimiento intencionalmente adquirido de ciertos acontecimientos reales que ocurrieron en el pasado. El Padre había añadido, con tono grave, que eso sólo era posible en la juventud, mientras los datos apropiados otorgados por la Gran Naturaleza no hubieran sido aún despilfarrados en metas fantásticas, que sólo parecían deseables debido a las condiciones anormales de la vida de los hombres.

Al oír estas palabras el profesor Skridlov suspiró profundamente y exclamó con desesperación:

—Entonces, ¿qué hacer ahora y cómo vivir en adelante...?

Después de la exclamación de Skridlov, el Padre Giovanni reflexionó un momento en silencio, y nos expuso las extraordinarias ideas que tengo la intención de reproducir tan textualmente como sea posible.

Pero como se refieren al problema del alma, es decir, a la tercera parte independiente de la presencia general del hombre, las introduciré en el capítulo titulado «El cuerpo divino del hombre, sus necesidades conformes con las leyes, y sus posibilidades de manifestación».

Este capítulo formará parte de la tercera serie de mis obras, y va a completar los dos capítulos de dicha serie que decidí y prometí consagrar, uno a las indicaciones y consejos dados por el venerable derviche persa acerca del cuerpo —esa primera parte independientemente constituida en la presencia integral del hombre—, y el otro a las explicaciones del viejo *ez-ezunavurán* sobre la segunda parte independientemente constituida en el hombre, es decir, su espíritu.

El Padre Giovanni, que nos había tomado bajo su protección paternal, nos presentó a otros miembros de la cofradía con quienes tuvimos frecuentes charlas en todo el tiempo de nuestra estancia, y que llegaron a ser para nosotros verdaderos amigos.

Vivimos cerca de seis meses en esa comunidad y partimos, no porque no nos permitieran quedarnos más tiempo, ni porque quisiéramos irnos, sino porque estábamos hasta tal punto saturados de todas las impresiones recibidas que nos parecía que faltaba poco para que perdiéramos la razón.

Nuestra estancia en el monasterio nos aportó tantas respuestas a las preguntas psicológicas y arqueológicas que nos interesaban, que teníamos el sentimiento de no tener nada más que buscar, por lo menos por mucho tiempo. Abandonamos el itinerario que nos habíamos fijado y regresamos a Rusia más o menos por el mismo camino que a la ida.

Retornamos juntos a Tbilisi, y allí nos separamos. El profesor se dirigió a casa de su hija menor, en Piatigorsk, por la vía militar georgiana, mientras que yo iba a Alexandropol, a casa de mis padres.

Entonces me quedé bastante tiempo sin ver a Skridlov, pero nos escribíamos regularmente.

Lo vi por última vez en el segundo año de la Guerra Mundial, en Piatigorsk, donde vivía en casa de su hija.

Nunca olvidaré la última conversación que tuve con él, en la cumbre del monte Bechtaú.

En ese entonces yo vivía en Essentuki. Nos habíamos encontrado un día en Kislovodsk, y me propuso, para rememorar los buenos tiempos, realizar la ascensión al monte Bechtaú, en las cercanías de Piatigorsk.

Una mañana, dos semanas después de ese encuentro, salimos a pie, con provisiones, en dirección a la montaña, y emprendimos la escalada entre las rocas por la cara más difícil, a cuyo pie se halla un célebre monasterio.

Esta ascensión, considerada audaz por cuantos la realizaron, no es por cierto de las más fáciles; mas, para nosotros dos, después de las muchas montañas que tuvimos que cruzar a duras penas en nuestros viajes de otrora a través de las salvajes comarcas de Asia Central, no era sino un juego de niños. No dejamos por eso de experimentar gran alegría: después de la vida monótona de la ciudad, nos sentíamos por así decir a nuestras anchas en ese medio que casi se había convertido en nuestro elemento natural.

A pesar de que el monte Bechtaú era relativamente poco elevado, descubrimos al llegar a la cima un panorama de una belleza y extensión realmente extraordinaria.

Hacia el sur, a lo lejos, se erguía majestuosa la cima nevada del Elbruz, que domina la gran cordillera del Cáucaso.

A nuestros pies se dibujaban, como otras tantas miniaturas, casi todas las localidades, ciudades y aldeas del distrito de Mineralnia Vodi.

Directamente debajo de nosotros, al norte, surgían de las honduras varios barrios de la ciudad de Yeleznovodsk.

A nuestro alrededor reinaba el silencio.

La montaña estaba desierta, y podíamos tener la seguridad de que nadie vendría a molestarnos. El camino habitual, el más fácil, que llevaba a la cima por la ladera norte, era visible en una distancia de varios kilómetros, y no se veía a nadie. En cuanto a la pendiente sur, por la que habíamos subido, escasos son los temerarios que se aventuran por ella.

En la cima de la montaña había una cabaña que, sin duda, servía para la venta de cerveza y té, pero que ese día estaba desierta.

Nos instalamos sobre una roca y empezamos a comer.

Cada uno, subyugado por la grandeza de la Naturaleza, pensaba en sus propios pensamientos.

De repente mi mirada se fijó en el rostro del profesor y vi unas lágrimas que brotaban de sus ojos.

—¿Qué le pasa a usted, mi viejo amigo? -le pregunté.

—Nada... -contestó y, secándose los ojos, añadió—: Durante estos últimos dos o tres años, en mi incapacidad de dominar las manifestaciones automáticas de mi subconsciente y de mi instinto, casi me convertí en una mujer histérica.

»Lo que acaba de sucederme se ha producido más de una vez en estos últimos tiempos.

»Es muy difícil explicar lo que pasa en mí cuando veo u oigo algo sublime, algo que no se pueda negar que sea obra de nuestro Creador y Autor —pero siempre me hace correr las lágrimas-. Lloro, es decir, que hay llanto en mí, no de pena sino de enternecimiento profundo, se podría decir. Llegué a ese estado poco a poco, desde mi encuentro con el Padre Giovanni, ¿recuerdas?, ese Padre a quien conocimos juntos en el Kafiristán para desdicha de mi vida ordinaria.

»Desde ese encuentro mi mundo interior y mi mundo exterior cambiaron por completo.

»En los conceptos que se arraigaron en mí, se realizó de por sí una revisión de todos los valores.

»Antes de ese encuentro yo era un hombre por entero absorbido por mis intereses y mis placeres personales, como también por los intereses y los placeres de mis hijos. Estaba siempre ocupado, pensando en satisfacer de la mejor manera posible mis necesidades y las de mi familia.

»Puedo decir que hasta entonces todo mi ser estaba dominado por el egoísmo y que todas mis emociones y manifestaciones provenían de mi vanidad.

»Mi encuentro con el Padre Giovanni mató todo esto y desde entonces, poco a poco, apareció en mí algo que me llevó por entero a la convicción absoluta de que fuera de las agitaciones de la vida existe *otra cosa* que debería ser la meta y el ideal de todo hombre más o menos capaz de pensar —y que sólo esta *otra cosa* puede hacer al hombre verdaderamente feliz y aportarle valores reales, en lugar de esos «bienes» ilusorios que, en la vida ordinaria, le son siempre y en todas partes prodigados.»

Como señala la nota de los traductores, el capítulo siguiente fue añadido a *Encuentros con Hombres Notables*, con la intención de aclarar un aspecto desconocido de la vida de Gurdjieff en su lucha con las dificultades materiales que la realización de su obra suscita.

La cuestión material

EL 8 DE ABRIL de 1924 se abría en Nueva York una filial del *Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre*. Con ese motivo varios amigos del señor Gurdjieff y algunos de sus alumnos franceses organizaron en su honor una cena en un restaurante ruso.

Después de la cena, la mayoría de los comensales acompañaron al señor Gurdjieff a casa de la Srta. R..., en su departamento de la calle 49. La conversación se reanudó, con el café y los licores que había podido conseguir el doctor B.; y prosiguió hasta la hora del desayuno, en la mañana siguiente.

El señor Gurdjieff hablaba con la ayuda de sus intérpretes, el señor Lilyants y la señora Versilovsky, y contestaba nuestras preguntas que, casi todas, se referían a problemas filosóficos.

Durante una breve interrupción, mientras comíamos sandías de Buenos Aires que, en esa época del año, eran una rareza hasta en Nueva York, el doctor B., propietario de un gran sanatorio muy de moda y que tenía fama de ser hombre práctico, se volvió hacia el señor Gurdjieff y le preguntó a quemarropa:

—¿Podría usted decirnos, señor, cuáles son los medios de existencia de su Instituto y cuál es, más o menos, su balance anual?

La respuesta del señor Gurdjieff tomó, para gran sorpresa nuestra, la forma de un largo relato. Como ese relato revelaba un aspecto insospechado de la lucha que debió llevar a todo lo largo de su vida,

emprendí la tarea de reconstruirlo tan fielmente como me fuese posible, tal como lo contó ese día.

Consulté también a otros discípulos que habían escuchado el relato con tanto interés y atención que lo recordaban en sus más mínimos detalles. Por fin verifiqué mi texto, comparándolo con las anotaciones de F..., que acompañaba al señor Gurdjieff por doquier en el curso de sus estancias en América y estenografiaba todas sus charlas y conferencias, para permitir que el señor Gurdjieff ahorrara su tiempo haciendo leer cada vez que se repetía la misma pregunta lo que ya había contestado sobre ese particular.

El señor Gurdjieff empezó así:

—La pregunta que usted me hace, mi estimado doctor, ha intrigado siempre a mucha gente a mi alrededor. Pero hasta hoy, juzgando inútil incluir a alguien en la confidencia, nunca contestaba, o bien salía *del* paso con una broma.

»Además circulan toda clase de bromas sumamente cómicas sobre este tema, testimonio de la perfecta estupidez de sus inventores, y que se embellecen todos los días con nuevos detalles fantásticos a medida que los repiten y comentan otros ociosos y parásitos de ambos sexos, tan estúpidos como los primeros. Por ejemplo, pretenden que recibo dinero de un centro oculto de la India; o que el Instituto está subvencionado por una cofradía de *Magos Negros*; o que está ayudado por el legendario príncipe georgiano Mujransky; o bien que poseo el secreto de la piedra filosofal y que, por procedimientos alquímicos, puedo fabricar cuanto dinero quiero; y hasta, como se repitió mucho últimamente, que los fondos son suministrados por los bolcheviques y un sinfín de necesidades por el estilo.

»Y es un hecho que hasta hoy, aun las personas que me son más allegadas, nunca supieron con exactitud de dónde venía el dinero necesario para los colosales gastos que están a mi cargo desde hace muchos años.

»No consideraba útil hablar seriamente del aspecto material de la vida del Instituto, ya que no me forjaba ninguna ilusión sobre la posibilidad de una ayuda exterior, y consideraba toda conversación sobre ese tema como una simple pérdida de tiempo —una manera de *verter la nada en el vacío*.

»Pero hoy, frente a esta pregunta que tantas veces me hicieron y que ya me importunó bastante, no voy a contentarme con una sencilla broma, y hasta contestaré con cierta sinceridad.

»Por otra parte, si tengo el deseo esta vez de contestar algo más seriamente, creo saber porqué, hasta estoy casi seguro: después de llegar a ser, por la voluntad del destino (o para decirlo con más acierto,

por la estupidez de los detentadores de poder en Rusia), pobre como un ratón de iglesia, me aventuré en el país del dólar, y allí, en ese aire saturado de vibraciones de las personas diestras en el arte de sembrarlo y cosecharlo, olfateé, como un perdiguero de buena raza, una presa segura y selecta. Por lo tanto no dejaré escapar la ocasión. Además, ya que estoy sentado entre gente acolchada con dólares y que me siento estimulado por la absorción automática de estas benéficas emanaciones, espero servirme de mi respuesta para «esquilar» un poco a algunos de ustedes.

»Así pues, después de la excelente cena ofrecida por una anfitriona de una hospitalidad tan rara en nuestros días, aprovecharé este ambiente tan agradable para movilizar todas las capacidades de actividad, tanto de mi cerebro como de mi «máquina parlante», y contestaré la pregunta que acaban de hacerme de manera que cada uno de ustedes sienta que el fondo de mi bolsillo es también un terreno fértil para la semilla de dólares, con la peculiaridad de que, al germinar allí, esa semilla adquiere la propiedad de aportar a aquellos que la sembraron la única felicidad objetiva que podrían hallar en la vida.

»Pues bien, mis queridos poseedores de dólares, que ahora respeto sin reserva...

»Mucho antes de pasar a la realización práctica de mis ideas, en la época en que elaboraba, con todos sus detalles, el programa de mi Instituto, ya había reflexionado cuidadosamente sobre la cuestión material que, aunque secundaria para mí, no dejaba de ser muy importante.

»Como ya preveía los numerosos obstáculos que encontraría en mi esfuerzo por introducir en la vida las ideas psicológicas sobre las cuales debía fundarse este establecimiento, extraordinario para nuestra época, sentía la necesidad de asegurar mi independencia, por lo menos desde el punto de vista material, ya que sabía por experiencia que la gente rica nunca se interesa *con* suficiente seriedad por esas ideas como para sostener una obra de este tipo, y que los demás, pese a tener el deseo, no pueden hacer gran cosa, ya que semejante empresa exige sumas considerables.

»Por eso, si quería realizar por entero mis planes, necesitaba, costase lo que costase, antes de pasar al cumplimiento de las tareas psicológicas, resolver este aspecto del problema. Por consiguiente, después de haberme fijado como meta reunir el capital necesario en un plazo dado, consagré mucho más tiempo que antes a ganar dinero. Lo que estoy diciendo ahora tal vez despierte profunda perplejidad en la mayoría de ustedes, americanos, a quienes se considera actualmente en toda la tierra como incomparables *businessmen*. Se preguntarán ustedes

cómo me fue posible ganar tan fácilmente sumas seguramente importantes, y deben de tener la sensación de que se trata poco más o menos de una fanfarronada, de mi parte.

»Y por cierto, los comprendo; esto les parecerá harto extraño.

»Para que puedan explicarse, aunque aproximadamente, cómo pude lograrlo y de dónde me viene tal audacia, hay que precisar que antes del período mencionado me había ocupado a menudo de asuntos comerciales o financieros y que era considerado por cuantos estaban relacionados conmigo como un temible hombre de negocios.

»Pero quiero hablarles un poco de la educación que recibí en mi infancia y que me parece hoy, con la experiencia y la autoridad que adquiriré, que corresponde muy de cerca al ideal que se formó en mí sobre ese particular. De hecho, gracias a ella pude antaño —y aún puedo hoy, en caso de necesidad- suplantar a cualquier hombre de negocios, y tal vez a uno de ustedes, *businessmen* americanos.

»Darles ahora algunos detalles sobre esa educación es por otra parte muy oportuno, ya que nos hemos reunido para festejar la apertura de una institución cuya meta fundamental es el *desarrollo armónico del hombre*, institución que se apoya en datos experimentales acumulados en el curso de largos años y verificados con cuidado por mí, un hombre que sacrificó su vida personal casi por entero al estudio del problema vital de la educación, que se ha vuelto hoy tan angustioso, y quien, formado por hombres de conciencia normalmente desarrollada, pudo adquirir la capacidad, cualesquiera que fueran las circunstancias, de mostrarse siempre imparcial.

»La más fuerte de las influencias intencionales que se ejercieron sobre mí fue la de mi padre, que tenía una manera muy personal de entender la educación.

»Hubiera podido escribir un libro entero sobre los métodos educativos, directos e indirectos, que derivaban de su original concepción.

»Apenas aparecieron en mí las señales de una comprensión más o menos justa, empezó entre otras cosas a relatarme toda clase de cuentos fantásticos, que siempre terminaban con una serie de aventuras cuyo héroe era cierto carpintero cojo llamado Mustafá, que sabía hacer de todo y hasta un día había fabricado un sillón volador.

»Por ese medio y otros artificios del mismo estilo, mi padre hacía crecer en mí, al mismo tiempo que un vivo deseo de parecerme a ese hábil carpintero, la necesidad irresistible de fabricar siempre algo nuevo.

»Mis juegos de niño, hasta los más comunes, estaban embellecidos por la imaginación que tenía de ser alguien que nunca hacía las cosas como todo el mundo, sino de una manera muy especial.

»La tendencia, aún confusa, que mi padre había inculcado indirectamente en mi naturaleza desde mi más temprana edad, debía precisarse tanto más cuanto que en mi juventud tuve como primer maestro a un hombre cuyas miras y métodos educativos armonizaban bien en ciertos aspectos con esta disposición, de suerte que sin dejar de cumplir con mis obligaciones escolares, me ejercitaba en varios oficios bajo su dirección personal.

»La característica principal del método educativo de mi primer maestro era la siguiente: apenas se daba cuenta de que empezaba a gustarme y me familiarizaba con un oficio, me obligaba a abandonarlo por otro.

»Como comprendí mucho más tarde, tenía como finalidad no hacerme aprender así toda clase de oficios, sino desarrollar en mí el poder de superar las dificultades que presentaba cualquier trabajo nuevo.

»Y de hecho, desde ese tiempo, todo trabajo tomó para mí sentido e interés, no en sí mismo, sino únicamente en la medida en que no lo conocía y no sabía cómo hacerlo.

»Así, por sus ideas originales en materia de educación, esos dos hombres que conscientemente —o hasta inconscientemente, no importa— habían tomado la responsabilidad de prepararme para la edad responsable hicieron germinar en mi naturaleza una propiedad subjetiva que se desarrolló poco a poco en el curso de mi vida y terminó por fijarse en la forma de una tendencia constante al cambio repetido de ocupación. Así adquirí, aunque sólo fuese por automatismo, una aptitud a la vez teórica y práctica para tener oficios o comercios variados, y también mi comprensión creció a medida que se ensanchaba mi horizonte en diversos dominios del saber.

»Hasta agregaré que si hoy se me reconoce en diferentes países como hombre que posee verdadera competencia en numerosos campos, lo debo en parte a esta primera educación.

»De hecho, esa educación justa desarrolló en mí desde mi más temprana edad una ingeniosidad, una amplitud de visión y, sobre todo, un sentido común que me permitieron, a partir de todas las informaciones que coseché intencional o accidentalmente en el curso ulterior de mi vida, captar la esencia misma de cada ciencia, en lugar de almacenar ese fárrago inconsistente a que lleva en el hombre contemporáneo el empleo generalizado de ese monstruoso método de *aprender de memoria*.

»Así pues, muy temprano en la vida estuve bien armado y capacitado para ganar fácilmente el dinero necesario para cubrir mis necesidades inmediatas. Sin embargo, como a una edad muy temprana aún, llegué a interesarme en fenómenos que ponían en tela de juicio el sentido y

la razón de ser de la vida, y como prestaba a la comprensión de estos problemas toda mi atención y todo mi tiempo, no consideraba esta capacidad de ganar dinero como la única meta de la existencia -como la consideran los hombres modernos y, en particular, ustedes los norteamericanos, cuyos esfuerzos «conscientes» o instintivos apuntan todos a esa meta— y no recurría a ella sino en la medida que me era indispensable para ganarme el sustento y cumplir con las tareas que me había fijado.

«Nacido de padres que no eran ricos y, por lo tanto, no hallándome a salvo de la penuria, tuve a menudo que ganar ese dinero, realmente despreciable y maléfico, para hacer frente a los gastos más urgentes. Sin embargo, ganar dinero nunca me tomó mucho tiempo, ya que la ingeniosidad y el sentido común desarrollados por esa educación hacían de mí, en cualquier situación, un zorro viejo como el que más.

«Como ejemplo típico de esa ingeniosidad contaré un episodio de mi vida, y diré cómo, para ganar una sencilla apuesta, abrí un día de improviso un taller verdaderamente original.

«Los pormenores de esta historia tal vez alarguen un poco mi relato, pero creo que gracias a ese maravilloso licor —maravilloso, dicho sea de paso porque fue fabricado no en las condiciones acostumbradas, sino en una vieja barcaza, frente a las costas norteamericanas— no les parecerá demasiado fastidioso.

«Sucedió justo antes de la última gran expedición a través del Pamir y la India organizada por la sociedad que habíamos formado, *con* el nombre de *Cofradía de los Buscadores de la Verdad*, de la cual formé parte desde el primer día.

«Unos dos años antes de la partida de esa expedición, los miembros de la cofradía decidieron fijar como punto de reunión la ciudad de Chardyui, en Transcaspiana. Todos aquellos que pensaban participar en la expedición debían hallarse allí el 2 de enero de 1900, y desde ese lugar remontar primero el curso del río Amu Daria.

«Aún me quedaba bastante tiempo antes de esa fecha, empero no lo suficiente para emprender un largo viaje. Estaba entonces en Alexandropol, donde acostumbraba a pasar breves temporadas en casa de mis padres. Después de pasar con ellos el tiempo que les había reservado, en lugar de ir lejos como generalmente hacía, me quedé en el Cáucaso y viví ya en Alexandropol, ya en Bakú.

«En esa época iba a menudo a Bakú, porque entonces existía en esa ciudad una sociedad compuesta sobre todo de persas, que estudiaban la antigua magia, y de la cual fui por largo tiempo miembro correspondiente.

»Los sucesos que dieron origen al episodio que me propongo contarles ocurrieron precisamente en Bakú.

»Un domingo fui al bazar. Confieso que siempre tuve debilidad por los paseos en los bazares orientales, y cuando pasaba por un lugar donde había uno, no dejaba de ir. Me gustaba mucho escudriñar en los baratillos, donde siempre esperaba descubrir alguna rareza.

»Había comprado ese día un bordado antiguo e iba a salir del mercado de trapos, cuando vi a una joven, bien vestida pero con aire muy triste, que vendía algo.

»Todo indicaba que no era una cambalachera profesional, y que sin duda vendía su mercancía por necesidad. Me acerqué y vi que vendía un fonógrafo Edison.

»La expresión de pena en los ojos de esa mujer despertó en mí la compasión; y aunque tenía muy poco dinero, compré, sin tomarme el tiempo de reflexionar, esa máquina inútil con todos sus accesorios.

»Transporté ese fardo hasta el hospedaje de caravanas donde vivía, abrí la caja y hallé muchos cilindros, rotos en su mayoría. Entre los intactos, sólo algunos estaban grabados, los otros estaban vírgenes.

»Permanecí en Bakú algunos días más.

»Mi dinero llegaba a su fin, y debía pensar en reponer otra vez mis reservas.

»Una sombría mañana, estaba sentado en la cama antes de vestirme y reflexionaba en lo que debía hacer cuando mi mirada cayó por azar sobre el fonógrafo. Me vino la idea de sacarle provecho e inmediatamente establecí un plan de acción.

»Liquidé todos mis asuntos, y el mismo día tomé el primer barco para la Transcaspiana, adonde llegué veinticuatro horas después.

»En la ciudad de Krasnovodsk confié a mi fonógrafo la tarea de ganar dinero para mí.

»Hay que decir que el fonógrafo era aún desconocido en esa región; por primera vez se veía allí semejante maravilla.

»Ya dije que con el fonógrafo había algunos cilindros vírgenes. No tardé en conseguir un *telál*, músico ambulante a quien hice cantar y tocar varias de las canciones favoritas de los habitantes del lugar, y para el resto de los cilindros yo mismo conté algunas anécdotas picantes en turcomano.

»Luego añadí dos tubos acústicos a los cuatro que ya se hallaban en el aparato y fui con el fonógrafo al bazar, donde inauguré mi original tienda.

»Fijé el precio en cinco copecs por audífono, y ya se imaginarán ustedes el resultado si les digo que en toda la semana, especialmente en

los días de mercado, muy raras veces se encontraba un audífono desocupado, ni siquiera por un instante. Todas esas monedas de cinco copecs representaban al final del día una entrada seguramente superior a la de la empresa *más* importante del lugar.

«Después de Krasnovodsk partí para Kizil-Arvat, donde me vinieron a buscar varias veces para llevarme con mi «máquina» a casa de ricos turcomanos en los *aúles'* vecinos. Por ese tipo de «giras» recibía importantes cantidades de tianguí. Una vez hasta me ofrecieron dos excelentes alfombras *tekkis*.

«Después de cosechar otra vez más una redondita suma, tomé el tren con la intención de seguir ese comercio en Ashjabad, pero en el camino encontré por casualidad a uno de los miembros de nuestra cofradía, con quien hice una apuesta, lo que puso bruscamente fin a mi carrera fonográfica.

»La compañera a quien acababa de encontrar era la inimitable e intrépida Vitvitskaia, siempre vestida con ropas de hombre. Había participado en todas nuestras expediciones peligrosas hasta los confines de Asia, África, Australia y las islas vecinas.

«También debía tomar parte en la expedición proyectada. Como aún tenía varios meses por delante, había resuelto ir desde Varsovia hasta Andiyán para visitar a su hermana, la que estaba casada con un representante de la firma Poznanski, y descansar un poco en espera de la fecha de reunión en Chardyui.

«Durante el viaje tuvimos largas conversaciones y, entre otras cosas, le hablé de mis últimos oficios.

»No recuerdo cómo ni a propósito de qué empezó la discusión; en todo caso terminó en una apuesta de acuerdo con la cual yo debía ganar cierta suma en condiciones muy precisas y en un lapso bien determinado.

»Ella, por su parte, lo tomó tan a pecho que decidió quedarse conmigo para ver cómo saldría del paso, y hasta tomó la decisión de ayudarme. En vez de seguir hasta Andiyán, me acompañó a Ashjabad.

«Debo admitirlo, la ardua tarea que acababa de asumir me encendió con el fogoso deseo de triunfar a toda costa, y hasta ir más allá de las condiciones establecidas.

«Preparé inmediatamente un plan general de acción, y para empezar redacté el siguiente anuncio:

1.-Aldeas.

EL TALLER AMBULANTE UNIVERSAL
DE PASO POR AQUÍ SE DETENDRÁ POR
MUY POCO TIEMPO

«Apresúrense en hacer sus encargos y traer cuanto tengan para reparar o transformar.

«Reparamos máquinas de coser, máquinas de escribir, bicicletas, gramófonos, cajas de música, aparatos eléctricos, fotográficos, médicos y otros; lámparas de gas y de petróleo; relojes, *todos los* instrumentos de música: acordeones, guitarras, violines, *taris*, etc.

«Reparamos cerraduras y toda clase de armas.

«Reparamos, transformamos, enchapamos y barnizamos cualquier mueble, sea en nuestro taller o a domicilio.

«Reparamos, barnizamos y afinamos todos los pianos, verticales o de cola, y los armonios.

«Nos encargamos de instalaciones y reparaciones de alumbrado eléctrico, timbres y teléfonos.

«Arreglamos y cambiamos la tela de los paraguas.

«Reparamos juguetes de niños, muñecas y toda clase de artículos de caucho.

«Lavamos, limpiamos y zurcimos alfombras, chales, tapices, pieles, etc.

«Sacamos toda clase de manchas.

«Restauramos cuadros, porcelanas y todos los objetos antiguos.

«El taller tiene una sala de galvanoplastia bien equipada para dorar, platear, broncear, niquelar y oxidar.

«Estañamos todo. Estañado y niquelado de samovares en 24 horas.

«Tomamos encargos para bordados de toda clase, en punto de cruz, al pasado, con felpilla, plumas, perlas y lana.

«Ejecutamos cualquier pirograbado en madera, cuero y tela.

»El taller acepta encargos para toda clase de modelos de yeso y alabastro: estatuillas, animales domésticos y salvajes, frutas, etc, y también se encarga de hacer mascarillas mortuorias.

«Realizamos encargos de flores artificiales en cera, miga de pan, terciopelo y papeles de color para ramilletes, guiraldas, sombreros de damas y ramilletes para la solapa de padrinos de boda.

«Caligrafiamos, imprimimos, ilustramos e iluminamos las tarjetas de visita, de cumpleaños y las invitaciones.

«Aceptamos encargos de corsés y bragueros y transformamos los viejos en nuevos.

»Confeccionamos sombreros de señoras según los últimos modelos de París. »Etc, etc.

«Apenas llegado a Ashjabad conseguí alojamiento y obtuve permiso de la policía para imprimir y distribuir los anuncios. Al día siguiente, alquilé en el centro de la ciudad un local para el taller, compuesto de una espaciosa tienda que daba a la calle y dos cuartos pequeños al fondo; además había una especie de cobertizo y un pequeño patio.

«Después de comprar las herramientas indispensables, montar apresuradamente una pila Bunsen y transformar unas cubetas viejas en cubas de galvanoplastia, colgué encima de la entrada un gran letrero que, con letras rojas sobre tela blanca, decía:

TALLER AMERICANO AMBULANTE
AQUÍ POR MUY POCO TIEMPO FABRICA,
TRANSFORMA Y REPARA TODO

»Al día siguiente, cuando los avisos estuvieron listos, pegué una buena cantidad en las paredes con ayuda de un pilluelo y distribuimos el resto al público.

»Y entonces empezó todo.

»A partir del primer día se inició un desfile de ashjabadianos, trayendo cosas para arreglar.

»¡Señor! ¡Qué es lo que no llevaron!

»¡Una cantidad de cosas que nunca había visto, y de las que ni siquiera había oído hablar!

»En verdad había de todo, desde aparatos para arrancar canas y máquinas para sacar los huesos de las cerezas para hacer mermelada hasta molinos de sulfato de cobre para empolver las zonas de transpiración del cuerpo, y planchas especiales para alisar pelucas.

»Es menester tener algún conocimiento de las condiciones locales para poder representarse mejor el cuadro.

»Esa parte de la Transcaspiana y la región limítrofe del Turquestán no comenzaron realmente a poblarse sino desde hace algunas décadas, y han surgido ciudades nuevas, a menudo en la vecindad de las antiguas. De manera que hoy casi todas las ciudades se componen de dos partes: la antigua ciudad asiática, como se la llama, y la ciudad rusa, situadas una al lado de la otra, cada una con su propia vida independiente.

»La población de esas ciudades nuevas incluye armenios, judíos, georgianos, persas, pero especialmente rusos, en su mayoría funcionarios o viejos militares que hicieron su servicio en la región.

»Gracias a las riquezas naturales del país y a la honradez de la población, preservada aún de la civilización contemporánea, los recién llegados se enriquecieron rápidamente, pero debido a la ausencia de toda influencia cultural por parte de los dirigentes que, a su vez, sólo eran advenedizos ignorantes, siguieron siendo tan incultos como antes de emigrar. Así pues, frente a un comercio ya floreciente al que debían su fortuna, nada fue previsto para desarrollar sus facultades intelectuales, como tampoco, claro está, sus conocimientos técnicos.

»La civilización europea, que se propagaba por doquier, apenas había tocado esos territorios, y los únicos fragmentos que recibían a través de periódicos y revistas no les llegaban sino en forma desfigurada, dadas las fantásticas exageraciones de los redactores que, en general y particularmente en Rusia en aquella época, eran incapaces de comprender, ni siquiera aproximadamente, las informaciones que les eran transmitidas.

»Según la peculiaridad propia de todos los advenedizos, de imitar cuanto está de moda —en este caso todo lo europeo— los ashjabadianos buscaban las nociones sobre la cultura y la moda en libros y periódicos rusos que sólo daban una imagen deformada, especie de caricatura a la vez cómica y entristecedora para un observador imparcial.

»Así, en plena prosperidad material, pero sin ninguna huella de cultura, aun elemental, los habitantes de esa región, al igual que los niños, empezaron a dárseles de gente civilizada.

»En ningún otro lugar se seguía tanto la moda: en todos los dominios cada cual se sentía obligado, en cualquier circunstancia, a mostrar que estaba «al día». Por eso se afanaban en comprar o en hacerse enviar de todas partes los inventos más recientes, y por lo general todo cuanto convenía a la vida de un *gentleman* culto, o por lo menos lo que se podía saber de aquella vida por la propaganda de los periódicos.

»Conocedores de este punto débil, los comerciantes extranjeros, sobre todo los alemanes, los inundaban con cantidades de mercancías inútiles o que se deterioraban muy rápidamente.

»La farsa iba tan lejos que se hubiera podido encontrar entre los artículos publicitados una máquina especial para encender las cerillas comunes.

»Como la mayoría de las cosas que traían eran baratijas o se estropeaban el primer día, y como no había ningún taller técnico en el lugar, cada familia apilaba montones de objetos descompuestos.

»Había otra razón por la cual había tantas cosas que reparar. En aquella época, en Oriente, y sobre todo en la Rusia asiática, existía la costumbre de no desechar nunca lo que se había adquirido y no venderlo jamás aún cuando los objetos no tuvieran ninguna utilidad o se cayeran a pedazos. Tampoco hubiera sido posible encontrar a alguien que los comprase. Además el hábito de guardar trastos viejos en recuerdo de algo o de alguien estaba muy desarrollado. Y en todas las casas los desvanes y cobertizos rebosaban de una asombrosa mezcolanza de cosas inútiles que se transmitían de padres a hijos.

»Por eso, al anunciarse un taller donde se reparaba cualquier cosa, sólo el diablo sabe lo que me llevaron, en la esperanza de resucitar y poner en servicio objetos sin uso desde hacía mucho tiempo, como el sillón del abuelo, los anteojos de la abuela, la balalaica del bisabuelo, el reloj de la bisabuela, el estuche de viaje regalado por el padrino, la cobija bajo la cual había dormido el Obispo cuando vino a visitarlos, la Estrella con la que el Cha de Persia había gratificado al padre, etc., etc.

»Yo lo reparaba todo.

»Ni una sola vez me sucedió que me viese obligado a rechazar algo o devolverlo sin componer.

»Hasta cuando me ofrecían una suma ínfima que no justificaba el tiempo empleado en la reparación, yo la emprendía, siempre que el objeto fuese nuevo para mí, ya que me interesaba no en la ganancia sino en la dificultad de la ejecución.

»Fuera de los objetos realmente deteriorados o inutilizables, me traían gran cantidad de artículos nuevos que no funcionaban por la única razón de que sus dueños eran incapaces de utilizarlos, dada su ignorancia y falta de nociones técnicas aun elementales; en suma, por su estupidez.

»En aquel tiempo, los últimos inventos, tales como las máquinas de coser, bicicletas, máquinas de escribir, se difundían por doquier a una velocidad frenética.

»Encargaban y compraban esas novedades con entusiasmo; pero por falta de conocimientos técnicos y carencias de algún especialista en la región, al menor tropiezo se desechaban.

»Les citaré algunos ejemplos característicos de esa ignorancia y candor, de los que *confieso* haberme aprovechado deliberadamente, sin tener por ello el menor remordimiento de conciencia.

»Recuerdo como si fuese ayer que un armenio gordo y rico, acompañado de su hija, un día vino a verme, resoplando y sudando, arras-trando tras de sí una máquina de coser para arreglarla. Me dijo que la

había comprado recientemente para el ajuar de su hija, durante una estancia en la feria de Nijni-Novgorod.

»Al principio, me decía, la máquina era una «verdadera maravilla»; no se cansaba uno de admirarla por lo rápido y bien que cosía. Pero de repente, sin ton ni son, para su gran decepción, la máquina empezó a «marchar hacia atrás».

«Examiné la máquina y la encontré en perfecto estado.

»En algunas máquinas de coser hay, como lo saben ustedes, al lado de la palanca que regula la costura, otra palanca que sirve para cambiar la dirección, es decir, que al moverla se invierte el sentido de la marcha de la tela. Evidentemente, alguien sin darse cuenta había tocado la palanca de suerte que la tela en lugar de ir hacia adelante, ahora iba hacia atrás.

»Me di cuenta inmediatamente de que para reparar la máquina era suficiente poner otra vez la palanca en su lugar. Hubiera podido, por supuesto, arreglarlo todo en un instante, pero al darme cuenta de que tenía que habérmelas con un redomado bribón de armenio y al enterarme por su charla de que comerciaba en pieles de caracul, no dudé —pues conocía muy bien a esa clase de individuos— de que para llenarse los bolsillos había engañado a más de uno de esos tekkis o bujarianos confiados como niños, y resolví pagarle con la misma moneda. Le conté, pues, un cuento de padre y señor mío sobre la clase de daño sufrido por la máquina, pretendiendo que era necesario cambiar varios piñones para ponerla en buen estado y no dejé de abrumar con insultos a esos canallas de fabricantes de hoy.

»En suma, le saqué doce rublos con cincuenta copecs, prometiéndole reparar la máquina en tres días.

»Desde luego, no acababa de salir por la puerta cuando la máquina ya estaba lista, numerada y colocada entre los artículos terminados.

»Otro ejemplo: un oficial entró un día en el taller y me dijo con aire de mucha importancia:

«—Ve a la oficina del comandante de la Región, y dile al empleado principal que yo le ordeno -dicho sea de paso los oficiales rusos en aquel tiempo nunca abrían la boca sino para dar órdenes— que te muestre las máquinas de escribir. Cuando las hayas visto me dirás qué es lo que *no* funciona.

»Y salió como había entrado.

»Su tono imperativo y fuera de lugar me sorprendió, y para decirlo en una palabra, me exasperó. Resolví ir, primero para saber con qué clase de pájaro tenía que entendérmelas y también quizá para hallar el medio de hacerle una jugareta de mi propia cosecha —lo cual, debo

confesarlo, siempre me divertía, pues sabía con aire cándido e inocente castigar la impudencia en forma muy venenosa.

»Fui ese mismo día a su despacho, me presenté al secretario jefe y le expuse la razón de mi visita. Supe entonces que el cabo en persona era quien había venido a verme.

«Mientras examinaba las máquinas de escribir, que eran tres, el charlatán del secretario, con quien gracias a un cigarrillo y un cuento picante sobre la vida de los oficiales me había hecho amigo, me explicó lo siguiente:

«—Estas máquinas, que acaban de llegar de San Petersburgo, funcionaron al comienzo perfectamente; pero de pronto la primera, luego la segunda y por fin la tercera se descompusieron en la misma forma: la cinta dejó de correr. Cada uno a su vez, el cabo, el intendente y los *otros*, han tratado de componerlas, pero por más intentos que han hecho nadie ha podido lograrlo. Y desde hacía tres días, de nuevo, los documentos se escriben a mano.

«Mientras hablaba, yo estaba examinando las máquinas y ya me había dado cuenta de qué se trataba.

«No sé cuál será el sistema de las máquinas de escribir de hoy, pero en aquella época, la cinta corría en algunas máquinas por la acción de un resorte colocado detrás de la máquina en una caja especial, y haciendo girar esa caja se daba cuerda al resorte.

«Como la cinta corría lentamente, el resorte, que era bastante fuerte, necesitaba mucho tiempo para aflojarse; pero aún así había que ajustarlo de tanto en tanto.

«Era evidente que al ser entregadas las máquinas se dio a los resortes toda la cuerda, pero luego se habían aflojado con el tiempo y necesitaban sencillamente que les dieran otra vez cuerda. Pero ese sistema de dar cuerda sin llave ni manivela era difícil de adivinar para aquel que no estuviese al corriente.

«Claro que me guardé de decir nada a los secretarios, pero acepté la invitación a cenar, y después de comer a expensas del gobierno una buena sopa de coles con *kasha*, regresé a casa en mi bicicleta, un velocípedo antediluviano que ya no tenía neumáticos.

«Esa misma noche, el cabo volvió a verme y con su tono importante, me preguntó: «*Entonces, ¿lo encontraste? ¿Por qué esas máquinas tan nuevas no andan?*».

«Hacía mucho tiempo ya que me había convertido en un viejo zorro en el arte de desempeñar un papel. Di pues a mi rostro la expresión que los verdaderos actores llaman *timidez respetuosa y deferencia confusa* y comencé en términos redundantes, extraídos de diversas

obras técnicas rusas, a ponderar la perfección de ese sistema de máquinas en todos sus aspectos, salvo en uno, donde un cambio a decir verdad serio y complicado era desdichadamente indispensable.

»En cuanto al trabajo por hacer lo calculé aproximadamente en una cuarta parte del precio de las mismas máquinas.

»Al día siguiente las máquinas, en perfecto estado, fueron llevadas solemnemente a mi taller, por una patrulla completa encabezada por el cabo.

»Las recibí inmediatamente y luego anuncié con la mayor seriedad que de ninguna manera podrían estar listas antes de diez días. Muy contrariado, el cabo me rogó que las reparase lo más pronto posible, puesto que el trabajo de la oficina estaba suspendido casi por completo.

»Después de discutir mucho terminé por consentir en trabajar de noche y entregarles una primera máquina al cabo de dos días; pero en compensación le pedí que diera órdenes a sus hombres para que trajeran las sobras de la pitanza del regimiento a los tres lechones que acababa de comprar y de instalar en mi patiecillo.

»Dos días después, la máquina estaba «lista» y prometí las demás para fines de semana.

»Además de las gracias y de dieciocho rublos que recibí por cada reparación, los soldados trajeron todos los días comida para mis «niños de pecho» y los cuidaron durante los tres meses que pasé en Ashjabad, a cuyo término mis lechoncitos ya se habían convertido en enormes cerdos.

»Desde luego, expliqué a los secretarios lo que había que hacer cuando se aflojase el resorte, pero no por eso parecieron comprender en qué había consistido mi «reparación».

»Ese mismo tipo de farsa se repitió más tarde en Merv, donde trasladé mi taller y proseguí el mismo trabajo, durante dos meses.

»Un buen día el inspector del liceo —o del colegio local, no recuerdo bien— vino para pedirme que arreglase una máquina eléctrica destinada a experimentos de física.

»Tratábase de esa trivial máquina llamada «estática» que arroja chispas al hacerla girar y que, no sé por qué, cada escuela en aquel tiempo consideraba un deber poseerla.

»En sus famosas lecciones llamadas de física, los profesores, en forma pomposa y como si celebraran un rito, realizaban con ayuda de esa máquina «demostraciones» que consistían sencillamente en hacer girar los discos y obligar a los muchachos a tocar, uno tras otro, las bolas de las botellas de Leyden; las muecas de dolor que aparecían en sus caras provocaban entonces risas incontenibles que *esos* pedagogos calificaban de «excelentes factores para la digestión».

»El inspector había pedido esa máquina y la había recibido, desarmada, de la firma alemana *Siemens & Halske*, de San Petersburgo. Con la ayuda de profesores, colegas suyos, habían montado las diferentes piezas de acuerdo con las instrucciones del prospecto, pero a pesar de tantos esfuerzos, no lograron sacarle una sola chispa. Finalmente, se vio obligado a recurrir a mi taller.

«Inmediatamente me di cuenta de que todo estaba en orden, con excepción de dos discos que formaban la parte principal de la máquina, y cuya posición respectiva no era del todo correcta. Había que aflojar un poco el tornillo del eje y desplazar ligeramente uno de los discos; era asunto de un minuto. Pero obligué a ese venerable pedagogo, que enseñaba a *los* demás lo que él mismo ignoraba, a venir cuatro veces a mi taller y pagar diez rublos con setenta y cinco copecs con el fin de recargar las botellas de Leyden que para nada *lo* necesitaban...

»Casos parecidos se repetían casi cotidianamente mientras tuve mi taller. Siempre servicial con los pobres, no consideraba pecado aprovecharme de la tontería de los que, sin mérito alguno y únicamente gracias a una posición debida a la casualidad, representaban a la «inteligencia» del lugar, cuando desde el punto de vista de la inteligencia verdadera, estaban muy lejos de valer tanto como la población local que les estaba subordinada.

»Pero el negocio más original y al mismo tiempo más provechoso fue el de los corsés.

»En esa época, en París, la moda de los corsés cambió bruscamente; después de llevarlos muy *altos*, empezaron a llevarse muy cortos.

»Ese nuevo capricho de la moda ya era muy conocido allí gracias a los periódicos; pero los corsés mismos aún *no* estaban en venta en esas regiones tan apartadas, y muchas mujeres me llevaban sus viejos corsés para pedirme si no sería posible ponerlos a la última moda.

»Ese negocio de los corsés fue sencillamente para mí oro en barras. He aquí por qué:

»Un día que tenía que acortar y ensanchar el corsé de una judía gorda cuya cintura estaba en vías de desarrollo progresivo, tuve necesidad de cierta cantidad de ballenas. Después de mucho buscar, mientras me hallaba una vez más en una tienda que no las tenía, el dependiente me aconsejó comprar sencillamente un corsé pasado de moda que, según decía, el patrón me cedería sin duda por el precio de las ballenas. Me dirigí pues al patrón.

«Mientras regateaba con él, maduró en mi cabeza otro plan y le compré no un corsé, como lo tenía pensado, sino todos los que tenía en la tienda, o sea, sesenta y cinco corsés viejos y pasados de moda, a

razón de veinte copecs cada uno, en lugar del precio habitual de cuatro o cinco rublos. Después de lo cual me apresuré a comprar corsés en todas las tiendas de Ashjabad, pagándolos aún más baratos, puesto que todos estaban encantados de ceder a bajo precio una existencia de artículos inutilizables.

»No me detuve ahí, sino que al día siguiente mandé en recorrida al padre de mis aprendices, un viejo judío, con instrucciones de comprar corsés pasados de moda en todas las ciudades situadas a lo largo de la línea del ferrocarril de Asia Central, mientras que yo mismo, armado con simples tenazas y tijeras, me ponía a fabricar corsés a la moda.

»Eso se hacía muy sencillamente: primero trazaba una línea con lápiz a lo largo de las partes donde debía efectuar el corte, dejando un buen margen arriba y uno más pequeño abajo, luego rompía las ballenas con las tenazas y cortaba a lo largo de la línea marcada. Después de lo cual, las jóvenes que trabajaban conmigo bajo la dirección de Vitvitskaia, deshacían la cinta del ribete, la cortaban y la recosían alrededor de los corsés recortados. No quedaba sino ensartar la mitad del antiguo cordón, y el *corsé mignon* a la última moda de París estaba listo para la venta. Fabricamos de ese modo un centenar de corsés por día.

»Lo más gracioso fue que los comerciantes, después de enterarse de la metamorfosis de sus viejos corsés, se vieron obligados, ante la gran cantidad de pedidos, a comprármelos a regañadientes, no ya por diez o veinte copecs, sino por el precio de tres rublos cincuenta cada uno.

»Imagínense ustedes: compré y revendí así en las ciudades de Krasnovodsk, Kizil-Arvat, Ashjabad, Merv, Chardyui, Bujara, Samarcanda y Tashkent más de seis mil corsés.

»Tal éxito, fuera de proporción con la escala de la empresa, no provenía solamente de la ignorancia e ingenuidad de la abigarrada población del lugar, ni tampoco de mi ingeniosidad o de mi capacidad de adaptación a condiciones de cualquier clase, sino más bien de mi actitud despiadada hacia ciertas debilidades, tan presentes en mí como en todo ser humano y cuyo conjunto constituye lo que se llama pereza.

»Es interesante observar que durante ese período se produjo en el funcionamiento de mi presencia general un proceso por completo incomprensible desde el punto de vista de la ciencia ordinaria, y que debía repetirse más de una vez en el curso de mi vida. Este proceso se traducía por una regulación especial del tiempo de carga y descarga de la energía que me permitía casi dejar de dormir, durante varias semanas y, a veces, hasta meses enteros, al mismo tiempo que daba muestras de una actividad que, lejos de disminuir, por lo contrario, se aceleraba.

»La última vez que ese estado reapareció, me interesé tanto en el fenómeno que éste no tardó en tomar, para las partes conscientes de mi presencia, una importancia igual a la de ciertos interrogantes, que llevaba en mí desde hacía tiempo y *cuya*, solución se había convertido en la meta y la razón de ser de mi existencia.

»Incluso tengo la intención, cuando haya arreglado los asuntos relativos al programa fundamental del Instituto y tenga otra vez la posibilidad de consagrar la mitad de mi tiempo a intereses subjetivos, de poner en el primer plano de mis preocupaciones la elucidación de ese problema.

»Esta particularidad, todavía incomprensible para mí, del funcionamiento general de mi organismo en esa época de mi vida, aparecerá claramente en la situación que voy a describir.

»Durante todo el día había un raudal ininterrumpido de clientes, más parlanchines los unos que los otros, que me traían sus viejos objetos rotos o venían para buscar los que ya estaban reparados, de tal suerte que pasaba la mayor parte de los días recibiendo y entregando encargos. Aprovechaba los escasos momentos de respiro para salir corriendo a comprar los repuestos y los diversos materiales necesarios. Por esa razón el trabajo se efectuaba sobre todo de noche.

»Durante toda la duración del taller tuve que dividir mi tiempo en la siguiente forma: el día para los clientes, la noche entera para mi trabajo.

»Debo decir que en esta coyuntura fui ayudado considerablemente por Vitvitskaia que, muy rápidamente, llegó a ser experta en trabajos de toda clase y se arreglaba a las mil maravillas para cambiar la tela de paraguas, transformar los corsés y los sombreros de señoras y especialmente para confeccionar flores artificiales. Además, los dos hijos de mi viejo judío se ocupaban, el mayor en limpiar y pulir los artículos para la galvanización, el menor en hacer los mandados y encender y cuidar el fuego de la forja.

»Hacia el final también me ayudaron, y a fe mía bastante bien, seis jovencitas pertenecientes a familias patriarcales del lugar, a quienes sus padres, deseosos de asegurarles una «educación completa», enviaron a mi taller universal para que se perfeccionasen en trabajos finos de costura.

»Aun al principio, cuando sólo éramos cuatro personas, se tenía la impresión, al ver la cantidad de trabajo realizado, de que en los fondos del taller se afanaban varias decenas de especialistas competentes.

»Por supuesto, encima de la puerta de entrada a la trastienda, se había colocado un letrero indicando que la entrada estaba estrictamente prohibida al público.

»En Ashjabad mi taller duró tres meses, en cuyo tiempo gané casi siete mil quinientos rublos. ¿Saben ustedes lo que representaba tal suma entonces? Como punto de comparación es preciso recordar que el sueldo de un funcionario medio era de treinta y tres rublos con tres copecs, por mes, y con esa suma no sólo un soltero sino hasta una familia entera con una caterva de hijos se las arreglaba para vivir. El sueldo de un oficial superior, que era de cuarenta y cinco a cincuenta rublos, era considerado como muy importante y el sueño de todo joven era llegar a ganar otro tanto.

»La carne costaba entonces seis copecs la libra, el pan de dos a tres copecs, las uvas de buena calidad, dos copecs. A razón de cien copecs por rublo, siete mil quinientos rublos representaban una verdadera fortuna.

»Durante ese período se presentó la ocasión, en varias oportunidades, de ganar aún más realizando negocios fuera de mi trabajo. Pero la apuesta tenía como condición la de no emplear otros medios que los trabajos manuales y las pequeñas combinaciones comerciales que de ellos derivarían inevitablemente de cuando en cuando, y ni una sola vez sucumbí a la tentación.

»Había ganado la apuesta desde hacía mucho tiempo y logrado ganar en Ashjabad cuatro veces más dinero de lo convenido, no obstante lo cual resolví continuar el negocio en otra ciudad.

»Casi todo ya estaba liquidado. Vitvitskaia se hallaba en casa de su hermana y yo mismo me disponía a salir tres días después para Merv.

»Sin duda, después de lo que acabo de contarles, tendrán ustedes una idea suficiente de lo que quería hacerles comprender con este relato, o sea, que ese rasgo específico del psiquismo general del hombre, del que ustedes los norteamericanos se han hecho un ideal y que llaman la fibra comercial, también existe y mucho más potente (con tantas fibras que ustedes no poseen) entre los pueblos que viven en otros continentes.

»Sin embargo, para presentarles un cuadro más completo de mis actividades en aquella época, les hablaré también de una astuta combinación comercial que realicé precisamente antes de mi partida de Ashjabad.

»Debo decirles que poco después de haber abierto el taller, anuncié también que compraría objetos viejos de toda clase. Lo hacía por dos razones. Primero, muchas veces se necesitaban piezas nuevas para las reparaciones; ahora bien, yo había agotado muy rápidamente las

reservas de las tiendas como también la de los ropavejeros de los mercados, donde conseguía objetos deteriorados cuyas piezas eran aún utilizables y que recuperaba. En segundo lugar, tenía la esperanza, como frecuentemente sucedió, de descubrir entre los artículos que me llevaban o que compraba a domicilio algo raro y precioso.

»En suma, también me había convertido en cambalachero.

»Uno de los últimos días antes de mi partida, encontré en el bazar a un georgiano que había conocido en la región de Tbilisi, donde tenía a su cargo el restaurante de una de las estaciones del ferrocarril transcaucasiano y que ahora era proveedor titular del ejército. Me propuso la compra de unas viejas camas de hierro que le sobraban.

»Esa misma noche fui a su casa. Bajamos al sótano para ver las camas, pero reinaba allí un olor tan terrible que era imposible aguantarlo. Las examiné apresuradamente y salí a la carrera, y sólo cuando estuvimos en la calle hablamos del precio. Supe entonces que el olor provenía de veinte toneles de arenques que él había comprado en Astracán para la mesa de los oficiales. A la entrega de los dos primeros toneles, el encargado, al abrirlos, encontró que los arenques estaban descompuestos y los rechazó; el georgiano, temiendo perder su reputación, no se atrevió a ofrecerlos en otra parte. Los llevó a su casa, *los* depositó provisionalmente en el sótano y los olvidó. Sólo ahora, después de tres meses, cuando los arenques impregnaban toda la casa con su olor, había resuelto desprenderse de ellos lo más pronto posible.

»Lo que más le fastidiaba no era sólo haber perdido el dinero con los arenques, sino lo que tendría también que pagar para que los llevaran al basurero, si no quería que la comisión sanitaria olfateara el asunto y le impusiera una multa.

»Mientras me hablaba, mi pensamiento, como siempre en tales casos, trabajaba activamente, y me preguntaba si no sería posible encontrar una combinación cualquiera para sacar provecho de este asunto.

»Me puse a calcular:

»Tiene veinte toneles de arenques dañados y todo eso debe ser tirado. Pero los toneles vacíos no valen menos de un rublo cada uno. Ojalá pudiera yo hallar la manera de que los vaciaran por nada... De lo contrario, el transporte me va a costar casi tanto como el precio de los toneles. ¿Qué hacer?»

»De repente se me ocurrió que los arenques, sobre todo arenques podridos, podrían muy bien servir de abono. Y pensé: «Ya encontraré un jardinero que se alegre de conseguir por nada este excelente abono y que, en compensación, vacíe los toneles, los lave y me los lleve al

taller. Después de haberlos ahumado podré venderlos sin demora, pues es tan grande la demanda de toneles que en menos de media hora me habré ganado unos veinte rublos. Y todos sacaremos nuestro provecho, hasta el georgiano que perdió con la mercancía pero que, al menos, no tendría que pagar el transporte».

«Después de reflexionar de esta suerte, dije al georgiano: «Si me rebaja todavía un poco el precio de las camas, me las arreglaré para que el transporte de los toneles no le cueste nada». Aceptó y le prometí que al día siguiente lo libraría de esa fuente de infección.

»Una vez pagadas las camas, las cargué en mi carreta, como también un tonel de arenques que deseaba mostrar a un jardinero o a un tonelero. Llegados al taller, descargamos y depositamos todo en el cobertizo.

»Era la hora en que el viejo judío, padre de mis aprendices, tenía la costumbre de venir a charlar, o también a veces a ayudar a sus hijos.

»Me había sentado en el panecillo y fumaba un cigarrillo, cuando de repente se me ocurrió la idea de darles arenques a mis cerdos, y sin explicarle nada, le pedí al viejo que me ayudase a abrir el tonel.

»Al destaparlo, mi viejo judío se inclinó para husmear el olor; se le iluminó inmediatamente el rostro y exclamó: «¡Caramba, éstos si que son arenques! ¡Jamás los he visto iguales desde que estoy en este maldito país!».

»Yo estaba perplejo. Como había vivido la mayor parte del tiempo en Oriente, donde no se comen los arenques, nunca podía saber, si por casualidad los comía, si eran buenos o malos -para mí todos olían igualmente mal—. Por lo tanto no podía hacer otra cosa que fiarme de la opinión del viejo judío, tanto más cuanto que antes de ser carnicero había atendido otrora en su país, en Rostov, una tienda donde vendía pescado.

»Sin embargo, no me dejé convencer en seguida y le pregunté si no se equivocaba en cuanto a la calidad de los arenques. Herido en lo más hondo, contestó: «¿Equivocarme yo? ¡Jamás de los jamases! Son arenques maravillosos, de los verdaderos...». No recuerdo qué nombre les dio.

»Corno tenía aún mis dudas, le dije que había comprado por casualidad toda una existencia y que, en mi país, era buen presagio si desde el desembalaje, la mercadería hallaba comprador: era señal de que la venta sería buena. Teníamos pues, que vender sin esperar más, aunque sólo fuera algunos arenques. Y le pregunté si no podía encargarse de este menester en seguida. Yo quería comprobar de esa manera si lo que había dicho el viejo era cierto, y obrar en consecuencia.

»Cerca de mi taller vivían muchos judíos, tenderos en su mayoría. Ya era de noche y estaban cerrando las tiendas. Precisamente enfrente de mi casa vivía un tal Friedmann, relojero. Fue el primero a quien llamaron. Compró inmediatamente una docena de arenques, pagando sin regatear quince copecs por par. El siguiente fue el dueño de la farmacia de la esquina, quien compró sin titubear cincuenta arenques.

»Por el tono regocijado de esa gente comprendí que mi buen viejo tenía razón. Al día siguiente, al despuntar el día, alquilé carretas y transporté todos los toneles a casa, con excepción de los dos que ya habían sido abiertos, cuyo contenido estaba realmente dañado y de donde provenía aquel terrible olor. Estos los hice arrojar en la basura.

»Resultó que los dieciocho toneles restantes contenían arenques, no sólo buenos, sino de excepcional calidad.

»Evidentemente, tanto el encargado del comedor como el comerciante georgiano nativo de Tbilisi, donde no gustan los arenques, tenían sobre ese particular los mismos conocimientos que yo; por su olor peculiar habían creído que los arenques estaban estropeados, y el georgiano había dado todo por perdido.

»Pues bien, en el lapso de tres días, con la ayuda del viejo judío a quien pagaba medio copec por arenque, de lo que se mostraba muy satisfecho, los arenques se vendieron al por mayor y al menudeo.

»Como entretanto había liquidado mis demás asuntos, invité al georgiano a la gran cena de despedida que di la víspera de mi salida. En la mesa, le conté cómo se había desarrollado el negocio, y sacando el dinero, le ofrecí compartir mi ganancia: pero el georgiano, ateniéndose a un principio comercial muy practicado, tanto en Transcaucasia como en Transcaspiana, rechazó mi proposición, declarando que al cederme la mercancía estaba convencido de que no valía nada y que si las cosas sucedieron de otra manera, era sencillamente un golpe de fortuna para mí y de infortunio para él, y que consideraba deshonesto aprovecharse de mi bondad.

»Aún más, al día siguiente, cuando me puse en camino para Merv, encontré en el vagón, junto con mi equipaje, una bota de vino enviada por ese georgiano.

»Pasaron varios años, plenos de aventuras, de riesgos e imprevisiones en cuyo transcurso trabajé sin descanso para reunir todas las condiciones necesarias para la realización de la meta fundamental de mi vida.

»Aunque las numerosas peripecias de ese período presentan gran interés, tanto psicológico como práctico, las pasaré por alto para no apartarme de la cuestión que me plantearon ustedes esta noche, tanto

más cuanto que tengo la intención de escribir una obra entera sobre esos años de investigaciones.

»Sólo diré que a través de todos esos sucesos adquiriré mucha experiencia y gran seguridad; por eso, cuando orienté todas mis facultades hacia la tarea de ganar dinero con el fin de tener siempre un capital a mi disposición —aun cuando por sí misma esta aspiración fundamental de los hombres jamás me haya interesado— me entregué a esta tarea en tal forma que los resultados hubieran podido suscitar la envidia de los mejores peritos de ustedes en *dollar-business*.

»Me lancé a toda clase de empresas, algunas muy importantes: suscribí contratos con particulares o con el Estado para el suministro de material y la construcción de vías férreas o de carreteras; abrí varias tiendas; tuve restaurantes, salas de cine; organicé explotaciones agrícolas; aseguré el paso a Rusia de ganado proveniente de diversos países, especialmente de Kashgaria; me ocupe de pesquerías y de pozos de petróleo, a veces llevando adelante varios de esos asuntos a la vez.

»Pero el oficio que entre todos prefería era el comercio de tapices y antigüedades que, al mismo tiempo que era muy lucrativo, me dejaba en libertad de elegir mi residencia y mis horas de trabajo.

»Finalmente, después de cuatro o *cinco años* de trabajo intenso, liquidé todos estos negocios, y cuando llegué a Moscú, hacia fines de 1915, con el fin de pasar a la realización práctica de lo que consideraba como una tarea sagrada, había acumulado la suma de un millón y medio de rublos, sin contar dos colecciones de inestimable valor, una de alfombras raras y otra de porcelanas y *cloisonnés* chinos. Ese capital, al parecer, iba a libramme de la preocupación material de mi empresa y asegurarme la independencia suficiente para poner en práctica las ideas que habían tomado forma en mi consciente y que debían servir de base a mi Instituto: se trataba de crear en torno a mí condiciones tales que recordarían continuamente al hombre el sentido y la meta de su existencia, por medio de un roce inevitable entre su conciencia y la manifestación automática de su naturaleza.

»Estábamos más o menos a un año de la Guerra Mundial. En Moscú, y algo más tarde en San Petersburgo, di una serie de conferencias que atrajeron a numerosos intelectuales y hombres de ciencia, y el círculo de los que se interesaban por mis ideas no tardó en agrandarse.

»De acuerdo con mi plan general, coloqué entonces los primeros jalones con vistas a la creación de mi Instituto.

»Continuando con la preparación de cuanto era necesario para dar vida a mi proyecto, compré una propiedad, pedí a diversos países europeos lo que no podía conseguir allí y compré el material y los

instrumentos indispensables. Hasta contemplaba la posibilidad de imprimir nuestro propio periódico.

»En el momento en que este trabajo de organización estaba en plena marcha, estalló la guerra y me vi obligado a suspenderlo, con la esperanza de reemprender todo tan pronto como la situación política se aclarase.

»La mitad de mi capital ya había sido absorbida por esa organización preliminar.

»La guerra ganaba terreno, y como se esfumaba cada vez más la esperanza de una paz próxima, me vi obligado a salir provisionalmente de Moscú e ir al Cáucaso para esperar el fin de las hostilidades.

»A pesar de los acontecimientos políticos que acaparaban todos los ánimos, el interés por mi trabajo aumentaba en algunas esferas de la sociedad. En Essentuki, donde me había establecido, comenzaron a llegar de las ciudades vecinas, y hasta de Petrogrado y Moscú, gente realmente interesada en conocer mis ideas. Me vi, pues, forzado a organizar las cosas allí, sin esperar mi regreso a Moscú.

»Pronto las cosas tomaron tal cariz que no sólo trabajar sino vivir se convertía en un problema; nunca podía tener uno la seguridad de estar vivo al día siguiente.

»La región de Mineralnia Vody, donde vivíamos, era entonces el centro de la guerra civil y estábamos literalmente cogidos entre dos fuegos.

»Las ciudades pasaban de una mano a otra: hoy, los bolcheviques; mañana, los cosacos... y pasado mañana, el Ejército blanco, o cualquier otro partido nuevo.

»A veces, al despertarse por la mañana, se ignoraba bajo qué autoridad habría de hallarse uno durante el día y qué política se debería observar al salir a la calle.

»Ése fue uno de los períodos de mayor tensión nerviosa que haya conocido. No sólo tenía que ingeniármelas para conseguir los alimentos de primera necesidad, que casi habían desaparecido, sino que debía preocuparme también por la existencia de un centenar de personas cuya responsabilidad había tomado.

»La situación de unos veinte alumnos míos, en edad militar, me inquietaba entonces particularmente. Jóvenes y viejos eran movilizados todos los días, ya por los bolcheviques, ya por el Ejército blanco. Esa constante tensión no podía durar más tiempo y había que buscar una salida a toda costa.

»Una noche en que el tiroteo era más nutrido que de costumbre y que de los cuartos vecinos me llegaba el eco de las conversaciones ansiosas de mis compañeros, me puse a reflexionar muy seriamente.

»Mientras examinaba los medios para escapar de ese callejón sin salida, por asociación recordé una sentencia del sabio Mulaj Nassr Eddin, que desde hacía tiempo había llegado a ser para mí algo así como una idea fija, en la que se aconsejaba esforzarse siempre, cualesquiera que fuesen las circunstancias de la vida, por «conciliar lo útil para los demás con lo agradable para sí mismo».

»Ahora bien, desde hacía varios años me interesaba en un problema de orden arqueológico y, para elucidar algunos detalles, necesitaba localizar en la forma más exacta posible la ubicación y la disposición de esos monumentos antiguos, conocidos con el nombre de *dólmenes*, que hoy se encuentran en casi todos los continentes, en algunos lugares bien definidos.

»Sabía que los había en diferentes puntos del Cáucaso, y hasta conocía la posición aproximada de algunos, señalados por la ciencia oficial. Y, a pesar de carecer del tiempo suficiente para explorar sistemáticamente esos lugares, no dejaba pasar ninguna oportunidad de visitarlos durante mis frecuentes viajes a esas montañas, cuando la persecución de mi meta principal me dejaba un momento de descanso.

»Había adquirido, a consecuencia de investigaciones personales, la convicción de que en las regiones situadas entre las orillas orientales del Mar Negro y la cordillera del Cáucaso, especialmente en las zonas cercanas de ciertos pasos que aún no había cruzado, se erguían, solos o en pequeños grupos, unos dólmenes de un tipo particular que presentaban para mí el mayor interés.

»Así pues, encontrándome aislado del resto del mundo y detenido en mi actividad por la situación creada, resolví utilizar el tiempo del cual disponía, organizando en esa región del Cáucaso una expedición que tendría por objeto la búsqueda y el estudio de los dólmenes —algo que por otra parte tendría la ventaja de resguardarnos, a mí y a los que había tomado a mi cargo.

»Desde el día siguiente, empecé todas mis fuerzas y recursos para tratar, con la ayuda de algunas personas que me eran más o menos fieles y que tenían relaciones con los detentadores de poder del momento, de obtener la autorización oficial para organizar una expedición científica a las montañas del Cáucaso.

»Con la autorización ya en las manos, me procuré por medio de toda clase de combinaciones lo que era necesario para un viaje de ese género. Elegí entre los alumnos que habían venido para estar junto a

mí a los que corrían *más* peligro quedándose en el distrito de Mineralnia Vody, aseguré el *sustento* de los demás, y nos dividimos en dos grupos que debían encontrarse en un lugar convenido.

»El primer grupo, compuesto de doce personas, salía de Piatigorsk; y el segundo, en el que me hallaba con más de veinte personas, partió de Essentuki.

»Oficialmente, estos dos grupos eran considerados como completamente independientes, sin tener entre sí nada en común.

»Sin conocer realmente las condiciones que reinaban entonces en el país, es casi imposible, a menos de estar dotado de una imaginación muy fértil, representarse lo que significaba organizar, en semejante época, una expedición científica y, lo que es más, oficial.

»Me proponía, al salir de Essentuki, pasar por las regiones habitadas hasta el monte Induk, situado no lejos de Tuapsé, y empezar mi búsqueda en dirección sureste, a lo largo de una línea distante de cuarenta a cien kilómetros de la orilla del mar Negro.

»Logré, en un momento en que a nadie se le hubiera ocurrido viajar en tren, aun solo y sin equipaje, debido a los incesantes movimientos de tropas, obtener de las autoridades bolcheviques, a *costa* de enormes dificultades, dos vagones.

»Después de amontonar con muchos esfuerzos en *esos* vagones a veintiuna personas, más dos caballos, dos mulas, y tres carretas, sin contar todo el material comprado para la expedición, nuestras tiendas, armas y provisiones, partimos.

»Viajamos por tren hasta Maikop; pero allí encontramos la vía férrea destruida desde la víspera por una nueva banda de rebeldes que se llamaban los Verdes, y nuestra expedición tuvo que seguir en carruaje, no ya en dirección a Tuapsé, sino oblicuando hacia el paso del río Bielaia.

»Para llegar, a través de las zonas habitadas, hasta el lugar donde empezaban las regiones salvajes, no menos de cinco veces tuvimos que cruzar unas posiciones ocupadas ora por los bolcheviques, ora por el Ejército blanco.

»Al recordar todas esas dificultades, ahora que no son sino un recuerdo lejano, no puedo dejar de experimentar un sentimiento de verdadera satisfacción por haber sido capaz de superarlas tan felizmente.

»Era como si, en todo ese período, se hubieran realizado milagros en nuestro favor.

»La violenta epidemia de fanatismo y de odio que en torno a nosotros se había apoderado de todos ni siquiera nos *tocó*, como si yo y mis compañeros hubiéramos gozado de una protección sobrenatural.

«Nuestra actitud hacia cada uno de los clanes era imparcial, como si no perteneciéramos a este mundo; la de ellos hacia nosotros era siempre la misma: nos consideraban completamente neutrales —lo que además era verdad.

«Rodeado de bestias feroces, prontas a despedazarse entre sí por el menor botín, yo andaba en medio del caos, franca y tranquilamente, sin ocultar nada, sin recurrir a ningún subterfugio; y aunque el «pillaje por requisas» llegaba entonces a su paroxismo, no me quitaron nada, ni siquiera los dos barriles de alcohol que excitaban la codicia de todos, debido a la escasez general.

«Al referirles *esto* hoy, un sentimiento de justicia, ligado a mi comprensión del psiquismo de los hombres sometidos a tales *sucesos*, me obliga a dedicar aquí un pensamiento benévolo para aquellos bolcheviques y voluntarios del Ejército blanco, desaparecidos en su mayoría sin duda, cuyas buenas disposiciones hacia mis actividades favorecieron, de manera inconsciente y puramente instintiva claro está, el éxito de mi peligrosa empresa.

«De hecho, si pude escapar de este «infierno», en el sentido literal de la palabra, no lo debo únicamente a esa habilidad para descubrir y utilizar las más mínimas variaciones en las debilidades habituales de los hombres bajo el poder de una psicosis de ese género, ya que, en las condiciones en que se desenvolvían tales sucesos llenos de inesperadas desviaciones, me hubiera sido imposible, aun ejerciendo activa vigilancia día y noche, prever todo y tomar las medidas necesarias.

«En mi opinión, si logré salir indemne, se debe a que en la presencia general de esos hombres, aún cuando presas de un estado psíquico en que desaparece toda huella de sentido común, el instinto que permite a todo ser humano distinguir objetivamente el bien del mal no estaba del todo ausente, de manera que presentían en mis actividades el germen viviente de ese impulso sagrado, que es el único capaz de dar a la humanidad la verdadera felicidad, y por ende secundaban lo mejor que podían el proceso de realización de lo que había yo emprendido desde mucho tiempo antes de esta guerra.

«Lo cierto es que en todos nuestros contactos, tanto con los bolcheviques como con el Ejército blanco, no encontramos situación alguna de la cual no lograra hallar la salida.

«Añadiré además que si la vida de los hombres transcurriese algún día en forma normal y si algunos especialistas emprendieran entonces investigaciones sobre los sucesos de este género, los diversos documentos que me fueron entregados por los dos partidos adversos, para proteger mis intereses y mis bienes, constituirían para ellos un testimonio

sumamente instructivo acerca de los hechos extraordinarios que pueden acontecer durante la psicosis de las masas.

»Por ejemplo, entre aquellos numerosos documentos hay uno en el que puede leerse lo siguiente:

El portador de este documento, ciudadano Gurdjieff, está autorizado a llevar por todas partes un revólver calibre... número... En fe de lo cual firmamos y estampamos nuestro sello: El Presidente de los Diputados, Soldados y Trabajadores:

Rujádze

Hecho el... en Essentuki
Secretario: **Chandarovski.**

»Y al dorso del mismo papel:

El llamado Gurdjieff está autorizado para llevar un revólver con el número indicado al respaldo. En fe de lo cual firmamos y estampamos maestro sello:

Por el General Deníkin:

General Heymann

Jefe de Secretaría:

General Davidovítch Nachinsky

Hecho en Maikop, el...

«Después de considerables esfuerzos para vencer gran cantidad de obstáculos imprevistos, atravesamos poblados cosacos en ruinas, y llegamos por fin a Kamishki, última localidad antes de la zona habitada del Cáucaso. Más allá de ese punto ya no había caminos transitables.

»Después de comprar apresuradamente todas las provisiones que aún era posible encontrar, abandonamos las carretas a su suerte, cargamos parte del equipaje en caballos y mulas y, echándonos el resto al hombro, proseguimos nuestro viaje.

»Franqueada la primera montaña, respiramos al fin libremente. Sin embargo, era allí donde nos esperaban las verdaderas dificultades.

»En lo que respecta a la expedición en sí, desde Kamishki hasta Sotchi por el paso del río Bielaia, en el corazón de la cordillera del Cáucaso, expedición que duró dos meses y en la que acontecieron las más extraordinarias aventuras, no diré nada porque, si mis informaciones son exactas, nuestra evasión del centro del infierno a través de los pasos casi infranqueables de esas montañas salvajes, como también la búsqueda de dólmenes y de todas las riquezas visibles u ocultas de

esa región, ya fueron descritas por algunos miembros de esta singular «expedición científica» en textos que sin duda serán pronto publicados.²

»Había en efecto, en el grupo que se constituyó a mi alrededor, técnicos y especialistas en diversas ramas de la ciencia, perfectamente calificados para llevar a cabo nuestra empresa, y que me ayudaron de manera muy eficaz a resolver el problema de los dólmenes.

»Lo que resalta de las impresiones recibidas durante ese viaje es que las regiones situadas entre Kamishki y Sotchi, sobre todo desde el paso hasta el mar, merecerían realmente el nombre enfático de paraíso terrenal, a menudo atribuido a otras partes del Cáucaso, por los miembros de la pretendida *intelligentsia*.

»Aun cuando esas regiones se prestan admirablemente para la agricultura y la explotación termal, y están apenas alejadas de los centros de población ya existentes, quedaron inhabitadas no se sabe por qué, a pesar de la creciente necesidad de espacio y de recursos.

»Años atrás se hallaban pobladas por los cherquesos, que emigraron en masa a Turquía hace cuarenta o cincuenta años; desde entonces, dichas tierras quedaron sin cultivar y ningún pie humano las ha hollado.

»Allí se encuentran antiguos campos antes maravillosamente cultivados y magníficos vergeles que, aun sin cultivo e invadidos por la maleza, dan todavía tantos frutos que podrían alimentar a miles de personas.

»Algunas semanas después, extenuados de cansancio y tras haber agotado nuestras provisiones, llegamos a la ciudad de Sotchi, a orillas del mar Negro.

»A todo lo largo de lo que fue para nosotros un verdadero calvario, algunos de los miembros de nuestra expedición, lejos de mostrarse capaces de hacer frente a la situación, se habían comportado de una manera que en nada correspondía a la grandeza de nuestra meta; resolví, pues, separarme de ellos y seguir mi camino con los demás hasta Tbilisi, donde aún reinaba un orden relativo bajo la autoridad de los demócratas mencheviques de nacionalidad georgiana.

»Habían transcurrido cuatro años desde el comienzo de la organización del Instituto en Moscú. Con el tiempo el dinero se había agotado progresivamente, tanto más cuanto que hacia el final de este período, los fondos servían no sólo para la obra en sí, sino también para nuevas obligaciones que no se habían previsto en los cálculos originales.

2.- *Nuestra vida con el Sr. Gurdjieff*, Thomas de Hartmann, Colección Ganesha, Librería Hachette S. A., Buenos Aires, 1970.

»El caso es que los *sucesos ocurridos* en Rusia y todas las convulsiones debidas a la Guerra Mundial y la Guerra Civil habían hecho salir a la gente de sus casillas; todo estaba tan revuelto y trastornado que los ricos y privilegiados de ayer eran los hambrientos de hoy. Esta era la situación de la mayoría de los que lo habían dejado todo para seguir mis ideas y que, por su sinceridad y su comportamiento, habían llegado a ser mis allegados. Ahora tenía que ayudar a unas doscientas personas.

»Casi todos mis familiares se hallaban en una situación aún peor; y tenía *no sólo* que ayudarlos económicamente, sino que albergarlos con sus familias, puesto que la mayoría vivía en Transcaucasia, en localidades que habían sido destruidas hasta los cimientos, ya fuese por la Guerra Civil o por los turcos.

»Para que ustedes puedan representarse el horror de ese orden de cosas, les describiré una de las numerosas escenas que viví:

»Residía en Essentuki, donde aún había una relativa tranquilidad en aquel momento.

»Tenía entonces que mantener dos casas, donde mis parientes y los seguidores de mis ideas vivían en común, una en Essentuki con ochenta y cinco personas y otra en Piatigorsk, con unas sesenta personas.

»El coste de la vida aumentaba cada día. Era cada vez más difícil cubrir las necesidades de esas comunidades, y me costaba mucho mantenerme a flote.

»Una mañana lluviosa, sentado frente a mi ventana, reflexionaba sobre cómo salir del paso, cuando vi detenerse frente a mi puerta dos extraños carruajes de donde surgieron lentamente sombras informes. En medio de mi sorpresa, no comprendí en seguida de qué se trataba pero, poco a poco, distinguí personas o más bien esqueletos animados, en los que únicamente los ardientes ojos parecían vivir. Estaban vestidos con harapos, descalzos, cubiertos de heridas y de llagas. Había en total veintiocho personas de las cuales once eran niños de uno a nueve años.

»Aquellas personas resultaron ser miembros de mi familia, entre las cuales estaba mi hermana con sus seis hijos.

»Vivían en Alexandropol, donde dos meses antes había comenzado la ofensiva turca.

»Como en ese tiempo ya no funcionaban ni el correo ni el telégrafo, se hallaban completamente aislados y sólo se habían enterado de la llegada de los turcos cuando éstos se hallaban a la puerta de la ciudad. Esa noticia provocó un pánico indescriptible.

»Ya se figurarán ustedes lo que deben de experimentar unos hombres con los nervios ya deshechos cuando saben con certeza que las

hordas enemigas, muy superiores en fuerzas y en armas, se mostrarán despiadadas y matarán sin discriminación alguna no sólo a los hombres sino también a las mujeres, a los ancianos y a los niños, lo que allá está en el orden de las cosas.

»En medio de ese pánico, mis allegados, avisados como tantos otros al último momento, huyeron sin tomarse el tiempo de llevar algo consigo.

«Enloquecidos, se lanzaron por desdicha en una mala dirección. Sólo al cabo de algún tiempo, cuando el cansancio los obligó a detenerse, advirtieron su error y se encaminaron hacia Tbilisi.

«Tuvieron que caminar durante veinte largos días a través de las montañas por caminos a menudo intransitables, arrastrándose a *veces*, sufriendo hambre y frío, hasta llegar finalmente a Tbilisi, apenas con vida.

«Allí se enteraron de que yo vivía en Essentuki. Como las comunicaciones entre las dos ciudades no estaban aún interrumpidas, con ayuda de algunos amigos se las arreglaron para alquilar esas dos carretas y arrastrarse a lo largo de la carretera militar georgiana para venir a parar a mi casa, en un estado de indigencia que los hacía irreconocibles.

«Imagínense mi situación cuando vi ese cuadro. A pesar de las dificultades del momento, sentía que era el único que podía y debía albergarlos, vestirlos, cuidarlos, en suma, ponerlos de pie otra vez.

«Lo que tuve que gastar en ellos se añadió a los gastos de la expedición y a las sumas que había puesto de lado para atender las necesidades inmediatas de los que permanecieron en el distrito de Mineralnia Vody.

«Por eso, cuando llegué a Tbilisi con mi numeroso séquito, mis reservas se habían agotado, y con *esto* quiero decir no sólo el dinero en efectivo, sino todos los objetos de valor que mi mujer y yo habíamos logrado traer con nosotros en nuestros continuos desplazamientos.

«En cuanto a los demás objetos preciosos que tantos años me había costado reunir, sólo unos cuantos pudieron ser vendidos, desde el comienzo de esos sucesos caóticos, por algunos de mis alumnos que vinieron con sus familias de las dos capitales para reunirse conmigo en Essentuki; pero todo el resto, incluyendo las dos colecciones únicas de las que he hablado, se quedó en Moscú y en Petrogrado y ni siquiera sabía qué le había ocurrido.

«Ya al segundo día de mi llegada a Tbilisi no me quedaba un solo céntimo en el bolsillo, y tuve que pedir a la mujer de uno de mis compañeros que me prestase o sencillamente me diese su última sortija, cuyo diamante pesaba algo más de un quilate. Lo vendí inmediatamente para que esa noche todo el mundo pudiera comer.

»Las cosas empeoraron aún más por la enfermedad que había contraído en Jas montañas del Cáucaso, donde uno está sometido a enormes cambios de temperatura entre la noche y el día. Mi estado se había agravado por el hecho de no poder quedarme en cama; con una fiebre que llegaba a los cuarenta grados, tenía que recorrer la ciudad para encontrar como fuese un medio para salir del paso.

»Me informé *acerca* de las posibilidades comerciales del lugar, y al darme cuenta de que a pesar de la depresión general de los negocios en Transcaucasia, el comercio de alfombras orientales antiguas y modernas seguía floreciente, al punto resolví emprender algo en ese sentido.

»Elegí entre mis alumnos y los miembros de mi familia a varias personas calificadas, y *después* de enseñarles a ayudarme, organicé rápidamente un verdadero comercio de alfombras. Algunos de mis *asistentes* buscaban y compraban toda clase de alfombras recorriendo Tbilisi y las ciudades vecinas. Un segundo grupo las lavaba y limpiaba, mientras que un tercero las reparaba. Esas alfombras eran entonces seleccionadas: unas se vendían al por menor, otras al por mayor, ya al comercio local, ya para la exportación a Constantinopla.

»Desde la tercera semana las alfombras produjeron más dinero del que necesitaba para mantenernos a todos. Ante los beneficios que dejaba el negocio y sus evidentes perspectivas de ampliación, me vino el deseo de fundar allí *mismo* mi Instituto, en forma temporal, sin esperar el restablecimiento de la paz, tanto más cuanto que siempre había tenido la intención de crear una filial en Tbilisi.

»Al mismo tiempo que seguía con mi comercio de alfombras, me ocupaba de poner en marcha el Instituto; pero comprendí en seguida que, dada la crisis de viviendas, me sería imposible encontrar una casa que correspondiese a mis planes, y me dirigí al gobierno georgiano. Este acogió favorablemente nuestra petición y la transmitió al alcalde de la ciudad, rogándole que hiciera cuanto le fuera posible para hallar un inmueble «digno de una institución tan importante para el país».

»El alcalde y varios miembros del *Consejo* Municipal, que se interesaban por mi obra, se esforzaron por encontrar lo que necesitábamos. Sin embargo, pese a sus deseos, no pudieron descubrir nada que nos conviniese y nos ofrecieron un local provisional, prometiéndonos que nos encontrarían rápidamente otro más adecuado.

»Fue así como, por tercera vez, emprendí la organización de mi Instituto. De nuevo se presentaron los mismos problemas, de nuevo hubo que buscar muebles y todo el material indispensable.

»En Tbilisi, muchas personas estaban profundamente afectadas por los cambios sobrevenidos en sus condiciones de vida, y sentían la

necesidad de orientarse hacia nuevos valores, en forma tal que una semana después de su apertura mi Instituto estaba lleno de alumnos y las inscripciones ya se habían cerrado para clases tres veces más numerosas que las actuales, las que pensaba iniciar tan pronto tuviéramos otra residencia.

»En esos locales provisionales, que en nada correspondían a nuestras necesidades, y a pesar de los excesivos contratiempos que nos imponían las circunstancias, *el trabajo sobre mí mismo* empezó a cobrar vida. Los estudios pudieron proseguir varios meses gracias al reparto de los alumnos en grupos distintos y a la distribución de las horas de trabajo, desde muy temprano por la mañana hasta horas avanzadas de la noche.

»Pero las autoridades se demoraban en cumplir con su promesa, y la falta de espacio tornaba el trabajo cada vez más imposible. Y cuando con la ofensiva de los bolcheviques las dificultades de la vida se acrecentaron aún más, sacudiendo la estabilidad del gobierno georgiano, renuncié finalmente a malgastar mi tiempo y mis energías en luchar contra las condiciones circundantes. Decidí no sólo liquidar todo en Tbilisi, sino romper con todo cuanto hasta entonces me había ligado a Rusia, cruzar la frontera y fundar mi Instituto en algún otro país.

»Vendí por casi nada los bienes del Instituto y, a costa de grandes dificultades, salí para Constantinopla, llevando conmigo a treinta personas.

»A mi salida de Tbilisi la venta de alfombras me había dejado a despecho de todo una suma importante, y calculaba que después de haber asegurado como mejor pudiera el sustento de aquellos de mis allegados que aún permanecían en Georgia, y de cubrir los gastos del viaje a Constantinopla, nos quedaría dinero suficiente para vivir todos en el extranjero durante un período bastante largo.

»¡Pero no habíamos contado, pobres de nosotros, con los georgianos!

»La moneda local en esa época no tenía ningún valor fuera de Rusia y no se podía cambiar en ninguna parte. Los que partían para el extranjero llevaban consigo, a modo de valores, diamantes o alfombras. Decidí, pues, que también llevaría, en lugar de dinero, algunas piedras preciosas así como veinte alfombras raras, y después de haber llenado todas las formalidades necesarias para su exportación, las entregué a mis discípulos.

»En el momento de salir de Batum teníamos en nuestras manos todos los documentos que certificaban el pago de los derechos de aduana e impuestos, pero «el cuerpo especial georgiano» nos buscó camorra y de manera ilegal confiscó, digamos a título temporal, casi todas las alfombras que había distribuido entre los míos. Una vez en Constantinopla, cuando realizábamos gestiones para recuperarlas, Batum estaba

ocupado por los bolcheviques, la banda de ladrones había huido con sus jefes, y ya no quedaba huella de nada.

»De mis veinte alfombras, sólo dos escaparon a la confiscación, y esto porque iban en la valija diplomática, confiada por su cónsul a uno de los miembros del Instituto, súbdito finlandés.

»Así, al desembarcar en Constantinopla me hallé casi en la misma situación que al llegar a Tbilisi.

»No tenía a mi disposición sino dos pequeños diamantes y las dos mencionadas alfombras. Si los hubiera vendido, aun cuando a buen precio, no habría bastado para mantener a tal cantidad de gente sino por poco tiempo, tanto más cuanto que todos necesitábamos ropa. En Tbilisi no era posible conseguirla, y la que llevábamos estaba tan usada que no podíamos en ese estado presentarnos decentemente en la ciudad, donde la vida era más o menos normal.

»Pero la suerte me sonrió. En seguida tropecé con algunos buenos negocios. Entre otros asuntos me ocupé, junto con un viejo amigo, de vender una existencia importante de caviar; después participé en la venta de un barco, y las finanzas mejoraron de nuevo.

»Cuando en Tbilisi renuncié a hacer de Rusia el centro permanente de mis actividades, no conocía lo suficientemente las condiciones de vida en Europa como para saber por anticipado en qué país me establecería. Sin embargo, después de pensarlo, me decidí por Alemania, que por su situación geográfica y su nivel de cultura, del que tanto había oído hablar, parecía corresponder mejor que cualquier otro país a mis proyectos.

»Pero durante varios meses más me vi forzado a quedarme en Constantinopla por esa eterna cuestión del dinero, tan dolorosa para aquel que no tiene un tío en América, y una vez más tuve que ocuparme de toda clase de negocios a fin de hallar la posibilidad de partir. Mientras tanto, para que los que me habían acompañado pudieran reanudar el trabajo emprendido bajo mi dirección, alquilé en el barrio de Pera, donde viven casi todos los europeos, el único local grande que pude encontrar. Durante mis horas libres, dirigía de nuevo la clase de movimientos iniciada en Tbilisi y organizaba todos los sábados demostraciones públicas para acostumbrar a los alumnos a no dejarse incomodar por la presencia de extraños.

»El número de personas que me pedían que las dejase tomar parte en ese trabajo no dejaba de aumentar. De hecho, los turcos y los griegos que eran atraídos por nuestras demostraciones se interesaban cada vez más en esos movimientos, en la música de acompañamiento que yo había compuesto especialmente, como también en los diversos trabajos

emprendidos por mis discípulos en previsión de las futuras actividades del Instituto en Alemania.

»Por otra parte, como la situación general de los países europeos seguía inestable, la desconfianza mutua entre gobiernos hacía muy difícil la obtención de visas de entrada o de tránsito; la cotización del cambio sufría fuertes fluctuaciones diarias, y todos mis proyectos se hallaban amenazados.

»Resolví, pues, extender el campo de mis actividades, organizar en ese mismo local conferencias públicas destinadas a dar a conocer algunos aspectos de mis ideas fundamentales y abrir cursos consagrados al estudio de la manifestación humana a través de los movimientos, la música y la pintura, considerados en sus relaciones con la ciencia objetiva.

»Así, una vez más me metí de cabeza en una actividad desbordante. Mientras seguía ganando dinero por mil medios, ya en Constantinopla, ya en Kadikoi, en la orilla opuesta del Bósforo, adonde iba casi todos los días en barco, consagraba el resto del tiempo al trabajo que había organizado y en el que participaba entonces gran número de personas nuevas, los únicos momentos de que disponía para establecer el plan de las conferencias que debían dar algunos de mis discípulos, especialmente preparados, eran los que pasaba viajando, ya en barco, ya en tranvía.

»En esta actividad decuplicada viví durante casi un año, hasta la llegada tan esperada de las visas, que coincidió con el momento en que más o menos había logrado tapar el inmenso hueco hecho en mi bolsillo por la continua corriente de dinero que lo atravesaba.

»En vista de que en esos tiempos las elucubraciones de los *Jóvenes Turcos* exhalaban ya un olor inquietante, decidí no esperar los atractivos de toda clase que no dejarían de presentarse, y salir del lugar con los míos antes de que fuese demasiado tarde. Después de transferir apresuradamente mis clases a Kadikoi y poner a su frente a algunos de mis nuevos alumnos más calificados, salí para Alemania.

»Al llegar a Berlín comencé por repartir en los hoteles a todos los que me habían seguido, alquilé en el barrio de Schmargendorf una sala grande para reanudar el trabajo interrumpido, y salí a visitar diferentes lugares donde algunos de mis conocidos habían visto casas que parecían convenir a las necesidades del Instituto.

»Después de ver algunas de ellas, me decidí por una propiedad en Hellerau, no lejos de la ciudad de Dresde, especialmente construida y acondicionada en vasta escala para un nuevo movimiento que poco tiempo antes había dado mucho que hablar con el nombre de Sistema Dalcroze.

«Hallando que esta casa y su instalación convenían más o menos al establecimiento y desarrollo futuro de la sede central del Instituto, resolví adquirir la totalidad, pero mientras negociaba con el propietario, recibí de un grupo de ingleses a quienes interesaban mis ideas la propuesta de abrir mi Instituto en su capital; me ofrecían tomar a su cargo todos los gastos y cuidados de la organización.

»Dada la precaria situación financiera en que nos encontrábamos, me sentí atraído por esa propuesta y partí hacia Inglaterra, con el fin de darme cuenta por mí mismo del estado de cosas en ese país. Como la marcha general del trabajo emprendido en Berlín era para mí de gran importancia y mi prolongada ausencia le hubiera sido nefasta, y como por otra parte los diversos asuntos relativos a la proposición inglesa no *podían* resolverse desde lejos, decidí realizar el viaje a Londres cada dos o tres semanas para pasar allí tres o cuatro días.

«Cambiaba cada vez de itinerario con el fin de conocer *otros países* de Europa. Las observaciones que hice en el transcurso de esos viajes me llevaron a la conclusión de que el lugar más propicio para mí meta no era ni Alemania, ni Inglaterra, sino Francia.

«Francia me producía entonces la impresión de ser un Estado política y económicamente más equilibrado; y a pesar de su situación geográfica menos céntrica que la de Alemania, me parecía constituir, gracias a la ciudad de París, considerada como la capital del mundo, algo así *como* una encrucijada de todas las razas y naciones; representaba por consiguiente, a mis ojos, el país más calificado para una extensa difusión de mis ideas.

»En este sentido Inglaterra, debido a su posición aislada, no hubiese permitido ningún desarrollo, y *un* Instituto habría tomado allí el carácter estrecho de un establecimiento local.

»Por *eso* terminé por rechazar el ofrecimiento de los ingleses; consentí, sin embargo, en mandarles instructores que había preparado especialmente y cierto número de discípulos de quienes ellos se encargarían, en la espera de poder organizar la filial inglesa del Instituto.

»En suma, a nuestra llegada a Francia, durante el verano de 1922, después de pagar los gastos de viaje, hallé que sólo me quedaban cien mil francos.

«Primero organicé en París algo así como una comunidad temporal para mis alumnos y conseguí, a título provisional, el local de la Escuela Dalcroze, donde continuamos nuestro trabajo. Busqué entonces una casa en alquiler para el Instituto y los fondos necesarios para instalarlo.

»Después de visitar innumerables propiedades en los alrededores de París, me decidí por un dominio que parecía convenir como anillo al dedo, el del Prieuré, no lejos del famoso castillo de Fontainebleau. Su propietaria, que lo había heredado de un célebre abogado y deseaba deshacerse de él dado los enormes gastos de mantenimiento, prefería venderlo en lugar de alquilarlo; prolongó las negociaciones y se manifestó en esta ocasión según las tendencias que los meteorólogos contemporáneos hubieran formulado como «nieve o lluvia probable, o bien una y otra».

»Después de mucho negociar, finalmente consintió en diferir la venta por un año; me alquilaba la propiedad por sesenta y cinco mil francos por año y me daba seis meses para decidirme; después de ese plazo podría venderla y entonces *yo* tendría que abandonarla de la noche a la mañana.

»Cerrado el negocio, fui a instalarme al Prieuré con unos cincuenta alumnos. Era el 1º de octubre de 1922. A partir de ese día comenzaría para mí, en condiciones específicamente europeas, que me eran por completo extrañas, uno de los períodos más locos de mi existencia.

»Cuando me presenté ante la reja del castillo, era como si, detrás del viejo conserje, me estuviera recibiendo la Señora Necesidad, pues los cien mil francos que poseía se habían volatilizado hasta el último céntimo, parte en el alquiler y parte en los tres meses de gastos de permanencia en París con todos mis alumnos. Mientras continuaba manteniendo a esta multitud de personas, tenía que afrontar un problema inmediato: comprar los muebles y utensilios indispensables para nuestra instalación, ya que ni el mobiliario del castillo ni sus enseres habían sido previstos para tal cantidad de personas, a las que se agregarían gran número de nuevos huéspedes que podrían llegar de Inglaterra de un día para otro, pues habíamos desistido de abrir una sucursal en Londres.

»Mi situación era tanto más complicada cuanto que a mi llegada a París yo no hablaba ninguno de los idiomas de Europa Occidental.

»A mi salida de Batum, este asunto de los idiomas había comenzado a inquietarme. En Constantinopla no tenía por qué preocuparme, puesto que conocía bien los tres idiomas utilizados allí, el turco, el armenio y el griego. Pero en Berlín, ya se habían presentado dificultades serias, y en París, ante la necesidad de hallar los medios para cubrir enormes gastos, sentí más que nunca cuánto me perjudicaba mi ignorancia de los idiomas europeos; ahora bien, no tenía un solo instante de ocio para aprenderlos.

»Me era casi imposible servirme de intérpretes, sobre todo para una transacción comercial, donde hay que captar el estado de ánimo

del hombre que *está* delante de uno, y actuar sobre su psicología; aun con un buen traductor, los largos intervalos necesarios para la traducción destruyen todo el *efecto de lo* que acaba uno de decir, sin hablar de la dificultad para dar la entonación, tan importante en toda negociación de ese género.

»Además, ni siquiera contaba con un buen intérprete, pues aquellos de mis alumnos a quienes hubiera podido pedirles que me ayudaran hablaban el francés como lo hablan de ordinario los extranjeros, sobre todo los rusos; lo suficientemente bien para mantener una conversación de salón —y eso, no en Francia-, mientras que yo necesitaba constantemente un francés preciso para negociaciones comerciales serias.

»La cantidad de fuerza nerviosa que gasté durante estos dos primeros años, en los momentos en que sentía que no se me traducían como era debido, habría bastado para alimentar con creces la actividad de un centenar de esos aprendices *brokers* de ustedes, en la Bolsa de Nueva York.

»Como había una inmediata necesidad de una suma considerable para las primeras instalaciones, y era imposible ganar ese dinero en el acto, busqué el modo de pedirlo prestado para hacer frente a lo *más* urgente. Mi intención era organizar provisionalmente el trabajo del Instituto de manera que pudiera reservar la mitad de mi tiempo para ganar dinero, lo que permitiría reembolsar este préstamo gradualmente.

»Fue en Londres, con diferentes personas que se interesaban en mis proyectos, donde obtuve ese préstamo. Era ésta la primera vez que me apartaba del principio fundamental que me había impuesto desde hacía quince años: emprender la realización de mi obra bajo mi sola responsabilidad personal, sin aceptar ninguna ayuda material del exterior.

»Puedo afirmar categóricamente que hasta ese momento, a despecho de los gastos enormes, los fracasos y pérdidas que habían ocurrido no por mi culpa, sino a consecuencia de los sucesos políticos y económicos de los últimos años, no debía un solo céntimo a nadie; todo provenía de mi propio trabajo.

»Mis amigos y las personas que sentían interés o simpatía por mis ideas me habían ofrecido dinero en numerosas ocasiones, pero siempre me había negado a aceptarlo hasta en los momentos más difíciles, prefiriendo superar los obstáculos por mis propios esfuerzos antes que traicionar mis principios.

»Allanado el problema inmediato, me puse ardientemente manos a la obra.

»Mi tarea durante ese período fue, cabe decirlo, sobrehumana.

»A veces solía suceder que de las veinticuatro horas del día trabajaba veinticuatro, pasando la noche en Fontainebleau y el día en París, o viceversa.

»Incluso el tiempo de los viajes lo empleaba en mi correspondencia o en conversaciones.

»Mis negocios marchaban bien, pero la presión excesiva de esos pocos *meses, consecutivos* a ocho años de labor ininterrumpida, me cansó hasta tal punto que mi salud se quebrantó y me fue imposible, a pesar de todo mi deseo y todos mis esfuerzos, mantener la misma intensidad.

»Pese a los obstáculos que estorbaban y frenaban mi trabajo: mi mal estado de salud, la dificultad de proseguir mis transacciones sin conocer el idioma, y pese al número de mis enemigos —que, según una ley ya bien establecida, aumentaba proporcionalmente con el de mis amigos— logré realizar en los primeros seis meses la mayor parte de lo que me había propuesto.

»Como en la mayoría de ustedes, americanos modernos, el curso de los pensamientos no se activa sino ante la imagen familiar de un balance, les voy a enumerar muy sencillamente los gastos a que logré hacer frente, desde mi instalación en el castillo del Prieuré, hasta mi salida para América:

- A título de pago a cuenta, la mitad del precio de la extensa finca, más una suma importante por la compra de una pequeña propiedad anexa;
- la totalidad de los primeros gastos de instalación del Instituto, lo que comprende entre otros:
- ... — las reparaciones, las transformaciones y refacciones de la propiedad;
- la compra de un mobiliario nuevo y enseres de toda clase para la casa;
- la compra de diversos materiales, herramientas y maquinaria agrícola, instrumentos y aparatos destinados a la sección médica, etc.;
- y, finalmente, la compra de animales: caballos, vacas, cerdos, carneros, gallinas, etc.

»A esto hubo que agregar los considerables gastos de la construcción, arreglo y decoración de un edificio destinado a los ejercicios y movimientos y a las demostraciones, edificio que fue llamado por algunos el *Study House*, y por otros, el Teatro.

«Finalmente, durante ese período logré, al tiempo que atendía las necesidades de los huéspedes y alumnos del Instituto, reembolsar en parte la deuda que había contraído.

»Una de mis mejores fuentes de ingreso durante esos meses fue el tratamiento psicológico de algunos casos difíciles de alcoholismo y • toxicomanía.

»De hecho, era considerado casi en todas partes como uno de los mejores especialistas en la materia, y las familias de esos desgraciados me ofrecían a veces sumas muy sustanciales para que consintiera en ocuparme de ellos.

»Me acuerdo particularmente de una pareja de ricos norteamericanos que me confiaron a su hijo -hasta entonces considerado como incurable- y que, en su alegría de verlo curado, doblaron espontáneamente la suma que habíamos convenido.

»Por otra parte, establecí relaciones con algunos hombres de negocios, y me lancé con ellos en varias operaciones financieras. También logré considerables ganancias revendiendo a precios improvisados todo un lote de acciones de una compañía de petróleo.

«Realicé, uno tras otro, dos negocios fructuosos, al abrir en Montmartre en compañía de un socio, dos restaurantes que puse en marcha en algunas semanas, para revenderlos tan pronto estuvieran de moda.

»Me parece extraño, hoy, poder enumerar tan fácilmente esos logros, cuando recuerdo la tensión increíble que me exigían las terribles experiencias interiores que en ese entonces me trastornaban por completo...

«Durante esos meses tenía que estar en el trabajo a las ocho de la mañana para terminar a las diez u once de la noche, y el resto de la noche lo pasaba en Montmartre, no sólo para mis negocios de restaurantes, sino para el tratamiento de un alcohólico que encontraba allí todas las noches, completamente borracho, y que me daba mucho trabajo porque no quería dejarse curar.

»Es interesante observar que en esos tiempos lo que se sabía de mi vida exterior, o sea, todas esas noches pasadas en Montmartre, daba excelente alimento a las habladurías de muchas personas que me conocían de cerca o de lejos. Unos me envidiaban porque podía «ir de parranda»; otros me lo reprochaban amargamente. En cuanto a mí, no le desearía igual parranda a mi peor enemigo.

»En suma, la necesidad y la urgencia de aportar una solución duradera al problema financiero del Prieuré, la esperanza de estar finalmente libre de esas preocupaciones crónicas y poder consagrarme por completo a mi verdadero trabajo, o sea, la enseñanza de las ideas y de

los métodos que constituían la base del Instituto —esperanza aplazada año tras año por razones que no dependían de mí-, todo me obligaba a realizar esfuerzos sobrehumanos, sin considerar las consecuencias desastrosas que podrían resultar de ello.

»Pero, a pesar de mi repugnancia a detenerme a mitad de camino, me vi obligado, una vez más, a dejar todo en suspenso, precisamente antes de haber reunido las únicas condiciones que habrían permitido el cumplimiento de las tareas fundamentales del Instituto.

»Durante los últimos meses, el estado de mi salud se había agravado, hasta tal punto que me había visto obligado a reducir mis horas de trabajo. Ante la repetición de algunos trastornos que nunca había experimentado, confieso que comencé a preocuparme y tomé la resolución de dejar todo trabajo activo, tanto mental como físico; empero, dilataba constantemente esta medida, hasta el día en que un resfriado me obligó, quíeralo o no, a interrumpir todo.

»Son circunstancias que merecen ser descritas.

»Una noche, poco después de las diez, como había terminado temprano mis negocios en París y tenía que encontrarme sin falta a la mañana siguiente en el Prieuré, donde esperaba la visita de un ingeniero para discutir los planos y el presupuesto de un baño de vapor especial que tenía pensado construir, decidí regresar inmediatamente para acostarme temprano y dormir bastante. Sin detenerme en ninguna parte, ni siquiera en mi apartamento de la ciudad, salí en dirección a Fontainebleau.

»El tiempo estaba húmedo. Cerré las ventanillas de mi automóvil y durante todo el camino me sentí tan bien que hasta comencé a hacer proyectos para la construcción, en el Instituto, de un horno de alfarería, según el modelo de los antiguos hornos persas.

»Al acercarme al bosque de Fontainebleau, recordé que frecuentemente hay neblina en ese lugar durante la noche cuando el tiempo está húmedo. Miré mi reloj; eran las once y cuarto. Encendí los faros y aceleré para salir lo más pronto posible de ese mal paso.

»Después de ese momento no recuerdo nada... ni cómo conduje ni qué sucedió.

»Cuando volví en mí, vi el siguiente cuadro: me hallaba sentado en el vehículo, casi en medio de la carretera. A mi alrededor, el bosque. Brillaba el sol; una gran carreta cargada de heno se había detenido delante del automóvil; el carretero, de pie al lado de la puerta, golpeaba el cristal con su látigo, lo cual me había despertado.

»Según las apariencias, en la víspera, después de haber mirado mi reloj, había seguido durante uno o dos kilómetros y luego me había dormido sin querer, lo que jamás en mi vida me había ocurrido.

»Me había dormido hasta las diez de la mañana.

»Felizmente mi auto se había detenido en la mitad derecha de la calzada, casi respetando los reglamentos, y en toda la mañana los vehículos se vieron obligados a desviarse, sin perturbar mi sueño.

»Pero la carreta era demasiado voluminosa para pasar y tuvieron que despertarme.

»Aun cuando dormí muy bien en esas originales condiciones, el resfriado que pesqué fue tan serio que todavía sigo sintiendo sus efectos.

»A partir de ese día se me hizo muy difícil, aun violentándome, exigir a mi cuerpo un esfuerzo demasiado sostenido.

»De buena o mala gana tuve que suspender *todos mis* negocios.

»La situación del Instituto se convirtió por tal motivo en una de las más críticas: no sólo no podían ser llevadas a cabo las tareas indispensables, sino que todo cuanto ya se había realizado estaba amenazado de ruina, puesto que los *vencimientos se* acercaban y nadie estaba en situación de cancelarlos en mi lugar. Tenía, pues, que inventar algo.

»Un día que estaba sentado en la acera del famoso *Grand Café*, pensando en las repercusiones de mi estado de salud sobre mis negocios corrientes, comencé a razonar como sigue:

«Puesto que en mi estado actual no puedo, ni debo, al menos por cierto tiempo, trabajar *con* la intensidad que exige una tarea tan considerable, sino que por el contrario tengo que aceptar, aunque sea temporalmente, un descanso completo, entonces ¿por qué no poner en ejecución ahora mismo mi proyecto de ir a América, sin demorarme siquiera en los preparativos del viaje?

»Una gira a través de los diferentes estados de América del Norte, *con sus* continuos desplazamientos y cambios de ambiente, lejos de los entornos habituales y, por consiguiente, siempre con nuevas impresiones, *crearía* para mí, dada mi naturaleza, las condiciones indispensables para un verdadero descanso.

»Y más aún cuando, al hallarme a gran distancia del lugar donde se concentran todos mis intereses actuales, me vería librado por algún tiempo de cierto rasgo de mi carácter que siempre me forzó, en mis frecuentes expediciones a través de regiones salvajes, cada vez que debía soportar las «benévolas» manifestaciones de las criaturas de Dios, bípedas o cuadrúpedas, a ponerme mal que bien de pie para sumergirme al punto en la empresa del momento.»

»Para comprender lo que entiendo por «no demorarme en los preparativos del viaje», deben ustedes saber que, desde el comienzo de la organización de mi Instituto en Francia, había empezado a reunir los elementos de una serie de conferencias destinadas a poner en conocimiento del público las ideas básicas del Instituto, y su aplicación a diferentes campos tales como la psicología, la medicina, la arqueología, la arquitectura, el arte, y aun diversos tipos de fenómenos sobrenaturales.

»Por otra parte yo había preparado algunos alumnos para una serie de representaciones que deseaba dar durante una gran gira a través de Europa y América. Mi meta estribaba en utilizar esa forma para hacer penetrar en el proceso de la vida cotidiana de los hombres el significado de esas ideas —que hasta entonces no había divulgado y que se basaban en un material recogido en diferentes regiones de Asia, inaccesibles al común de los mortales—, como también poner en evidencia los resultados prácticos a los que podrían conducir.

»Como consecuencia de esas reflexiones en la terraza del *Grand Café* decidí, pues, correr el riesgo de partir inmediatamente, contentándome con lo que ya tenía preparado.

»Hasta me di a mí mismo mi palabra de honor de no trabajar en nada serio desde mi partida de Francia hasta mi regreso, sino comer bien, dormir cuanto pudiera y leer sólo aquellos libros cuyo contenido y estilo estuvieran conformes con el espíritu y carácter de los cuentos de Mulaj Nassr Eddin.

»Estaba dispuesto a intentar la aventura porque comenzaba a abrigar la esperanza de que mis alumnos serían capaces ahora de organizar por sí mismos en América, sin mi participación, toda una serie de conferencias y demostraciones.

»Uno de los peligros de esa repentina decisión, destinada a la vez a restaurar mi propia salud y a restablecer la situación material de mi Instituto —ese hijo que había concebido a costa de dificultades increíbles, y que apenas comenzaba a vivir una vida independiente—, se debía al hecho de que, para triunfar, tenía que llevar conmigo a cuarenta y seis personas, que tanto allí como en Francia, desde luego, estarían por completo a mi cargo. Ése era el único modo de resolver tan angustioso problema, pero era imposible no darse cuenta de que, en caso de fracasar, la situación general se agravaría aún más y hasta podría convertirse en catástrofe.

»Lo que representa la financiación de una gira por América del Norte de cuarenta y seis personas lo comprenderán sin trabajo algunos de ustedes, que tienen la fiebre de realizar frecuentes viajes por Europa. ¡Y podría medir mejor la gravedad de esa empresa extravagante si

aceptan tomar en consideración el sencillo hecho de que para esos viajes ustedes cambian sus dólares en francos, mientras que yo, por el contrario, tenía que cambiar mis francos en dólares!

»Cuando tomé la decisión de partir, tenía por toda reserva los trescientos mil francos que había puesto a un lado en previsión del vencimiento del 15 de febrero, día en que había de firmarse definitivamente el acta de venta del castillo del Prieuré. No por eso dejé de gastar ese dinero en el viaje, y me apresuré a organizar nuestra partida.

«Mientras me ocupaba de los preparativos necesarios —conseguir los pasajes, pedir las visas, comprar ropa, hacer trajes para las danzas y otras cosas por el estilo— concentré toda mi atención en las clases de movimientos y multipliqué los ensayos que se efectuaban en el *Study House*, por fin terminado.

«Observando una vez más cuán molestos se sentían los participantes por la presencia de espectadores extraños, decidí dar en París, en el «*Theâtre des Champs-Élysées*», varias representaciones públicas, precisamente antes de embarcarnos.

»Pero por más que me imaginara lo que esta iniciativa de última hora me costaría, estaba muy lejos de prever el abismo al que me arrastraría.

«Finalmente, las demostraciones en París, los pasajes del barco, la cancelación de los pagarés más urgentes, el dinero destinado a los que se quedaban en Europa, como también algunos gastos inesperados, engulleron la totalidad de los trescientos mil francos aún antes de la salida.

»De manera que en el último minuto me encontré en una situación «supertragicómica»: todo estaba listo para la salida y no podía irme. ¿Cómo emprender tal viaje, con tantas personas, sin tener la menor reserva para casos de emergencia?

»Esta situación se me presentó en todo su esplendor tres días antes de embarcarnos.

«Entonces, tal como me había sucedido más de una vez en los momentos críticos de mi vida surgió un acontecimiento imprevisto.

«Según todas las apariencias, tratábase de una de esas intervenciones que los hombres capaces de pensar conscientemente han considerado siempre como signo de la justa providencia de las fuerzas superiores. En cuanto a mí, diré que éste era el resultado, conforme con las leyes, de la perseverancia inquebrantable de que un hombre puede hacer gala para que concuerden todas sus manifestaciones con los principios a los que se somete conscientemente a fin de lograr una meta determinada.

«Las cosas ocurrieron como sigue:

«Estaba sentado en mi habitación del Prieuré, buscando una salida a la increíble situación que se había creado, cuando de repente se abrió la puerta y entró mi anciana madre. Había llegado hacía poco, con algunos miembros de mi familia que se habían quedado en el Cáucaso después de mi partida de Rusia. Yo no había conseguido hacerlos venir sino muy recientemente.

»Mi madre se acercó a mí y me dio un paquetito, diciendo: «Líbrame por favor de este objeto; estoy cansada de llevarlo siempre conmigo».

»Al principio no comprendí lo que me quería decir y abrí maquinalmente el paquete. Pero cuando vi el contenido, tuve que contenerme para no ponerme a bailar de alegría.

»Antes de explicarles lo que era el objeto que, en ese momento desesperado, podía provocar tal emoción en mí, debo decirles que hacia la época en que me establecí en Essentuki, la agitación que se había apoderado de toda Rusia provocaba en el consciente de cualquier hombre sensato el presentimiento de un peligro inminente; por eso había hecho venir a mi anciana madre de Alexandropol para tenerla junto a mí, y cuando algo más tarde emprendí la expedición científica de que hablé, la confié a los que se quedaron en Essentuki.

»Por otra parte, en este año de 1918, en el Cáucaso como en toda Rusia, el valor del rublo disminuía de día en día, y todos los que tenían dinero buscaban convertirlo en valores seguros y apreciados universalmente, tales como piedras y metales preciosos, antigüedades, etc. Yo también transformé todo mi capital en objetos de esa clase, que siempre llevaba conmigo.

»Pero, la víspera de la salida de la expedición, como el pillaje estaba a la orden del día en todas partes, bajo el pretexto de investigaciones y requisas, y como era arriesgado llevar conmigo todos esos valores, distribuí parte de ellos entre mis compañeros con la esperanza de que, aun en el caso de que no escapáramos al pillaje, alguno de nosotros tendría la suerte de salvar algo. Luego repartí el resto entre aquellos que no podían salir del país.

»Entre los objetos entregados a mi madre, se encontraba un broche que había comprado a una gran duquesa que tenía una apremiante necesidad de dinero. Al dar este broche a mi madre, se lo recomendé muy especialmente, pues tenía mucho valor.

»Estaba seguro de que, obligada por la necesidad, debía de haber vendido la joya desde hacía mucho tiempo, o que se la habían robado en el curso de sus continuos desplazamientos, pues cada localidad estaba entonces a merced de una banda de ladrones que no dependían de

nada ni de nadie; a no ser que la hubiera sencillamente perdido, lo que hubiese podido suceder más de veinte veces mientras viajaba.

»En suma, había olvidado por completo ese broche y la idea de hacerlo entrar en mis cálculos jamás habría podido surgir en ningún recoveco de mi cerebro.

»Pero mi madre, cuando le confié el broche pidiéndole que lo guardase con el mayor cuidado, pensó que se trataba de un recuerdo personal muy valioso que debía conservar a fin de poder devolvérmelo. Durante todos esos años lo había cuidado como si fuera la niña de sus ojos, sin siquiera mostrárselo a ninguno de los suyos, llevándolo siempre como un talismán cosido dentro de una bolsita. Y ahora estaba contenta de poder entregar en mis propias manos un objeto que no había dejado de causarle preocupaciones.

«¿Pueden ustedes imaginar el alivio que experimenté cuando reconocí este broche y comprendí el partido que podría sacarle?

»Al día siguiente, con la joya en el bolsillo, tomé prestado de un amigo, sin vacilar, dos mil dólares, y me llevé el objeto a América, en vista de que en París apenas me ofrecían por él ciento veinticinco mil francos, mientras que según mi parecer valía mucho más, como lo pude comprobar al venderlo en Nueva York.»

El señor Gurdjieff interrumpió aquí su relato y, en el silencio que reinaba, se puso a fumar un cigarrillo con la sonrisa que le era peculiar. El señor H... se levantó entonces de su asiento, se acercó a él y dijo:

—Señor Gurdjieff, después de todas las bromas que hizo usted sobre la cuestión material, no sé si esto se debe al orden particular que dio a su relato, o a mi candidez, o a mi sugestionabilidad, pero no me cabe duda de que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para aliviarlo de la carga que usted voluntariamente se impuso.

»Y debo confesar que me siento impulsado a hacerlo por la impresión que experimenté a todo lo largo de su relato de que en esa tarea, que está más allá de las fuerzas de un hombre común, usted se halló hasta ahora absolutamente solo.

«Permítame que le entregue este cheque que representa todo cuanto puedo disponer en este momento. Me comprometo al mismo tiempo, ante todos los que están aquí, a entregarle cada año la misma suma, dondequiera que se encuentre y sean cuales fueren las circunstancias.»

El señor H... se secó la frente, visiblemente emocionado.

El señor Gurdjieff se levantó a su vez, le puso la mano en el hombro y contemplándolo con una mirada imposible de olvidar, a la vez bondadosa y penetrante, le dijo simplemente:

—¡Gracias al hermano que Dios me envía hoy!

Un ejemplo inesperado de la fuerte impresión producida por el relato del señor Gurdjieff es la intervención de cierta lady L., de paso por Nueva York, que, invitada por el señor R., se encontraba entre nosotros esa noche. Ella, de pronto, declaró, con mucha sinceridad:

—Señor Gurdjieff: un poco por casualidad asistí a esta reunión y pude escuchar su relato, que me interesó apasionadamente, pues a menudo tuve oportunidad de oír hablar de sus actividades y de las ideas saludables a las que su Instituto ha dado vida; hasta tuve la suerte de ser admitida en una de las demostraciones que usted organizaba cada semana en el *Study House* en el parque del Prieuré y ver con mis propios ojos algunas de sus realizaciones. No le sorprenderá, pues, si le digo que he pensado muchas veces en su trabajo y que siempre he sentido el deseo de serle útil en una u otra forma. Y ahora, después de escuchar el relato de sus esfuerzos y sentir, con intuición de mujer, la verdad de lo que usted trae a la humanidad, comprendo hasta qué punto su actividad está paralizada por la falta de dinero, ese móvil esencial de la vida de los hombres, y he decidido aportar yo también mi contribución a su obra.

»Si me comparo con la mayoría de la gente, mis recursos son sin duda superiores al promedio y deberían permitirme ofrecerle una suma bastante importante. En realidad, son apenas suficientes para hacer frente a las exigencias de la vida en la forma que corresponde a mi posición social. Me estuve preguntando toda la noche lo que podría hacer por usted y pensé en una suma que poco a poco puse de lado y deposité en un banco en previsión de tiempos difíciles. ¡En espera de algo mejor, resolví poner la mitad de esa suma a su disposición, sin exigirle intereses, mientras un acontecimiento grave no me ponga en la obligación de recurrir a esos ahorros... pues sólo Dios sabe qué me reserva el porvenir!»

Mientras lady L. expresaba en tal forma sus sentimientos, el señor Gurdjieff la escuchaba con gravedad. Luego le respondió:

—Gracias, muy estimada lady L., aprecio su franqueza. Y como admito ahora la idea de ser ayudado en la realización material de mi obra, le acepto ese préstamo que me será de mucha ayuda en mis actividades presentes. Como usted aludió al porvenir, a mi vez voy a hablarle francamente: puedo predecirle que le devolveré ese dinero dentro de ocho años exactamente, en un momento en que usted, aun cuando gozará de perfecta salud, tendrá la mayor necesidad de lo que

constituye hoy, como usted bien lo vio, el móvil esencial de la vida de los hombres.

El señor Gurdjieff guardó silencio por largo tiempo, como absorto en graves pensamientos. De pronto pareció cansado. Su mirada se detuvo en cada uno de nosotros...

Ahora estoy revisando este relato, redactado por mis alumnos, sentado en un café-restaurant de la ciudad de Nueva York llamado *Child's*, en la esquina de la 5ª Avenida y de la calle 56, en las condiciones en que siempre he escrito estos seis últimos años, pues los cafés, restaurantes, clubes o salas de baile, en razón misma de las manifestaciones contrarias a mi naturaleza e indignas del hombre que son habituales en ese tipo de lugares, ejercen sin duda alguna una influencia benéfica en la productividad de mi trabajo. Y quisiera referirles un hecho singular, quedando ustedes libres de considerarlo como una pura coincidencia o como el efecto de una providencia sobrenatural: ocurre que, sin haberlo buscado, termino hoy la revisión de este texto en esta misma ciudad siete años contados día por día desde la noche que acaba de ser descrita.

Para completar este relato diré sencillamente esto: aunque el primer viaje a América fue una empresa arriesgada —si se tiene en cuenta que mi «troupe» estaba formada por gente que no tenía un centavo en el bolsillo y no sabía una maldita palabra del idioma local, que el programa de las demostraciones previstas aún no estaba listo del todo y que, además, había sido imposible organizar la menor campaña publicitaria—, el éxito de esa gira de representaciones destinada a dar a conocer los resultados del trabajo del Instituto superó en mucho todas mis previsiones.

Me atrevo a afirmar que si un grave accidente, ocurrido algunos días después de mi regreso a Francia, no me hubiera impedido regresar seis meses después a Norteamérica tal como era mi intención, todo cuanto había emprendido en ese continente con la ayuda de los que me acompañaban me hubiera permitido no sólo reembolsar la totalidad de mis deudas, sino también asegurar, para el futuro, la existencia de todas las ramas del *Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre*, tanto las que se hallaban en actividad como las que pensaba inaugurar el año siguiente.

Pero... ¿vale realmente la pena hablar de esto ahora?

Al evocar ese período de mi vida, retorna involuntariamente a mi memoria aquel proverbio de nuestro querido Mulaj Nassr Eddin: «¿De qué vale derramar lágrimas al recordar la hermosa cabellera del condenado a muerte?»

Mientras escribía estas últimas palabras, alguien vino a sentarse a mi mesa. Todos mis amigos conocían la condición impuesta a cualquiera que deseara hablarme, o sea, la de esperar a que haya terminado de escribir y que sea yo mismo quien inicie la conversación. Dicho sea de paso, aunque esta regla fue siempre respetada, sin embargo sentí muy a menudo que aun cuando se conformaran escrupulosamente con lo establecido, algunos rechinaban los dientes como si estuvieran prontos a ahogarme en una cucharada del último remedio de moda. Cuando terminé de escribir, me volví hacia el recién llegado y desde las primeras palabras que me dirigió se desencadenó en mí toda una serie de reflexiones que me llevaron a una decisión categórica.

Si me abstuviera aquí de hablar de esa decisión y de las reflexiones que la originaron, ello equivaldría verdaderamente a actuar en menosprecio de todos los principios fundamentales cuya huella puede seguirse *como si fuera una línea roja* a todo lo largo de ese relato.

Para comprender bien mi situación momentánea, es preciso saber que la persona que había venido a sentarse a mi mesa no era otra que mi socio secreto en mis negocios de antigüedades. Digo «secreto» porque nadie, aun entre mis allegados, conocía ese tipo de relación.

Había trabado relaciones con él hacía seis años, varios meses después de mi accidente. En esa época aún estaba muy débil físicamente, pero mi facultad habitual de pensar volvía gradualmente a funcionar y comenzaba a considerar en toda su desnudez mi situación material, debida en parte a los enormes gastos del viaje a América, en parte a los gastos ocasionados por las graves enfermedades de mi madre y de mi esposa. Como esa prolongada permanencia en cama se convertía para mí en un tormento cada vez más insoportable, empecé a viajar en automóvil para tratar de atenuar ese sufrimiento con impresiones variadas, y también para tratar de descubrir algún asunto comercial que fuera compatible con mi estado del momento.

Acompañado por aquellas personas que siempre se veían a mi lado, transitaba por *todas* partes, más a menudo por París, en los lugares frecuentados por los refugiados rusos.

Fue así cómo un día, en uno de esos famosos cafés de París, un hombre se me acercó. No lo reconocí en seguida y sólo durante la conversación recordé haberlo encontrado muchas veces en diversas ciudades del Cáucaso, de Transcaucasia y de Transcaspiana.

Como se había especializado en el comercio de antigüedades y viajaba de ciudad en ciudad, entró en relaciones conmigo porque yo era conocido en Asia como perito en objetos antiguos y como excelente negociante en alfombras, porcelanas chinas y esmaltes de mosaico.

Entre otras cosas me dijo que había logrado salvar del desastre ruso cierto capital y que, aprovechando su conocimiento del inglés, había seguido su comercio en Europa.

Hablando de sus negocios, se quejó de las dificultades del mercado europeo, inundado de imitaciones de toda clase, y de pronto me preguntó:

—Y a propósito, querido compatriota ¿qué le parecería si se asociase conmigo, por ejemplo para dar informes de perito y evaluar los objetos?

Finalmente llegamos a un acuerdo que me obligaba a participar durante cuatro años en sus negocios. Antes de comprar en firme un objeto antiguo, debía traérmelo para que yo realizara un informe de tasación. Si esto no modificaba demasiado el itinerario de los viajes que mis actividades de escritor me obligaban a emprender, iba a ver los objetos en el lugar donde se hallaban y le daba a conocer mi opinión de la manera convenida por anticipado.

Las cosas siguieron así por algún tiempo. Él pasaba todo el año recorriendo Europa, descubriendo y comprando toda clase de piezas raras que traía aquí, a Norteamérica, donde las revendía a los anticuarios sobre todo en Nueva York. En cuanto a mí, no actuaba sino en calidad de experto.

Sin embargo, el año anterior, en momentos en que la crisis de mi situación material llegaba a un punto culminante, como este negocio seguía marchando bien, ya que se habían hallado numerosas posibilidades de venta y como Europa rebosaba de mercancías de ese género, se me ocurrió la idea de servirme de este comercio para restablecer mis finanzas.

Resolví, pues, ensanchar al máximo la escala de las operaciones manejadas por mi socio.

A partir de entonces, en lugar de permitirme algún descanso antes y después de mis fatigosos viajes, tal como había acostumbrado a hacer los últimos años, tuve que consagrar todas mis horas disponibles a pedir dinero en préstamo a diferentes personas que confiaban en mí y con quienes mantenía relaciones por una razón o por otra. Después de conseguir en préstamo una suma de varios millones de francos, los invertí totalmente en el negocio.

Alentado por el desarrollo de nuestra empresa y la perspectiva de ganancias sustanciales, mi socio había trabajado sin escatimar sus esfuerzos para procurarse mercancías, y tal como fue convenido, llegó a América con toda su colección, seis semanas antes que yo.

Desgraciadamente, la crisis general había estallado mientras tanto, y como afectaba particularmente ese ramo, no podíamos contar con ninguna ganancia, ni siquiera esperar recuperar nuestro capital. Era precisamente esto lo que él había venido a decirme.

¿Qué términos debería yo emplear para describir esta situación inesperada, cuando ya dije que la crisis del año pasado había alcanzado su «punto culminante»?

No podía encontrar una expresión mejor que un proverbio de Mulaj Nassr Eddin que de pronto me vino a la memoria: *«Que una hija calva les haya nacido a la decana de la ciudad y a ese pícaro de Mulaj no es motivo para gritar que hubo milagro. Pero que una cabeza de elefante y una cola de mono broten del cuerpo de una pulga, eso sí que sería sorprendente»*.

Pues, para comprender por qué mi situación material pasaba entonces por esa crisis, no es necesario salir de una escuela superior.

El año pasado, cuando tomé la decisión de desarrollar en gran escala mi comercio de antigüedades en América, calculaba que los beneficios debían permitirme no sólo liquidar todas mis deudas acumuladas, sino también publicar, sin tener que depender de nadie, la primera serie de mis obras, que pensaba haber terminado para ese entonces, y dedicar todo mi tiempo a la segunda serie. Desgraciadamente, esta imprevista crisis americana me hunde hoy, como diría Mulaj Nassr Eddin, en un chanclo tan profundo que apenas si de vez en cuando me llega un rayito de luz.

Durante seis años, para ser capaz de preparar el material destinado a las tres series de libros que tenía pensado escribir, debí en todo tiempo y en todo lugar, en todas las condiciones y circunstancias, *acordarme de mí mismo* y recordar la tarea que me había fijado -tarea mediante cuyo cumplimiento quería y quiero todavía justificar la meta y el sentido de mi vida. Tuve que mantenerme sin desfallecer a través de los más variados sentimientos, en un nivel de actividad interior de extrema intensidad, a fin de «no identificarme» con nada. Tuve que oponerme, mediante una actitud despiadada hacia mí mismo, a todo cambio en el desarrollo automático de las asociaciones mentales y emocionales correspondientes a los temas de pensamiento que me había fijado para ese período. Tuve finalmente que esforzarme por no omitir ni abandonar nada que pudiera relacionarse, corresponder lógicamente o contradecir alguna de las innumerables series de ideas distintas cuyo conjunto constituye la sustancia de mis obras.

En mi preocupación por exponer mi pensamiento en una forma accesible a los demás, mi concentración psíquica llegaba en ciertos

momentos a un grado tal que, durante un tiempo excepcionalmente largo, solía olvidar hasta mis necesidades más esenciales.

Pero lo que había de más objetivamente injusto y más doloroso para mí era que durante esos períodos de concentración interior de todas mis fuerzas, con el fin de transmitir a los hombres un conocimiento verdadero, debía a menudo desprenderme de ese estado, y al precio de mis últimas reservas de energía, acumuladas con gran esfuerzo durante breves intervalos entre los momentos de trabajo intenso, elaborar complicados planes para diferir un pago o cancelar algunas deudas.

En el curso de esos seis años, me cansé hasta el agotamiento, y esto no a fuerza de escribir, rehacer lo escrito y aportar nuevos cambios a las pilas de manuscritos depositados en el sótano especialmente arreglado para mis archivos, sino a fuerza de dar vueltas y más vueltas en mi cabeza a toda clase de combinaciones destinadas a posponer la cancelación de las deudas que aumentaban sin cesar. Hasta ahora, cada vez que para cumplir mi tarea tenía necesidad de esta ayuda tan bien concretada por la palabra «dinero», y no la encontraba, aún me era posible resignarme, pues comprendía que el alcance real de mis diferentes actividades no podría ser reconocido por todos. Pero después de lo que realicé en estos últimos seis años, y ahora que mi meta llega a ser evidente para todos, no tengo la intención de resignarme a ello por más tiempo, y estimo, al contrario, con toda tranquilidad de conciencia, que tengo derecho a exigir de cada uno de los que se me acercan sin distinción de raza, creencia, ni de situación material o social, que cuida como a la niña de sus ojos, que mi fuerza y mi tiempo puedan ser reservados a las actividades que corresponden al verdadero sentido de mi individualidad.

Para volver a la decisión categórica que tomé después de que mi socio secreto salió del *Child's*, he aquí en qué consiste: mientras yo esté aquí, entre gente que no ha sufrido las consecuencias catastróficas de la última gran guerra, y que hoy me arrastran, claro está que sin desearlo, a sufrir pérdidas considerables, quiero empero una vez más, por mí mismo, solo, sin que otros tomen la iniciativa (y naturalmente sin recurrir a ningún medio que algún día pueda suscitar en mí remordimiento de conciencia), servirme de ciertas facultades, cuyos datos se constituyeron en mí por la educación correcta que recibí en mi infancia, para adquirir una suma de dinero que me permita a la vez liquidar todas mis deudas y regresar a casa, en el continente de Europa, para vivir a cubierto de la necesidad durante dos o tres meses.

Al demostrar una vez más por la práctica la verdad de las ideas expuestas en el relato que acabo de revisar, habré merecido experimentar otra vez la más alta satisfacción que al hombre otorga Nuestro Padre

Común —antaño definida por el sacerdote egipcio, que fue el primer maestro de San Moisés como *satisfacción de sí mismo engendrada por el cumplimiento ingenioso de su propia meta dentro de la certidumbre de una conciencia pura*.

Hoy es 10 de enero. Dentro de tres días, según el calendario de antiguo estilo, se celebrará el Año Nuevo, a medianoche, hora memorable para mí por ser la de mi venida al mundo.

Ahora bien, según una costumbre establecida desde mi infancia, a partir de esa hora comencé siempre a conformar mi vida a un nuevo programa, basado invariablemente sobre un principio bien definido, que es el de acordarme de mí mismo lo más que pueda en todo, con el fin de dirigir voluntariamente mis manifestaciones, así como mis reacciones ante las manifestaciones de los demás, de una manera tal que me permita alcanzar las metas escogidas por mí para el año venidero.

Para este año me fijaré la tarea de concentrar todas las facultades presentes en mi individualidad a fin de ser capaz, desde ahora hasta mi salida, fijada para mediados de marzo, de reunir honradamente por mis propios medios la suma que necesito para liquidar todas mis deudas. A mi regreso a Francia, me pondré de nuevo a escribir, pero con la única condición de estar libre en el futuro de toda preocupación material y de poder establecer mi modo de vida en cierta escala.

Si a pesar de esto, por una razón cualquiera, no logro cumplir la tarea que me he impuesto, me veré obligado a reconocer el carácter ilusorio de todas las ideas expuestas en este relato, así como las extravagancias de mi imaginación y, fiel a mis principios, ir a refugiarme con el *rabo entre las patas*, como diría Mulaj Nassr Eddin, *en el más profundo de los chanclos que jamás hayan sido calzados por pies sudados*.

Y si así fuere, tomaré la decisión categórica de no publicar sino los textos cuya revisión acabo de terminar, es decir, la primera serie de mis obras y dos capítulos de la segunda; dejar de escribir para siempre y una vez de regreso a casa encender bajo mis ventanas una enorme fogata en medio del césped para arrojar allí, caiga como caiga, todo el resto de mis escritos.

Después de lo cual comenzaré una nueva vida sirviéndome de las facultades que poseo, para satisfacción única de mi egoísmo personal.

Ya se esboza un plan en mi cabeza loca para mis futuras actividades.

Me veo organizando un nuevo Instituto con numerosas sucursales, esta vez no para el *Desarrollo Armónico del Hombre*, sino para el aprendizaje de medios inéditos de autosatisfacción...

Y pueden creerme, un negocio como éste siempre marchará sobre ruedas.

índice

Nota del editor francés	9
Nota de los traductores al francés	17
1. Introducción	20
2. Mi padre	46
3. Mi primer maestro	61
4. Bogatchevsky	68
5. Señor X... o Capitán Pogossian.....	85
6. Abram Ielov.....	112
7. El príncipe Yuri Liubovedsky	121
8. Ekim Bey	174
9. Piotr Karpenko	193
10. El profesor Skridlov	216
11. Capítulo añadido: La cuestión material	236